

IÑIGO AGUAS

LOS
CUERPOS
DE LA
HABITACIÓN
ROJA

CROSS
BOOKS

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Me llamo Eric y tengo tres normas:

Nadie puede descubrir mi secreto.

Solo podemos hacer el amor dentro de la habitación roja.

Y la más importante, no voy a enamorarme de él.

LOS CUERPOS DE LA HABITACIÓN ROJA

Iñigo Aguas

DESTINO

Para todas las personas que viven el amor
con sus propias normas

—Pero... ¿seguro que es *gay*...?

—Si no me crees, que te lo confirmen Bruno y Melissa luego. El chico ha debido de quedar con otro de primero que es amigo de una amiga de un amigo mío. —Gala acompaña la explicación dibujando puentes invisibles que unen un amigo con otro—. Pero yo ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—¿Que le gustaban los chicos? ¡Claro! En serio, tengo como un sexto sentido para esas cosas. —Y entonces me guiña un ojo, aunque lo recibo casi como un disparo.

¿Soy yo o me lo ha dicho para que lea entre líneas? Intento mantener la calma, no debería agobiarme. Y, sin embargo, me siento como un pájaro encerrado en una jaula que se agita violentamente.

—Su novia no sabe nada, y se supone que nosotros tampoco.

Tiro sutilmente del cuello de mi camiseta, tendría que contárselo. Es el momento. Abro la boca, pero no me oigo decir nada. La palabra *gay* se queda anclada en la punta de mi lengua. Y supongo que por eso necesito escribirlo abiertamente en este diario. Espera, ¿es un diario? La última vez que tuve uno fue con nueve años. Escribía en él cosas sin importancia con un bolígrafo invisible. Después encendía una linterna mágica y las letras aparecían solas. «Por arte de magia», solía explicarle a mi madre. Ojalá fuese tan sencillo ocultar aquello que no quieres que nadie sepa sobre ti.

—Cambiando de tema: sigo con hambre. ¿Hago mal pidiéndome ahora una palmerita de chocolate? —Gala espera paciente mi aprobación, como una niña golosa.

—¿No estabas a dieta?

—Le he echado dos sobres de azúcar al café, creo que la dieta me la he saltado para el resto del día, ¿no?

—Ve a por tu súper palmera de chocolate, anda.

—Palmerita —me corrige Gala—. Y no me mires así por usar el diminutivo. Yo no tengo la culpa de estar acostumbrada a cosas más grandes...

Su tono deja muy claro a qué se refiere. Entrecierra los ojos y dibuja una perversa sonrisa. Vale, yo me pido lo mismo que debe de estar recreando mi amiga en su cabeza, con o sin chocolate.

Gala me deja solo. Miro las otras dos sillas libres, que deberían estar ocupadas por Bruno y Melissa. Los cuatro cursamos tercero de Publicidad y Relaciones Públicas en la Facultad de

Ciencias de la Información. Mi momento preferido es cuando hacemos dos de las cosas que más me gustan: juntarnos aquí, en la cafetería de la uni, y, por supuesto, tomar café. Les envío un mensaje y Melissa me contesta que siguen esperando para hacer las fotocopias porque «hay una cola muy larga». *Una. Cola. Muy. Larga.*

Seguir siendo virgen me está pasando factura.

Me digo a mí mismo que basta de pensar en esas cosas. Y entonces, como si el destino decidiese sacarme el dedo del medio, veo entrar por la puerta al Chico de los Ojos Azules. *Querido diario*, esta es una parte importante de mi historia, porque estoy hablando de Alex. Y ¿quién es Alex? El tío con el que la mayoría de los estudiantes desearían tener una cita, servirle un café y terminar en la cama. Metro noventa de testosterona. Piernas infinitas. Pelo negro peinado de manera informal. Mandíbula fuerte y masculina. Labios carnosos. Y una voz que te imaginas susurrándote «voy a correrme dentro de ti, pero para eso antes quiero que grites un poco más».

Tomo un sorbo de café. Y lo único que consigo es tener más calor.

—¿A quién estás mirando?

El tiempo parece dar una zancada, porque de pronto me doy cuenta de que Gala no solo está sentada enfrente de mí, sino que se ha comido ya un tercio de la palmera y no me he enterado de nada. Intento recomponerme lo mejor posible.

—¿Eh? A nadie.

—Lo que tú digas. Oye, Eric, ¿a ti te sabe bien esto? —pregunta señalando su café—. Porque creo que voy a empezar a cambiarlo por el de las máquinas de afuera. Además, aquí si pides un capuchino te miran con mala cara y terminan poniéndote café con leche. Ni se molestan en fingir que lo intentan.

—Ajá —respondo sin prestarle atención, porque en realidad vuelvo a mirar a Alex. Uno de sus colmillos se marca en la comisura cuando se muerde el labio inferior. Su sonrisa se hace más grande y le oigo soltar una carcajada. Bueno, no la oigo porque hay mucho alboroto, pero ya sé cómo suena. Es una de esas risas que te deja desarmado, incitándote a cerrar los ojos y abrir la boca.

Por si acaso. Por si un beso.

Alex acaba de sacar un plátano de uno de los bolsillos de su mochila. Lo mira con recelo antes pellizcar la punta y tirar hacia abajo, desnudándolo. La fruta se abre como una flor en primavera. Sus labios se separan y los dientes relucen mientras se lo introduce en la boca. Mi imaginación se chupa los dedos.

Joder.

Se lo está metiendo entero.

—¿Otra vez? —protesta Gala—. En serio, ¿a quién miras todo el rato?

—A nadie, a nadie.

—Eric, siento decirte que todo eso de disimular... no es precisamente tu fuerte.

—¿Por qué dices eso?

—Te lo he preguntado para que me lo contaras tú. Pero en realidad ya lo sé —comenta mientras hace chocar la cucharita sobre la taza, como si fuera a levantarse y lanzar un anuncio importante delante de todos los alumnos—. Está en la mesa del fondo.

—No es verdad.

—Ya claro, ahora hazte el loco. ¿En serio creías que no iba a darme cuenta? ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¡Soy tu mejor amiga!

Esto no está pasando.

El sudor se extiende por mi espalda como una reacción alérgica. ¿Por qué hace tanto calor? Intuyo que Gala va a añadir algo más, pero necesito que me dé tiempo para recuperarme. Analizar la situación. Preparar una excusa.

—No me gusta.

—Acabo de verte mirar su culo. —Levanta una ceja—. Siempre he pensado que te gustaba Violeta, la verdad, pero no entiendo qué ves en ella —dice, encogiéndose de hombros—. Además, yo tengo más culo. Y creo que el suyo es operado. O, bueno, eso me han dicho.

Violeta. Gala piensa que me gusta Violeta.

Intento que mi cara de alivio no sea demasiado evidente. El nudo que apretaba mi garganta se afloja y siento que todo vuelve a su sitio, yo incluido.

—¿Lo ves? —dice, señalándome—. Se te ha puesto una sonrisa de imbécil en cuanto la he mencionado.

—Bueno, yo creo que es suyo —contesto recuperando el aliento—. El culo, me refiero.

—Pero el mío es mejor.

—Pero el tuyo es mejor.

Me guiña un ojo, satisfecha. Y ya no siento que me esté disparando.

Violeta está justo detrás de Alex. Los dos dándose la espalda y en distintas mesas. Si se levantaran a la vez, sus sillas chocarían y sus miradas coincidirían. Sería como una novela romántica en la que dos perfectos desconocidos que juran no creer en el amor terminan experimentando un fuerte flechazo. Busco a la altura del techo un bebé con alas blancas y un pañal esponjoso. Espero que si un día Cupido se digna a echarme una mano tenga preparadas una docena de flechas en las que ponga mi nombre. Voy a necesitarlas todas.

—No dejan de mirarnos —anuncia Gala de sopetón—. El grupo de... Alex.

Me pongo alerta. ¡¿Qué?!

Mi amiga está en lo cierto, todos nos miran mientras hablan entre sí, como si comentasen un partido de fútbol en el salón de su casa. Faltan las pipas y las latas de cerveza. Uno de ellos ríe y le da un golpecito en el hombro a Alex de forma amistosa, pero a él parece no hacerle mucha gracia.

Mis ojos coinciden con los de Alex. Me desconcierta que esté mirándome directamente a mí, y sobre todo la forma en que lo hace. Siempre es borde y distante, un bloque de hielo, pero en esta

ocasión noto una pequeña descarga. Calor. Dejo que la sensación electrizante me pellizque, como un dolor agradable extendiéndose de arriba abajo.

—¡No los mires! —susurra Gala, a la vez que me da una patadita por debajo de la mesa. Después baja su escote tanto como lo permite la tela. Cruza los brazos pegándolos al pecho y los sube discretamente hacia arriba, en un *push up* improvisado—. ¿Crees que estarán hablando de mí? ¿Se habrá dado cuenta?

—¿Que te mueres por sus huesos? —Igual que yo y media facultad—. Probablemente. Sí.

—Pero es demasiado guapo para estar conmigo. Demasiado... todo. ¿Tú crees que hacemos buena pareja? Sé sincero.

—No lo sé, Gala.

—Habla más bajito, coño. —Está tan nerviosa que parece capaz de saltar de la silla en cualquier momento y estrangularme como no obedezca—. ¿No lo sabes? ¿Eso qué quiere decir?

Quiere decir que pega más conmigo.

—Viene hacia nosotros. Háblame de cualquier cosa —me pide mientras pone un codo en la mesa y se esconde, apoyando la mejilla en su mano.

—¿Qué? ¿De qué quieres que te hable?

—Nada, olvídalo. ¿Estoy guapa?

Voy a responder, pero mi voz se ahoga al sentir la proximidad de un nuevo cuerpo. Una sombra de anchos hombros se proyecta sobre la mesa y ocupa todo el espacio, reclamando nuestra atención.

—Hola. —Su voz grave y rasgada consigue erizarme la piel—. Eres Eric, ¿verdad?

¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y por qué se ha dirigido a mí en vez de a Gala?

Asiento tantas veces que debo de parecer el perrito con cabeza balanceante que se pone en la parte delantera de los coches. ¿Por qué soy tan ridículo?

Alex se remueve incómodo. Después mira hacia los lados, como si de pronto le molestara que hubiese tanta gente en la cafetería. Su camiseta negra le marca el abdomen de una forma que deja bastante poco a la imaginación. Me entran ganas de quitársela y pasar mi lengua sobre sus perfectos abdominales.

—Yo soy Alex.

—Soy Gala —se presenta mi amiga, risueña.

Pero Alex no le presta atención. Solo me mira a mí.

Gala debe de haberlo notado, porque acaba de cruzar los brazos y pestañea muy rápido, como si no se creyese lo que está viendo. Ya no intenta elevar el pecho en contra de la gravedad. Ha perdido la sonrisa y parece molestarle no ser el centro de atención.

—¿Sois novios?

—No —responde Gala, casi ofendida por la pregunta.

«Ahí está —pienso—, él también ha oído ese maldito rumor.»

Alex me estudia como si estuviese decidiendo qué hacer conmigo ahora que sabe que no somos

pareja. *De todo, por favor.*

—Apunta mi número.

Me doy cuenta de que no es una pregunta.

¿Esto acaba de pasar?

No respondo. No sé qué hacer. Todo esto me pilló por sorpresa.

Alex pone los ojos en blanco, parece desesperarle la idea de que alguien le esté haciendo perder el tiempo:

—¿Te molo o no? Apunta mi número, tío.

A Gala le empieza a dar un ataque de tos. Bueno, mejor dicho de celos.

Los dedos de Alex repiquetean sobre la madera. Se rasca el cuello y me mira, algo irritado.

—¿Te lo tienes que pensar mucho o qué?

Un mechón de pelo le cae hacia abajo dibujando una curvatura perfecta. Me imagino ese mismo mechón pegándose con el sudor de su frente. Moviéndose adelante y atrás mientras nuevos mechones caen a la altura de sus ojos y revolotean entre gemidos.

—Eric, te está hablando a ti.

Las mariposas de mi estómago han dejado de dar vueltas para terminar bailando *La Macarena*. Por un momento creo que nada es real, que todo forma parte de un sueño, ese en el que te despiertas en la mejor parte. Supongo que a mí me tocará hacerlo ahora. Y cierro los ojos. Pero al abrirlos todo sigue igual: Alex y Gala me están mirando, y algunas personas han dejado de hablar para prestar atención a lo que ocurre en nuestra mesa.

Eric, concéntrate. Te está pidiendo que anotes el número.

Sí, lo sé.

Pero vas a contestarle que no.

¿Y eso por qué?

Porque soy tu conciencia y te aseguro que no es buena idea. Si lo haces, ¡sabrán que eres gay!

Ah, ya.

—No voy a apuntar tu número. —Me oigo decir.

El rostro de Gala se relaja.

—¿Por qué no? —quiere saber Alex.

Por el puto armario, que si no te pegaba un morreo que ni el molino de Don Quijote.

Alex parece confuso, pero no está cabreado. Es como si no esperase la negativa. Como si nadie lo hubiera rechazado nunca y de repente se sintiera inexperto, sin saber muy bien qué hacer.

—Creo que te has confundido con mi amigo —suelta Gala.

—La pregunta se la he hecho a él. Por cierto, tienes chocolate en un diente. Límpiате.

¡Borde!

Gala da un respingo y se lleva las manos a la boca, avergonzada.

—Eres un cabrón.

Pero en realidad me lo dice a mí, por no avisarla antes.

Ahora mismo, aunque por dentro me sienta flotando en una nube (tiene forma de plátano gigante y Alex empieza a metérselo en la boca), la imagen que proyecto es muy distinta. Me esfuerzo por parecer frío y serio.

—¿Vas a decirme algo o qué? —me dice él, mirándome a los ojos.

—No soy gay.

Esas tres palabras se convierten en una especie de bote salvavidas.

—Está bien, siento haber molestado.

Sus amigos lo esperan con aplausos y comentarios sarcásticos hasta que Alex los manda callar a todos. La cafetería se llena de un silencio espeso y ojos curiosos que revolotean entre su mesa y la nuestra.

Durante unos segundos nadie dice nada porque están demasiado ocupados asimilando lo que acaba de pasar.

Nosotros también.

Llego a casa con la sensación de verla por primera vez. Todo parece diferente. Me siento torpe al entrar en mi cuarto porque ahora lo veo más grande. Esa estantería queda de maravilla, en serio. ¿Has visto el color de las paredes? Me encanta ese azul, está más intenso. Como recién pintado. Pero no huele a recién pintado. De hecho, creo que debería abrir la ventana para ventilar un poco.

El color de las paredes está igual, Eric. Sigues feliz y nuestro estado de ánimo puede influir en la percepción de las cosas.

Tiro la mochila al suelo y me siento en el borde de la cama con el diario. Espera..., ahora que lo pienso, esto no es precisamente un diario. Los diarios de la tienda tenían portadas infantiles y esto se parece más a un simple cuaderno rojo. Por dentro las páginas son completamente blancas, sin rayitas ni cuadraditos. Agobia que esté tan *limpio*. No invita a mancharlo con tinta de boli Bic. Y aun así, le quito el tapón y lo sujeto entre mis labios. Necesito escribir las cosas que aún no me atrevo a compartir en voz alta, pero que llevan demasiado tiempo dentro de mí. En realidad, esta es otra forma de sacarlo.

A propósito, dicen que es posible adivinar cómo te sientes si analizas la línea que formas al escribir. Si la línea se curva hacia abajo significa tristeza, nervios, preocupación, baja autoestima... La línea ligeramente curvada hacia arriba sería todo lo contrario.

Se puede deducir hacia dónde va mi línea ahora.

Con la erección me ha pasado lo mismo.

~~erección~~

Tacho «erección» porque me parece obsceno. Luego vuelvo a escribirlo. Dudo si tacharlo de nuevo. Al final lo dejo. Puedo escribir lo que quiera.

Pájaro.

Ballena.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Por.

El.

Culo.

Te.

La.

Cuando mi móvil empieza a sonar, ya sé quién es antes de mirar la pantalla. Gala ha tenido que irse en mitad de la clase para acudir a una cita con el médico, habrá vuelto a casa y querrá hablar sobre todo lo que ha pasado. Pero no quiero hacerlo, porque eso supondría evadirme de la maravillosa sensación con la que consigo flotar ahora. ¡Que a nadie se le ocurra bajarme de la nube antes de tiempo! Cuando la musiquita infernal del teléfono se consume y el silencio regresa, no lo hace solo. Una pregunta cruza mi cabeza, como un peatón saltándose un semáforo en rojo:

¿Desde cuándo Alex es gay?

Quizá lo ha sido toda la vida y nuestros prejuicios lo hayan etiquetado como «hetero indiscutible». Odio las etiquetas. ¿Quién las ha inventado?

Vuelvo a recordar al chico gay del que me ha hablado antes Gala. ¿Guardará su novia también un secreto así? ¿Una aventura con otra chica? ¿Sexo esporádico con un hombre veinte años mayor? Me alegra no estar metido en una relación como esa, aunque la que esté teniendo conmigo mismo no sea precisamente sana. Se supone que no debería tener miedo a decir en voz alta que soy gay. No sé, estoy en la universidad y tengo la suerte de vivir en Madrid. Además, hay muchos chicos de mi edad que han salido del armario y su relación con sus amigos no ha cambiado. Tan solo una minoría cerrada de mente puede provocarte algún que otro dolor de cabeza.

Repito, estoy en la universidad. No va a pasarme nada.

La teoría nos la sabemos todos, pero en la práctica... Joder, no puedo. Debería buscar dentro de mí para saber de dónde sale ese miedo atroz. No es bueno sentirme como me siento ahora, presionado, como si alguien estuviese obligándome a desnudarme delante de cientos de alumnos y ese alguien fuera yo. Decido darme una tregua y apartar esos pensamientos, aunque inmediatamente vuelvo a pensar en Alex. Escribo su nombre en el cuaderno. Me gusta. Después añado el mío.

Alex y Eric.

Eric y Alex.

Cambio la Y por una X. Eric x Alex. Podría escribirlo borracho en el baño de cualquier discoteca de Madrid, ambos impresos entre números de teléfono donde el amor no contesta, y nombres de enamorados que un día juraron ser para *siempre*, y *siempre* terminó siendo demasiado tiempo.

Bueno, ya.

Voy a cerrar el cuaderno antes de seguir con mis frases poético / filosóficas.

Luego sigo escribiendo. Cuando se me pase mi Aristóteles interior. Quizá sea Kant. O el pavo.

Aristóteles x Kant.

Al día siguiente, Gala evita sacar el tema, pero los dos estamos pensando lo mismo, así que al final me lanzo a la piscina:

—¿Parezco gay?

—No, te lo juro. Pero Alex tampoco y ¡sorpresa! Es maricón.

—Gay.

—Eso.

—Entonces, ¿por qué me ha pedido el número?

—No lo sé. Creo que le gustas y ya. No lo habrá pensado. Esas cosas no se piensan.

—Vale.

—En serio, no te rayes por esto.

—Vale.

Gala ha sonreído, esta vez divertida.

—Ahora las tías van a tenerte una envidia increíble. Hasta yo me he puesto un poquito celosa.

—¿Tú? ¿Celosa? *Qué va, mujer*—. En fin —Gala sacude la cabeza—, va a ser verdad que todos los guapos son maricones.

—Gais —vuelvo a corregirle.

—Eso, gais. Menudo desperdicio.

¿Desperdicio?!

Estoy a punto de soltarle una fresca, pero al final me retengo. Espero que me dé algo de tregua lingüística, porque no quiero discutir.

—No me apetece nada la clase de Derecho —comenta entonces—. En serio, qué pereza de mujer.

—Mierda, se me está pasando la mañana súper lenta.

—Y a mí. —Se estira y se levanta—. Bruno y Melissa han entrado directamente a clase. Les he pedido que nos guarden sitio.

Sonrío, pero me noto raro. No sé. Se supone que debería estar contento por lo que ha pasado con Alex. ¿Por qué no puedo simplemente disfrutarlo? Cada vez que hablo, me obligo a medir mis palabras. Pienso las cosas dos, tres y cuatro veces antes de contestar, y termina siendo agotador.

Siento que me ahogo continuamente, como un pez boqueando en la superficie.

En Derecho, el tiempo siempre transcurre más lento que en el resto de las asignaturas. Es como si la profesora hubiese hecho un pacto con los minutos y estos se transformasen en horas. Mi

cabeza bucea entre distintas alternativas para sobrevivir al aburrimiento. La opción más fácil y tentadora es pensar en Alex, pero he preferido hacer un descanso. Ha pasado un día desde que se acercó para pedirme el número y probablemente no volvamos a hablar. *El tren solo pasa una vez.* A mí el suyo me ha pasado por encima.

Bruno está jugando a minijuegos y Melissa le pega algún que otro codazo para que preste atención. Gala está a mi izquierda. Ha dejado de tomar apuntes, pero está tranquila porque sabe que puede pedírmelos luego. Aunque esta vez yo no estaría tan confiado. De hecho, necesito ponerme al día con la asignatura si no quiero dejarla para junio.

—Te juro que como tenga que estudiarme todas las leyes me va a dar algo.

—Solo las importantes —contesto para tranquilizarla, pero la verdad es que no tengo ni idea.

En total seremos más de noventa alumnos, aunque siempre aparecemos la mitad y la gran mayoría, en estado vegetal. Bruno por los menos está matando dragones. No sé.

La profesora empieza con el temario nuevo y nos plantea una situación en la que el cliente es denunciado porque su campaña infringe la ley.

—¿Y la agencia de publicidad? ¿No debería ser ella la que respondiese? —pregunta un chico del fondo.

—El anunciante confía en la agencia, pero es este el que se come el marrón si la agencia no hace bien su trabajo. —Hace una pausa para añadir dramatismo y, por un fugaz momento, me recuerda vagamente a mi hermana. Ella también suele jugar con ese tipo de silencios—. Es injusto, sí. Pero así es la ley a veces.

La puerta se abre hasta la mitad y una voz grave pide entrar en el aula.

Por. Qué. Tiene. Que. Tener. Una. Voz. Tan. Sexi.

—Pasa, Alex. Y acuérdate de cerrar la puerta.

El corazón empieza a latirme más deprisa.

A mí lo que me parece injusto es que este chico me ponga tanto. ¡Es guapísimo!

Sus ojos se acercan peligrosamente a los míos. ¿Qué está haciendo? Echo instintivamente el cuerpo hacia atrás, pero la distancia se hace mínima entre nosotros. No entiendo nada. ¡Acaba de sentarse a mi lado! Trato de mantener la compostura sin que se me note nervioso. Solo espero que no me hable. ¡Ni se le ocurra! Oír su voz tan cerca de mi oreja puede complicar seriamente el estado de mi entrepierna.

Gala me da una de sus famosas pataditas.

—¿Qué le pasa a este? —Leo en sus labios.

Me limito a encogerme de hombros y finjo hacer caso a la profesora, pero está claro que a partir de ahora solo puedo pensar en el espacio ridículo que evita que nuestros cuerpos se toquen. Un movimiento tonto y mi hombro chocará con el de Alex, mi brazo podría rozar su piel y yo me empaparía de su energía electrizante, provocándome una experiencia en la que solo podría salir con la cara roja. ¡Yo así no puedo coger apuntes! Los dedos me tiemblan y me confundo de letras. Escribo hola sin h. Me como las tildes. Juicio no es con g, es con j.

Eric, céntrate.

No puedo. El sudor de mis manos ha comenzado a mojar el teclado. También escribo más lento.
¿Qué me pasa?

Te pasa él.

Estoy nadando en mis pensamientos cuando noto que alguien da golpecitos sobre mi brazo. Mis músculos se tensan de forma automática. El contacto es frío y delicado. Se trata de Gala, quiere que le enseñe el ordenador para copiar la última frase. ¡Falsa alarma! Me tranquilizo y le respondo que yo tampoco la he apuntado. ¿Con Alex tan cerca? ¡Imposible! Hablando de apuntar... Cupido, ¿estás ahí? Supongo que debo darte las gracias.

En ese momento, algo caliente me toca la piel.

No es una flecha. Tampoco Gala.

El contacto es demasiado distinto a todo lo que me haya tocado nunca. De hecho, siento que lo experimento por primera vez. Llevo la mirada al punto de calor que se concentra sobre mi mano y encuentro encima la suya. Entonces, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, los dos nos miramos a la vez.

¿Habrá sentido lo mismo que yo?

Probablemente la fila entera se haya enterado de esto, tanto Bruno y Melissa como Gala. También puede ser que no les haya dado tiempo. Para no arriesgarme, la retiro rápidamente y el contacto se pierde. Y es una mierda. Al hacerlo, siento como si me faltase algo. Y no hablo solo del aire (por eso de que estoy aguantando la respiración), es como si mi mano estuviese ahora tremendamente fría, congelada.

El Chico de los Ojos Azules responde alargando el brazo y volviendo a tocarme con dos dedos, en una caricia inocente con la que consigo abandonar el frío. Su tacto es duro y suave a la vez, como si no estuviese acostumbrado a ser cariñoso y se esforzase para no ejercer demasiada fuerza sobre mí. Disfruto empapándome de su calor, y me quedo quieto a pesar de que sus dedos han empezado a subir hasta deslizarse por el teclado, por lo que la sensación de que Alex consigue llevarme de vuelta al verano dura apenas unos segundos más.

Después se acomoda en el asiento y me dedica una sonrisa lobuna. Cuando vuelvo a mirar la pantalla de mi ordenador veo que ha dejado escrito su número de teléfono.

Con un rápido clic, cierro el documento Word en el que tomo apuntes y miro hacia mi izquierda. Gala está concentrada en la nueva colección de Zara, Melissa sigue anotando como una posesa y Bruno ha enterrado la cabeza entre sus brazos, seducido por el aburrimiento.

Hasta que termina la clase, tengo especial cuidado en no volver a abrir el archivo de los apuntes de Derecho, por si alguno de mis amigos descubre el número. O sea, la sensación es igual a la que tienes cuando alguien te coge el móvil y busca fotos en tu galería, porque pueden descubrir por error las *otras fotos*.

No sé si me explico.

Hay cosas que ni tu familia ni tus amigos deberían ver.

Estoy cenando con mi familia, obligándome a tomar otro sorbo de una sopa que ya ha perdido su calor. No tengo mucha hambre, pero hasta que termine el plato mi madre me tendrá encadenado a la silla. Sin excepciones. Miro a mi hermana Laura, ella ni siquiera ha probado la sopa en cuanto ha sabido que era de pescado.

Físicamente, mi hermana y yo no nos parecemos en casi nada. Pelo largo y castaño, pestañas cortas, labios finos y pequeñas pequitas que forman un puente sobre su nariz. Yo en cambio tengo el pelo rubio y las pestañas más largas. Laura está estudiando magisterio, aunque no le gustan los niños. No es que le tenga manía, pero son muchas las cosas que me molestan de ella. Por ejemplo, eso de que solo nos llevemos un año y que nuestras facultades lleguen a chocarse los cinco cada mañana por su proximidad.

—¿Vas a quedar con Alex? —suelta sin venir a cuento.

Se frota las manos al ver mi reacción. Es la reina del cotilleo.

—¿Por qué lo dices?

—Los rumores vuelan, campeón. Y, ya sabes..., aquí tu hermanita ¡se entera de todo!

—Sí. Lo sé. Cállate.

—Uy, ¡pero si te has puesto nervioso!

—No es verdad.

—Es que es muy fuerte. Todavía no me lo creo. ¿Alex? Alex. Dios. Jamás me lo hubiese imaginado de él.

—¿Puedes dejar el tema?

Mi padre chasquea la lengua y se remanga el jersey. No le gusta que hablemos durante la cena porque prefiere escuchar las noticias. Su llamada de atención suele consistir en hacer todo tipo de ruiditos con la boca, para al final terminar soltando algo como «Joder, ¿podéis hablar luego?».

—¿Quién es Alex? —pregunta mi madre.

Laura se echa hacia atrás y sonrío. Es como si hubiese estado esperando esa pregunta.

—Alex es el *David* de Miguel Ángel. Es que tú no lo has visto, mamá. Pero el tío está... uff. Tremendo.

Casi tengo que pasarle un babero. Observo cómo se muerde ligeramente el labio inferior antes de mojarlo con la lengua.

—Imagino que Raúl está de acuerdo con eso —digo para chincharla.

—Que tenga novio no quita que tenga ojos —se defiende, algo molesta—. Además, todo el

mundo sabe quién es Alex. ¡Hasta Raúl! No sabes cómo se picó cuando le dije que me parecía mono.

—¿Y por qué le dijiste eso? —quiere saber mi madre.

—Me lo preguntó, es culpa suya. La próxima vez le digo que solo tengo ojos para él y así se queda tranquilo. Que luego pasa lo que pasa.

—Pero si es un buenazo. Yo no sé cómo te soporta —contesto en voz baja para que solo me oiga mi hermana.

Mi madre nos mira a los dos, sigue algo perdida.

—Entonces, Laura, ¿qué pasa con Alex? ¿Te gusta?

—No, mamá. Bueno, a ver, sí. Claro que me gusta. Pero el tema no es ese. —Hace una pausa, parece pensar si dar el paso. Como lo haga, esta se la guardo de por vida. No se atreverá...—. Ayer le pidió a Eric que apuntase su número de teléfono. Una cita.

Lo ha hecho.

Los ojos de mi padre se clavan en mí como un francotirador. Ignora lo que dicen las noticias y solo coge el mando para bajar el volumen. El aire se vuelve más denso.

—¿Alex? ¿Eso es nombre de chica o de chico?

—Chico.

—¡¿Chico?! —Y grita como si acabase de ver que me sale una segunda cabeza por el cuello.

—Tranquilo, papá —dice Laura—. Estamos en el siglo...

—Y una puta mierda.

—Le he dicho que *no*. —Hago hincapié en el *no*—. No soy gay, papá. A mí me gustan las chicas.

—Eso ya lo sabemos —sentencia. Casi parece un mandamiento. Algo así como «11.º: No serás maricón»—. ¿Te ha hecho algo? ¿Te has sentido incómodo? Puedes poner una queja en la secretaría de alumnos.

—No, no puede —lo corrige mi hermana—. ¿Qué va a decir? ¿Que un chico le ha pedido una cita?

—Mira, que cada uno haga lo que quiera en su casa, pero ¿en la universidad?

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes.

—Explícate. —Laura lo está retando, tirando cada vez más de una cuerda invisible que puede romperse en cualquier momento.

—Algunas personas no necesitamos ver esas cosas.

No es la primera vez que soporto comentarios homófobos por parte de mi padre. Tiene una idea muy concreta sobre la familia tradicional y no le gusta discutir sobre eso. Es mi hermana la que cada vez se empeña en sacarle el tema. Tengo serias dudas sobre hasta qué punto lo hace para intentar abrirle la mente o si esto se acerca más a una forma de sacarlo de quicio. Laura sabe

cómo termina cualquier conversación que haga alusión a la familia. Los tres lo sabemos. Para mi padre, los hijos necesitan de una figura paterna y una materna. Sin excepciones.

—Creo que es mejor si nos calmamos todos un poco

—propone mi madre, aunque solo hay una persona que está gritando—. ¿Por qué no nos cuentas cómo ha ido tu día, Laura?

Ella se cruza de brazos y levanta el mentón, ignorando lo incómodo que se ha vuelto todo.

—Bien. Mi *crush* no se ha acercado a hablarme, como a otros... —me lanza una mirada, genial—, pero ha ido bien.

—¿*Crush*? ¿Qué es eso?

—Pues... pueden ser muchas personas. Para mí, es Alex.

Mi padre carraspea y pregunta:

—¿El maricón?

—El *David* de Miguel Ángel.

Lo oigo maldecir por lo bajo mientras mi hermana disfruta de lo que ha conseguido, picarlo.

A propósito, no me gusta oír a Laura pronunciar el nombre de Alex. Cuando lo hace ella, me suena extraño y lejano. Como si no lo conociese. Como si no habláramos del mismo chico. Estoy dándole vueltas a eso cuando mi hermana apoya su mano en la mía. La aparto instintivamente. Sigo molesto con ella por tener la boca como un buzón. Si piensa que ahora va a arreglarlo con un poco de cariño, ¡está muy equivocada!

Y en mitad de mi enfado, reconozco que ese gesto me ha recordado vagamente al que tuvo Alex conmigo.

Cierro los ojos. Vuelvo a sentir los dedos del Chico de los Ojos Azules deslizándose entre los míos para terminar apuntando su número en mi portátil. Pero la sensación era distinta. Falta calor. Además, la mano de mi hermana sigue siendo demasiado pequeña y queda ridícula en comparación a la de Alex y sus dedos kilométricos.

Las guardo en mis bolsillos, frotándolas contra la tela para hacer desaparecer ese estúpido cosquilleo.

¿Es esto una señal?

¿Debería... llamarlo?

Me tumbo en la cama y abro el diario rojo. Gala no me lo ha dicho, pero sé que le da rabia todo lo que ha pasado. Supongo que terminará fijándose en un chico nuevo. En Madrid, un buen escenario para enamorarse de la belleza masculina es el metro. En serio, no sé si el aire del andén es mágico o algo, pero ahí siempre encuentras a un tío insoportablemente sexi, que vete a saber tú dónde se esconde después.

La pregunta vuelve a repetirse en mi cabeza: ¿Y si... llamo a Alex?

Sé que es una locura y que probablemente al final no lo haga, pero quiero fantasear con la idea

de ser valiente. Enciendo el ordenador y me equivoco un par de veces al escribir mi contraseña. Los nervios, otra vez. La pantalla cambia y me muestra el escritorio con una foto de mi familia. Sin saber por qué, me siento como un intruso entre mis padres y mi hermana, como si me hubiese añadido al grupo justo antes de tomar la foto. La expresión de mi padre, seria y forzada, parece esperar el momento en el que haga clic sobre el archivo para lanzarse sobre mí y estrangularme como lo hace Homer Simpson con su hijo Bart. Aun así, entro en los apuntes de la última clase. La tinta del boli resbala sobre el cuaderno para escribir su número en pequeñito, como si fuese un secreto. Quizá me quedo mirándolo demasiado tiempo.

¿A qué esperas? Deja de darle tantas vueltas y hazlo ya.

Todavía no.

¿Y ahora qué? ¿Te vas a echar para atrás?

No estoy seguro de que sea buena idea.

Tonterías, deberías llamarlo.

No, mejor le envío un wasap. Pero ¿en qué estoy pensando? ¿Me he vuelto loco? Si le digo algo, la cago. ¡Es una pésima idea! Se lo contará a sus amigos y mañana todo el mundo sabrá que soy maricón.

Es un posible contratiempo, sí.

¿Y por qué no me has avisado?

Eric, soy tu conciencia. Somos la misma persona. Encantada.

En un arrebato, bajo la tapa del portátil y aprieto el cuaderno contra mi pecho. El número de teléfono parece palpitar dentro de las hojas, aunque sospecho que es simplemente mi corazón. En serio, ¿qué se supone que debo hacer ahora? Recorro mi cuarto con la mirada y tengo la extraña sensación de que el espacio se ha visto reducido. Me levanto para abrir la ventana. El aire revuelve mi pelo y cierro los ojos. Me quedo así varios minutos.

¡A la mierda!

He tomado una decisión.

Vuelvo a encender el portátil, busco en la carpeta de los apuntes y clico en el enlace de la última clase. Voy bajando hasta llegar al final de la hoja y encuentro su número anotado. Antes de pinchar en la tecla, lo miro durante unos segundos. Después, los números desaparecen y en su lugar solo queda un espacio blanco. ¡Lo he borrado! Me aseguro de tacharlo también en mi cuaderno, deslizando el boli por encima con movimientos rápidos y horizontales hasta cubrirlo de tinta azul.

¿QUÉ ACABO DE HACER?

Me arrepiento inmediatamente. ¿Soy tonto? Pulso *ctrl + z*, pero como ya había guardado el documento no sucede nada. No aparecen números.

Pruebo de nuevo. Por si acaso. Yo qué sé.

Al final cierro el ordenador y lo intento con el diario. Empiezo a descifrar los números bajo el tachón de tinta. Sé que el primero es un seis... Después viene un cinco. ¿Es eso un ocho? Vale, no;

al final va a ser un nueve. Es un nueve un poco raro, lo mismo es un ocho. Nueve, definitivamente. 659... Creo que después va un tres. Vale, estoy un ochenta por ciento seguro de haber anotado el número correctamente. Me siento como Sherlock Holmes en una versión más *light*. No puedo dejar de sonreír, celebrando mi pequeña victoria. Y en mitad de la euforia, un nuevo sonido me hace quedarme pálido:

—¿Sí?

Es su voz. La voz de Alex.

Los ojos se me agrandan.

Me doy cuenta de que sin querer le he llamado. LE HE LLAMADO. Me tapo la mano con la boca y cuelgo. El corazón me va a mil. Suelto el móvil sobre las sábanas, como si tuviese miedo a tocar la pantalla y volver a pinchar en su contacto. Cuando estoy nervioso, soy súper patoso.

Alex no tarda en devolverme la llamada. ¿Por qué ha tenido que hacerlo? O sea, yo lo habría dejado pasar. Es lo que suele hacer la gente, ¿no?

Me niego rotundamente a responder.

¿Eres imbécil? Haz el favor de coger ese móvil. Vamos, tú, sí, tú. Ya va por el tercer tono. ¡Corre, sin pensarlo!

—¿Hola? —se le oye desde el otro lado.

—Hola...

Eric, menudo «hola» de mierda te ha salido.

Estoy nervioso, cállate.

—Tengo una llamada desde este número.

Lo sé, e imaginarte ahora al otro lado de la línea no ayuda a calmarme.

—Sí, eh... Esto... Me he confundido, lo siento.

—¿Eres Eric?

Silencio.

—¿Hola?

Se me cierra la garganta.

—No cuelgues, tío.

No le cuelgues. Ni de coña.

—Me he confundido —repito, sintiéndome estúpido y decidido a cortar la llamada.

—Quedamos en una hora en plaza de España.

—¿Qué?

Al principio tengo mis dudas sobre si lo he oído realmente o se ha producido solo dentro de mi cabeza.

—En una hora. Son las 22.29. A las once y media en el banco de la fuente. La de Don Quijote no, la primera. ¿Sabes cuál te digo?

—Sí, sé cuál dices. Pero no voy a...

—... llegar tarde —añade Alex—. Y no deberías. No me gusta esperar a la gente. Sé puntual.

Voy a decirle que no pienso ir, pero el móvil se apaga y se convierte en un trozo de metal muerto.

¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer?

Prepararte para la cita.

Pero si voy...

No empieces de nuevo. Tú vas y punto.

Abrazo la almohada y respiro con fuerza. ¡Esto es una locura! Lo más sensato es quedarme en casa y no hacer nada. Aunque por otro lado, la idea de estar con él en una especie de cita hace que me lo piense dos veces. ¿Debería...? No, por supuesto que no. Es un chico, y se supone que soy heterosexual. Sin embargo, me apetece tanto quedar con él... Tampoco creo que pase nada si voy un rato, ¿no?

Necesito distraerme con algo para tranquilizarme. Oigo a mi madre tararear la estrofa de una canción y me quedo pensando en ella. Mi madre se ha montado una especie de estudio de pintura en el salón, y ahora cada vez que entra alguien saca las uñas. No podemos tocar nada, pero ella se permite el lujo de manchar la tapicería con óleo o acuarelas. O sea, sigue con un humor bipolar desde que una vieja amiga de Bellas Artes la llamó para proponerle hacer una exposición. Ahora tiene que presentar diez obras nuevas y exclusivas, con un margen de tiempo de un mes. Vamos, está atacada.

Hace una semana tuve una conversación con ella más o menos así:

—¿Y por qué no puedes poner un cuadro antiguo?

—La exposición tiene que ser completamente nueva. Irá gente importante y mis clientes más fieles. No puedo sacar nada que ya conozcan o les suene. Debo crear algo atrevido, innovador, ambicioso.

—¿Y de momento cuántos llevas?

—Eric, así no ayudas a tu madre. Un artista necesita inspiración antes de enfrentarse al lienzo.

—Ah, ya. Es como en la publicidad.

—No tiene nada que ver. El arte es arte. La publicidad es otra cosa muy distinta.

Y yo no sabía si sentirme ofendido. Pero la verdad es que me dio igual.

Por cierto, mi madre no es famosa ni nada a nivel internacional, pero en España es reconocida en su sector. Quién sabe, quizá la misma mujer que me sirve un plato de lentejas sea la nueva Frida Kahlo.

Vuelvo a pensar en la cita con Alex y todo se convierte en un mar de dudas. ¿Qué hago? Aún estoy a tiempo de no fastidiar nada. No es buena idea quedar con él. Puede vernos alguien más o que Alex se lo cuente a sus amigos.

No te lo pienses y vístete ya.

Me muerdo el labio inferior. Transcurren cinco largos minutos en los que el sí y el no se agitan en mi cabeza, empiezan a dar vueltas y hasta se marcan un tango. El espectáculo de dudas termina y, por fin, mi cuerpo reacciona y se pone en pie. ¡En marcha! Si quiero llegar a y media, tengo

veinte minutos antes de salir de casa. Corro al baño a lavarme los dientes, después me visto con una camiseta básica blanca y un pantalón vaquero.

Estoy demasiado nervioso. ¡No puedo creerme que vaya a tener una cita con ese chico!

Es una persona igual que tú.

Pero sigue siendo Alex. Solo espero que mis padres y mi hermana no me hagan demasiadas preguntas. ¿Qué les digo?

—Voy a dar una vuelta —comento minutos después.

—¿A estas horas? —pregunta mi madre, que ha ido a la cocina para limpiar un pincel y tiene otro apoyado en la oreja.

—Vuelvo pronto, he quedado con unos amigos.

—Mañana tienes clase. Antes de las doce y media en casa.

—Sí, mamá. —Le doy un beso con cuidado, para no mancharme—. Cuando vuelva, quiero ver cómo has avanzado con el cuadro.

Sus ojos chispean y sonrío. El mejor truco para tenerla contenta es interesarse por sus cosas.

Cuando salgo al exterior, siento un cosquilleo en los dedos de los pies. Estamos en octubre y el frío empieza a hacerle frente al que ha sido el verano más largo y caluroso desde hace mucho tiempo.

Tendría que haberme cogido una chaqueta. Podría subir un momento a por ella...

Che, che. Tú a casa no vuelves, que si no al final te rajas.

Tendría que haber meado antes de salir.

Son los nervios.

También tendría que haberme quedado en casa y no quedar con Alex.

Pero eso aún no lo sabía.

Es una mala idea. Una idea horrible. Debería golpearme en la mejilla con la mano abierta antes de meter la cabeza debajo de la alcachofa para espabilarme. Es lo que se suele hacer cuando se está demasiado borracho: agua fría chocando contra la nuca. Sería una buena forma de despertar, de vislumbrar los dientes que se asoman bajo esta brillante realidad idílica. La misma realidad que puede terminar mordiendo mi carne, como un perro hambriento y salvaje.

No va a salir bien. Si pienso lo contrario, es mentira. Debe de ser mentira. Un espejismo.

Me siento como si hubiese decidido que es un buen día para complicarme la existencia. Solo un necio seguiría adelante con el plan. Y aquí estoy, en mitad de plaza de España, un campo de batalla casi desierto. El aire flota de forma pesada, moviendo las hojas de los árboles y tejiendo secretos entre sus ramas, testigos de nuestra cita.

Se supone que Alex no debería de estar muy lejos.

Minutos después creo haberlo visto entre las sombras. ¿Era realmente él? Noto en mis pies unos golpecitos, casi unas palpitaciones. La experiencia se repite en mis muñecas y orejas. Es como si el corazón se hubiese dividido en trozos y todos se moviesen a la vez.

Vale, no. Es demasiado delgado para tratarse de Alex. Falsa alarma.

Reviso el móvil con la esperanza de encontrar algún mensaje suyo, alguna explicación.

Nada. Ni siquiera está en línea. ¿Y si ha cambiado de idea?

La lógica me invita a volver a casa. Es de noche, mañana hay universidad y tampoco es que me apasione complicarme la vida con esto de empezar a verme con un tío. Tendría que haberlo pensado mejor antes de precipitarme a venir.

Bajo la escalera en dirección al metro, ahora sin dolor de tripa, pero con los mismos nervios que al principio. Cuando estoy sacando el abono de transporte de la cartera, me cruzo con un chico que lleva puesta una chaqueta de cuero y pantalones rotos y sube en sentido contrario.

El tiempo parece detenerse.

No me atrevo a seguir bajando más escalones y él no vuelve a hacer ningún movimiento. Es como si ninguno de los dos supiésemos qué hacer ahora. Nos mantenemos así durante unos cinco segundos, quietos como estatuas.

Lo primero que pienso es en que no recordaba que sus ojos fuesen tan azules. Lo segundo, «ha venido. Al final ha venido. Está sucediendo de verdad».

Aguardamos un poco más sin decir nada, creando un pulso invisible, una tensión peculiar, entre incómoda y excitante.

Al final, es Alex quien se lanza a hablar primero:

—¿Tan pronto te vas? —Su voz suena terriblemente sexi.

—¿Tan tarde llegas? Empezaba a pensar que habías cambiado de opinión.

Pero en realidad quiero decirle: «Alex, qué guapo eres, coño».

—¿Y por qué has pensado eso?

—Porque llevo esperándote casi media hora.

—Lo sé.

—¿Y te parece normal?

—Me parece que has estado esperándome casi media hora.

Pongo los ojos en blanco.

Alex estudia mi reacción levantando una ceja y después dobla sus labios en una mueca rara. ¿Qué se supone que significa eso?

—Bueno, ¿no vas a decirme nada? —Lo veo encogerse de hombros con indiferencia. Lo de este chico es increíble—. En serio, ¿nada? ¿Ni perdón o un «siento haber llegado tarde»?

—Siento que he llegado cuando tenía que llegar. Eso es todo.

Ya está bien. Este chico es imbécil.

Decido que es buena idea empezar a bajar la escalera, pero antes de dar el primer paso una señora protesta de forma exagerada y suelta un «estás en medio, haz el favor de quitarte». Casi me aparto de un salto y ahora estoy más cerca de Alex. Intento reanudar mi marcha, aunque todo se vuelve más complicado. Una bocanada de aire desfila fuera de la boca de metro y le revuelve el pelo. El movimiento de su cabello me invita a respirar su aroma a chocolate. Mis sentidos abren los ojos y se empapan de cada detalle de su cuerpo, parecen tratar de estirarse como manos invisibles que lo acercan hasta tocarnos. Necesito hundir los dedos en el nacimiento de su pelo. Necesito que él hunda los suyos dentro de mi boca mientras yo la cierro.

Deslizo la mirada hasta sus labios, gruesos y acogedores. Besarlos tiene que ser increíble.

—No dejas de mirarme la boca.

El calor se concentra en mis mejillas.

—¡No estaba mirando eso!

—Entonces ¿qué era?

—Aún estoy esperando a que me pidas perdón por llegar tarde. La próxima vez no te espero ni cinco minutos.

—Ahí está tu primer fallo, pensar que he llegado tarde. —Se pasa la lengua por los labios y sonrío de forma canalla—. No he llegado tarde, Eric. Te he hecho esperar a propósito.

—¿Y eso por qué?

—Porque me salía de los cojones. ¿Te parece bien?

Guau, este tío es realmente imbécil.

—Esto es una invitación en toda regla.

—¿A qué?

—A que me vaya a casa.

Alex tuerce el morro mientras lo veo sacar de su bolsillo un paquetito de chicles.

—Antes tenemos una cita. Por cierto, aún no he decidido si habrá próxima vez. Yo que tú la aprovecharía al máximo. Es un consejo.

—¡Ni yo! De hecho creo que te vas a quedar con las ganas. ¡Por chulo!

Alex suelta una carcajada y yo clavo las uñas sobre las palmas de mis manos. Es como si estuviese decidido a tocar todos los botones de mi cuerpo en los que se lee un cartel que dice «Peligro, no molestar». Y el muy cabrón los está pulsando a la vez. No uno por uno. A la vez.

—A mí no me hace gracia.

—Eso es porque no has visto la cara que se te ha quedado. —Me saca la lengua y yo agunto mi impulso de agarrarla y metérsela por el culo—. Anda, vámonos de aquí.

Quiero protestar, pero entonces Alex hace un movimiento veloz con el que consigue meterme un chicle dentro de la boca. ¿De dónde lo ha sacado? ¿O lo tenía ya preparado? Sorprendido, mis dientes lo mastican de forma automática. Menta.

—¿Por qué has hecho eso?

—Quería verte usando la boca.

Esas últimas palabras encuentran otro botón en mi cuerpo. Uno en el que me incita a bajarle el pantalón y hacerle una paja en mitad de la calle.

Eric... céntrate. ¡Estás desatado!

Con Alex es blanco o negro. Un todo o nada.

El Chico de los Ojos Azules tira de mi mano. Al hacerlo, un escalofrío recorre mi espalda y siento que mi fuerza de voluntad me abandona. Caminamos un poco más así hasta que decide soltarme. Me quedo con una sensación rara, como cuando de pequeño un adulto te chincha fingiendo haberte robado la nariz. «Tengo tu nariz, tengo tu nariz, ¿quieres que te la devuelva?» y doblan los dedos para enseñar lo que sería la punta de tu preciosa nariz, pero que en realidad no lo es y tú en el fondo ya lo sabes. Yo ahora quiero que Alex me devuelva algo, pero aún no sé muy bien el qué.

Al mirarlo esta vez, siento como si una muralla se hubiese abierto entre nosotros desde que hemos abandonado la boca del metro. ¿Será porque estamos metiéndonos en la del lobo? Camina ligeramente encorvado, como si protegiera un secreto. Lo imito. A mí tampoco me apetece que me reconozca nadie.

—Vamos a un sitio más discreto.

Llegamos a una zona en la que los árboles forman una hilera. No puedo evitar recordar las veces que habré hecho botellón con Gala y mis amigos en ese sitio. Pero Alex no se detiene. Sigue andando un poco más, hasta acercarse a un banco casi oculto por la vegetación que lo envuelve. Hasta este momento, no sabía de la existencia de este rincón.

—Siéntate ahí —dice señalando el banco con el mentón.

La oscuridad nos empapa como lluvia en un día de tormenta. No dejo de pensar en que este

sitio es demasiado siniestro para andar por la noche. Si bien puede resultar práctico para follarse, también lo es para recibir un navajazo y sufrir un robo.

—¿Ahí? —Me siento torpe al preguntarlo, como un niño asustado.

—Sí. ¿O prefieres sentarte en mitad de la plaza?

—No, claro que no.

—Entonces siéntate ya.

No soporto la forma en la que me lo exige.

Escupo primero el chicle y después me enfrento a él:

—Ni se te ocurra volver a hablarme así. ¿Queda claro?

—Te he hablado como lo hago con todos.

—¿Has quedado con más chicos?

—No. Ni de coña. —Y pone una cara de asco que no me gusta ni un pelo.

—Vale. Entonces, empezamos por la base de que yo no soy como todos. A partir de ahí, espero que me hables con respeto y educación. ¿O tus padres no te han enseñado nada?

Ha sido al mencionar a sus padres cuando le han brillado los ojos. Tan rápido que casi no lo veo. Después ha vuelto a ponerse la máscara, esa con la que parece no tenerle miedo a nada.

Pero ahora sé que en realidad esconde algo.

Una herida grande y abierta respira dentro de él.

No me atrevo a preguntarle nada en relación con sus padres, porque algo me dice que sería entrar en terreno pantanoso.

Alex recorre mi cuerpo con su mirada y me hace sentir desnudo. El detalle de sus facciones, perfectamente marcadas bajo la poca luz que la luna proyecta sobre él, hace que me recuerde a un personaje de película que luego termina convirtiéndose en lobo.

—Siéntate —repite.

Obedezco sin vacilar.

El chico se ata la chupa hasta la altura del cuello. Al sentarse, lo hace más separado de lo que a mí me hubiese gustado. Después, silencio. Tan solo se oye a las ramas hacer música con sus hojas. Pronto se suman nuevos sonidos, como si el viento los estuviese coleccionando: el motor de tres coches circulando por la zona, los zapatos de un señor al pasar por donde estamos. Este último no nos mira y, aunque lo hiciese, debería haber estado muy atento para reconocer esas dos figuras que se esconden en la negrura. Segundos más tarde, Alex parece querer decir algo, pero el ladrido de un perro que husmea en nuestro rincón lo frena. El propietario tira de la correa y sigue paseando, ajeno a todo.

No vuelve a suceder nada más. Tampoco entre nosotros.

Miro un par de veces el móvil. Alex me imita. Vuelvo a guardarlo dentro del bolsillo. Lo saco una vez más para fijarme en la hora. Dentro. ¿Eso era un mensaje? Fuera. Pues no. De hecho, no me falta ninguno por contestar. Dentro.

Imagino que esta no es la idea de cita con la que venías en mente. Venga, deberías empezar

preguntándole algo si no quieres prolongar el momento incómodo.

¿Y qué le pregunto?

Cualquier cosa, Eric. Es para romper el hielo. Pero por si acaso... nada de mencionar a sus padres, ¿entendido?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde cuándo sé el qué. —Mientras lo dice se remueve en el asiento y me fulmina con la mirada.

Me inclino un poco hacia él, como si fuera a hacerle cómplice de un secreto.

—Eh... pues eso... lo de que eres gay.

Alex cierra los ojos. Se los frota con ambas manos mientras echa la cabeza hacia atrás y chasquea la lengua. Está claro que ha recibido la pregunta como un ataque personal.

—Paso de hablar de eso.

—Vale. —Pienso en una nueva pregunta—. Bueno, ¿por qué querías quedar conmigo?

—Y yo qué sé.

—¿Qué?

—No sé qué contestarte, tío.

Perfecto, alargar algo que no nos lleva a ninguna parte no entra dentro de mis planes.

—Me voy a ir —digo levantándome—. Creo que los dos estamos perdiendo el tiempo.

—No te vayas, tío.

Tío. Tío. Tío. ¿Es que no sabe decir nada más?

—Estoy incómodo. Además, parece que tú tampoco estás a gusto y es evidente que no soy tu tipo. No pasa nada, prefiero volver a casa. Tengo mejores cosas que hacer.

Alex relaja los hombros y me mira.

Joder. Sus ojos.

—Lo siento, de verdad. Para mí es la primera vez que quedo con un tío. No sé muy bien cómo va.

¿Ves como sí le gustas? Y tú dramatizando por nada. El chico está nervioso, solo eso. Al final no es tan «Alex» como tú pensabas. También tiene corazón.

Sonrío y decido que es buena idea acercarme un poco a él. Al hacerlo no protesta, aunque tampoco parece agradarle.

A ver, ¿en qué quedamos? Ahora mismo no sé cómo interpretar su reacción. ¿Debería volver a mi sitio?

Tú quietecito ahí. Y muévete solo si es para ponerte encima.

—Como ya te he dicho, es la primera vez que quedo con un tío. Me siento raro. Perdona —dice agachando la cabeza.

—Supongo que esto es igual que cuando quedas con una chica. No lo sé. Nunca he tenido una cita. —Hago un rápido repaso mental y veo que estoy equivocado—. Bueno, miento. Una vez quedé con una tía.

—¿Una tía?

—Sí, soy heterose... —No termino la frase. Joder. La costumbre—. Da igual. Con una tía. No hicimos nada que merezca la pena recordar. Hablamos un poco y terminamos liándonos. Supongo que es eso que haces en el instituto para que la gente deje de cuestionar tu orientación sexual. Aunque en parte también lo hice por mí. Necesitaba saber si me gustaba o no la experiencia, por eso de que antes me atraían las chicas.

—¿Te atraían las chicas?

—Sí, pero creo que fue justo antes de aprender para qué servía el pene.

—Ah, vale.

No sé por qué digo eso último.

—Entonces, ¿hiciste algo más con ella?

—Eh..., no. En realidad, soy virgen.

—¿Virgen? ¡No me jodas!

—No es tan raro.

—Estoy seguro de que eres la única persona virgen en toda la universidad.

—Venga, tú hazme sentir peor.

—Seguro que oportunidades tampoco te habrán faltado.

—¿Es eso un piropo?

—Tampoco te ilusiones.

Me mira y sonrío. Y yo le devuelvo la sonrisa.

A partir de entonces la conversación fluye con naturalidad. Pero la agradable sensación no tarda en desvanecerse poco a poco, como si un veneno se extendiese sobre el aire. Primero son simples detalles, como cuando se rasca el cuello y se muerde las uñas. Después me doy cuenta de que ya son tres las veces que ha mirado hacia atrás y cuatro hacia los lados. Su mirada se pierde, como si seguir el hilo de la conversación fuese un esfuerzo añadido al tener el cerebro dividido en más conversaciones internas, en las que solo dialogan él y su conciencia.

Alex observa una vez más hacia ambos lados, como si hubiese recordado algo desagradable.

O visto a alguien.

—¿Va todo bien?

—Eh, sí, sí. Es solo que quizás es un poco tarde, ¿no crees?

Las doce y media. Tampoco me parece tarde. Eso o estoy demasiado a gusto para irme ahora. Y es que después de pasar todos los nervios, las dudas y los miedos... no puedo irme así sin más. Quiero besarlo. Más que querer, es una necesidad. No sé si volveré a tener la oportunidad de hacerlo, o la valentía para intentarlo. Además, como no lo haga, me estaré arrepintiéndome día y noche.

Alex mira hacia atrás. Después echa el cuerpo hacia delante. ¿A quién busca?

Observo en la misma dirección y no encuentro a nadie.

Estamos solos.

—¿Nervioso?

—Un poco.

—No lo estés...

Apoyo la mano sobre la suya. Alex se pone rígido, como si todo lo que antes era carne se hubiese convertido en piedra. Me muerdo el labio inferior mientras miro descaradamente su boca. Estamos tan cerca que puedo notar cómo su respiración choca contra mis labios. Es el momento. Abro ligeramente la boca, preparada para reclamar la suya. Entonces cierro los ojos y me deslizo hacia él para dejarle escrito un beso.

Pero el beso no llega.

En vez de sus labios, algo duro y caliente impacta sobre mi mandíbula y me tira al suelo, haciéndome abandonar bruscamente el banco donde estaba a punto de besarle. Lo peor de todo es que no me da tiempo a reaccionar y mi cabeza se golpea contra la tierra. Suelto un débil quejido mientras me encojo y acerco las manos a mi cara. Al hacerlo, un dolor agudo e insoportable me obliga a apretar los ojos y detener el líquido transparente que comienza a perfilarlos.

Me cuesta encajar lo que acaba de suceder.

—Mierda. —Oigo decir a Alex—. Mierda, joder...

El peso de mi cuerpo ha levantado una fina capa de polvo que revolotea sobre mi cabeza. La tierra está tan fría que me hace temblar, pero el frío se mezcla con el desagradable calor de sentir la mejilla ardiendo.

—Hijo de puta —consigo decir, aunque al hacerlo las palabras salen débiles y espesas por mi boca.

—Cállate, por favor —me pide en un susurro—. No te muevas.

—Cabrón.

—Que te calles. ¿Puedes, por favor, confiar en mí?

Comienzo a sentir un profundo mareo, como si el suelo se columpiara. Entonces oigo unas voces que se acercan, pero no logro entender lo que dicen.

Vuelvo a llevarme una mano al labio y me estremezco al ver que me mancho los dedos.

Estoy sangrando.

La distancia entre las nuevas voces y mi cuerpo se hace más pequeña, de forma que ahora puedo oírlas con total claridad. Al principio pienso que es un grupo de gente que se ha acercado para ver qué pasaba. ¿Me ayudarán?

—¿Ese es Eric?

—No me jodas. ¿En serio?

—¡Joder! ¡Al final sí que era maricón!

—Os lo había dicho y no me hacíais ni puto caso.

—Yo también lo sabía, ¿eh?

Me quedo inmóvil. Es como si unas cadenas invisibles apretasen mis muñecas, sujetándome a la tierra contra la que difícilmente respiro. El miedo me hace cosquillas en la nuca y mi cuerpo da leves sacudidas. Solo espero que no se note demasiado que estoy temblando. Decido no abrir los ojos y esperar. Esperar y esperar. No se me ocurre nada mejor.

Aprieto los dientes. El dolor palpita en mi mejilla como un segundo corazón. Necesito limpiarme la herida antes de que se infecte. Se ha formado un charquito alrededor de mi boca y el olor metálico de la sangre me pone los pelos de punta. Tengo ganas de llorar.

—Al final nos vamos a extinguir.

El grupo de amigos de Alex se reparte en el espacio, formando un círculo. Nunca antes me había visto en una situación parecida. Quizá hace unos años en el recreo o de fiesta, cuando a los borrachos les seduce la idea de retarse a un duelo improvisado. Pero yo nunca estaba metido en el ajo. Ahora me gustaría levantarme y enfrentarme a ellos, aunque acabase recibiendo una paliza. Mi cabeza me recuerda que eso no me convertiría en alguien más valiente, aunque sí en alguien estúpido. Y el consejo de Alex se repite pareciendo poner voz a mi conciencia, «no te muevas».

—Bueno, ¿podemos irnos? —pregunta Alex.

—No, no podemos. Eric ha intentado besarte.

—Tío, es de la uni. Va a clase de Derecho conmigo.

—¿Y qué coño importa?

—Eso no era parte del trato, Álvaro. Dijiste una cita y ya la he tenido. Ahora cumple con tu palabra y págame lo que me debes.

Espera, espera. ¿Es en serio? ¿Todo esto se trataba de una maldita apuesta?

Intento contenerme.

Intento no actuar.

Intento frenar mi deseo de dar un salto y gritar a pleno pulmón.

¡Maldito cabronazo! Están a punto de joderme la vida, y todo por una estúpida apuesta. Aprieto la mandíbula. Un intenso dolor vuelve a azotarme en esa zona, pero lo ignoro. Aún no me creo que mi salida del armario vaya a ser así. Siento que todo se me viene encima, como si mi secreto fuesen ahora dos manos que presionan mi espalda clavándome en la tierra, dejándome sin aire.

Lo que para Alex era un simple juego, para mí lo complica todo. ¿Cuánto va a pagarte Álvaro? ¿Qué precio le han puesto a mi intimidación? La rabia empuja por mi boca para escupir fuego a borbotones, pero la mantengo cerrada, abriéndola únicamente para evitar ahogarme con mi propia sangre. El líquido mancha mis labios y los mantiene pegajosos. Estoy tan enfadado que podría seguir apretando la mandíbula durante horas a pesar del dolor.

—Si te lo sigues pensando, entiendo que me lo darás por las malas —comenta Alex con una escalofriante calma.

—Alex tiene razón. Te toca pagar, tío.

Se crea un silencio, como si Álvaro se lo estuviese pensando. Al final, acepta la parte que le corresponde:

—Pensé que no tendrías huevos de quedar con Eric. Un trato es un trato.

Imagino que entonces le tiende un billete, aunque no los veo.

Lo único bueno que saco de todo esto es que el impacto de su puño sobre mi cara no ha sido tan fuerte. Él, además de saber que no me ha dejado inconsciente, también me ha aconsejado que me quedase quieto sin decir nada. ¿Por qué intenta ayudarme después de tirarme al suelo? ¿Por qué debería confiar en él si me ha tendido una trampa?

—Puto maricón —dice uno. Después me escupe. Bueno, no sé si justamente él, pero alguien lo hace.

—Seguro que quería que te lo follaras.

—Cállate —le pide Alex—. Qué puto asco. —Al oírlo se me revuelve el estómago. Casi habría preferido recibir una patada.

Entonces, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, la conversación se extingue. El grupo comienza a andar y el sonido se pierde en la distancia.

¿Se han ido de verdad?

Tengo miedo de abrir los ojos y encontrármelos a escasos centímetros. Los pasos alejándose podrían haber sido perfectamente de otro grupo de personas, ¿no? ¿Y si están esperando a que yo haga algo? Pero el frío sopla con más fuerza y presiento que el calor de los otros cuerpos se ha desprendido.

Al cabo de unos minutos me entra una arcada, me encojo y abro los ojos. Al no encontrar zapatos cerca, me atrevo a estirar más el cuello. Mis ojos vidriosos recorren el espacio de forma rápida e impaciente. Se han marchado.

Mi primer pensamiento es algo como «ya ha pasado lo peor». Pero inmediatamente me doy cuenta de que no es así.

Lo peor empezará mañana.

Camino en dirección a la boca del metro. Antes de bajar la escalera, sacudo mi ropa haciendo hincapié en mis codos y rodillas. El trayecto de regreso a casa es lento e incómodo. Tengo la impresión de que todas las miradas estudian mi cara. Trato de disimularlo, pero la sangre gotea en el suelo sin que la herida llegue a cerrarse.

—¿Estás bien? —Es una voz de mujer mayor, aunque no quiero mirar—. ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

Me muero de vergüenza.

«Maricón.»

«Qué puto asco.»

Estoy enfadado conmigo mismo por haberme dejado engañar de esa manera. ¿En serio creía que Alex era gay?

Intento calmarme, pero resulta imposible. Probablemente mañana todos sepan que soy maricón.

Los nervios se apoderan de mí y comienzo a temblar sobre el asiento. El metro sigue avanzando ruidosamente, con sus avisos en cada estación y gente que entra o sale.

~~Yo no quería salir del armario.~~

No quiero salir del armario.

Pero supongo que de nada sirve escribir esto último en un puto trozo de papel. Además, estoy manchando las páginas. Por lo menos es del mismo color que el cuaderno, yo qué sé. Sonrío antes de cerrar los ojos con fuerza, tratando de sujetar una lágrima que no se decide a caer.

No voy a llorar.

No voy a llorar.

No voy a llorar.

Joder.

Deja de llorar, Eric.

Escupo sobre el lavabo cuando la sangre termina formando un nuevo charco dentro de mi boca, dejándome un sabor amargo en el paladar. Formo un cuenco con las manos y lo lleno de agua tibia. Me agacho para limpiarme un poco, pero escuece demasiado. Lo intento de nuevo, apretando los dientes. Y vuelvo a escupir.

La cabeza ya no me duele tanto, aunque la mandíbula me sigue ardiendo. Noto cómo palpita y se hincha. Mañana mi cara será un cromo. Mañana... ¡Mierda! Mañana tengo clase, lo que significa pasearme con mi nueva cara por la facultad. ¡Todos se van a dar cuenta! Gala, Bruno y Melissa me acribillarán a preguntas. ¿Qué voy a decirles? No se me ocurre ninguna excusa para ocultar el motivo real del «accidente». Bueno, ya pensaré algo. Ahora lo mejor que puedo hacer es ir a por hielo.

Mis padres están durmiendo y no me han visto entrar en casa. Tampoco he coincidido con mi

hermana, aunque al pasar por su puerta he oído música sonando bajito. Eso significa que está con el novio o haciendo trabajos de la uni.

Cruzo el pasillo de puntillas, como un ladrón envuelto en algodones. Cuando consigo hielo de la cocina, lo envuelvo en un trapo y me lo acerco al moflete. Vuelvo a sentir una punzada de dolor, pero mi cuerpo pronto agradece el frío.

Al pasar por el salón, el olor a pintura resulta casi agobiante. Sin duda, mi madre se ha tomado en serio esto de trabajar en los cuadros. Pensar que va a convertir la casa en una especie de trastero artístico no me apasiona, aunque supongo que tal y como estoy no debería estar pensando en eso. Necesito dormir, regreso a mi cuarto. Todo sigue igual que antes de haber tenido la cita. Todo menos el espejo de mi pared, porque al acercarme el reflejo ha cambiado. Ojos enrojecidos y mejillas mojadas. Una de ellas por lágrimas y la otra escondida bajo la bolsa de hielo.

Joder.

No quiero ir mañana a clase.

No quiero ver a Alex.

No quiero que me pregunten nada mis amigos.

No quiero que se sepa mi orientación sexual.

Pasan unos minutos en los que no hago nada. Me quedo sentado en el borde del colchón, paciente. No me tumbo hasta que el hielo ha cumplido su función y la bolsita se mueve como gelatina en mi mano.

La noche transcurre lenta y fría. Doy tantas vueltas sobre mi cama que termino probando todas las posturas posibles. En un intento por encontrar la más cómoda, al final desisto.

El miedo por lo que me espera en unas horas mantiene mis ojos abiertos. Antes de cerrarlos, imagino a mi padre enterándose de la noticia. No de que me han pegado, eso no me importa. Pero no sé cómo reaccionará si descubre que su hijo en realidad es maricón.

Voy a dejar de escribir porque siento que no puedo más. Es suficiente por hoy. Hasta mañana.

8.24. No ha sonado el despertador. Vale, quizá ha sonado y no lo he oído. Quizá simplemente no quería despertarme hoy. En realidad eso es bueno. Significa que he dormido. Por lo menos un par de horas.

—¡Eric, que no eres un crío! ¡Vamos, levántate ya!

Casi me caigo de la cama. Un cojín impacta sobre mi cara y chillo de dolor.

—No seas exagerado. Solo es un cojín —protesta mi madre.

Se acerca y tira de la tela que cubre mi cuerpo. Yo forcejeo porque no quiero que vea la marca, pero en un nuevo tirón la sábana escapa de mis dedos.

—Vas a llegar tarde. Es la última vez que sales entre semana por la noche.

—Mamá, vete. Tengo que cambiarme.

—Haz el favor de dejar la sábana en paz. —En cuanto me ve se interrumpe a sí misma—. Dios mío... —dice llevándose una mano al pecho—. ¿Qué te han hecho?

Pienso en Alex. En sus ojos.

Cierro los míos.

—Déjame, mamá —le pido con voz pastosa.

—¿Qué pasó anoche? ¿A qué hora volviste? ¿Por qué no me has dicho nada?

—No tengo ganas de hablar ahora.

—Quiero verte bien esa herida. Dios, Eric, ¿quién te ha hecho esto? ¿Por qué no me llamaste?

—Mamá, de verdad, estoy bien.

Pero no me escucha. Ha empezado a dar vueltas por la habitación y agita los brazos en alto mientras habla.

—Vamos a ir al médico ahora mismo. Y a la policía. Hay que denunciar. ¿Te robaron el móvil? ¿Te han hecho algo más? Enséñame el otro lado de la cara. —Me toca con la mano y yo chasqueo la lengua por el dolor—. Nada, solo es en el izquierdo. ¿Quién ha sido? Deja que coja el botiquín, está en...

—Mamá...

—En el *armario* de la cocina, sí. ¿Te amenazaron? ¿Cuántos eran?

La palabra *armario* parece subrayarse. Por un momento tengo miedo de que aparezca escrita en mi frente, como un secreto mal guardado.

—Dime que no estás metido en ningún lío.

—No es nada de eso. De verdad.

Levanta una ceja.

—¿Tomas drogas?

No me puedo creer que esté teniendo esta conversación.

—¿Drogas, mamá? ¿En serio?

—Te lo estoy preguntando completamente en serio, Eric. Cuando yo tenía tu edad era muy fácil caer en...

—¡No! Por favor, mamá, ¿quieres calmarte? —Estoy tan nervioso que no soy consciente de haber elevado demasiado el tono de voz—. Estaba en plaza de España, me despedí de mis amigos y en la boca del metro alguien me empujó por la espalda. Ni siquiera le vi la cara. No sé quién es. No sé qué quería. No tengo ningún enemigo ni tampoco se llevaron nada, ni la cartera, ni el móvil.

—¿Me estás diciendo que te empujaron sin más?

—Sí.

—¿Y me lo tengo que creer?

—Pues sí, porque te estoy diciendo la verdad. —Cruzo los dedos debajo de las sábanas para que ella no me vea. Ese gesto es una tontería, pero del tipo que consigue hacerme sentir menos culpable.

Mi madre deja caer los hombros como un peso muerto. Algo más calmada, cambia su gesto de preocupación por unos ojos brillantes y una sonrisa fingida.

—Está bien —termina diciendo—. Confío en ti. Pero esto tenemos que denunciarlo de todas formas.

—Ya te he dicho que no sé quién me empujó.

Oigo la voz de Alex en mi cabeza: «Qué puto asco».

La chivata de mi hermana aparece en escena, movida por el alboroto. Sigue con el pijama y sostiene un peine en la mano. Aún estoy enfadado con ella por lo de ayer.

—¿Qué ha pasadoooo?!

—Otra vez no —pido levantando ambas manos—. En resumen: me han empujado por la espalda. No, no sé quién ha sido. No, no estoy metido en ningún lío. ¿Contenta?

Laura se queda un rato sin decir nada, quizá con la esperanza de que de esa forma me vea tentado a añadir algo más a mi explicación. Después hace una mueca y dice:

—Bueno, por lo menos ahora soy la guapa.

—Anda, Laura, termina de prepararte —le pide mi madre nerviosa—. Y en cuanto a ti, primero desayuna. Luego, si te da tiempo, pásate por comisaría para poner la denuncia. Pero a segunda hora tienes que ir a clase sí o sí.

—¿Ya no me llevas al hospital?

Se acerca e inspecciona la herida del labio.

—Tienes un pequeño corte. Gracias a Dios, es mucho mejor de lo que pensaba. Resulta tan aparatoso que al principio me he asustado.

—¿Tanto se nota?

—A ver, estético no es. —Se sincera mi hermana con una sonrisa traviesa.

—Pero se te curará. —Mi madre le indica con la mano a Laura que se marche y ella obedece, arrastrando los pies con sus esponjosas zapatillas de lana—. Supongo que ya te la has desinfectado.

—Me he limpiado con agua.

—¿Oxigenada?

—Agua del grifo.

Mi madre niega con la cabeza y vuelve con su famoso botiquín. Se queja de que soy un paciente horrible. Después cierra la cremallera y me da unas palmaditas en la pierna derecha para despedirse. Voy a la cocina y me preparo un café, protegiendo mis manos bajo el calor de la taza e inhalando el fuerte aroma.

El reloj de la cocina mueve sus agujas con falsa inocencia. Sé que es mentira. Sé que el tiempo se ríe de mí, y lo hace con cada segundo que pasa. No quiero ir a clase. Tictac. La aguja más larga y fina vuelve a adelantar a sus hermanas. Tictac. Entrecierro los ojos y me llevo las manos al estómago. Tictac. Es como si esa angustiada aguja se hundiese dentro de mi piel y comenzase a girar dentro, arañando mis órganos con un dolor insoportable mientras se oye cómo todo se rompe.

Y de nuevo, tictac. El tiempo se acaba. Me levanto y cierro el diario.

«*Próxima estación, Ciudad Universitaria.*»

Dentro del andén el calor se mezcla con mil cuerpos. Subo la escalera y abro la boca para hinchar los pulmones, aunque la experiencia no termina de ser tan satisfactoria como esperaba. Camino por la acera de forma robótica, asegurándome en todo momento de no levantar la vista a no ser que sea estrictamente necesario. Estoy tan preocupado por que nadie repare en mi cara que no me doy cuenta de estar cruzando en rojo. Siento que el aire se agita y me zarandea un poco, mientras un estruendoso bocinazo me pone la carne de gallina.

El coche que casi me atropella es gris, el cielo también se vuelve gris, y casi todo lo que pienso o miro adquiere la misma tonalidad triste y apagada. Es como si hubiesen asfixiado la vida antes de darme cuenta de que ya no puedo coger más aire. Se ha acabado. Y esa extraña presión se intensifica cuando el edificio de mi facultad (ese siempre ha sido gris) va aumentando de tamaño conforme me acerco a él.

La mayoría de los estudiantes se agrupan en la entrada de la facultad. Gala me saluda en la distancia y luego soy testigo de la metamorfosis que sufre la expresión de su rostro, como una oruga convirtiéndose en mariposa, solo que al revés. Pasa de mostrar una sonrisa preciosa a un gesto de asombro y horror.

—¿Qué te ha pasado?!

—¿Me crees si te digo que es menos de lo que parece?

—Fuerzo una sonrisa.

Después procedo a repetir las mismas excusas que les he puesto a mi madre y mi hermana, aunque la forma en la que me mira Gala lo complica todo. Es como si una parte de ella se hubiese colado en mi mente y fuera capaz de separar la verdad de la mentira. ¿Será porque me conoce demasiado bien y sabe que no estoy siendo del todo sincero?

—¿Tienes más marcas además de la de la cara? ¿Brazos? ¿Piernas?

—Solo la cara.

—Eric, ¿seguro que no estás metido en ningún lío?

—Ahora pareces mi madre.

—Me da igual lo que le hayas contado a ella. A mí puedes decirme la verdad.

—Lo he hecho. Me empujaron y no sé quién fue. Es todo lo que puedo decirte.

—Está bien.

—¿Sigues sin creerme?

—¡Te creo! Si me dices que es verdad, yo te creo. Sé que entre nosotros no hay secretos.

Al decirlo me doy cuenta de que baja un poco la voz.

—Ningún secreto. Nunca.

Los dos sonreímos, aunque algo no funciona.

Veo bajar a mis amigos por la escalera. Bruno, con su mochila colgada de un hombro, y Melissa, con un bolso que le queda demasiado grande. Esta vez me siento más cómodo mintiendo que cuando lo tenía que hacer con Gala. Bruno y Melissa me lo ponen más fácil, hacen menos preguntas y yo repito la información como una grabadora.

—¿Por qué la gente es tan imbécil? —pregunta Bruno, desquiciado.

Mi amigo medirá alrededor de uno sesenta y mucho y tiene sobrepeso. Melissa es muy guapa, pelo castaño y nariz respingona. Esconde sus pequitas tras unas enormes gafas de pasta negras, aunque solo se las pone para venir a clase. Es de las chicas más bajitas de nuestro curso. Medirá uno cincuenta. Quizá uno cincuenta y dos. Y es extremadamente tímida. De hecho, el día que la conocí recuerdo haber esperado pacientemente a oírla hablar, con la duda de si el motivo de su silencio se debía a que era extranjera y no dominaba el idioma.

Después de mentirles a ellos también, me siento agotado.

Mentir es una mierda. Mentir está mal. Mentir es gris, como el cielo y el coche que casi me atropella.

Cuando entramos en el aula me siento un mono de feria. Un grupito de chicas me miran y cuchichean. Los de la siguiente fila me señalan. Una alumna me pregunta cómo estoy, lo que me resulta tremendamente extraño porque no había hablado con ella nunca antes.

Solo puede significar una cosa. Alex y su grupo de amigos han contado todo lo que sucedió ayer por la noche.

Me agarro a la mesa, como si de alguna forma el suelo fuese a inclinarse bajo mis pies.

Entro en la cafetería y las miradas pesan bajo mis hombros. Bruno, Melissa y Gala evitan hacer comentarios por ahora, pero sé lo que están pensando. Y yo no puedo hacer nada más que mantener la mentira que ya les he contado. ¿Servirá para que sigan confiando en mí?

—Han sido Alex y sus amigos —puntualiza Melissa—. Me lo ha dicho una amiga de segundo. Van diciendo que Alex te pegó porque tú intentaste besarlo. Y que tanto lo de pedirte el número como lo de quedar contigo fue por una apuesta que había hecho con Álvaro.

—¿Eric? ¿Es eso verdad? —pregunta Gala.

—No. ¡Claro que no!

—Yo no me lo he creído, tranquilo —oigo susurrar a Melissa.

Pero yo no puedo estar tranquilo. ¿Por qué me pide que lo esté? ¿Estaría ella tranquila en mi situación?

No es justo. Se supone que me toca a mí contarle cuando yo quiera. Ese día no es hoy. Ni

mañana. El puto día para salir del armario será cuando yo me sienta preparado. Y no antes.

—Eric, ¿seguro que no quieres contarnos nada más? —pregunta Gala—. Sabes que somos tus amigos y que no pasa nada, ¿no?

—¿Vamos a tener de nuevo esta conversación?

—Tampoco te lo tomes a la defensiva...

—Estás poniendo en duda todo lo que te he dicho. ¿Cómo quieres que me lo tome? Ya es bastante jodido que te pongan en entredicho los demás, pero ¿vosotros? ¡Vosotros sois mis amigos!

Gala busca la mirada de Bruno y Melissa, sin saber qué hacer después.

—¿No me crees? Gala, necesito que me mires a los ojos. No es verdad. Se lo están inventando todo, ¿vale?

—Te creo, pero...

—No. Para. Después del pero siempre se dice algo que a la otra persona no le va a gustar oír.

—Tienes que entender que todo esto es muy raro.

Suelto una bocanada de aire y mi pecho se deshinchaba. Al hacerlo, la piel de mi mejilla se estira y me produce una punzada de dolor.

—No es raro, es una puta mierda.

Gala se abraza a sí misma y da un paso hacia atrás. Busca de nuevo la mirada de Melissa y Bruno, como esperando que participen más en la conversación y no la dejen sola.

—Tampoco pasaría nada... —añade Melissa.

—Somos amigos, tío —apunta Bruno.

La sangre me hierve. ¿Se supone que ahora tengo que sentirme bien? Me entran ganas de decirles que a mí tampoco me importa que ellos sean heterosexuales, que les voy a querer igual. Somos amigos, ¿no?

—¿Por qué se lo han inventado? Me refiero a que no tiene ningún sentido —termina preguntando Bruno.

Gala se adelanta y responde por mí, convirtiéndose en mi nuevo bote salvavidas:

—Alex lo ha hecho para limpiar su imagen. Recuerda que hace unos días te pidió el número delante de media facultad... Fuese broma o no, seguramente ninguno de ellos se imaginaba la trascendencia que iba a tener. Al final todo el mundo comentaba que Alex era gay y creo que se dieron cuenta de que se les había ido de las manos. O sea, yo creo que al final él no es gay y que solo lo hizo para hacer la gracia. Pero, claro, se tenía que quitar la etiqueta de alguna forma. Y ahí es donde entras tú de nuevo, Eric.

Bruno y Melissa asienten con la cabeza. Hasta yo lo hago. Joder, su teoría es tan buena que realmente ese podría ser el verdadero motivo. Es la primera vez que sonrío de verdad. Aunque, como siempre..., una cosa es la teoría. La práctica difiere bastante, porque yo lo recuerdo algo distinto. Más o menos como lo han contado Alex y su grupo.

—¡Lo ha hecho para que dejen de decir que es gay! ¡Menudo cabrón!

—Yo lo sabía —afirma Gala, y de pronto recuerdo su atrofiado sexto sentido—. Sabía que te haría alguna putada. Pero con esto se ha pasado mil pueblos. Aprovechar tu herida para inventar toda esa historia... O sea, no. Aunque, bueno, por lo menos ya sabes quién te empujó.

—Claro, tío. Ahora tenemos que ir a denunciarle.

Mi madre estaría encantada de escuchar el consejo de Bruno.

—No —digo tajantemente.

—¡Si te lo ha hecho él!

—Yo también creo que ha sido uno de ellos. Pero no sabemos si ha sido Alex. Claramente es el que se beneficia de todo esto, aunque podría haber sido cualquiera.

—La gente dice que ha sido Alex —protesta Bruno, como si no hubiese otra opción posible.

—También dicen que Eric intentó besarlo —puntualiza Melissa—. Eric tiene razón, no podemos acusarlo si no estamos seguros al cien por cien. Estamos hablando de denunciar a una persona. No es ninguna tontería, ¿sabes? Nos podemos meter en un lío.

—En un lío se van a meter todos ellos.

—¿Y qué hacemos? ¿Quejarnos en secretaría de alumnos para que no nos hagan ni puto caso?

—Ya, quizá no sea la mejor idea.

Me parece oír mi nombre.

—Joder, mirad lo que han conseguido —digo señalando alrededor—. ¿Estáis oyendo lo mismo que yo?

—Eric, sé que te asusta todo esto, pero a la mayoría de la gente en realidad le da igual si eres gay o no.

—Es por la apuesta de los cojones —interrumpe Bruno.

—Por eso la gente no para de hablar...

—Comentar el puñetero reto debe de resultar cuanto menos morboso.

Miro detrás de mí porque me parece ver a Alex, pero al final solo es un alumno de Periodismo.

Tampoco lo encuentro el resto del día.

En casa, mi padre baja el volumen del televisor cuando paso por delante de él.

—¿Va bien la herida?

—Sí, pero me escuece un poco al hablar.

—Ah, vale.

Sé que no se ha sorprendido porque mi madre le habrá informado de todo. Y con lo exagerada que es ella, seguramente se ha quedado hasta tranquilo al ver que no es para tanto. Sigo teniendo la boca en su sitio y eso.

No hablamos mucho más, y todo sucede tal y como imaginaba. Mi padre es muy suyo, y no termino de decidir hasta qué punto eso es bueno. No digo que no me apeteciese esquivar preguntas

como «¿qué ha pasado?» o «¿quién te lo ha hecho?», pero sí que he echado en falta algo más de tacto. Me lo ha preguntado como el que se junta con el vecino y habla del tiempo. Da igual.

Si supiese la verdadera forma en la que me hice ese corte, otro gallo cantaría.

Más tarde mi hermana (con la que sigo molesto) entra en mi cuarto ignorando la mirada que le lanzo por pasar sin llamar.

—Está mejor, algo roja. Pero vamos, que si yo consigo tapar mis granos, con un poco de base se soluciona.

—No quiero maquillarme.

—No es maquillarse, es tapar secretos —comenta despreocupada mientras se pasa el índice por su zona de la cara con más acné—. Y para tu información, los chicos también se maquillan.

—Yo no.

—Ya veremos.

Hoy tampoco he visto a Alex a lo largo de la mañana.

Me toca aguantar cuchicheos, el apoyo de algunos de la clase (no quiero el apoyo de nadie, gracias) y a personas con las que nunca antes había mantenido una conversación que vienen para decirme cosas como «pues mi primo es gay, si quieres puedo presentártelo».

—No soy gay —le respondo a un tío al que no había visto en mi vida.

—¿Por qué no? Es muy majo, alto. Y no se le nota que es gay. —Duda y se corrige a sí mismo—. Bueno, yo se lo noto porque soy su primo. Pero la gente dice que parece hetero.

—Te he dicho que no.

—¿Eres activo o pasivo? Creo que él es pasivo. ¿Te pone? Mira, te enseño fotos.

Agradezco que falten tres minutos para empezar Redacción Publicitaria. Me siento junto a Gala y la veo sonreírme, pero cuando intento devolverle el gesto me entran ganas de llorar.

Para alguien de mi edad, que te hagan algo como sacarte del armario es lo peor del mundo. En serio.

—Venga, va. Haz la pregunta —le pido a Gala.

—¿Qué pregunta?

—Pregúntame si soy gay.

Gala levanta los brazos. Es como si hubiese dicho una palabra prohibida.

—¿Otra vez con eso?

—No sé. Como me has mirado así...

—¿Así cómo?

—Da igual.

—A mí no me da igual. Te estás rayando muchísimo. Entiendo que para ti esto sea muy difícil pero...

—No. No lo entiendes.

Gala pone los ojos en blanco.

—Vale, pues no lo entiendo porque no me he visto en tu situación. Y por si te sirve, yo ya sé que no eres gay. Te conozco.

Estamos en la cafetería. Es viernes y la hinchazón de mi mandíbula ha desaparecido. Aunque la marca sigue ahí, como una herida que no se decide curar. Imagino que para la semana que viene ya volveré a estar como antes. Y lo mejor es que no me duele si no la toco. Menos cuando abro mucho la boca, entonces me molesta superficialmente. Para comerme el sándwich que me he pedido, por ejemplo, tendría que cortar trozos más pequeños y masticar con cuidado.

Menos mal que no tengo novio, por lo de abrir la boca demasiado.

—¿Estás más tranquilo? —Melissa me mira con ojos suplicantes.

—Sí. Lo estoy llevando lo mejor que puedo. Ya sabes.

—¿Siguen con lo mismo todavía? —Pero es una pregunta al aire, porque Bruno sabe la respuesta—. Menudos pesados.

—Dales una semana. La gente se aburre rápido y terminará olvidándolo.

—Sé que lo decís para animarme, pero en el fondo ninguno lo piensa de verdad.

—Yo creo que van a seguir molestándole con el temita hasta que te eches novia.

—¿Echarme novia?

—Claro, si tienes novia no puedes ser gay. La gente se olvidará de lo de Alex.

Recuerdo al estudiante de la facultad que le está siendo infiel a su novia con otro chico. Al hacerlo busco con la mirada a Gala y sé que los dos hemos pensado en la misma persona.

Miro el sándwich mixto con huevo.

—Si no te lo comes te lo voy a robar. —Oigo decir a Bruno—. Eso sí, dímelo ya, que frío no me gusta tanto.

—Deja que se coma su comida, buitre —lo regaña Gala.

Arrastro el plato por la mesa hasta acercárselo a mi amigo.

—Todo tuyo. No tengo hambre.

Y es verdad, no tengo hambre.

En mi estómago solo hay sitio para el miedo.

A la gente le encanta hablar de los demás, eso es un hecho indiscutible. Ser heterosexual es más fácil que ser gay, ese es otro hecho indiscutible. Pero sorprendentemente, casi ningún comentario que oigo es sobre lo de ser maricón.

~~maricón:~~

homosexual*

El verdadero problema es ese estúpido reto: «¿Sabes lo que le han hecho a un chico de tercero de Publicidad?», «Conozco a uno que le han sacado del armario con una apuesta». Si el asunto no fuese conmigo, probablemente yo también habría hecho algún comentario. Todos alguna vez hemos hablado sobre la vida de una tercera persona. Como se suele decir: «*El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra*».

—¿Alguna idea de lo que puedo hacer para solucionarlo?

—Lo mejor es dejarlo pasar. Confía en mí, en dos meses nadie recordará nada de esto.

—¿En dos meses? Eso es ridículo. En dos meses más de la mitad de la facultad va a seguir pensando que soy gay.

—¿Y qué más da? —salta Bruno.

—Claro, a ti no te importa porque no te afecta.

—Puedes decir que tienes novia, ya te lo dijimos —me recuerda Melissa.

—Es una mala idea.

—Es una buena idea —me corrige Gala—. ¿Quieres que crean que te gustan las chicas? Pues ¡échate novia!

Ya, claro.

—Y ¿cómo se supone que me voy a echar una novia ahora? ¿Probando suerte en Tinder? Joder, yo paso. Además, no me apetece empezar a meterme en más historias.

—Podemos fingir que estamos juntos. —Entonces Gala me mira solamente a mí—. Tú y yo.

—Tú y yo —repito como si no terminase de tener claro si he oído bien.

—Novios —insiste ella.

Me gustaría haber tenido un espejo a mano para ver mi reacción.

—Ya estás poniendo esa cara de perro.

—No estoy poniendo ninguna...

—Intento ayudarte. Deberías, por ejemplo, dejar de mirarme así... como si estuviese loca.

—Es que se me hace raro.

—Bueno, no tenemos que hacerlo si no te vas a sentir cómodo. O sea, yo lo hago por ti.

—Lo sé. Sé que lo haces para ayudarme.

—De nada.

—Gracias. Y..., joder, lo siento. Estoy que no estoy. No sé qué hacer ni cómo solucionar toda esta mierda. Solo quiero que pase rápido y que se acabe de una vez.

—Pues, cariño mío —dice Bruno, usando un tono irónico—, me temo que no te queda otra.

—¿Me temo? —protesta Gala, dándose por aludida—. Oye, ¿ni que fuera un castigo salir conmigo! Los... ¡Los tengo haciendo cola!

—Sí, cola... de veintiún centímetros.

—Eres un cerdo.

Bruno pone un dedo en la punta de su nariz y la empuja hacia atrás, aplastándola y enseñándonos sus fosas nasales antes de imitar el sonido del animal. Gala lo aparta, agitando las manos en el aire, mientras este se empeña en acercarse a su cara más y más, sacándola de quicio.

—¿Ya estáis como el perro y el gato? —Melissa suelta aire pesadamente y después se centra en mí—. Eric, personalmente, la idea de que empieces a salir con Gala me parece estupenda. No solo puede funcionar, *va* a funcionar.

Intento mantener la mente fría, haciendo una lista con los pros y los contras. Después miro a Gala por el rabillo del ojo. Tira de uno de sus largos mechones y lo hace girar entre los dedos. Está... ¿nerviosa? Me doy cuenta de que yo también, porque sé que estoy a punto de aceptar.

Tampoco tengo muchas más opciones. Es eso o quedarme de brazos cruzados.

Intento cambiar el chip. Por eso, mientras me cepillo los dientes y me ato los cordones no dejo de repetirme que hoy va a ser un buen día. Las cosas van a empezar a mejorar, tienen que hacerlo. Me aílo del mundo en cuanto enchufo mis auriculares. Envío un wasap a Gala y la espero en la puerta principal. Cuando aparece, me saluda con una sonrisa blanca y perfecta. Al tenerla a un metro de distancia es cuando me fijo en que sus pestañas se ven más grandes y voluminosas. La punta de su nariz y sus pómulos brillan bajo la luz de los primeros rayos de la mañana, como si las estrellas estuviesen descansando en su piel de porcelana. Se ha arreglado más de lo que acostumbra. Para ella, hoy también es un día importante. Empieza nuestra nueva vida como «pareja».

—Estás... —sexi, increíble, espectacular—... guapa. Muy guapa.

—Gracias, tú también. —Me mira de arriba abajo y asiente con la cabeza—. Antes que nada, dos cosillas. La primera, Melissa acaba de decirme que llega ya y Bruno se supone que también. La segunda, ¿no deberías saludar a *tu novia* como es debido?

Me acerco y nuestros labios se encuentran en una caricia mínima, como si se hubiesen apartado incluso antes de llegar a tocarse.

Guau, Eric. Eres como súper hetero.

—Menuda mierda de beso.

Es Bruno, que llega con la mochila cargada en un hombro.

—Gracias por apoyarme siempre, amigo.

—Joder, que Gala no va a morderte. Y si lo hace... te gustará.

Mi mejor amiga le pega en el hombro, pero se esfuerza por ocultar el nacimiento de una tímida sonrisa. Está acalorada y un poco roja.

—Vale, y según tú, ¿cómo debería haberlo hecho?

—Mira, te pones así —dice abriendo mucho la boca—, sacas la lengua y empiezas a moverla en círculos. Al principio lento, después más rápido. Puedes hacerlo en el sentido de las agujas del reloj, si quieres. Eso ya según te apetezca.

—Haces eso y te juro que cierro el chiringuito —me advierte Gala—. Tú ni caso. Pero sí que podrías... no sé. ¿Esforzarte en que parezca de verdad?

Los ojos de Bruno se agrandan:

—Me llegan a decir eso a mí y me dejan K.O. Ponte las pilas, machote.

—Es mi mejor amiga.

—¿Y? Ahora eso no importa. Lo que importa es que parezca tu novia. Y no lo estás haciendo

bien.

—Pero si no llevamos ni cinco minutos.

—Y ya has perdido la oportunidad de besarla como es debido.

Bufo. Después me planto enfrente de Gala, tiro de su muñeca y la acerco a mí. La beso. Nuestras bocas se buscan mientras intento que los consejos de Bruno sobre las agujas del reloj no me desconcentren. Gala me rodea el cuello con las manos y yo me inclino por la diferencia de altura. Sus pechos hacen contacto con mi camiseta y noto sus pezones duros, como si ninguno de los dos estuviese vestido. La estoy agarrando por la cintura, apretándola contra mí. Y aunque la escena está cargada de pasión, no consigo despertar nada ahí debajo. Mi polla no se llena de sangre, porque la experiencia de lo que estoy haciendo no me excita. Todo es mecánico y frío. Y creo que el verdadero problema es que soy demasiado consciente de que estoy besando a mi mejor amiga.

Los dos nos separamos y nos miramos en silencio.

Después me muerdo el labio, pero porque veo que lo hace ella antes.

—Eso ya empieza a ser otra cosa —celebra Bruno—. ¿Habéis usado la técnica del molinillo?

Melissa aparece con cara de circunstancias, preguntando qué ha pasado para que nos esté mirando tanta gente. Y ahí es cuando me percató de que lo que dice es cierto. Pero lo que no esperaba es, entre todo el alboroto, encontrarme con Alex. No ahora. No así.

Mis ojos se deslizan por su fuerte cuello, pasan por su boca, suben por la nariz y terminan en sus pupilas. Y me quedo allí, flotando en su azulado iris como un cuerpo inerte, incapaz de salir de su trampa de mar.

Emerjo de mi ensimismamiento cuando Melissa me da golpecitos con el dedo para subir a clase. Gala me ofrece la mano para que se la coja. La sensación sigue pareciéndome extraña, sobre todo después de lo que acabamos de hacer. Intento no darle demasiadas vueltas y pensar que nada es real, que todo lo que haga ahora es como si transcurriese dentro de un videojuego. Un videojuego en el que yo soy el caballero heterosexual y Alex, el dragón rojo que custodia el castillo. Por supuesto, al dragón siempre hay que matarlo.

Además, aunque no sea lo mismo ocultar que soy gay y tener una novia de mentira..., ambos conceptos se parecen bastante. Al final es seguir fingiendo algo que no soy, ¿no?

En la primera hora no ha pasado nada interesante, así que he dejado el diario dentro de la mochila y solo me he dedicado a coger apuntes en el ordenador. Estoy agotado. Necesito tomarme un café doble y me alivia saber que tenemos media hora para permitirnos ese lujo mañanero. Estoy bajando la escalera cuando Gala me detiene tirando de mi muñeca, en un movimiento casi primitivo que me separa de Bruno y Melissa.

—Espera... —Gala se lleva la mano libre a los labios y observa vagamente el suelo, pareciendo ordenar las palabras antes de explicarse—. Se me ha ocurrido algo. Creo... creo que

puede funcionar.

Bruno y Melissa se vuelven al ver que nuestros cuerpos no siguen sus pasos.

—¿Confías en mí? —me pregunta entonces.

—Claro.

—Genial. —Gala asiente con la cabeza y mira a sus amigos—. Volvemos en cinco minutos, ¿vale?

—¿Adónde vais?

—Ahora lo verás.

Bruno tuerce el morro, aunque no hace más preguntas. Melissa sonrío distraída y reanuda sus pasos junto a él. Gala parece mantenerse firme y segura, así que decido dejar que me lleve a donde quiera. Le sigo con movimientos mecánicos a lo largo del pasillo. Mi mente comienza a sopesar teorías de todo lo que estará sucediendo dentro de esa cabecita. Al pasar junto al despacho de tutorías, llego a pensar que Gala pretende que informe a algún profesor de la situación en la que me encuentro, pero descarto la idea porque al final seguimos caminando y torcemos hacia la derecha. Odio tanto misterio.

Se detiene delante de una puerta medio abierta. El contorno de la estructura está bañado en luz resplandeciente, como si al abrirla fuese a encontrar una escalera para subir al cielo.

—Entra —me pide con urgencia.

—¡Es el baño de las chicas!

—Lo sé, pero tú entra.

—¿Para qué quieres que entre?

Gala pone los ojos en blanco y mira hacia ambos lados del pasillo, certificando que sigue desierto.

—Has dicho que confiabas en mí, ¿no?

—Sí, pero...

Su paciencia se agota y termina empujándome dentro. No tiene la fuerza suficiente como para moverme más de unos centímetros, pero yo dejo que me arrastre. Nada más entrar, la luz de la ventana me obliga a entrecerrar los ojos hasta acostumbrarme a ella. Gala no pierde el tiempo, y en cuanto ve que no estamos solos comienza a besarme de forma exagerada y torpe.

Mis ojos chocan con los de otra estudiante que se estaba retocando los labios y ahora forma una O con la boca, mientras Gala la hace testigo de cómo coloca su mano sobre mi paquete.

—Fóllame de nuevo, Eric.

¡¿Qué?!

Su voz suena suplicante y llena de deseo.

Me doy cuenta de que hincha su pecho para rozar su escote con mi camiseta y suelta un gemido.

No me muevo.

No me atrevo a tocarla.

No me atrevo a hacer nada.

La chica, tan alucinada como yo, sale corriendo y nos deja solos. Nada más cerrarse la puerta, Gala se aparta de mí y sonrío satisfecha de lo que ha logrado.

—¿Por qué lo has hecho?!

Mi respiración sale entrecortada.

—Es un efecto mariposa. Así si alguno no se cree que estemos juntos, dejará de tener esa idea.

Y entonces se encoge de hombros con falsa inocencia.

—Estás loca... —Un extraño sentimiento de felicidad entra por mi boca y me dibuja una sonrisa—. Aunque reconozco... reconozco que ha sido una buena idea.

—Lo sé. —Y me guiña un ojo, orgullosa de su espontaneidad—. Además, si te llego a contar mi plan me dices que no. ¡Te conozco! Pero, bueno, ya está hecho. Y esto es algo que te va a ayudar.

—Sabes que también nos puede meter en un lío, ¿no?

Mi respuesta parece divertirla.

—Cuento con ello, pero merece la pena solo por la forma en la que ha salido corriendo esa chica. —Saca el móvil de su bolsillo como si nada, lee algún mensaje y vuelve a guardarlo—. Venga, vamos a clase. Melissa acaba de escribirme y me ha dicho que ya suben.

Salimos del baño y nos sentamos en los sitios que nos reservan nuestros amigos. Les contamos la hazaña y esperamos tranquilamente a que en cualquier momento un adulto con traje interrumpa la asignatura para pedirnos hablar con nosotros, como dos asesinos que sueltan el arma y se entregan con las manos en alto. Y así ha sido: no ha tardado en llegar una mujer bajita con rizos a informar a la profesora, con un matiz de nerviosismo controlado, de que dos alumnos suyos tenían que salir de su clase. Después, ha dado nuestros nombres y nos hemos levantado, sabiendo a qué atenernos.

Como era de esperar, la alumna en cuestión no ha tardado en delatarnos poniendo una queja en conserjería. Aunque lo ha exagerado bastante y no ha sido del todo sincera.

—Está terminantemente prohibido mantener relaciones sexuales dentro de la facultad.

El señor, que tendrá unos sesenta y cinco años, entrelaza sus dedos y levanta las cejas. Su piel se arruga dibujando un laberinto sobre su frente. A su lado está la señora de antes, con unos ojos de vaca muy abiertos.

—No hemos hecho nada de eso —corrige Gala—. Solo nos hemos besado.

—Dice que os estabais quitando la ropa delante de ella y que procedíais a hacer... lo otro.

—En ningún momento nos hemos quitado la ropa.

El señor chasquea la lengua y se muestra incómodo al formular la pregunta:

—Entonces, ¿por qué le has dicho que te follase de nuevo?

Siento una punzada en el pecho cuando noto que ahora también me mira a mí.

Observo a Gala para ver su reacción. Ella parece sonrojarse un poco y en su rostro se dibuja una sonrisa de chica mala:

—¿Necesitas que te dé una pista para explicártelo?

Lo siguiente que ha pasado es que nos han expulsado durante una semana y el rumor se ha extendido de forma vertiginosa.

Ahora casi nadie dice que soy gay.

Por fin siento que puedo respirar, como si una parte de mi intimidad volviese a estar a salvo.

—¿Cómo está mi cuñado preferido? —Raúl aparece con una amplia sonrisa y yo casi suelto un grito al ver que los granitos de sus mejillas se ponen por un instante más amarillos. En serio, qué mal. Voy a darle la mano, pero él decide cambiarlo por un abrazo. Hace dos semanas que se ha tomado la confianza de hacerlo. Eso y lo de llamarme «cuñado».

—Bien, como siempre. ¿Tú qué tal estás?

Si dudó en preguntarme por la herida del labio, al final no lo hizo. Nunca verás a Raúl meterse en tus asuntos a no ser que así se lo pidas. En eso y más cosas se parece a mi padre, y es algo que a Laura le chirría. Nunca me lo ha dicho directamente, aunque son detalles que uno va viendo aquí y allá.

Por supuesto, los dos están súper enamorados. Quizá Raúl pierde más el culo por ella que mi hermana, pero lo prefiero así. A veces creo que Laura tiene una forma un tanto extraña de demostrar su amor a las personas que quiere. En mi caso, por ejemplo, lo hace sacándome de quicio.

—Raúl, me alegro mucho de que cenes hoy con nosotros —dice mi madre risueña. Lleva una bata manchada de pintura y una sonrisa cansada—. Perdona que vaya tan sucia.

—¿Has vuelto a pintar?

Mi madre levanta una ceja e intenta encajar el comentario lo mejor posible. Conoce a Raúl y sabe que es un chico educado, pero a ella el estrés la hace estar especialmente sensible y este parece uno de esos casos.

—Bueno, en realidad nunca lo he dejado. Lo que ocurre es que ahora estoy hasta arriba. Con todo lo de la exposición... Ya te habrá contado Laura, ¿no?

—Ah, sí, claro.

Pese a su respuesta, yo sé que no le ha dicho nada. Intuición.

Durante la cena, todo es completamente normal hasta que mi madre recibe una llamada. Se levanta de la silla y se queda detrás de la puerta, cerrándola para que no lleguemos a oírla. Le sale medio bien.

Al principio habla con tranquilidad. Luego eleva un poco el tono de voz y vuelve roja, a juego con su pelo rizado.

—Acaba de llamarme Rosa, la de la galería de arte. —Parece estar a punto de sufrir un ataque de nervios—. La exposición se va a adelantar.

—¿Te ha dicho cuándo?

—Ahí está el problema. No lo sabe. Dice que me haga a la idea de dos semanas, pero que pueden ser menos. —Se acerca a la mesa y nos observa desde su altura—. Esto no puede estar pasándome a mí. ¿Dos semanas? Es prácticamente imposible que me dé tiempo.

—¿Le has dicho que no?

—¿Rechazarlo? ¿Te has vuelto loca? —le contesta a mi hermana—. Me he tenido que aguantar. Rosa piensa que tengo una colección nueva y terminada. No tiene ni idea de que acabo de empezar con todo esto. Vamos, se entera y me mata.

—¿Y no puedes hacerla más tarde?

Mi madre la fulmina con la mirada. Ella se toma estas cosas muy en serio y nunca pierde una oportunidad que le permita mostrar su trabajo en público. Decir que no... sería una especie de derrota personal. Además, la publicidad de la galería le viene bien para captar nuevos clientes y vender sus obras a los más fieles. No es que seamos ricos ni nada, pero en cada exposición ingresa un buen pellizco. Eso sí, todo el dinero lo guarda bajo llave, como si nunca hubiese estado allí.

—Bueno, el plan es este: terminaré los cuadros y vendréis a apoyar a vuestra madre. —Nos mira a los dos y después señala a Raúl—. Tú también.

—Por supuesto.

Laura pone los ojos en blanco y mi padre no deja de chasquear la lengua, harto de que nuestras conversaciones interrumpen el telediario. Mi madre termina su plato en menos de un minuto y la vemos derrapar por el pasillo para encerrarse en el salón. El fuerte olor a aguarrás impregna la casa. Nadie se atreve a pedirle que abra la ventana.

Vuelvo a mi habitación. Hoy no tengo que quedarme hasta tarde haciendo trabajos, por lo que cuento con más tiempo para escribir.

Estoy feliz. Bueno, no sé si es felicidad como tal, pero me siento a gusto conmigo mismo. Y eso llevaba mucho tiempo sin sucederme. El labio ya no me duele cuando lo palpo con los dedos y no me ha dejado marca. En este momento mis preocupaciones se resumen en dos grandes bloques: el primero es confiar en la idea de Gala y seguir fingiendo ser pareja; el segundo, cambiar de boli Bic (se me está acabando la tinta y ya he probado a pasar la punta por la suela de la zapatilla). Me agacho para buscar uno nuevo en el cajón y al levantarme golpeo mi cabeza con el borde de la mesa. ¡Joder! Empiezo a frotar la zona con ímpetu cuando me doy cuenta de que no estoy solo.

Veo a mi hermana apoyada en el marco, de brazos cruzados. No me está mirando a mí, sino a la ventana de mi escritorio que da al exterior, pensativa.

—¿Sigues creyendo en lo de las estrellas? Hablo de los deseos. De pequeños siempre pensábamos que si pedíamos uno se cumplía.

Me quedo pensando y la boca de Alex se desliza por mi mente. Tan cerca y tan real que casi creo poder rozarla con la punta de mi lengua.

Pero lo que viene después lo cambia todo. Aún recuerdo el sabor metálico de la sangre contra el paladar.

—No. Creo que ya no —contesto finalmente.

—Yo tampoco.

¿Está llorando? ¿Qué ha pasado?

Se quita una lágrima con la manga de la chaqueta. Le queda enorme, y no por moda, sino porque pertenece a su novio.

—¿Quieres hablar? —tanteo.

—No.

—Vale, perdón.

Laura se da la vuelta, pero no se decide a irse.

Vuelve a girarse. Me mira. Después una sonrisa apagada nace curvando sus labios.

—Sí —rectifica—. La verdad es que lo necesito mucho. Por cierto, menudo golpe te has dado en la cabeza.

—Últimamente me pasa todo a mí.

—Lo dices por lo del reto.

—¿Tú también...? Claro, cómo no.

—Yo siempre me entero de todo, Eric. ¿Qué tal estás?

—Su expresión se vuelve amable—. Siento no haberte preguntado antes, pero no estaba segura de si querías o no hablar conmigo.

—Estaba enfadado... porque eres una chivata.

—¿Lo dices por contar el otro día lo de Alex? Te pido perdón. ¿Cómo iba a saber que después acabaría contando esas cosas sobre ti?

—Y... ¿qué piensas de todo eso? ¿Te lo crees?

—Por supuesto que no. ¡Soy tu hermana! Te conozco lo suficiente y si fueras gay... lo habría descubierto por mi cuenta mucho antes.

—Tenía miedo de que pensaras lo contrario. Y, no sé, quizá también de que luego lo soltaras en mitad de una comida cuando estuviésemos los cuatro juntos.

—¿Y decirlo delante de nuestro padre?!

—Esa parte era la que más miedo me daba de todas.

—Joder, Eric, sí que confías poco en tu hermanita. Debo de parecerme una persona horrible. ¡Ni que fuera Cruella de Vil!

—En realidad estaba pensando en que te pega más el personaje de Bellatrix Lestrange. En cualquier caso, gracias. Gracias por creerme y no decir nada... nada más de lo que *ya* has dicho.

—Vaaaaaaaale, lo pillo. A partir de ahora soy una tumba. Te lo prometo.

Sonríe y extiende los brazos para que me acerque a ella. Sus ojos aún no han perdido ese brillo tan frágil.

Durante el abrazo, una parte interna de Laura se resquebraja y, entonces sí, comienza a llorar de verdad. Después se separa y toma asiento en el borde de la cama, dando unos golpecitos sobre el colchón para que haga lo mismo. El gesto me parece entrañable.

—Bueno, supongo que ahora me toca contarte lo mío a ti.

—¿Qué te ocurre? —pregunto—. ¿Ha pasado algo con Raúl? Os he visto muy bien durante la cena.

—No ha pasado nada, es solo que... No sé. Estoy agobiada. Ahora mismo tengo un nudo en la garganta. —Deja la mirada fija en el suelo—. ¿Tú qué piensas de Raúl?

—Me cae bien.

—Sí, pero ¿te gusta para mí?

—Claro. Es muy buen chico. Te quiere, es responsable, de buenas notas y con las cosas claras.

—Ahí está el problema. Él parece tenerlo todo muy claro.

—Pero tú no.

—Pero yo no.

Laura se encoge de hombros y sonrío sin ganas.

—Llevo una temporada en la que no tengo nada claro —continúa diciendo—. Sé que le quiero y que me hace bien. Pero no siento las mariposas del principio. Me refiero a que no siento *eso* que debería sentir.

—No estás enamorada.

—Para nada.

—¿Y sabes si él lo está?

—Esta noche me lo ha dicho después de la cena. Estaba súper nervioso, como si tuviese miedo de que fuera a asustarme o a salir corriendo. No sé. No sé.

—Y tú le has dicho que sientes lo mismo, ¿verdad?

—Claro. No podía decirle que en realidad tengo dudas. No sería justo.

—Pero tampoco es justo para ti todo esto.

Se muerde el labio y respira con fuerza.

—Pásame un clínex, anda. Que se me caen los mocos.

Mientras lo dice se acerca a mí y finge intentar mancharme con uno. Yo echo el cuerpo hacia atrás para esquivarlo y empiezo a reírme.

—¡Para! No, en serio. Como me toques con el moco me enfado.

Le tiendo un clínex y se suena la nariz.

—Oye, y a ti, ¿desde cuándo te gusta Gala? ¿No era solo tu mejor amiga? Debo reconocer que eso sí que no me lo esperaba.

Me remuevo, algo incómodo.

—Sabía que era cuestión de tiempo que me sacases también ese tema.

—Ya sabes, tu hermana...

—... se entera de todo. Sí, me ha quedado claro. —La veo soltar una risita y juntar los pies en el suelo—. Y en cuanto a eso, supongo que no lo sé. Son cosas que pasan cuando te dejas llevar. Al final, siempre ha habido tensión entre los dos.

—¿Sexual? —pregunta traviesa.

—Joder, no me sale hablar contigo de *eso*.

—No me vengas con gilipolleces, yo te he contado lo de Raúl. Y hasta ahora todo lo que me has contado tú a mí ya lo sabía.

—Está bien —contesto mientras veo que levanta mucho las cejas—. Tensión sexual. ¿Contenta? Laura grita y agita los brazos como si fuese una animadora.

—Y yo que pensaba que te metías a monje...

—¿Me estás vacilando?

—Es que menudo convento te has marcado hasta ahora, guapo. O bien tenías verdadera devoción o ahí no se levantaba nada —comenta señalando mi zona íntima.

—Laura, por favor. —Me pongo rojo.

—¿Lo habéis hecho?

—No.

—No te creo.

—No hemos hecho nada.

Me estudia con la mirada, como si tuviese incorporado en ella un polígrafo de la verdad.

—Vale, sí, te creo. Pues vaya, entonces no sois pareja.

Si tú supieras.

—¿Por qué no?

—Eric, no puedes decir que es tu novia si ni siquiera habéis tenido sexo.

—Eso es una chorrada.

—Me quedo con lo que has dicho antes de que os estáis dejando llevar, pero ¿novios? Follar es parte de la relación, es como el último ingrediente. —Abre los brazos y se encoge de hombros.

—Cada relación es un mundo.

—¿Cuál es tu helado favorito?

—El de cucurucho de fresa —respondo sin entender a qué viene eso ahora.

—Genial. Pues es como si le quitas la bola y te quedas solo con el cucurucho.

—Pero eso no es un helado.

Laura me guiña un ojo.

—Lo mismo pasa con las relaciones de pareja. El sexo es como la bola de fresa, le da sabor a todo.

Es tarde. Me acurruco en la cama pensando en el helado que no puedo meterme en la boca y vuelvo a acordarme de Alex. ¿Cómo de grande será su cucurucho? Me vuelven loco las venas de sus brazos. Las del cuello. Seguro que también se le marcan en la...

Vale, no es buena idea seguir por este camino. Debería soltar el boli porque corro el riesgo de escribir guarradas. Y de correrme después. Mi mano baja peligrosamente hasta el centro de mi deseo y... Me detengo. Esto no está bien. No quiero tocarme pensando en ese gilipollas. Además,

me da rabia pensar que las fantasías de Alex se parecen más a imaginarse a una tía húmeda, desnuda y con las piernas bien abiertas para él, esperando a ser empotrada. Eso es lo que le pone cachondo, no un tío con la polla tiesa.

Debería dejarlo aquí... todo. Mis ganas por tocarme y la idea de que sea Alex quien lo haga.

Es ridículo. Eso no va a suceder.

Vuelvo a sentirme fatal cuando revivo la escena de aquella «cita» (por llamarlo de alguna manera) en plaza de España. Los dos sentados en un banco. Desgraciadamente, la mano de Alex no se metió por debajo de mi pantalón, pero sí terminó en mi cara para tirarme al suelo. Me pegó. Y eso es algo que debería seguir teniendo presente antes de que... Antes de que mi cerebro empiece a inflar mi polla de sangre como si fuese un globo.

Placer y dolor se fusionan en mi mente. ¿Por qué no puedo decidir si quiero odiarlo o desearlo? ¿La mente es siempre tan retorcida?

Me quito la camiseta. Sigue haciendo calor. Las sábanas me cubren hasta la altura de mi cintura y en mi entrepierna se levanta la tela como si fuera el pico de un iceberg, solo que lo gordo está en la superficie.

Termino destapándome entero. ¿Está la puerta cerrada? Sí, menos mal. No vaya a ser que alguien pase por el pasillo y me vean con todo eso ahí, delante de sus narices.

—Joder, ¿qué se supone que debo hacer contigo ahora?

Acaricio la punta de mi pene con una mano y cierro los ojos. Entonces vuelvo a llamar a Alex en mi imaginación, invitándolo para que se meta en la cama conmigo. Fantaseo con la idea de que me masturba. Escupe sobre su dedo índice e intenta metérmelo poco a poco.

—Más despacio... eso es. Ah, me gusta...

La sensación es increíble y me obliga a retorcerme, y pronto estoy suplicándole que no deje de tocarme nunca. Lo miro a los ojos y... vuelvo a jadear. Mi pecho sube y baja por lo que me hace sentir, mi respiración entrecortada y su aliento sobre la piel de mi cuello hacen que me muera de gusto.

—¿Puedo correrme en tu boca?

Él sonríe, porque me gusta pensar que esa sería la respuesta a mi pregunta.

Se inclina para deslizar sus gruesos labios sobre mi glande. Da unos golpecitos en la lengua y la llena de saliva. ¡Me encanta! No puedo esperar más y se la meto... entera. Le pido que me succione mientras yo estiro de su pelo y muevo su cabeza con rápidos movimientos. Alex se asegura de proteger sus dientes para no hacerme daño durante la mamada. El placer se hace cada vez más intenso. Estrujo las sábanas en la mano que tengo libre mientras me deleito en cómo debe ser que me mire con esos preciosos ojos azules mientras me come toda la...

Pierdo el control sobre mi cuerpo y aspiro con urgencia. Mi pecho se empapa de una película de sudor. Giro sobre mí mismo, hundiendo la cara sobre la almohada y ahogando un grito de placer.

—Increíble...

Cambio de postura y me quedo mirando el techo de mi habitación.

Vale, esto debería de ser suficiente. Sin embargo, sigo con ese cosquilleo inconfundible a la altura de mi vientre. Necesito volver a tocarme.

—¿En serio? ¿Otra vez?

Pero estoy demasiado duro como para intentar discutir con mi erección, que parece estar haciendo una huelga por poco uso.

Me pongo manos a la obra (nunca mejor dicho), masturbándome con más fuerza y pensando nuevas guarradas para hacer con Alex. Imagino una escena en la que él se pone de rodillas y casi sin esfuerzo separa mis piernas. Se acomoda, encajando su piel caliente con la mía. Noto su polla enorme entre mis nalgas. Me sonrío canalla mientras restriega la punta sin decidirse a meterla, jugando con fuego.

Gruño porque estoy a punto de llegar al orgasmo. Estoy cerca, muy cerca.

Muerdo el aire y mi polla bombea sobre la palma de mi mano, mojándome de un líquido blanco y espeso que forma una piscina dentro de mi ombligo. Exhausto, me recuerdo a mí mismo que tengo que respirar con más calma.

Yo... No sé qué me ha pasado. No acostumbro a hacerme dos pajas tan seguidas.

Intento dormir, aunque no sirve de nada. Sigo demasiado cachondo. Al final se me va a caer el pene como me toque durante más tiempo de esta forma, y a la vez siento que no servirá. Nunca será suficiente, y eso me frustra. Una paja, por mucha imaginación que le eche, no basta para apagar al Dios del Sexo que cada uno debe guardar dentro de sí mismo. Supongo que el mío ha despertado por fin, harto de estar preso bajo mi virginidad.

Necesito echar un polvo. Pero un polvo en condiciones, sin pasar por eso de que la primera vez es horrible. Yo quiero sentir que toco el cielo cuando lo haga, no quedarme a mitad de camino. Porque en esas estoy ahora.

Cruzo los dedos antes de mirar el estado de mi entrepierna. Genial.

Tendré que intentar bajar los ánimos con una ducha fría.

Nunca antes me habían expulsado. Se me hace raro no tener que ir a clase pero seguir despertándome a la misma hora. Por eso de que mi madre no tiene ni idea, claro.

—Vas a llegar tarde.

Será al café con Gala.

—Voy, mamá. No encontraba la tarjeta del metro.

—Si tuvieras el cuarto recogido...

Lo dice ella, que tiene el salón patas arriba y las paredes sudan pintura. El otro día entré y era como si los colores que conforman la bandera del orgullo hubiesen tenido una pelea.

Durante el resto de la semana, Gala y yo quedamos a las nueve en Moncloa y subimos hasta la Gran Vía paseando. Allí los coches se amontonan y casi parecen de juguete. Se oyen bocinas, gritos, gente corriendo porque llega tarde y personas trajeadas al más puro estilo *Men in Black*, moviendo las piernas deprisa sobre sus zapatos brillantes o tacones de aguja. Están claramente alterados porque tienen prisa. Y yo preferiría tener eso a esta silenciosa pero horrible presión en las costillas... Sucede siempre que estoy con Gala. Me agobia saber que debería contarle mi secreto. La idea se me hace cuesta arriba. Supongo que es miedo a lo desconocido. Miedo a que nuestra relación cambie. Miedo a decirle quién soy de verdad y que su respuesta no sea la que esperaba. Cada vez que lo intento, las palabras no encuentran su sonido y se quedan atrapadas en mi lengua. Así que al final no hago nada.

Las mañanas terminan siendo repetitivas: nos vamos de tiendas, haciendo parada obligatoria cuando pasamos frente a una librería, e incluso llegamos a ir en una ocasión al cine. Pero el miércoles... el miércoles viví un momento vergonzoso. Estábamos en ZARA y, mientras yo esperaba a que Gala terminase de probarse ropa, decidí matar el tiempo fantaseando estar en un probador con el Gilipollas de los Ojos Azules. Los dos desnudándonos a una velocidad vertiginosa, presos del morbo que nos produciría ser pillados por hacerlo en un sitio público. Sería sexo salvaje, saltándonos los preliminares y yendo directos al grano. Vamos, algo rapidito. Imaginé a Alex tapándome la boca con una mano para ahogar mis gemidos. Y yo se la mordería en un intento por retener las ganas de gritar (*oh yeah!*). Pues bien, estaba recreando en mi cabeza esa caliente escena cuando la risa de mi mejor amiga me devolvió a la realidad. Una realidad... bastante *dura*, para más señas. Intenté disimular la generosa erección que se apretaba contra mi vaquero mientras el calor escalaba hasta llegar a mis mejillas. Gala no dejaba de reírse y se le

sumó la dependienta, contagiada por el incómodo momento. Necesité un par de horas para dejar de estar tan rojo, el mismo tiempo que necesitó mi pene para darme una tregua.

El resto de los días no volvió a suceder nada parecido.

Ha terminado la semana de castigo y Gala y yo volvemos a incorporarnos a las clases. Estoy contento por ver a mis compañeros y quiero ponerme al día con las asignaturas lo antes posible. Cuando llega la hora del café, les pregunto por cómo ha reaccionado la gente al saber que fuimos expulsados por practicar sexo en los baños de la facultad. Bruno y Melissa se miran antes de volverse hacia nosotros, pareciendo decidir quién empieza a contarlo. Como ninguno de los dos se anima, al final Melissa le da un codazo a Bruno y le pide que lo haga él:

—Algunos cuentan que en el baño solo se os oyó discutir. Ni gemidos ni leches. Supuestamente tú, Gala, te acababas de enterar de todo lo que había pasado con Alex y le habías dejado por esa razón. Celos y desconfianza.

—Vamos, que soy la cornuda de un gay.

—Exacto. Aunque otros creen que estabais follando, e incluso hay quienes juran haberlo visto con sus propios ojos. No sé, las opiniones siguen divididas. —Hace una pausa—. Yo sé que no ocurrió nada. —Y nos estudia como intentando confirmar que así es.

Trazo círculos con la yema sobre mi frente, empieza a dolerme la cabeza.

—No ha funcionado. Genial y ¿ahora qué?

—La culpa es nuestra, Eric, no lo hemos hecho bien. ¿Darnos la mano por los pasillos y entrar en el baño de las chicas? Es casi un juego de niños. Además, solo nos pilló una estudiante. No es creíble, aunque nos hayan expulsado una semana. —Gala hace una pausa y luego me parece verla sonreír—. Pero... pero estás de suerte, porque se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Otra? Gala, que ya sabemos cómo termina esto...

—Cállate y escucha lo que te voy a proponer. Tres palabras: casa-de-Álvaro. —Levanto una ceja y aclara—. Hay una fiesta allí, este viernes.

Tiene que estar tomándome el pelo.

—Álvaro, por si no lo sabías, es el mejor amigo de Alex.

—Lo sé. Justo por eso deberíamos hacerlo allí.

—¿Hacer el qué exactamente?

—Vamos a follar, cariño. Bueno, a *fingir* que follamos. —Le saca la lengua a Bruno, que ha empezado a reírse—. Será en una de las habitaciones de la casa. Piénsalo, estará lleno de gente que conocemos de la uni. Solo nos hace falta encontrar el momento adecuado para encerrarnos y... luces, cámara, ¡acción!

No va a salir bien, de ninguna manera.

—Lo dices como si fuera fácil. Lo primero, ya hemos visto que fingir tener sexo no da resultados; lo segundo, está claro que ninguno de nosotros es bienvenido. Sobre todo yo.

Gala pone los ojos en blanco y luego me mira como si fuese tonto.

—Eric, como ya te he dicho, cuando nos expulsaron solo nos había visto una persona. Una persona. Si lo hacemos en esa fiesta nos oirán cientos de borrachos. Eso será más que suficiente para que deduzcan lo que estamos haciendo dentro. Luego, cuando notemos que empieza a haber mucho movimiento en la puerta, salimos despeinados y, no sé, tú puedes ponerte la camiseta del revés. Y ya está, los machitos te harán la ola para entrar de nuevo en *Heterolandia*. —Me guiña un ojo—. Si te preguntan, puedes contarles que yo también... bajé. Pero solo si les dices que ha sido la mejor mamada de tu vida.

Melissa casi se atraganta.

—Dios, Gala, tú estás más salida que el pico de una mesa.

—Y que lo digas —se le suma Bruno.

—Vaya, vaya... ¿Tan buena eres? —Quería ser gracioso, pero sueno más como alguien que intenta ligar con ella, lo cual se me hace sumamente incómodo.

—Nadie se ha quejado nunca. —Gala hace más amplia su sonrisa—. Entonces ¿qué? ¿Lo intentamos de nuevo?

Saco el ordenador de la mochila y le pido a Gala que vigile mis cosas porque me voy un momento al baño. Melissa me recuerda que tengo tres minutos antes de que la puerta se cierre y no me dejen entrar, por lo que voy derrapando por el camino. Al llegar me desabrocho el cinturón y me concentro para hacer pis. En principio, estoy solo. Me ha dado tiempo a echar un vistazo rápido y las puertas de los inodoros estaban abiertas y vacías. No es que tenga problemas para mear delante de otros chicos, pero me siento más cómodo cuando tengo total y absoluta intimidad.

Al terminar abrocho mi pantalón, con el inquietante presentimiento de tener a alguien detrás de mí.

Espero un poco, como el que espera a que ocurra algo. Un nuevo sonido. No sé.

Me gustaría convencerme de que me lo he imaginado. Que sigo solo. Pero el calor de un segundo cuerpo invade mi espalda, poniéndome los pelos de punta. Sea quien sea, está demasiado cerca.

Al girarme, mi nariz choca contra algo duro y ahogo un grito.

Y entonces mi campo de visión se reduce a dos ojos. Dos ojos azules, fríos y grandes.

Antes de poder reaccionar, sus manos tiran del cuello de mi camiseta y me empujan al otro extremo del baño. Mi espalda se golpea contra la pared. Respiro de forma entrecortada, muerto de miedo.

—¿Estás loco?!

Da dos pasos hasta volver a tenerme a escasos centímetros. No puedo dejar de pensar en lo

grande que es y lo pequeño que me hace sentir.

Las cejas esconden la mitad de sus ojos, en un gesto de enfado. Pero lo que me preocupa es la forma en la que sus dedos se hunden en mi garganta, porque ya no puedo emitir sonidos. Mi voz se ahoga bajo su fuerza y siento que las lágrimas empiezan a mojar mis mejillas.

Todo sucede demasiado rápido como para que entienda qué está pasando. Por qué hace esto ahora. Intento buscarle algún sentido cuando lo oigo decir:

—¿A qué crees que estás jugando?

—Alex, yo no te he hecho nada.

—Y una puta mierda.

Mi pecho se mueve arriba y abajo, tratando de buscar el aire que le falta. Necesito que pare.

Desesperado, empiezo a arañarlo con las manos, pero solo consigo que me apriete con mayor intensidad. ¡Me va a ahogar! Noto cómo me sube la sangre a la cabeza y se me queda una sensación electrizante en la frente. Empiezo a pegar patadas al aire, hasta que consigo acertar en algo duro y me suelta con un quejido.

Por fin.

Lo veo frotarse la rodilla con una mueca de dolor. Me quedo quieto, sin saber cómo salir de ahí. Podría gritar y pedir ayuda, pero la garganta me arde y, cuando intento hablar, casi no consigo oírme a mí mismo. Siento el cuello maltratado y respiro con dificultad durante los siguientes segundos.

Da unos pasos hacia mí y yo retrocedo instintivamente hasta volver a tocar la pared.

—Déjame en paz.

—Déjame *tú* en paz a mí —contesta Alex. Su mano sujeta de nuevo mi cuello, es demasiado fuerte como para poder escapar de él—. No vuelvas a besarte con Gala en mi puta cara.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No te lo voy a repetir.

Está a tan poca distancia que su nariz se aplasta contra la mía. Me hace daño. Después su mano suelta mi cuello. Respiro. Me doblo sobre mí mismo y acaricio con cuidado la zona resentida.

—Ponte de pie.

Obedezco.

—¿Todo esto es por celos? ¿Desde cuándo te gusta mi amiga? —me atrevo a preguntar.

Alex se asegura de que estamos solos, pero aun así me deja sin respuesta. Las venas de su cuello comienzan a hincharse, resaltando bajo su piel. Sus ojos se hacen más salvajes, como si fuera un animal.

Necesito salir de aquí antes de que la situación empeore.

—Tengo clase. Déjame irme.

—Tú no te vas a ninguna parte.

—Pero ¿qué más quieres de mí?

—Nada. No quiero nada.

—¿Por qué haces esto?

Cierra los ojos y lo veo expulsar aire con fuerza.

—Necesito pensar...

—¿Pensar?

Alex se revuelve el pelo nervioso y retrocede un paso. Entrelaza los dedos por detrás de su nuca y hunde la cara en sus codos.

—Eric, no le cuentes nada de esto a nadie, ¿vale?

—Está bien.

Intento marcharme, pero su brazo se extiende firme y enorme, impidiéndomelo.

—Espera, todavía no he terminado. —Su voz suena dura y amenazante.

—Déjame salir.

Cuando voy a empujarlo, Alex se engancha en mi camiseta, arrugándola bajo su puño. Con un posesivo movimiento tira de ella, acercándose inevitablemente a él. Inclina la cabeza y siento el calor de su aliento cerca de mis labios. Me quedo quieto, sin saber qué es lo siguiente que va a hacer conmigo.

—A la mierda... —susurra.

Y entonces me besa.

Sus manos me sujetan la cara. Cierro los ojos y dejo que Alex marque la intensidad. Primero chupa mi labio superior, después el inferior. Cuando intenta meter su lengua dentro, dejo la boca entreabierta. Nuestras lenguas resbalan, elevando aquel beso a un nivel más obscuro que las caricias iniciales. Se mueve de una forma tan experta que es como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. El beso me llena de una sensación mágica, haciéndome sentir que mis pies se separan del suelo para empezar a flotar en aquel espacio.

Al separarse unos centímetros me muerdo el labio para controlar mi frustración.

—¿Te gusta? —me pregunta con su increíble voz, grave y rasgada—. Te gusta. Claro que te gusta.

—Sí...

—No creo que Gala sepa hacerte esto.

Jadeo al oírlo, llevando mi mano a su pelo para volver a acercarlo hasta mí.

Necesito que me bese más. Que no deje de hacerlo nunca.

Y lo hace. Alex aprieta sus labios contra los míos, muerde, chupa y me acaricia con más fuerza que antes.

¿Se puede hacer el amor utilizando únicamente la boca como punto erógeno? Porque ahora mismo siento que este hombre me está follando.

Al poco rato sus labios vuelven a separarse de los míos. Son suaves, más de lo que había llegado a imaginar. Después sopla en mi cuello, intentando calmar la zona resentida. La sensación es increíble. Calor y frío se juntan, y yo me quiero morir del gusto.

Lo oigo gruñir de placer antes de abandonar el cuello y reclamar mi boca.

Su cuerpo se frota con el mío en un movimiento delicioso. Noto un bulto gordo y pesado aplastándose contra mi erección, un bulto que segundos después crece todavía más, cuando ya creía que no podría ser más grande. Alex tiene su erección encajada en mi entrepierna, restregándola por encima. Es un placer distinto al de besarnos, y me invaden unas ganas terribles de sentirlo dentro de mí. Tengo tanto calor que es imposible que no se haya empañado ya el espejo. Jadeo mientras mi cuerpo se retuerce buscando estar más cerca del suyo.

—Fóllame... —se me escapa.

Al decirlo, su cuerpo deja de moverse. Lo imito. Por la forma en la que nos miramos, sé que hasta ese momento ninguno de los dos se había parado a pensar en lo que hacíamos. He tenido la erección de Alex frotándose contra la mía y, aunque ambos seguimos teniendo demasiada ropa, sabemos que ha sido un momento demasiado íntimo para tratarse de... un beso.

Trato de echar la cadera ligeramente hacia delante para volver a sentir su polla contra la mía. Me tranquiliza comprobar que sigue estando duro, pero la reacción de Alex no es precisamente de alivio. De hecho, no esperaba verlo tan cabreado ahora, ni que me apartase de un empujón.

—¿Qué mierda haces, Eric?!

—Tú eres el que me ha besado primero.

—Pero yo no quería... ¡Joder! ¡Te he notado el puto rabo!

—Y ¿qué me quieres decir con eso?

—Que eres un chico.

—Pero eso ya lo sabías antes de...

—Calla. No sigas por ahí. —Gira sobre sí mismo, nervioso—. Le cuentas esto a alguien y...

—Se lo cuento a alguien... ¿Y qué?

—Yo que tú no lo haría. —Siento un escalofrío por la forma en la que pronuncia las palabras. Su mirada se ensombrece—. Si llego a enterarme de que lo haces, juro por Dios que te mato. Espero haber sido suficientemente claro con este tema.

Antes de que pueda responder, Alex desaparece de mi vista. La puerta se cierra y el silencio ocupa el hueco que ha dejado.

Llevo la mano a la zona de la nuez. Ejercicio un poco de presión con el pulgar y el índice para tratar de calmar el dolor, pero no funciona.

Después toco mis labios. Están hinchados y mojados.

La mayor parte del calor que siento se concentra en mi boca, donde también se mezcla con un desagradable sabor metálico. Vuelvo a pasar mis dedos por los labios y me doy cuenta de que es sangre. Me tranquilizo al comprobar que la herida solo se ha abierto en un mínimo espacio. Mientras me limpio, no paso por alto lo distinto que me veo ahora en el espejo. El rubor en las mejillas me hace parecer más vivo que nunca, iluminando la piel de mi cara y dándole color.

Creo que aún no soy plenamente consciente de lo que acaba de pasar y de lo que eso significa.

La suavidad de sus labios apretándose contra los míos. Nuestras lenguas dándose calor. Mis dedos tirando de sus mechones mientras él me sujeta la cara con las manos. Ese momento sigue tan presente que parece imposible que se haya acabado. Por lo menos, me gusta pensar que la misma saliva con la que cicatrizo mi herida se esté mezclando con la de Alex en mi boca.

Estoy excitado y feliz.

Quizá parezca precipitado admitir que acabo de imaginarme con él en el día de nuestra boda, recordando este momento justo antes de dar el «sí quiero». El traje de etiqueta me favorece y Alex lleva uno hecho a medida, así que está increíblemente sexi con él. Además, le he comprado una corbata azul, acorde con sus ojos. Yo me he decidido por una pajarita roja, que combina con... No sé. Bueno, ¿el diario cuenta? ¡Viva los novios! Gracias, gracias.

Un estudiante entra en el baño y me llevo un susto de muerte. Al volver a la realidad, me doy cuenta de que llevo bastante rato aquí metido y... la clase de Derecho. Yo tenía clase de Derecho.

Pongo la oreja sobre la puerta y escucho a mi profesora hablar sin mucho entusiasmo. Con un poco de suerte y una buena excusa podría convencerla para que me dejase entrar, aunque la idea de sentirme observado por cien personas no me gusta en absoluto. O sea, me muero de vergüenza. Además, sigo teniendo los labios hinchados y enrojecidos. ¿Esto último vale como excusa para no intentarlo?

Ni siquiera puedo irme a casa hasta que termine la clase, porque mi ordenador y mi mochila siguen ahí. Leo un par de wasaps de mis amigos, preguntándome dónde estoy. Son de hace ya casi veinte minutos. Mientras espero intento ocupar mi mente con otra cosa que no sea Alex, pero no sirve de nada. Lo único que hago es llevarme una y otra vez los dedos a la boca para confirmar que, de alguna forma, el beso que me ha dado sigue ahí.

No debería sorprenderme que Alex esté ignorando todas mis llamadas, y que tampoco conteste los wasaps que le envió. Después de hacerse público lo del reto y que esa «anécdota» se siga oyendo en alguna que otra conversación trivial por los pasillos, Alex estará muerto de miedo. Pensará que ha cometido el mayor error de su vida, que la ha cagado. Estoy convencido de que se arrepiente de lo que ha hecho. Y a la vez, sé que para llegar al punto de decidir dar ese paso sus ganas de besarme han tenido que estar muy por encima de las consecuencias que tendría que pagar después.

Alex tiene que estar hecho un lío. Yo también.

Vuelvo a marcar su número de teléfono. Nada. Tampoco quiero parecer un acosador, pero hay preguntas que necesito hacerle, temas para aclarar y no volverme loco. Me siento como debe de sentirse una persona la primera vez que va a casa de alguien para follar. Después del polvo, ¿se marcha corriendo o se queda un poquito? ¿Adónde vas cuando tienes tan metido a alguien en tu cabeza que sientes que lo llevas contigo a todas partes? Así no se puede.

Entiendo su miedo a que me vaya de la lengua, sobre todo después de cómo se ha portado él conmigo. Pero quiero que entienda que contarle no entra dentro de mis planes. No solo por el hecho de que nadie me creería, sino porque, además, eso supondría confirmar mi propia salida del armario.

Cada vez que recuerdo el beso algo me dice que no va a volver a suceder. Que solo ha sido una vez. Después fantaseo con la idea de saltarme las clases y quedarme todo el día en el baño de la facultad, esperándolo. Alex metiéndome mano por debajo de mi ropa interior, diciéndome guarradas al oído hasta que yo no puedo más y termino suplicándole que me folle con violencia. Y entonces me baja los pantalones y yo giro ciento ochenta grados, dándole la espalda e inclinándome hacia delante. Lo oigo escupir sobre su erección y noto cómo algo duro, suave y caliente comienza a entrar dentro de mí...

Una vibración en el móvil hace que deje de escribir en el diario. Casi me tiro de cabeza para cogerlo, pero después descubro que el mensaje no es de Alex, sino de Gala: «Salgo ya de casa». Le contesto con un emoji sonriente y me ato los cordones. Los dos hemos quedado por el centro de Madrid en menos de diez minutos. Ella cree que es para ir a tomar algo. No tiene ni idea de que, en realidad, me va a ayudar con algo que se me ha ocurrido para provocar que sea Alex el que me llame a mí, sin tener que volver a hacerlo yo.

Y no, no puedo compartir mi plan con Gala.

Pero ella es la clave para que todo salga como quiero.

—Gala, ¿te parece bien que nos saquemos una foto? —le digo mientras muevo la silla para acercarme.

Los dos estamos en la terraza de un bar de Argüelles. Con el buen tiempo que hace, tomarse una cerveza fresquita se convierte en la opción más tentadora.

—¿Una foto? Claro. ¿Por qué no iba a parecerme bien?

—Me refiero a una foto de pareja. Besándonos. —Evito mirarla a los ojos para hacerlo más fácil—. Es para subir algo yo también a mi Instagram. Por lo de seguir fingiendo que somos pareja y eso.

La sonrisa de Gala desaparece.

—Claro. Es verdad.

—Si no quieres, no tenemos por qué hacerla.

—¿Sabes? En realidad me parece buena idea.

—¿Pero...?

—Pero nada. Haz la foto.

El camarero nos toma nota y regresa con dos jarras.

Antes de probar la cerveza, Gala se lleva la mano inconscientemente a la boca y empieza a morderse una uña. Ella nunca se muerde las uñas.

—Te noto rara. ¿Seguro que todo va bien?

—Sí. Todo va bien. —Aparta la mano y se frota la pierna, después levanta la jarra y le da un largo trago.

¿Estaré presionando a Gala? Quizá no le apetece seguir ayudándome con el rollo de parejitas y se sienta en la obligación de continuar por eso de que somos amigos.

¿Debería hacerlo? Porque eso de usar a Gala para poner celoso a Alex...

Sí, ponerle celoso. Esa es la idea. Ese es mi plan genial.

—¿Eric?

—Dime.

—Nada, que estoy esperando. La foto.

—Ah, perdona. Es verdad.

Saco mi mano temblorosa y Gala se acerca para sellar sus labios contra los míos. El beso es frío y solo dura los segundos que tardo en disparar el *flash*. Cuando termino, nos sonrojamos algo incómodos y me doy prisa por buscar las fotos en la galería para no tener que prolongar el silencio que se crea. Elegimos la que más nos gusta y me ayuda a editarla.

—Oye, Gala, quiero darte las gracias. No sé. Siempre me ayudas con todo.

—Deja de darme las gracias, anda.

—En serio, eres la mejor.

Y siento no poder contarte la verdad.

Sonríe, pero hay algo raro en la forma en que lo hace.

—Ya, bueno. Somos amigos. Tú harías lo mismo por mí.

Un par de horas más tarde bajamos juntos al metro y nos despedimos con un abrazo. Desde hace un minuto tengo la foto que quería flotando en internet. «Para siempre. Te quiero», deja Gala escrito en comentarios. Estoy a punto de contestarle lanzando tres corazones, pero la pantalla me muestra una nueva imagen y empieza a temblar bajo mi mano. Leo el nombre de Alex mientras el tono de llamada ruga como un león cerca de mis oídos.

No contesto.

Vuelve a llamarme quince minutos más tarde (creía que no volvería a hacerlo y que había perdido mi oportunidad). Esta vez sí acepto la llamada, porque ya he salido del metro y puedo hablar mientras camino por la calle.

Casi puedo oír cómo aprieta el móvil desde el otro lado de la línea.

—¿Te divierte hacer esto? ¿Crees que tienes el control de la situación? Pues te diré una cosa para que te quede bien claro, Eric: en realidad eres un puto cobarde de mierda y esto puede salirte muy caro.

—¿Es una amenaza?

—No me gusta que me tomen el pelo y tú ya lo has hecho en cuanto has subido la puta foto besando a Gala. ¿De qué vas? Además, tú eres maricón.

—Y tú un completo gilipollas. —Me oigo contestarle.

—¿Qué?

—¡Gilipollas! ¡Eso es lo que eres! —Las palabras me salen solas, estoy cansado de él y de su actitud conmigo—. Primero me das tu número, me dices de quedar y cuando voy a besarte me partes la cara. Luego me entero de que esa cita fue en realidad una puta apuesta. Después lo cuentas en la universidad y con eso me sacas a la fuerza del armario. Y ahora... ahora que intento recuperar mi privacidad, vas tú y me besas. Pero, espera, porque luego eres lo suficientemente cobarde y egoísta como para tener los huevos de desaparecer sin darme ningún tipo de explicación. ¿Te gusta volverme loco, Alex? ¿O es que estás empeñado en joderme más la vida?

—¿Intentas recuperar tu privacidad? Todo el mundo sabía que eras gay desde mucho antes. No me jodas, tío. Se te nota.

Es increíble que tenga la cara de salirme con eso.

—En cualquier caso, yo decido cuándo contarle o si quiero hacerlo. ¿Es que no entiendes que esto es algo que solo me pertenece a mí? ¡No tienes ningún derecho a hacerlo tú! ¡Ninguno!

—A ver si eres capaz de decírmelo a la puta cara.

—Te diré eso y lo de maricón. Ya me ha quedado bastante claro que tú también lo eres.

—No te confundas conmigo.

—¡Ja! Entonces no te importará que cuente lo que pasó en el baño, ¿verdad?

Se crea un silencio de esos que hablan por uno mismo.

—Lo imaginaba.

—Eric, te juro que... te juro que si lo haces te mato.

—Y ¿qué harás cuando quieras besarme de nuevo?

Su respiración se agita en el micrófono.

—Lo que quiero es que desaparezcas de mi vida.

Algo se rompe en mi interior, como si el polvo que tapaba las grietas se hubiera ido a otro sitio y ahora pudiese recordar que todas las heridas seguían ahí.

—Que me lo digas tú, siendo el responsable de que ahora la mía esté patas arriba... Te juro que a mí se me caería la cara de vergüenza. Pero creo que aún eres incapaz de ver lo egoísta que estás siendo conmigo.

—Lo del reto no fue idea mía.

—Pero aceptaste.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

—Es más complicado de lo que crees.

Y entonces me cuelga.

El teléfono se convierte en un trozo de metal muerto y la pregunta queda flotando en el espacio que nos separa.

Saber que en cuestión de horas Alex y yo vamos a coincidir en la misma fiesta me pone más nervioso de lo que quiero reconocer. Quizá por eso esta noche no esté siguiendo el ritmo de mis amigos. Echo un vistazo a los vasos de tubo, con los hielos enfriando el alcohol barato y burbujeante, y el borde del recipiente manchado de pintalabios rosa. Sigo sin conseguir terminar mi segunda copa, mientras que Gala y Melissa irán por la cuarta y Bruno... Bueno, él definitivamente está bebiendo por mí esta noche, porque ya va por la séptima. Casi no se mantiene en pie. Todos le hemos dicho que se relaje un poco, pero parece decidido a salir de la fiesta arrastrándose por el suelo y haciendo el gusanito.

Melissa me pide que lo meta en la bañera y le eche agua fría para bajarle el pedo, y aunque la idea no me apasiona sé que no tengo otra opción. Me toca a mí hacer de padre. Echo su brazo derecho por encima de mis hombros y lo llevo al cuarto de baño. Ahí le quito la camiseta y el pantalón. Me alegra saber que no se ha meado encima. Después lo meto en la bañera con cuidado para que no se dé un golpe en la cabeza con el grifo.

—Tío, pon un poco de tu parte —protesto, porque está medio dormido y yo así no puedo.

—¿Ahora es cuando intentas besarme? —Un terrible olor a alcohol golpea mi cara.

—Cállate.

—Eric... Eric... Aaaah. —Y entonces finge tener un orgasmo—. Tócame ahí, sí... qué gustito...

¿En serio estoy viviendo esta situación con él?

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Nada. —Suelta una risita tonta y se tapa la cara con ambas manos—. Jijijiji.

—Bruno, estoy a punto de golpearte la cabeza con la alcachofa. No quiero que me metan en la cárcel por matar a mi amigo, así que haz el favor de ponérmelo más fácil. Si no, vuelvo al salón. Eres tú el que necesita mi ayuda.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Intenta abrir los ojos, pero parece tener pesas en los párpados—. ¿Te pone? —dice mientras señala su cuerpo rechoncho—. Lo que ves... ¿Te gusta? ¿Soy tu tipo? Me refiero, ¿se te pone dura al verme así? Tan indefenso y casi desnudo...

Ni aunque solo quedásemos nosotros dos.

—No, no me pone.

—¿No te pone porque soy gordo?

—Estás confundiendo las cosas. Eres un chico. Y me gustan las chicas.

—Eso piensan Gala y Melissa..., pero a mí no me la cueles. —Se queda en silencio y de pronto

empieza a reírse con más ímpetu—. A mí no me la cueles. ¿Lo pillas? Eso es justo lo que hacen los gais. ¿No lo pillas?

—Estás borracho.

Porque si no lo está, tiene una hostia de aquí a Pamplona.

El chorro de agua fría cae con fuerza sobre él. Bruno abre tanto los ojos que por un momento parecen salirse de su cara.

—¡¡Está helada!!

—Te jodes.

Sonrío, se lo merece.

Dejo que el agua siga empapándolo, mientras Bruno, desorientado, trata de golpear el aire con las manos pareciendo buscar el grifo. Al final se espabila y consigue hacerlo.

—Eres un *carbón*. —Saca la lengua y tira de ella con una mano. Después abre la boca y gesticula—. ¡Cabrón! —consigue decir por fin.

—Tú te lo has buscado.

Alguien llama a la puerta y después se asoma una cabecita. Es Gala.

—¿Se le ha bajado el pedo?

—Más o menos. —Me vuelvo para mirar a Bruno, que intenta taparse los calzoncillos con las manos pero se queda a mitad de camino, como si estuviese atrapado en el espacio mínimo de la bañera—. Ahora sécate y vístete. Nosotros nos vamos en media hora, pero tú... Tú te vas a casa.

—Mejor que se quede aquí. Mira cómo está...

Preparamos una cama improvisada en el salón. Bruno quiere venir con nosotros, pero conseguimos convencerle para que se tumbe y cinco minutos más tarde lo oímos respirar con fuerza por la nariz. Tiene suerte de que los padres de Gala no estén en casa.

Melissa empieza a recoger los vasos y yo le ayudo a llevarlo todo a la cocina. Por el camino, la botella de vodka parece flirtear conmigo, y decido darle una nueva oportunidad. Echo un solo hielo en el vaso de tubo y lo lleno tres cuartos. Lo mezclo con lo que queda de Seven Up y meto el dedo para revolverlo antes de darle un sorbo. Está asqueroso.

Gala guarda el rímel en un estuche y vuelve a echarse pintalabios. Lleva un elegante mono negro con un escote terminado en punta, tacones de aguja del mismo tono y unos pendientes color plata. La apuesta de Melissa ha ido por otro camino: manoleinas, *shorts* y un top rojo. Algo más informal, pero mil veces más cómodo. A mí personalmente no me gusta ir muy arreglado y siempre escojo el mismo *outfit*: camiseta básica negra, pantalones vaqueros y un collar de cadenita muy fina con un ala de ángel. ¿Qué más da? Es solo ropa.

Me alegra comprobar que me termino la copa justo a tiempo.

—No nos dejamos nada, ¿verdad?

—A Bruno —comento con una sonrisa.

—A Bruno que le den —dice Gala guiñándome un ojo—. Venga, un último chupito para aguantar la noche.

Nos tomamos uno y apretamos labios y ojos cuando el alcohol baja por nuestra garganta. Gala y Melissa se sorprenden al verme servir otro.

—Te va a subir todo de golpe —me advierte Melissa.

—Déjale, ¿no ves que es el doble de grande que nosotras? Necesita más combustible. Vamos, Eric, ¡sin pensarlo!

Agito la mano en el aire mientras me obligo a tragar el último chupito y vuelvo a rellenarlo para hacer lo mismo. Melissa me dice que ya está bien y Gala que está orgullosa de mí. Esto se parece al poli bueno y el poli malo. Guardo la botella en el frigorífico y trato de mostrar mi mejor sonrisa, pero la línea de mis labios se curva de forma irregular. ¿Eso quiere decir que ya estoy borracho?

Melissa llama a un taxi. Cuando nos montamos, la cabeza empieza a darme vueltas. Ponen música de reguetón antiguo y Gala baja la ventanilla para gritar el estribillo de la canción que suena. Los nudillos del conductor se tornan blancos al apretar las manos en el volante. Está serio y no para de lanzarle miradas asesinas a Gala, aunque ella sigue demasiado ocupada tarareando la letra.

—*Dale. Dale, don dale. Pa que se muevan la yales...*

—No puede asomar la cabeza por la ventanilla, señorita.

—*Porque estar soltera está de moda.*

Cuando bajo del coche, el alcohol zarandea mi cuerpo, pero tengo la extraña sensación de que nosotros somos lo único que se mueve en el mundo. Todo parece estático. Es como si el movimiento se hubiese extinguido. Observo las copas de los árboles apuntando al cielo, pareciendo agujerearlo.

Esa sensación se rompe al llamar al timbre. Delante de nosotros se abre una verja que nos invita a seguir el caminito de piedra que conduce hasta la entrada principal. Me doy cuenta de que la puerta no está cerrada. Tan solo tengo que empujarla suavemente para que el volumen de la fiesta y sus colores nos atrapen. ¿Y ya está? ¡No me puedo creer que haya sido tan fácil!

Entro despacio, prevenido, como si tuviera miedo de pisar un punto concreto del suelo que activase una trampa, como en *Indiana Jones*. Por suerte no sucede nada de eso y en mi pecho se afloja un nudo que me impedía respirar. Melissa apoya una mano sobre mi hombro para tranquilizarme y Gala sigue tarareando la canción que sonaba en el taxi, a pesar de que aquí suena otra distinta.

El mueble de la entrada está decorado con lo que parecen luces de Navidad y el resto de la casa repite un poco el mismo esquema. Es como si cada invitado hubiese cogido las luces con las que decora el árbol en Nochebuena y las hubiesen extendido por todas partes.

—Eh, pasad, pasad. —Una chica nos saluda con un vaso de plástico en la mano. No recuerdo haberla visto antes y está claro que no es su casa, aunque hace de anfitriona.

Han movido los sofás para ganar espacio en el salón, que ahora mismo es algo así como la pista de baile. Las botellas de cristal y los refrescos se amontonan en una mesa donde ya no entra

un alfiler, y en el suelo se han ido formando pequeños charcos pegajosos. Siempre hay alguien que tira su copa.

—El hielo está en la cocina —comenta la chica al verme mirar el alcohol.

Melissa no tarda en hablar con un compañero de clase que ha ido a saludarla y se separa del grupo. Gala aprovecha para llevarme hasta el centro de la habitación, donde algunos estudiantes bailan en pareja, otros en corros de amigos, y también están los que prefieren quedarse únicamente moviendo la cabeza. Cuando bailo con Gala procuro mantener cierta distancia para tocarnos solo las manos, pero entonces ella hace un giro y da un paso más hacia mí, de forma que ahora su cuerpo se aprieta contra el mío. Me sorprende sentir su pecho presionando mi camiseta. Nuestra tela es tan fina que puedo notar cómo me clava sutilmente la punta de sus pezones. Gala abre un poco la boca y la humedece con su lengua. El color granate de sus labios se vuelve más chispeante, como si hubiese mordido una cereza y el jugo se hubiese derramado sobre ellos. Sin dejar de mirarme, comienza a realizar movimientos suaves que rozan lo obsceno, enredando sus piernas con las mías. Su pelo, largo y liso, se ondula en el aire de forma hipnótica.

La confianza que desprende en sí misma con cada nuevo paso hace que de pronto nos convirtamos en el centro de atención. Me da cosa tocarle sin querer el culo en uno de los giros, y trago saliva cuando su mano se apoya en mi nuca y acerca mi cara a la suya. En vez de besarme, crea un punto de calor juntando nuestras frentes y solo se separa cuando nuestros labios están a punto de rozarse. Inconscientemente muerdo los míos.

—¿Preparado para follar? —pregunta entonces.

Me doy cuenta de que acabo de empalmarme.

Como volvamos a bailar apretados se dará cuenta.

Me siento como si le hubiesen puesto la zancadilla a mi orientación sexual y ahora le doliese la cabeza, confundiendo el pene con la vagina.

Melissa no tarda en volver con nosotros. Gala intenta convencerla de que haga *twerking*, pero ella se niega.

—¡Te sale genial! Eric, ¿tú la has visto haciéndolo alguna vez? —me pregunta con voz chillona. Le digo que no y Gala se cruza de brazos, poniéndole morritos a su amiga—. Vaaaamos, ¡que no te dé vergüenza! ¿Has visto a la gente que hay aquí? Ninguno tiene nada que hacer frente a nosotras, ¡no tienen sangre en las venas!

Pero Melissa sigue en sus trece. Al final Gala desiste y lo da por perdido, por lo que vuelve a por mí. En ese instante pienso «mierda, sigo empalmado», pero al entrelazar sus piernas con las mías me doy cuenta de que no. ¡Menos mal! La idea de que haya solucionado este pequeño percance hace que me sienta libre y que pueda bailar tranquilamente con mi mejor amiga. Lo de antes... habrá sido solo un momento de confusión. No sé. Además, Gala es como mi hermana. Y es una chica. Supongo que esto es una reacción natural a causa del roce, el calor y las letras sugerentes de las canciones. Sobre todo, señalo al alcohol como principal culpable.

—En un rato subiremos arriba. Tranquilo, va a salir bien.

Asiento y ella me pellizca en el costado, en un gesto cariñoso.

Al poner la canción de *Gasolina*, Melissa suelta un grito y levanta los brazos. Gala se lanza y la abraza como si fuesen dos buenas amigas que se reencuentran después de mucho tiempo. Comienzan a bailar y, aunque no nos deleita con su *twerk*, Melissa deja claro a todo el mundo quién ostenta la corona en esa fiesta. Gala parece encantada de ser destronada por su amiga y la anima a seguir bailando junto a ella.

En mitad de la euforia, mi sonrisa desaparece y me quedo pálido. El motivo está al final de la habitación, donde descubro una sombra de anchos hombros que se dibuja sobre la pared. Mi corazón bombea con tanta fuerza que por un momento parece que puedo oírlo por encima de la música. El chico que proyecta la sombra me está mirando y sus inquietantes ojos azules hacen que me sienta muy pequeño.

«Es más complicado de lo que crees», sus palabras vuelven a sonar dentro de mi cabeza.

¿Qué es lo que escondes, Alex?

—Veo que tú también te has dado cuenta —comenta Gala, que ha vuelto junto con Melissa—. Hay algo extraño en él, ¿no crees? —Le da la mano a Melissa y lo señala con la barbilla, haciéndole cómplice de la posición de Alex—. Justo ahí. Te lo he dicho, no deja de mirarme.

Los tres nos apiñamos en un grupo porque hay demasiada gente y esto empieza a resultar claustrofóbico. Pero sé con certeza a quién está mirando Alex. Lo que no entiendo es cómo soy el único que se da cuenta.

—Creo que está celoso —confiesa Melissa—. Está claro que le gustas, Gala. No sé, creo que no debe de ser fácil para él saber que Eric es ahora tu novio después de todo lo que ha pasado. Quizá... —Y abre mucho la boca y sacude las manos, como si hubiera descubierto algo importante—. Espera, creo que ya sé por qué le hizo eso a Eric. —Siento los ojos de Melissa sobre mí, y por un segundo tengo miedo de que ya lo sepa. Pero sé que esa posibilidad es tan remota como improbable—. Él pensaba que Eric y tú erais pareja mucho antes de hacerlo público. Odia a Eric porque tiene lo que quiere para él. ¡Seguro que es eso!

—Eso no tiene ningún sentido; Alex nos preguntó si éramos pareja y le dije que no.

—Pero es lo que habéis dicho siempre a todo el mundo, que no estabais juntos. Quizá ya sabía cuál iba a ser vuestra respuesta y pensaría que le estabais mintiendo como al resto de la gente, que lo manteníais en secreto.

—Entonces, ¿para qué le pidió después el número a Eric?

—No lo sé.

—Eric, ¿tú qué piensas?

—A mí no me metas.

—Anda, no seas así. ¿Crees que Melissa tiene razón?

—Creo que la que tiene razón eres tú, que hay algo extraño en él. Es un tío raro.

Gala vuelve a girarse para mirar solo a Melissa:

—¿De verdad piensas que le gusto? Ya no sé qué pensar. A ver, si te soy sincera, a mí tampoco me pega que Alex sea gay. Puede que tengas razón y lo haya hecho para fastidiarle, pero... ¿No habría sido más fácil pedirme el número a mí directamente?

—¿Desde cuándo los chicos son fáciles? ¡Luego nos llaman complicadas a nosotras!

Gala tira de un mechón de pelo y comienza a darle vueltas sobre el dedo índice, enrollándolo y desenrollándolo. ¿Cómo debo interpretar eso?

Empiezo a ser consciente de lo mucho que me molesta la actitud de mi mejor amiga. Intento no intervenir. Intento que no se note. Pero no consigo mantener la boca cerrada.

—Vamos, que te gusta Alex. —Mi voz suena cortante.

—Puede. Quizá un poco.

—¿Un poco? Creía que después de lo que me había hecho no pensabas en él. Que lo habías descartado. Con todos los chicos que hay en el mundo...

—¿Te jodería mucho si te digo que aún me sigue gustando?

—Estás respondiendo con otra pregunta. ¿Te gusta o no?

—¿No es evidente? —interviene Melissa—. Vamos, Eric. Tampoco es para tanto. Me refiero a que lo mismo te pide perdón y cuenta la verdad. Hasta puede beneficiarte. ¿No lo ves?

—No. La verdad es que no lo veo.

—Pues es una pena, porque yo lo encuentro bastante factible.

—Lo que tú digas.

—Entonces, ¿te molestaría si yo...? —empieza Gala, pero no se atreve a terminar la pregunta.

—Ya me da igual.

—¿Seguro? ¿No te importa?

¿Tengo otra opción?

—Haz lo que quieras.

Gala sonrío y le guiña un ojo a Melissa. Genial, ahora tiene camino libre para ir a por Alex.

Decido cambiar de tema para tratar de pasármelo bien esta noche. No quiero enfadarme con Gala. Ella no sabe que Alex me gusta desde primero ni que me ha besado en el baño de chicos. Por tanto, no sería justo que ahora le cogiese manía. Gala es libre de fijarse en cualquier chico. El problema es que la teoría me la sé y viene aprendida de casa, pero, por mucho que lo intente evitar, a una parte de mí empieza a molestarle cualquier cosa que hace.

Oh, no. No quiero convertir a Gala en una villana Disney. Es mi mejor amiga y me está apoyando en lo de volver a *Heterolandia*.

Pero ¿y si están en lo cierto y Alex también la miraba a ella?

¿Significaría eso que le gustamos los dos?

Cambian de registro y los cimientos tiemblan bajo las ondas de la música tecno. Como es para

bailar en solitario, Melissa, Gala y yo nos separamos y empezamos a dejarnos llevar. Melissa salta y mueve los brazos como si fuera un robot. La imito. Exagero los pasos y termino chocando con alguien. Pido disculpas y me doy cuenta de que es una chica a la que no conozco. Tiene nuestra edad. Lo sé, porque la joven se presenta y empezamos a entablar una conversación y en cinco minutos es como si fuésemos amigos de toda la vida. Al final me pide que la acompañe a rellenar su vaso y yo no veo nada raro en eso.

Me despido de mis amigas y les digo que vuelvo ahora. Melissa levanta las cejas un par de veces y sonrío divertida, dándome un empujoncito en la espalda para que me marche con ella. Pasamos con dificultad entre la gente. Un chico que creo haber visto en mi clase de Marketing me frota la cabeza con confianza, y no me gusta. Imagino que será por los efectos del alcohol, y que por lo mismo yo estoy ahora bebiendo con esta chica que acabo de conocer. Mierda. No recuerdo cómo se llama, así que desde aquí la bautizo como la Chica de Ojos Sosos, porque son marrones y no me dicen nada.

Suenan un par de canciones y luego bajan un poco la luz, creando un entorno más íntimo. La Chica de Ojos Sosos aprovecha para morder sus labios y estudiar los míos. Sé lo que está pensando.

Atrás, Satanás.

—Tengo novia.

—Yo no veo que esté aquí.

—Te equivocas, sí que está.

Mira a su alrededor, fingiendo buscarla.

—¿Dónde?

—Justo ahí. —Señalo por encima de su cabeza hacia el punto donde he visto por última vez a Melissa y Gala. Pero no encuentro a mis amigas. ¿Dónde están? Entonces reconozco a Melissa. Se ha puesto a bailar con el chico que ha saludado antes. ¿Y Gala? Busco entre la multitud y me relajo al encontrarla al fondo de la habitación, donde la luz es más débil y casi no se aprecian sus facciones. Por eso tardo más en darme cuenta de que no está sola.

—Vaya, creo que *tu chica* está algo ocupada.

—Sí, eso parece.

Siento que la habitación se arruga como un globo que pierde aire y me asfixia lentamente al encontrarme atrapado dentro de ese espacio.

—Eric, ¿va todo bien? —Pero oigo sus palabras muy lejos de mí.

—¿Me disculpas? —Me aparto de ella, sin volver a mirarla.

Avanzo despacio hacia la zona de los sofás. Hay demasiada gente, más de la que me gustaría. El olor a sudor y a alcohol penetra en mi cerebro, produciéndome una sensación de vértigo irrefrenable. Necesito respirar aire limpio, si no lo hago, me van a entrar arcadas y no tardaré en vomitar. Decido pararme a mitad de camino y echo la cabeza hacia atrás. No sé qué esperaba encontrar al hacerlo, pero no esto. No un techo sobre todos nosotros. Es como si hubiese

confirmado que estoy atrapado en una jaula de ladrillo. El estómago me pega una sacudida y yo cierro los ojos con fuerza, tratando de que la habitación deje de girar. Al abrirlos, los veo más juntos que antes.

Supongo que tenía la esperanza de haberme equivocado, aunque en el fondo ya sabía lo que había visto desde el principio. Alex estira el brazo y lo deja apoyado sobre los hombros de Gala. Ella responde con una tímida sonrisa.

Cada uno tiene los ojos fijos en los labios del otro.

Estoy borracho. No sé para qué coño me traigo el puto diario a una fiesta. Cuaderno. Cuaderno rojo. Cuaderno rojo con páginas blancas. Me gustan las páginas blancas porque puedo dibujar cosas. Un perro. Voy a dibujar un perro.

Termino dibujando a Gala. Gala me recuerda al perro que quería dibujar. Está con Alex sentada, y su pierna descansa encima de la de mi chico.

Alex es mío.

Gala, te odio.

Gala ya no es un perro.

Voy a dibujar una lagarta.

Mejor una serpiente.

La serpiente se llama Gala.

—¿Vas a tardar mucho?

Alguien ha golpeado la puerta. ¿Dónde estoy? En el baño. En el baño de la casa de Álvaro. Joder.

—Voyyyyyy.

Guardo el cuaderno en el bolsillo. Me gustan los bolsillos de chico porque entra de todo. Seguro que también entra el pene de Alex.

Alex. ¿Dónde está Alex?

Voy a buscarlo.

Está con Gala. Pero Gala es una serpiente. Si lo muerde se va a morir.

Igual soy yo el que lo hace.

Gala es mi amiga, no me va a traicionar.

Gala no sabe que me gusta Alex. Mierda.

Da igual, somos novios. Novios.

Tengo una novia serpiente.

—Tío, sí que has tardado —protesta un chico con cara de estar a punto de mearse encima.

—Serpiente.

—¿Qué?

—Nada.

Cruzo el pasillo y tuerzo a la derecha. Esto parece la cocina. Un tío se separa ligeramente del cuerpo de una chica a la que estaba empujando en la encimera. ¿Qué hace? ¿Le está pegando? Creo haber oído a la chica quejarse. Voy a ayudarla. Nadie va a pegar a esa chica. Pegar está mal.

—Déjala en paz, cabrón. —Mi voz suena algo pastosa.

Me arde la garganta.

—Déjanos tú en paz —me dice la chica.

No entiendo nada.

—Tío, nos has cortado el rollo —protesta el otro.

—Ah, pero que vosotros...

—Sí, largo de aquí.

—Vale, perdón. Perro.

—¿Cómo dices?

El chico se da la vuelta y se cruza de brazos.

—Lagartija. No, espera. Lagarta. Serpiente. Perro. Gala. Serpiente.

Alguien apoya dos manos sobre mis hombros.

—Eric, vámonos.

Es Melissa. Ella no es una serpiente. Ella es buena. No va a morder a nadie.

—Perdonad, chicos, ha bebido demasiado.

Escucho a la pareja maldecir, pero no tardan en hacer espaguetis con la boca. Es parte de la magia del amor, supongo.

—Eric, ¿dónde coño te habías metido?

—Gala.

—Gala está bien, está conmigo.

—¿Contigo?

—Bueno, a ver... —Melissa se reajusta el top antes de seguir—. Creo que ha ligado con Alex y sigue con él.

—¿Sigue con él?

—Sí.

—¿Se han liado?

—No, no. Que yo sepa no. Solo están hablando, ya sabes.

—Zorreando.

—Tonteando —me corrige ella.

Hago un puchero.

—Gala es mi novia serpiente.

—¿Serpiente?

—Novia, es mi novia.

Melissa pone los ojos en blanco.

—Gala no es tu novia, Eric.

—Sí que lo es.

—Vale, escucha —levanta los brazos pareciendo rendirse—, estás borracho.

—Y tú preciosa.

—Estás muy borracho.

—Melissa, yo...

—¿Sí...?

—Dime.

—No, dime tú.

—¿Yo?

—Déjalo.

Melissa se muerde el labio. ¡Lo muerde! Entonces recuerdo qué iba a decir:

—Hace eso Gala y ¡plop! —comento señalando su labio inferior.

—¿Plop?

—¡Eso es! ¡Plop! Se muere, por el veneno.

—El alcohol que llevas encima es lo que te va a matar a ti. Pero ¿cuándo has bebido tanto?

Me encojo de hombros.

Pienso en la pregunta de Melissa, tratando de hacer un repaso mental de cómo se han desarrollado los acontecimientos desde el comienzo de la fiesta.

Primero el taxi. Chalet. Sofá. Gala y Alex.

Después, blanco. No recuerdo nada más. Me duele la cabeza.

Después has empezado a beber como un condenado.

En el baño había una botella de vodka, pero quizá la haya llevado yo hasta ahí.

El baño es un buen escondite. Podría esconder mi virginidad en él, al follar con Alex.

¿Dónde está Alex? Serpiente. Perro. Lagarta. Lagartaperrodeserpiente. Gala.

A Gala le gusta Alex. Pero Alex me ha mordido a mí primero en el baño de los chicos.

Alex es la serpiente.

—Vámonos a casa —dice Melissa.

—¿Por qué eres tannnnnn guapa?

—A casa a dormir.

—... ¿tannnnnnnn pesada?

—Eric, no me jodas. Estás siendo peor que Bruno.

Los párpados me pesan. Intento sujetarlos, pero caen cuesta abajo y sin frenos. Dejo de ver la cara de Melissa y todo se hace oscuro.

Oigo un ruido. He sido yo. Acabo de caerme.

Dolor.

Gala.

Lagarta.

Serpientes.

Cuando abro los ojos, de lo único que estoy seguro es que me duele la cabeza. Eso, y que la cama es tan blandita que va a resultar difícil abandonarla tan rápido. Mejor vuelvo a cerrarlos y... El colchón se mueve, pero yo sigo quieto. En la habitación se respira una fragancia de hombre que no es la mía. Supongo que estaré durmiendo en la habitación de los padres de Gala, porque está claro que la cama en la que estoy es de matrimonio.

—Gala, necesito que me traigas un paracetamol urgentemente.

Oigo el clic con el que se abre el cajón y el plastiquito de las pastillas haciendo ruido contra los dedos.

—Gracias. —Extiendo la mano y la dejo abierta, con la cabeza aún hundida en la almohada.

Me la imagino de brazos cruzados y el ceño fruncido, enfadada por algo que hice ayer y que ahora no consigo recordar. Y supongo que por eso no me atrevo a mirarla a la cara. Anoche... ¿qué ocurrió? Confío en mí mismo, pero no en mí yo borracho.

—Prométeme que no estás enfadada conmigo.

Lo único que oigo es una segunda respiración fuerte y profunda, como de un animal. Abro los ojos y me encuentro con unas paredes blancas, y una estantería en el lateral izquierdo donde hay un par de trofeos de competición y una foto grupal de un equipo de fútbol. Al lado, una fotografía más pequeña y enmarcada de un niño sonriente. Cojo la del niño de forma automática y me quedo estudiando su sonrisa. Hay algo extraño en ella que despierta mi curiosidad.

—Antes era más mono.

Doy una sacudida al reconocer la voz de Alex. Me tambaleo y estoy a punto de caerme de la cama, pero él se lanza sobre mí, evitándolo. Sus manos ahora me agarran de la cintura con firmeza.

—¡Eh!... ten cuidado.

La fragancia masculina se mezcla con su olor corporal, ambas en perfecta sintonía. Huele a hombre. A la clase de hombre que si te echa un polvo te destroza. Y no, por supuesto que no lo puedo corroborar con mi propia experiencia. Pero hay veces en que la intuición es tan fuerte que las cosas se saben incluso antes de probarlas. Esta es una de ellas.

Intento que su delicioso aroma no me despiste cuando pregunto:

—¿Qué estoy haciendo en tu habitación?

—Esperaba que me dieras las gracias o algo.

—¿Gracias? ¿Por qué debería dártelas?

—Bueno, has estado a punto de caerte al suelo y te he salvado.

Pongo los ojos en blanco, aunque él no me ve.

—Gracias.

—Eso está mejor.

Estoy convencido de que acaba de sonreír.

Alex aún sigue sujetándome, pero los dos sabemos que ya no hace falta. No voy a caerme. Y sin embargo ninguno parece tener prisa en que este momento termine.

Su abdomen roza con un movimiento sutil mi camiseta y yo cierro los ojos del gusto. Soy demasiado consciente de cada uno de sus dedos, apretándose contra mi piel. Incluso llego a pensar en pedirle que clave las uñas un poquito, lo justo para coquetear entre el dolor y el placer. Supongo que le cortarían el rollo y me diría algo así como «tío, tienes pene. No voy a hacer esas cosas contigo».

Por mi mente flotan imágenes de nuestro primer beso y la desagradable forma en la que terminó, las llamadas de teléfono sin contestar, la foto en la que salgo besando a Gala, los celos y la discusión.

—Alex...

—Dime.

—Nada, que ya puedes soltarme.

—Por supuesto.

Su aliento contra mi cuello me nubla la mente. Un agradable cosquilleo sube y baja por la extensión de mi espalda, erizándose la piel por el camino. Pero la sensación se termina en cuanto se separa.

Me giro para tenerlo de frente, concentrándome en lo importante.

—¿Qué hago aquí? ¿Estoy en... tu casa?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque esa es mi cama —dice con una irónica sonrisa—. Y este es mi cuarto. Por eso.

Lo fulmino con la mirada.

—Ahora en serio... Eric, ayer bebiste demasiado, y Gala y Melissa me pidieron que te llevase de vuelta a tu casa. Las acerqué primero a ellas y después me dieron tu dirección.

—Pero esta no es mi casa.

Alex se deja caer sobre la silla y me mira divertido.

—Cambié de opinión en el último momento.

Y lo dice tan tranquilo, como si haber tomado esa decisión fuese lo más natural del mundo.

—¿Por qué hiciste eso?

Se encoge de hombros.

—¿Alex?

Ni siquiera me mira.

—En serio, ¿me lo vas a explicar?

Silencio.

—Genial, pues me voy a casa.

Cuando voy a levantarme suelta:

—Por cierto, tu amiga es muy cariñosa.

—¿Disfrutaste de su compañía?

—Sí, hasta que nos interrumpió un borracho.

Qué gracioso.

Toc-toc. Somos nosotros.

¿Quiénes?

Los celos.

—Siento haberos interrumpido. Quizá deberíais haber elegido un sitio más privado. La próxima vez la puedes llevar a plaza de España. Me han dicho que hay un escondite muy bueno para tener una primera cita.

Alex se remanga la camiseta.

—Estabas tan borracho que estaba convencido de que no recordarías buena parte de la noche.

—Pues el que parece no recordar las cosas eres tú. Me dijiste que no querías saber nada más de mí.

—Cambié de opinión en el último momento, ya te lo he dicho. —Su sonrisa canalla se ensancha y muestra dos perfectos colmillos.

No consigo entender a Alex. Creo que ni él mismo llega a entender muchas de las cosas que dice o hace.

Lo mejor que puedo hacer dada la situación es volver a casa. Aún no he mirado el móvil y seguramente tendré quinientos mil wasaps de mi familia, muy preocupados. Espero que no hayan llamado a ninguno de mis amigos, o mi cara ya estará impresa por las calles de Madrid bajo un «se busca».

Metó las manos en los bolsillos para comprobar que sigo teniendo el móvil, las llaves y el cuaderno.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mis padres aún no saben que sigo vivo.

—Ah...

Se levanta de la silla y se acerca a mí.

Nos miramos a los ojos, sin decir nada. Después su mirada baja hasta mi boca. Ni siquiera se esfuerza en disimularlo.

Este hombre me tiene tan despistado...

—Alex, ¿te das cuenta de que tu actitud no tiene ningún sentido?

—Supongo que soy nuevo en esto. Y que a veces me asusta la idea de lo complicado que me resulta todo.

Sigue mirando mi boca. Lo imito.

Sus labios son carnosos y los recuerdo calientes y suaves. Se crea una tensión sexual tan grande que es imposible que solo la esté notando yo. Desliza la lengua por el labio inferior, humedeciéndolo. Yo muerdo el mío. Somos conscientes de lo que eso significa, pero parece ser que ninguno de los dos se atreve a reconocer lo que siente cuando está delante del otro.

—¿Qué pasa? —pregunta bajito.

Y eso es justo lo que dice alguien que espera algo. O un beso.

—Nada, estaba pensando.

—Piensa en voz alta —me pide.

—¿Vas a salir corriendo si te digo que se me está empezando a poner dura?

—¡No! No. Pero intenta no tocarme con eso hasta que... me acostumbre. No sé.

Suelto una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Pareces un niño asustado.

—No es verdad —protesta él. Pasa el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y vuelve a pedirme—. Piensa en voz alta, otra vez.

Cojo aire para llenar mis pulmones y lo suelto lentamente por la boca.

—Vale, estaba pensando que una parte de mí te odia por todo lo que me has hecho.

—Y ¿la otra parte...?

—La otra se alegra de haber dormido contigo.

—Eric, tú no has dormido conmigo. —Suena frío como el hielo. Pero en el último momento lo veo sonreír.

—¿Sabes que mientes fatal?

—Y tú te mueves mucho por las noches.

Le respondo con otra sonrisa.

Entonces Alex tira de mi muñeca con fuerza y me acerca más a él. Después se inclina sobre la cama, y yo lo sigo. Encajo mi cuerpo con el suyo, muy despacio, sin tener muy claro adónde nos llevará todo esto. Su piel está ardiendo, pero lo que realmente me da calor es sentir su aliento tan cerca y no atreverme a robarle un beso. Desliza el brazo por debajo de mi cuello y hunde los dedos en mis mechones. Juguetea un poco con ellos mientras me come con los ojos. Puedo notar cómo bombea su fuerte corazón en cada una de sus respiraciones. Con timidez, paso la mano sobre el abdomen y me agarro a su camiseta.

La primera vez que nuestras erecciones se rozan, Alex echa la cadera instintivamente hacia atrás.

—Lo siento —me dice.

—Tranquilo, no pasa nada.

Se relaja y vuelve a acercarse.

El tiempo pasa y sus besos van haciéndose cada vez más rápidos y feroces. Y entonces... Entonces noto la polla de Alex encima de la mía. No me muevo. No respiro. No me atrevo a hacer nada que pueda asustarlo. Mantengo la posición hasta que es él quien empieza a restregarse contra mi sexo.

—Me gusta... —reconoce.

Y... joder.

Alex tiene la sonrisa más bonita que haya visto nunca.

Mi cabeza se acomoda en su clavícula. Encajamos tan bien que nos imagino como la última pieza de un puzle, esa que siempre se pierde. Y supongo que es porque somos nosotros los que nos hemos encontrado primero.

El viento entra por la ventana y Alex me aprieta con fuerza.

No nos besamos.

Pero no hace falta.

A veces, hasta con un abrazo sientes estar haciendo el amor.

Mis padres me echan una bronca enorme. Dicen que soy un irresponsable, que parece mentira que tenga veinte años y bla bla bla. Tenía la esperanza de salir ileso, pero volver a casa es un asco. La culpa es mía por ponerme de alcohol hasta el culo. «Última vez que bebo», pienso en mis adentros (aunque sé que es mentira). Mi hermana Laura, que ha disfrutado del espectáculo con una sonrisa que a mí me pone enfermo, me da una palmada en la espalda y regresa a su habitación. Me quedo yo solito con mis padres, los dos aún de brazos cruzados. «Prométeme que no se volverá a repetir.» Sí, mamá. Después tira de mi muñeca y me lleva hasta el salón para enseñarme su trabajo, y mi padre vuelve a la cocina y enciende la tele.

Mi madre se las ha apañado para colocar tres cuadros encima del sofá sin que se caigan. Los rayos de sol inciden sobre el óleo y empiezan a secar la pintura. El olor a aguarrás es casi insoportable y al principio tengo que taparme la nariz.

—Sí, lo sé, lo tengo todo patas arriba. A tu padre casi le da algo cuando ha entrado, se lo he visto en la cara. —Mira hacia la puerta para comprobar que no sigue ahí—. Aunque no me ha dicho nada, claro. Cuando termine tendré que ver cómo hago para sacar las manchas del sofá. Pero esa es otra historia.

—Por lo demás, ¿cómo vas con lo de la exposición? ¿Más tranquila?

—¿Tranquila? ¡Van a volverme loca! No dejan de cambiarme de fecha. Primero me dicen que igual es el lunes, ahora que igual se pasa al viernes —dice señalándome con el pincel para luego acompañarlo en los movimientos de su brazo—. Y luego está el tema de que quieran tantos cuadros. Si termino hoy este, tendré hecha la mitad. Pero, claro, es solo la mitad.

—Espera, espera. ¿Me estás diciendo que va a ser la semana que viene? ¿Y te va a dar tiempo?

—No lo sé, Eric, no lo sé. Lo mismo puede ser más tarde. —Se acerca al caballete y coge la paleta de pinturas. Limpia el pincel haciendo varios giros en el bote de cerámica y después coge una masilla de óleo para aplicarlo sobre el lienzo—. Ven y dime qué te parece. Necesito una segunda opinión. Y tú siempre eres muy sincero.

Menos en lo de maricón.

El cuadro en sí no me dice nada. Es un dibujo abstracto en el que intuyo una especie de habitación o la escena de un crimen, porque todo está hecho con pintura roja.

—Ah, eh, sí. Me gusta. Está bien.

—Un «está bien» no es suficiente. Necesito provocar sensaciones, pasión, deseo, desamor, dolor, frustración, alegría, ira. No sé, algo mucho más ambicioso que un «está bien».

—Está genial.

—Tampoco me vale. Sigue sin funcionar, ¿no? Le daré otra vuelta. —Y empieza a morderse las uñas. Al final se va a pintar la boca de colores como no tenga cuidado—. Vale, déjame sola. Necesito concentración.

Hablo por WhatsApp con mis amigos. Ninguno de ellos sabe que en realidad he pasado la noche con Alex y prefiero que siga siendo así hasta que vea adónde me lleva todo esto. Primero tengo que descubrir si hubo o no hubo beso entre él y Gala. Cuando hablo con ella por teléfono estoy tentado de preguntárselo directamente, pero al final me muerdo la lengua, confiando en que será cuestión de tiempo que me lo cuente. Somos mejores amigos y entre nosotros no hay secretos... o eso nos decimos el uno al otro.

Menudo bajón más tonto me ha dado.

No me apetece perder la tarde con el móvil, ni escuchar canciones melancólicas en YouTube. Soy un poco dramático y si me doy cuerda a mí mismo en menos de un minuto me puedo ver con los auriculares puestos a todo volumen y abrazado a una tarrina de helado. Ni hablar. Me niego a caer en eso otra vez.

Busco en mi estantería algo con lo que distraerme y al final me decanto por un libro de poesía titulado *Lo prometido es duda*. Estoy leyéndolo cuando noto una vibración en el bolsillo. Ahí comienza un debate interno en el que no sé si debería quitar los datos sin leer el mensaje o me arriesgo a entrar en las notificaciones por si se trata de Alex. Llevo sin hablar con él desde que me he ido de su casa y tengo la sensación de que lo que ha ocurrido en su habitación ha sido lo más parecido a una primera cita. Quizá un tanto peculiar, pero una cita al fin y al cabo.

Y sí, es Alex. Y sí, Alex hace magia con las palabras, porque acaba de cambiar mi pronóstico emocional de lluvia interna. Ahora no puedo dejar de sonreír, y todo por un mensaje.

Alex: Eh, ¿cómo estás?

Yo: Estoy bien. Ya no tengo resaca, menos mal.

Alex: Me alegro.

Yo: ¿Y tú? ¿Qué has hecho por la tarde?

Aprovecho para lavarme los dientes mientras espero su contestación. Desde el baño oigo a Laura hablar por teléfono con Raúl y la noto feliz.

Mi móvil vuelve a vibrar en mi pierna. ¡Seguro que es Alex! Me enjuago la boca con rapidez y me seco las manos. Tengo la sensación de sentir un cosquilleo en el estómago. Ojalá fuese solo hambre. Entonces me doy un par de golpes con los puños en el abdomen, pero no sirve de nada. No se van. Las mariposas.

Mariposas

Alex: ¿Tienes fuego?

Yo: No fumo.

Alex: Yo tampoco, pero baja, que te estoy esperando con el coche.

No puedo creerme que Alex esté esperándome abajo. Bloqueo la pantalla del móvil e intento guardarlo en el bolsillo, aunque estoy tan nervioso que se me cae al suelo y se me raja parte de la pantalla. ¡Mierda! Improviso una guerra entre mis dedos y los cordones hasta que consigo hacer el maldito nudo. Cojo la cartera y las llaves y me miro brevemente en el espejo. Genial, mi pelo es una porquería.

Un bocinazo hace que se me salga el corazón por la boca y el móvil de las manos (sí, de nuevo). ¡Lo que faltaba! Se ha cascado una de las esquinas y la raja se prolonga formando una diagonal. Vamos, una chapuza.

Alex: No tengo toda la noche.

Pongo los ojos en blanco.

Yo: No vuelvas a tocar la bocina.

Y lo hace. No sé si pretende que baje o sacarme de quicio... O ambas cosas. Abro la ventana y asomo la cabeza. Veo una mano salir de la ventanilla de un coche, haciendo un gesto obsceno al levantar el dedo corazón. Por supuesto, es Alex.

Se vuelve a oír un tercer bocinazo, este más largo que los anteriores. El pitido se prolonga tanto que al final noto movimiento en el cuarto de mi hermana.

—¡Imbécil! —grita Laura a pleno pulmón.

Mis padres entran en su cuarto y desde mi posición puedo verlos a los tres. Están de un humor horrible, con la mirada fija en el coche aparcado en doble fila. Si mi hermana supiese que el que está dentro del coche es Alex cambiaría el «imbécil» por dos manos formando un corazón. A mi madre le pega más lanzar un bote de pintura por la ventana y llamarlo arte, en plan *performance* y eso.

Salgo por la puerta de puntillas y cierro con cuidado. Una vez en el portal, lo saludo en la distancia e intento explicarle que dé la vuelta al edificio.

Alex: O te montas o me voy.

Yo: Aquí no. Mi familia está asomada por la ventana y pueden verme.

Lee mi mensaje y me lanza una fría mirada. Yo le hago señas para que me siga, y aunque al principio me siento estúpido porque estoy caminando y su coche no se mueve, finalmente lo hace. Sigo avanzando por el porche hasta doblar la esquina de la calle, donde ya puedo salir sin miedo. Ninguna ventana de mi casa da a esta zona.

Me acerco y baja la ventanilla.

—Has tardado mucho y no me gusta esperar. —¡Tendrá morro! Inmediatamente me cambia de

tema—. ¿Te han preguntado algo tus padres?

—No... Ellos piensan que sigo en mi cuarto, y ese era el plan: quedarme trasteando el móvil hasta tarde. Pero, claro, alguien necesitaba fuego...

—Eres un buen chico. ¿Lo has traído?

—Ya te he dicho que no tengo.

—Y yo que no fumo. Anda, sube. No pensarás quedarte fuera toda la noche, ¿verdad?

Podría saber de quién es este coche con solo respirar. Sexi y delicioso. Antes de sentarme cruzo los dedos mentalmente para que el olor se adhiriera a mi ropa, pero en cuanto cierro la puerta esos pensamientos desaparecen porque el coche sale disparado como una bala.

—¡¡¡Alex!!!

La velocidad mantiene pegada mi espalda al asiento delantero, sin dejar que me incorpore. Busco el cinturón y trato de ponérmelo, pero un volantazo repentino nos hace girar a la derecha y lo suelto sin querer.

—Yo que tú me lo pondría —me aconseja con una sonrisa canalla.

—¡¡No vayas tan rápido!!

Definitivamente nos vamos a matar. Está escrito aquí, en Pekín y hasta en las galletitas de la suerte.

Al final consigo (no sé cómo) atarme el cinturón y me obligo a tararear canciones infantiles para pensar en otra cosa. Es lo único que se me ocurre para no sufrir un ataque de nervios.

Alex empieza a bajar la velocidad y no vuelve a tomar las curvas tan cerradas.

—Pensaba que te gustaba fuerte.

Y se queda tan tranquilo.

—¡Estás loco!

—Tampoco ha sido tan horrible. —Se inclina para encender la radio y sonrío. Joder, y qué sonrisa—. Te voy a llevar a un sitio. Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Tú? —Compruebo que mi corazón sigue estando en su sitio—. No te pega... eso de currarte las citas.

—Guau. Para el carro, esto no es una cita.

—¿No es una cita?

—No, tío.

—¿Qué se supone que es entonces?

Se toma un tiempo en contestar, como si cualquiera de sus respuestas no fuese la acertada.

—No lo he pensado, porque mi plan ahora mismo es llegar al sitio ese y quitarte la ropa. Después te follaré. Si me dejas, por supuesto. —Hace una pausa y me mira. Debo de tener cara de póker—. Pero vas a dejarme.

Me ruborizo.

Me pone oírlo hablar así.

Me gustaría cumplir esa fantasía.

Pero cuando imagino el momento en mi cabeza y nos veo a los dos en esa situación me surgen serias dudas.

—Si te toco con mi pene vas a salir huyendo. Me he dado cuenta de tu pequeño traumita... —
Uso el diminutivo para intentar quitarle hierro al asunto.

—Esperaba que dijeras algo así. —Recibo un puñetazo en el hombro y los dos nos reímos.

—La culpa es tuya y lo sabes.

—Joder, Eric. Solo necesito acostumbrarme a tener algo que me apunte todo el rato mientras yo intento darte de lo mío. Pero una vez que empiece, no querré parar. Eso te lo aseguro.

—¿Y si digo que no? ¿Que no quiero hacer nada?

—Es una posibilidad. Aunque yo te recomiendo que, llegado el momento, estés relajado para que pueda penetrar ese culito.

Tengo una idea formada de lo que guarda en su entrepierna y da más miedo que verlo conducir.

—Ni de coña.

—Como sigas así, te va a doler más de lo necesario.

—Que no vamos a hacer nada, Alex.

—Echaré saliva.

Nunca había sentido mi erección ejerciendo tanta fuerza contra la tela. ¡Me va a explotar! Mis ojos se deslizan por el asiento del conductor hasta llegar a su regazo. En mitad de sus piernas descubro algo enorme e hipermasculino. Trago saliva.

Levanto la vista y veo que me está mirando.

Sonríe.

Pillado.

—Deberías mirar la carretera mientras estás al volante —le digo.

—Y tú dejar de pensar en mi paquete.

Alex aparca en un descampado. Sube la música y relaja los hombros. Estamos solos y la oscuridad de la noche recrea un espacio más íntimo, como si hubiésemos echado las cortinas. No espera a que me quite el cinturón. Antes de poder moverme, su boca me besa con impaciencia. Pronto empezamos a tener demasiado calor y los cristales se empañan, recordándome la mítica escena de *Titanic*.

Me invita a pasar a la parte de atrás del coche y esta vez soy yo el que se inclina para besarlo. Alex responde al beso con avidez, atrapando mi lengua entre sus dientes para luego dejarla escapar poco a poco.

Trato de coger su erección, pero él se da cuenta y me lo impide.

¿Ya empezamos?

Me da un mordisquito en el labio, como si fuera una especie de castigo por portarme mal.

—Quédate quieto —ordena.

Obedezco. Le dejo tomar el control de la situación, disfrutando de su exigente boca. Aunque echo de menos no poder sentirlo más.

—¿Por qué no puedo tocarte?

—Confía en mí, Eric. Prefiero que me dejes hacerlo a mi manera.

—Vale. Lo haremos así.

Asiente con la cabeza y me sonrío con los ojos.

Sus manos me pellizcan los pezones por encima de la camiseta. Suelto un gemido separando los labios y Alex aprovecha para besarme de nuevo, como si tratara de aspirar mi placer y guardarlo dentro de su boca.

—Me encanta tu sabor.

Lo dice tan bajito que no sé si me lo ha dicho a mí o lo ha pensado en voz alta.

Entonces me aprieta con más fuerza. Grito. Me duele y excita a partes iguales. Es una sensación extraña, un punto intermedio en el que descubro nuevas formas de disfrutar de mi cuerpo.

—Así, pequeño. Deja que duela un poco... deja que duela...

Subo los brazos y Alex me quita la camiseta. Atrapa un pezón cambiando las manos por su boca y tira de él. Lo calienta y veo que se pone rojo. Después sopla para enfriarlo. Cuando está duro, pasa la lengua con mimo, lubricando la zona antes de volver a mordisquearlo y tirar de él.

Me sorprende cuando desabrocha los tres botones y se queda mirando mis calzoncillos.

No sabría traducir la expresión de su cara.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que... —Cierra los ojos y toma la iniciativa de tocarlo por encima de la tela—. Joder, está caliente.

La saca con cuidado, sin apenas mirarla.

Comienza a hacer movimientos lentos con la muñeca y yo me retuerzo en el asiento.

—No se te da mal...

—Cállate. Me vas a cortar el rollo.

Sonrío. Él me devuelve la sonrisa.

Entonces sí, consigue bajar la mirada hasta mi entrepierna. Se mantiene en silencio mientras la acaricia con el dedo pulgar.

Es como si Alex estuviese viendo un pene por primera vez.

—La sensación es rara —confiesa.

—¿Qué significa eso?

—Significa que me gusta.

Lo beso. Alex empieza a tocarme con más confianza y consigue dejarse llevar, y con eso me invita a hacer lo mismo a mí.

Este hombre me está haciendo una paja de una forma tan increíble que como no suelte mi polla voy a terminar corriéndome en menos de un minuto.

—Voy a...

—No. No te corras.

Jadeo.

Se separa de mí y me deja descansar.

—Avísame cuando pueda volver a tocarte.

—¡Hazlo ya!

—Si lo hago ahora no vas a tardar ni cinco segundos en terminar.

—Confía en mí.

Su mano baja con determinación hasta dar con algo duro y suave.

Jamás imaginé que sería capaz de gritar tanto en una situación como esta, pero no puedo evitarlo. Es como si por un momento olvidase todas mis inhibiciones y solo pudiese disfrutar del placer que Alex me proporciona. Él se divierte cambiando la intensidad de sus mordiscos sobre mi piel, alternando placer y dolor. También cambia la intensidad con la que me masturba, y de vez en cuando escupe sobre el glande para que resbale dentro de su mano.

¡Voy a explotar!

Mi espalda se arquea en un intento por retener un orgasmo casi inminente.

—Me corro —le advierto—, me corro ya.

—Hazlo. Córrete para mí... —susurra en mi oreja, manteniendo la mandíbula cerca de la zona que está chupando.

—¡Aaah...!

Siento que todos mis puntos erógenos palpitan a la vez.

Mi cuerpo se empapa de calor cuando toca el cielo. Este hombre acaba de llevarme a la puta luna.

Al abrir los ojos veo que Alex me observa con cara de circunstancias. Después dirige la mirada hasta su mano y casi parece que vaya a saltar fuera del coche en cuanto ve que la tiene llena de semen. Vuelve a mirarme. Después su mano. Y otra vez a mí.

—Tranquilo, solo es semen —digo tratando de restarle importancia—. Nos pasa a todos.

—Solo a *los tíos*. —Hace hincapié en las últimas dos palabras, como si su cabeza no fuese capaz de asimilar lo que acaba de hacer conmigo.

Me doy prisa en sacar un clínex y se lo ofrezco para que se limpie.

—No hemos hecho nada que esté mal. Los dos queríamos y lo estábamos pasando bien.

—Eric...

—¿Sí?

—No es un buen momento, ¿vale?

Chasqueo la lengua contra el paladar y Alex no vuelve a sacar el tema. Está serio, incómodo y frío. ¿Qué ocurre ahora?

Se levanta para cambiarse al asiento del conductor. Sujeta el volante con fuerza y apoya la frente en él durante unos segundos en los que su respiración se hace más profunda. Después vuelve a echar el cuerpo hacia atrás y gira la llave para poner el coche en marcha. Yo pensaba ocupar el asiento del copiloto, pero su actitud me invita a quedarme donde estoy. Alex sube

significativamente el volumen de la radio y ninguno de los dos dice nada durante todo el trayecto. Al llegar a mi portal se despide lanzando un «adiós» que suena más a un «vete de una puta vez». Después su coche se pierde en la distancia, engullido por la oscuridad de la noche.

Alex: Perdón por reaccionar de esa forma.

Yo: Me has dejado preocupado.

Alex: Lo sé, soy gilipollas. En realidad me ha gustado lo que hemos hecho.

Yo: Pero te has rayado, ¿no?

Alex: Sí. Un poco.

Yo: Lo entiendo...

Alex: La próxima vez estaré preparado para follarte.

Leo el último mensaje poniéndole su voz.

Y vuelvo a estar cachondo, así que supongo que también lo he perdonado.

Imagino cómo sería subirme encima de él y besarlo en esa posición, mientras mi cadera se mueve adelante y atrás. No tardaría en suplicarle más y más saliva para que Alex fuese capaz de meter su polla dentro de mí sin romperme. La escena me calienta y perturba a partes iguales, porque no sé si ninguno de los dos seremos capaces de llegar tan lejos. Me siento demasiado inexperto. Hasta hoy, lo más cerca que había estado del sexo era hacerme una paja encerrado en mi habitación. Y eso es un «me pica, me rasco» de toda la vida. Además, Alex aún tiene serios prejuicios por la forma en que le hago sentir, porque está acostumbrado al sexo heterosexual y sus amigos no son precisamente personas con la mente abierta. De hecho, es el grupo más homófobo que puedas echarle a la cara. Y su familia... Bueno, la verdad es que no tengo ni idea de cómo es. Aún hay demasiadas cosas que desconocemos el uno del otro.

En mi caso, sé que si yo contara mi secreto tendría el apoyo de Gala, Melissa y Bruno. Y el de Laura también. A mi madre se le haría difícil acostumbrarse al cambio, pero solo al principio. En cuanto a mi padre... No sé. Supongo que al final lo aceptaría porque soy su hijo, pero me da miedo poder llegar a decepcionarlo. Espera demasiado de mí. Siempre me ha dicho que yo terminaría saliendo con una chica rubia y guapa, y que «mejoraría la raza». Y eso es una puta mierda.

No pienses tanto las cosas. Lo que sea, será.

Pongo la alarma en el móvil y antes de bloquear la pantalla recibo una imagen enviada por Alex. Es un primer plano de su entrepierna, en el que se puede apreciar una impresionante erección recogida bajo sus Calvin Klein blancos. En la zona donde se dibuja el glande la tela está mojada.

Debajo de la foto, se adjunta un mensaje:

Alex: Esto es por tu culpa.

—En la fiesta no nos besamos, pero porque yo no quise.

Gala mastica la tostada y vuelve a mojarla en el café.

—¿Quieres decir que lo intentó?

—Sí. No directamente, pero esas cosas se notan. Ya sabes... Son esos momentos en los que una se da cuenta de que el chico ha dejado de mirarte los pechos para clavar la mirada sobre tu boca. Ahí es cuando me dije «si hago lo mismo se lanzará». Pero yo me hacía la despistada y de vez en cuando le decía que me dolía la cabeza y esas cosas.

Melissa y yo la escuchamos con atención, mientras Bruno prefiere jugar a un minijuego nuevo que se ha descargado en el móvil.

Lo que ha pasado es que la gente vio a Gala y a Alex tontear en aquella fiesta y ahora se ha formado una especie de triángulo amoroso. Es como en *Crepúsculo*, solo que la chica no tiene que elegir con quien quedarse, porque los que están liados son el vampiro y el hombre lobo. Vamos, una fantasía. El problema es que a Alex quizá también puede gustarle Gala. Es algo que no me atrevo a preguntarle por miedo a su respuesta. La idea de que pudiese surgir algo entre ellos dos me tortura en silencio. Una parte de mí sigue pensando que Alex no está hecho para terminar conmigo. Que todo sigue formando parte de una especie de juego. Que es mentira. Que soy como una cobaya con la que experimenta su propia sexualidad.

—Yo tenía muy claro que había ido a la fiesta para ayudarte. Aunque, si te soy sincera, hubo algún momento en el que casi caigo en la tentación. ¡Es guapísimo! —Me mira al decirlo y yo me limito a encogerme de hombros—. Por supuesto, si no te hubieras emborrachado habríamos puesto en marcha nuestro plan y probablemente se hubiese solucionado todo.

—Se me fue de las manos, lo siento.

—No pasa nada. Fue una noche rara para los cuatro. Además, tampoco sabemos si habríamos podido subir a alguna de las habitaciones o nos habrían prohibido la entrada. Lo mismo intentándolo nos hubiesen echado antes de la fiesta y yo no habría pasado ese ratito con Alex.

Ese. Ratito. Con. Alex.

—No hay mal que por bien no venga, ¿verdad? —Y después de decirlo intento que no se note mucho cuando fuerzo una sonrisa falsa.

Mastica más despacio, Gala. No te vayas a atragantar con la tostada.

Últimamente paso más tiempo de lo habitual tirado en la cama, aunque casi siempre es para masturbarme. Bajo mi pantalón hasta los tobillos y luego lo tiro de una patada. Trazo círculos con un dedo por encima de mi ropa interior. Disfruto viendo cómo se pone más y más dura. Cuando está lista para que empiece a jugar con ella, la saco y...

El móvil comienza a sonar en la mesilla, interrumpiendo la cálida atmósfera que se ha creado. Lo primero que pienso es que voy a rechazar la llamada antes incluso de mirar quién es. Al ver las letras blancas y brillantes con su nombre cambio de opinión.

—Hola, ¿qué haces? —Será difícil acostumbrarme a esa voz tan masculina, grave y rasgada.

—¡Hola! Hola. —Mi lengua se mueve torpe al saludar.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, ¿por qué?

—Pareces... nervioso.

—¿Nervioso yo? Para nada.

—¿Qué estabas haciendo? —Hay algo extraño en la forma en que pronuncia la pregunta, como si en realidad Alex tuviese la capacidad de estar viéndome en este preciso instante y esto solo fuese una especie de prueba.

Intento buscar una buena excusa, pero pensar con la libido tan alta es peor que hacerlo cuando tienes dolor de cabeza.

—Estoy leyendo. *Estaba* leyendo. Sí. Un libro. De poesía. Lo empecé ayer. Voy por la mitad.

—Me doy cuenta de que doy demasiadas explicaciones—. ¿Y tú?

—¿Seguro que no quieres reconocer que te estabas haciendo una paja?

Casi tiro el móvil.

—¡¡Alex!!

—Si quieres te echo una mano.

Hundo la cara en la almohada, muerto de vergüenza.

—No hace falta, puedo yo solo. —Y me doy cuenta de que ha sido lo más parecido a una confesión. Pero llegados a este punto ¿importa? Supongo que no. O por lo menos, no debería importarme. Después de todo, él ha tenido mi pene en su mano, no sé.

—Estoy convencido de que sabrás cómo masturbarte, pero... yo puedo hacerte muchas otras cosas.

Mi garganta hace un rápido movimiento al tragar saliva.

No respondo.

—Silencio... —Alex parece saborear la palabra mientras la pronuncia—. Está bien, el silencio significa que estás pensando en lo que te he dicho, y eso es bueno. De hecho, preveo que la cosa empieza a ponerse interesante. —Mi corazón palpita rápido mientras él sigue hablando—. Te lo voy a preguntar sin más rodeos: ¿alguna vez has tenido sexo telefónico?

—No. Nunca. —Me hago pequeño al contestar.

Tengo la certeza de que Alex ha sonreído.

—Hay tantas cosas que quedan por hacer..., sentir..., descubrir... Y lo que más me excita es saber todo lo que podemos aprender juntos el uno del otro. —Se aclara la garganta, como si fuera a hacerme una confesión importante. Y... sorpresa, sorpresa, acierto—. ¿Sabes? No pensaba decírtelo, pero ayer... Ayer me masturbé pensando en ti y no me sentí mal después de correrme. Es la primera vez que me pasa.

—¿La primera?

—Sí. Las otras veces fueron horribles, terminaba sintiéndome fatal. Una puta mierda. Culpable de algo que ni yo mismo podía controlar.

—¿Por qué? —pregunto, aunque ya sé lo que me va a decir.

—Eres un chico, y yo estoy acostumbrado a querer hacer estas cosas solo con tías. Y a veces me siento sucio cuando estoy contigo. Pero ayer al volver a casa me imaginé que te follaba y fue simplemente increíble. Ni le di vueltas al asunto ni me preocupé por nada más. Lo único que sentía era que quería hacerlo de verdad. Hacértelo a ti.

Mi vientre se encoge de placer.

—¿Lo dices en serio?

—*Muy* en serio. Créeme si te digo que eso para mí ya es un paso importante, un gran cambio.

Cierro los ojos. Sus palabras son luz y oxígeno.

Me hace sentir atractivo y tener esperanzas de que lo nuestro pueda funcionar.

—Todo esto me pilla por sorpresa, pero... Joder, gracias. Lo necesitaba. Necesitaba oírte decir algo así.

—¿Sabes qué necesito yo? Necesito que me digas... —empieza, cambiando el tono por uno tremendamente sexualizado— qué llevas puesto en este momento.

Mis ojos se agrandan, pero me gusta sentirlo tan juguetón.

—No llevo ropa.

—¿En calzoncillos?

—Desnudo. Desnudo y tumbado sobre la cama boca arriba.

—Eso me gusta. Estás... ¿cachondo?

Repito la pregunta en mi interior y compruebo que estoy tan salido que me siento capaz de hacerme tres pajas, una detrás de otra. ¿Tendrá que ver algo Alex en todo esto? Seguro que sí.

—Muy cachondo.

—Joder, Eric... —Respira fuerte contra el micrófono—. Vale, ahora dime... dime cómo son tus calzoncillos.

Me inclino para buscarlos. Ahí están, en el suelo, cerca de una de las patas de la silla del escritorio.

Dibujos animados. Tienen impresos unos puñeteros dibujos animados, no me jodas.

—Son negros. —Amarillo y rosa. Bob Esponja y Patricio Estrella, para más señas. ¿Por qué llegué a pensar que sería buena idea comprar algo así?

—¿Marca?

—Calvin Klein.

Fondo de Bikini.

—Me gusta... Yo uso los mismos.

Alex nunca se pondría esos ridículos calzoncillos. Aunque con la monstruosidad que guarda entre las piernas, la imagen de esos dibujos animados sería de todo menos infantil.

—Vayamos a lo importante... —susurra cargado de deseo—. Imagínate que estamos los dos en tu habitación. ¿Qué quieres hacer conmigo? Puedes pedirme lo que quieras. Y por favor, sé explícito y guarro. No hay nada que puedas decir que vaya a asustarme.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro.

Sus palabras me activan y crean una respuesta directa haciendo que las mías salgan solas, sin pasar por ese filtro de la mente en el que se deciden las cosas que sí se pueden y no se pueden decir.

—Quiero que te tumbes para que yo pueda chuparte la polla hasta dejarte los ojos en blanco. —Oírme siendo tan sincero me hace sentir diferente, pero es una sensación agradable, liberadora.

—Eric... Me estoy tocando..., me estoy tocando pensando que me la chupas. —Gime suplicante.

—Quiero llenarte de saliva, mientras mis labios suben y bajan por tu piel para hacerte la mamada.

—Ah...

Bajo mi mano hasta la entrepierna y empiezo a masturbarme yo también. Lo hago de prisa y con urgencia, como si ser tan bruto me acercara más a Alex.

—Quiero que te relajes y disfrutes mientras yo me siento encima. Te miro a los ojos con la boca entreabierta y tú me recuerdas lo que tienes para mí cada vez que mi piel roza contra tu pene.

—Más, dime más...

—Agarro tu erección, dura como una piedra, y la golpeo contra mi culo. ¿Te gusta?

—Sí... Descríbeme el sonido, Eric. Dime cómo es...

—Es... un ruido seco y constante.

Me muerdo el labio al imaginármelo.

—Y ¿qué hacemos después?

—Los dos seguimos frotándonos hasta encajar tu erección sobre mi abertura.

—Ufff.

Se me forma una película de sudor en el abdomen. Estoy tan caliente que me cuesta respirar.

—Ahora tengo tu polla apretándose contra mi culo. Me levanto unos centímetros para escupir sobre ella cuando te digo que es imposible que me vaya a entrar, y tú me pides que confíe en ti.

—Eso es..., confía en mí, Eric...

—Es muy grande.

—No importa. Va a entrar...

—La masajeo con cuidado, haciéndola resbalar entre mis dedos. Al volver a ponerla en mi

abertura me esfuerzo para que la distancia entre nuestros cuerpos se haga aún más mínima. Ahí es cuando los dos sentimos que la punta de tu polla empieza a abrirme.

—Métela. Métetela entera.

—Mi piel se estira para hacerte sitio dentro de mí. Continúo metiéndola poco a poco y solo la saco cuando creo que ya no puedo más...

—Tú puedes..., puedes con ella...

Aprieto mis piernas mientras mi mano mantiene los movimientos sobre mi pene, hinchándome de un cosquilleo increíble.

—Y sin avisarme, sin darme tiempo a pensar si podré soportarlo..., empujas con rabia y fuerza..., clavándote en mí.

—Dios...

—Hasta el fondo.

—Voy a correrme si sigues así... Joder, ¿y luego? ¿Qué pasa luego?

—Luego me oyes gritar. Entonces me tapas la boca con una mano, porque tú ya no puedes dejar de entrar y salir de mi cuerpo. Me follas sin piedad, hasta que sueltas un gruñido y te corres en mi interior, llenándome de leche.

—Eres un puto cabrón, Eric...

—Me corro... —le advierto.

—Me corro... —repito él.

Su respiración se agita en el móvil y entonces... entonces oigo la forma en la que el orgasmo araña la garganta de Alex.

Cuando alguien me pregunte por mi canción favorita, recordaré este momento.

Necesito dos intentos para colgar porque mi dedo índice se mueve sin control, aún pensando en lo que acabo de hacer con Alex, las cosas que le he dicho y lo guarro que me he sentido. Pero, sobre todo, lo mucho que he disfrutado portándome así.

O sea que esto es tener sexo telefónico. Increíble.

Suelto el móvil y este rebota en la almohada. Estoy exhausto. Mis pulmones inflan mi pecho y vuelven a deshincharlo, tratando de recuperarse lo antes posible. Pero ¿cómo me recupero yo de lo que acabo de sentir? Quiero más de Alex. Mis ganas por tenerlo desnudo y dentro de mí me crean un dolor silencioso. Un dolor que despierta cada vez que lo echo de menos y no está lo suficientemente cerca como para poder sentirlo..., tocarlo..., respirarlo...

Cierro los ojos con fuerza antes de abrirlos. Mi cuerpo está cubierto por una fina capa de sudor que moja las sábanas. Improviso un nudo en la cintura con la toalla y me doy una ducha. Eso me recarga las pilas, y acompañarlo de un café caliente es la mejor decisión que he podido tomar. Estoy mojando una tostada en la leche cuando mi hermana entra y se sienta conmigo.

—Sé lo de Gala. —Ve que no me inmuta y aclara—. Lo que hizo en la fiesta de Álvaro.

—Empezaba a olvidar que tenías espías por todas partes.

—Muy gracioso. Ahora en serio, ¿te ha afectado lo suyo con Alex? ¿En qué punto estáis en vuestra relación? ¿Lo has hablado con ella?

—No se besaron —farfallo—, así que no hay nada que hablar. Yo también pasé parte de la noche conociendo a otra chica.

Me mira perpleja.

—¿Tenéis una relación abierta?

—No. No me refería a eso. A lo que voy es que no pasa nada. Los dos somos adultos y podemos hacer amigos nuevos.

—Alex no es una persona de la que uno quiera hacerse *su amigo*.

—¿Por qué dices eso?

—Joder, porque a Alex lo quieres para todo menos para eso. Está tremendo.

Pongo los ojos en blanco, aunque en mi mente tengo un mono con platillos haciéndolos chocar para apoyar el comentario de Laura.

—Yo llego a encontrarme en una situación parecida con Raúl y me vuelvo loca.

—Ya, bueno, supongo que a mí ahora me preocupan más otras cosas.

Laura chasquea la lengua. Sé que ha entendido lo que quiero decir.

—Te refieres a lo del reto, ¿no? —Asiento con la cabeza y ella se lleva una uña a la boca—. Ya casi no se habla sobre el tema, y no te lo digo para hacerte sentir mejor, en serio.

—Porque nunca pasó de verdad.

—Eso ya lo sé. Además, te recuerdo que yo siempre te he creído a ti.

—Gracias —suelto de mala gana.

—De nada, menudo carácter —replica—. Solo intentaba decirte que la gente ya ha dejado de darle tantas vueltas.

—Sigue siendo una mierda.

—Estoy de acuerdo. Pero las cosas van a empezar a ir a mejor. Ya lo verás.

Se despide dándome un beso en la mejilla y vuelve a su habitación. Termino el café y suelto una bocanada de aire.

Sentado a la mesa del escritorio, me entretengo mordisqueando el tapón del boli mientras decido si seguir con esto. Me refiero a lo de escribir en este diario. No sé.

Hago una videollamada con mis amigos, nos contamos qué hemos hecho durante el día (me salto la conversación subida de tono que he tenido con Alex) y después me quedo escuchando música con los auriculares mientras retomo mi lectura:

*Dicen que su boca solo era para valientes,
porque te hacía el amor
en cada uno de sus mordiscos
y te besaba con la misma intensidad
con la que se encuentran dos manos
que llegan juntas al orgasmo.*

Ese poema me eriza la piel y desbloquea un recuerdo de mi pasado.

La primera vez que vi un beso entre dos chicos fue en una película que echaban por la tarde. Recuerdo que era domingo, y hace unos años ese día de la semana se reservaba para pasarlo en familia. Por aquella época Laura y yo aún coleccionábamos *stickers*, y cada vez que veíamos un beso en la televisión nuestra respuesta natural era algo así como partirnos de risa.

Aquella vez no se oyó la risa haciendo temblar nuestros labios, pero el silencio que se creó después lo sentí demasiado fuerte, como si alguien hubiese gritado en mi oreja.

La pantalla se tiñó de negro y mi padre soltó el mando de la tele con el ceño fruncido.

—¿Por qué has quitado la película?

—No es apropiada para vuestra edad.

—Y ¿por qué no? —quise saber.

—Porque no. Punto.

—Esos dos chicos... ¿se estaban dando un beso? —preguntó Laura, ladeando la cabeza.

Mi padre tenía la frente arrugada y comenzó a alisarse la piel pasando un dedo por el medio.

—Hay gente que decide ser así. —Sus palabras sonaron amenazantes, cargadas de odio. Un

odio que no llegaba a entender, pero que por un tiempo me llevó a relacionar aquel beso como algo malo.

Alex me ha vuelto a sorprender, pero esta vez ha sido invitándome a su casa. «No tienes que preocuparte por nada, estaremos solos. Y creo... creo que nos merecemos un ratito de intimidad para conocernos mejor 😊», releo su mensaje y me siento feliz.

Siento ser un aguafiestas, pero él solo quiere quedar contigo para follar.

Alex no quiere follar conmigo, quiere hacerme el amor.

La frase queda muy bonita escrita, pero la realidad es otra. Él va a lo que va.

No es cierto.

Lo mismo pensarán Gala y todas las chicas con las que ha tonteado.

Conmigo es distinto.

Contigo es por el culo.

Al entrar en su portal, lo primero que pienso es que hace mucho frío. Después le acompaña un «guau», porque no recordaba que fuese tan grande. Subo en ascensor y me tranquiliza ver que Alex me espera apoyado en el marco de la puerta. Lleva puesta una camisa azul clara remangada hasta los codos que le sienta de vicio, unos pantalones de traje y zapatos negros a juego. La luz crea un destello sobre el reloj de su muñeca y llama mi atención; parece oro de verdad.

Enarco una ceja.

Alex no acostumbra a vestirse así y ahora mismo creo que estoy delante de otra persona, como si hubiesen cambiado al chico que conozco por una copia suya pero en versión príncipe azul. Y él solo tiene de azul los ojos.

—Entra y no toques nada.

Un comentario borde. Es él. El Alex original.

Quedo impresionado con la altura del techo, podría estirar los brazos y saltar sin problemas. Paredes blanquísimas y suelo de madera grisácea. Los muebles, la distribución, la decoración... Se ha cuidado todo hasta el último detalle. Es el tipo de vivienda que te imaginas cuando te preguntan cómo sería tu vida si fueses asquerosamente rico.

Alex me pide que le siga, sin molestarse en enseñarme el resto de la casa. Y entonces ocurre el cambio. Ocurre nada más cruzar la línea que marca el principio y final de su habitación, separándola del pasillo. Cruzar esa línea es como entrar en otra dimensión, un lugar que queda muy lejos de esa casa, de Madrid y del resto del mundo.

—¿Lo has... notado?

—¿Qué debería notar? —Lanza una fugaz mirada a mi entrepierna y después sonrío.

—No importa.

—Dime.

—Nada, es una tontería.

Pero yo sigo pensando en lo que siento dentro de esta habitación. Quizá sean las luces, rojas y brillantes, y el efecto vibrante que producen sobre las cuatro paredes. Hay una cama *king size* que ocupa el centro del espacio. Cabrían perfectamente cuatro personas adultas.

—¿Te gustan las luces?

Asiento con la cabeza. El intenso color serpentea entre las sábanas, parece tener vida propia. Y en cuanto a Alex... Bueno, él lo que parece es una especie de demonio. Un demonio muy atractivo.

—¿Cambian o son siempre así?

—Son así, siempre.

—Y ¿por qué las pusiste rojas?

—Para ir acorde a lo que ocurre dentro de esta habitación.

Mientras lo dice, le brillan los ojos de forma peligrosa. No hace falta añadir mucho más. Se respira sexo por las cuatro paredes. Esto es el escenario perfecto para grabar una peli porno, porque tiene pinta de que aquí se hace de todo menos dormir. Lo cual es contradictorio, porque solo hay una cama. Ni estanterías ni mesa de escritorio ni armario.

Espera, miento. Al fijarme un poco más, me doy cuenta de que también hay dos mesitas de noche y... ¿eso es una mini nevera?

—Entonces ¿qué? ¿Te gusta mi cuarto?

—Este no es tu cuarto. Me refiero a que yo no he dormido aquí.

Una de sus manos se apoya en mi hombro y se desliza por mi brazo, con calma. Los pelos se me ponen de punta mientras su calor se extiende por mi cuerpo, haciéndolo despertar.

—La habitación en la que dormimos la otra noche está en la primera planta.

—¿Tienes dos pisos?

—Teóricamente yo solo tengo uno. El otro es de mi padre.

—Joder, además está en medio de la Gran Vía.

—Sí, se podría decir que la zona está bien.

—¿Solo bien? ¡¿Sabes lo que cuesta un piso aquí?! Qué tontería, ¡claro que lo sabes!

—Me hago una idea.

—Joder, ¿ahora resulta que eres millonario?

Sus manos dejan de tocarme.

Me vuelvo y veo que la expresión de su cara se tensa. Aprieta los dientes y se le marca una vena en el cuello que baja hasta su clavícula.

—Ve borrando esa idea de niño rico que se te está creando en la cabeza. No es mi caso.

—Acabas de decirme que tienes un piso para ti solo. Eso implica que tu familia tiene bastante

dinero.

—Mi familia tiene dinero, pero no como tú te crees.

—Claro, y te compran una casa con veinte años.

Se pasa una mano por la frente, cansado de mi insistencia.

—Este piso es la herencia de mi abuela. Murió hace un par de meses.

Siento que he metido la pata hasta el fondo. Esperaba que me dijera cualquier cosa menos algo así.

—Ahora me siento fatal.

—Tranquilo, está superado y es algo sobre lo que no me cuesta hablar. Aunque sí voy a pedirte que no se te ocurra preguntarme por el tema del dinero.

—No iba a... —Mierda, era justo lo que iba a hacer después—. Vale, de acuerdo. —Chasqueo la lengua—. ¿Cómo era?

—¿Mi abuela? —Asiento y veo que adquiere una mirada pensativa—. Mi abuela era como una madre. Nos unía un vínculo muy fuerte y...

Entonces se queda callado.

—¿Y...? Continúa. —Lo animo.

—Recuerdo que aprendí a caminar en el salón de esta casa, donde también acostumbraba a jugar con ella. Los dos fingíamos que el suelo se convertía en lava y nuestra misión era conseguir rescatar todos los peluches y subirlos al sofá, que era una especie de barco indestructible. Y no, no te rías... —Me pega un puñetazo en el hombro—. No sé por qué te estoy contando todo esto.

—Es tierno.

—Yo no soy tierno. —Pero veo que al final sonrío—. En resumen: la mayor parte del día estaba con ella aquí. Mi padre tenía reuniones importantes y necesitaba un espacio tranquilo para trabajar. Tampoco podía dedicarme mucho tiempo por esa misma razón.

—¿Y tu madre? ¿También trabaja?

La sonrisa se borra de su cara.

—Se acabó la entrevista por hoy. Túmbate.

Me doy cuenta de que eso ha sido lo más parecido a tapar una herida, aunque decido no preguntar. Ya he metido la pata antes, no quiero hacerlo dos veces. Además... Dejarme llevar por su voz es demasiado fácil. Giro sobre mí mismo para ver dónde queda la cama, pero en ese momento siento que dos manos me empujan hacia delante y caigo sobre el colchón. ¡Qué bruto es!

—Eres muy impaciente —protesto mientras me pongo boca arriba.

—Tú me haces serlo.

Se inclina sobre mí y noto su aliento hacerme cosquillas en el mentón. En lugar de besarme, Alex separa mis piernas con un movimiento rápido y brusco. Estoy formando una V, con sus manos agarrándome de los tobillos. Me guiña un ojo antes de hundir la cabeza en mi sexo para luego respirar profundamente. La punta de su nariz acaricia la tela de mi pantalón vaquero. Lo que hace

me excita tanto que empiezo a temblar e intento cerrar las piernas, pero él las mantiene firmes, impidiéndomelo.

—Quiero olerte sin tanta ropa...

Suelta mis tobillos y dejo caer las piernas.

Alex se levanta para sacar del mini bar una botella de vino y abrirla. El corcho sale disparado y la espuma moja parte de su camiseta, haciendo que se le marque un abdomen perfecto. Me muerdo el labio. Joder, me pasaría la vida entera chupando esa tableta.

—Se ha mojado un poco —comenta con una sonrisa.

Mojado me tienes tú a mí.

Hace girar la botella antes de darle un largo trago, pero en ningún momento me ofrece para que yo también la pruebe.

—Pensaba que ibas a ser más caballeroso —digo señalando la botella.

—En la cama nunca soy caballeroso, Eric. Manías mías.

Su respuesta me gusta, pero sigo teniendo sed... de él.

—Entonces, ¿me das un poco?

—¿Qué quieres que te dé?

¡Dios!, suena tremendamente sexi cuando lo pregunta.

—Vino —balbuceo.

—¿Prefieres eso o que te haga el amor?

Un olor afrutado separa nuestras húmedas bocas.

—¿Tengo que elegir?

Antes de responder, Alex se inclina tanto que la punta de su nariz acaricia la mía, creando un beso esquimal.

—Sí, tienes que elegir.

Está jugando a un juego sucio. Y la luz roja de la habitación es otra de las razones por las que encuentro todo tremendamente sexualizado: su mandíbula, labios, nariz, cuello, orejas, pelo, hombros... Cada parte de su cuerpo parece encargarse de estimular el mío.

—¿Y bien? ¿Qué quieres?

—A ti.

Cierro los ojos tras dejar escapar esas dos palabras. Noto que un líquido frío cae sobre mi lengua. Pero ¿qué...?

Al principio es solo un goteo. Abro los ojos. Lo que me encuentro es tan morboso que siento estar corriéndome visualmente. Ahí están los labios de Alex, entreabiertos para que el vino tinto resbale por ellos y caiga dentro de mi boca. Dejo que me siga llenando mientras me siento increíblemente pequeño en esa posición.

—Buen chico. Ahora, traga.

Lo hago. El aroma del vino flota en mi cavidad nasal, mis papilas gustativas se deleitan con su sabor.

Quiero más. Necesito que vuelva a hacerlo.

Sonrío al verlo repetir sus movimientos. Pero esta vez se salta la distancia de seguridad y directamente invade mi boca, dándome un beso profundo y sucio. El vino escapa entre nuestras comisuras y... joder. Siempre había querido darme un beso bajo la lluvia, pero esto es sin duda mil veces mejor. Es como si la tormenta se desatara dentro de nosotros. Alex es lluvia, trueno y oscuridad.

Trago el resto del vino.

Introduzco mi lengua hasta el fondo y él la acaricia. Un gemido rasga mi garganta en cuanto sus dientes apresan mi labio superior.

—Alex... Me encanta cuando haces eso...

Me chupa.

—Aaah... Más vino...

Me muerde.

—Eso es... Mmm..

Su cadera comienza a moverse de forma brusca contra mí y la erección se clava en mi vientre.

Lo increíble de todo esto es que sigamos aún vestidos, aunque no tarda en cambiar. Alex se deshace de su camiseta y se desabrocha el primer botón del pantalón vaquero.

—Como sigas con ropa cuando esté desnudo te la quitaré yo mismo.

—Hazlo.

—¿Seguro? —Hay algo peligroso en la forma en que lo pregunta.

—Sí.

—Está bien. Pero te aviso que estoy tan cachondo que probablemente termine rompiéndotela.

—Joder.

Aunque fantasee con la idea, no puedo permitirme volver a casa con la ropa hecha jirones. Me doy prisa para quitármelo todo. Alex mantiene la erección recogida dentro del bóxer y la tela se estira para soportar su peso. Por un momento estoy tentado a bajárselos y ponerme de rodillas.

—Muy bien. Ahora voy a follarte tan fuerte que vas a pensar que solo somos uno.

Su voz me atrapa y me oigo soltar un gemido ahogado.

Hunde la mano dentro de los Calvin Klein y saca lo que guardaba para mí.

Y... hostia.

Es demasiado. Demasiado para cualquier persona.

Siento que se me cierra la garganta al pensar que va a intentar penetrarme con eso.

—No dices nada... ¿Qué te parece?

—Grande. Muy grande.

Y que no me entra ni bañándome en aceite.

Deja su erección a la altura de mis ojos.

La toco. Es cálida, suave y a la vez muy dura.

Empiezo a hacer movimientos lentos para masturbarlo, imitando la forma en que lo hizo él

mismo el otro día.

Su respiración se hace más profunda. Está disfrutando.

—Así... sujétala con fuerza... con fuerza... aaah...

Mueve la cadera hacia delante y ahora la punta de su polla roza mi boca. La acaricio pasándola por la superficie de mis labios.

Alex tira de mi pelo y suelta un gruñido. Está ardiendo.

Empuja un poco más y mis labios se separan lo suficiente para que mi lengua pruebe su sabor.

Nos miramos y sonríe como si fuera un lobo.

Sé lo que quiere. Y yo quiero dárselo.

—¿Podrás con ella?

Antes de responder, Alex retrocede un paso y dejo de sentir el calor que desprendía su pene cerca de mi boca. Se tumba y me muevo para hacerle sitio, pero Alex niega con una sonrisa oscura y aprieta su cuerpo contra el mío. Su polla palpita entre mis piernas. Se mueve con un movimiento lento y delicioso y ahora las dos erecciones se están tocando. Sigue moviéndose, mientras mantenemos la mirada fija en los ojos del otro. Segundos más tarde su mano baja por mi ombligo y agarra mi erección. Escupe en ella y reparte la saliva para que resbale.

Solo puedo boquear y retorcer los dedos de los pies.

—Quiero que me la chupes —le digo entre jadeos.

—Yo no pienso comerme una polla.

—No te entiendo.

—No hay mucho que entender. No como rabos, Eric.

—Alex, esto ya lo hemos hablado.

—No. De lo que hemos hablado es de follar, pero no habíamos dicho nada sobre hacer mamadas.

—Eso también forma parte de follar.

—Y tú qué sabes.

—Ahora sé qué es tener tu polla en mi boca, por ejemplo.

—Y eso es algo que yo no voy a hacer.

Genial, ya empezamos otra vez más con la misma historia. La expresión de su cara, la muralla que parece levantar entre los dos, su forma de mirarme... Todo se traduce en distancia. Supongo que el cavernícola que sigue habitando dentro de él debe de estar tirándose de los pelos ahora que tiene mi pene en su mano, digo yo.

—Me has cortado el rollo, tío —protesta Alex.

—Lo dices como si hubiese sido culpa mía.

—Claro, tú nunca tienes la culpa de nada porque eres perfecto.

—Mira, guapo, voy a decirte algo: si le vas a dar tantas vueltas a la cabeza por lo que estamos haciendo, la próxima vez quedas con Gala. Seguro que comerle el coño a ella no te supondrá ningún problema.

Contiene la respiración. Después la suelta de golpe.

—Vete de mi casa.

—Inténtalo.

Los dos nos retamos con la mirada.

Estamos tan enfadados el uno con el otro que no sabemos cómo canalizar toda la rabia que sentimos.

Sus ojos siguen clavándose sobre los míos. La luz roja hace que parezcan inyectados en sangre.

—¿Todavía sigues aquí?

La frialdad con la que me estudia me intimida, pero no dejo que la inseguridad se apodere de mí. Mantengo mi posición.

—Te he dicho que intentes echarme.

No responde.

Los músculos de sus hombros se vuelven rígidos y el silencio hace que mis pensamientos se oigan con claridad. La idea que más se repite por mi mente es la de volver a besarlo.

Por supuesto, no intento ningún movimiento.

—Voy a contar hasta tres.

¿Me está amenazando?

—Uno —respondo con firmeza.

—Dos... —continúa él.

Y en un arrebato, Alex muerde mi boca. Comienza a besarme de forma violenta mientras nuestras piernas se enroscan sobre la cama.

Sus dientes apresan mi lengua, la muerden con suavidad y después tiran de ella. Vuelve a reclamar mis labios, chupándolos como solo él sabe hacerlo.

Estamos tan calientes que casi no nos damos cuenta de que su polla ya está haciendo presión contra mi abertura.

Al notar que algo duro y húmedo intenta meterse dentro de mí, Alex se separa con brusquedad.

—Espera... Dime que tienes un condón.

—Yo no...

—Joder. Vale. —Rebusca en el cajón de la mesilla de noche y lo cierra con fuerza al comprobar que la caja está vacía—. Menuda puta mierda.

—¿Cómo es que no tienes?

—En el piso de abajo tengo de sobra, Eric. Aunque no te lo creas, hace tiempo que no subo a nadie aquí.

—Alex, soy virgen.

—Me da igual. Yo no follo sin goma. Manías mías.

Por una parte me da rabia, pero a la vez me gusta que Alex se cuide.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Jugar a un juego... —Lleva mi mano hasta su erección y después coge la mía—. Es sencillo:

el que se corra antes, pierde.

~~Querido diario,~~ mi casa es un auténtico caos.

El olor a aguarrás se extiende desde el salón por todas las habitaciones, y el problema es que por riesgo de humedad mi madre no puede dejar sus obras en la terraza. Eso explica que tenga dos cuadros en mi cuarto. Hay otros dos en el de mi hermana y en el dormitorio principal, y tres en la cocina. La buena noticia es que esto no durará mucho. Le han confirmado la exposición para el jueves de la semana que viene. Ahora solo tiene que terminar la que parece ser su obra más ambiciosa de la colección, de cinco metros de largo por dos de alto.

Mi hermana me ha vuelto a sacar el tema de Gala en varias ocasiones, y todas delante de mi padre. ¿Casualidad? Sé que él escucha nuestras conversaciones aunque finja estar atento a la televisión. Por lo menos entonces se esfuerza por disimularlo, pero cada vez que Laura pronuncia el nombre de Alex mi padre aguanta la respiración y tensa los músculos de la cara.

No sé por qué le pone tan nervioso saber que ese chico es gay.

¿Será porque empieza a pensar que yo también lo soy?

A las cuatro en punto estoy en el Retiro. Melissa es la segunda en llegar, le sigue Bruno y finalmente Gala. La idea era aprovechar el buen tiempo para alquilar una barquita, pero parece que todas las parejas de Madrid han decidido hacer lo mismo. Al final terminamos en la zona del Palacio de Cristal, nos sentamos haciendo un círculo y me quito los calcetines para atrapar la húmeda hierba con los dedos de los pies. Mantenemos conversaciones triviales durante una larga media hora y luego comento el hecho de que deberíamos habernos traído las cartas para echar una partida. Me doy cuenta de que Gala permanece ausente, demasiado enganchada al móvil.

—¿Y esa sonrisilla? ¿Con quién estás hablando? —Melissa se estira intentando usurpar su teléfono, pero Gala es más rápida y lo guarda detrás de la espalda.

—Tampoco hace falta ser adivino. —Bruno sonríe de lado.

—¿Alex?

—Lo que haga con mi móvil es secreto...

—Siempre hablas de Alex. No es ningún secreto —suelto de golpe.

—¿Celoso? —Gala me mira con una ceja levantada. No sabría decir si está molesta o le divierte la situación.

—No hay motivos para estarlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque no habéis hecho nada.

—En realidad, me ha invitado a su casa para ver una peli.

—Me alegro. —*No me hace ninguna gracia*—. ¿Cuándo?

—Hoy.

—Me alegro —repito, muy seco.

—Uy, sí que está celoso —interviene Bruno.

—No, no lo estoy.

Odio los celos.

Sobre todo odio la sensación primitiva de propiedad que tengo con Alex, como si él me perteneciese de alguna manera.

Melissa le da golpecitos en la pierna, entusiasmada por la noticia:

—Y ¿qué vas a ponerte?

—Autoestima. Eso es lo que me voy a poner.

—Entonces irás cañón.

—Y sin nada más. Pienso quitarme la ropa en cuanto encienda la tele. —Se muerde el labio mientras sonrío—. Vamos a follar tanto que a lo mejor el lunes no puedo ir a clase. Necesitaré dos domingos para recuperarme. O un tequila.

Siento que algo se agita en mi interior con más intensidad.

Melissa se sonroja por la sinceridad de su amiga y Bruno se tumba en la hierba para hacer una pequeña representación de lo que ocurrirá en unas horas. Todos se están riendo menos yo.

Tengo que calmarme.

Gala puede habérselo inventado. Alex no haría eso.

No conoces a Alex.

Y tú qué sabes.

Es que no lo conoces. Seguro que se está tirando a media facultad, y Gala es la siguiente. Con el morbo de ser tu mejor amiga.

Gala se retira un mechón de pelo detrás de la oreja y pestañea (para mi gusto) de forma exagerada. Como haga eso delante de Alex le va a clavar las pestañas en los ojos.

Ojalá lo haga.

Y que se quede ciego.

—Además, según me han informado mis fuentes —comenta Gala—, Alex la tiene increíblemente grande. Incluso llega a tener problemas con las chicas para poder follar, porque a algunas no les entra.

—¡Anda! Eso es mentira —protesta Bruno—. Aquí hay gente que se tira flores y luego están los que se tiran el ramo entero.

Es que Alex es el ramo entero.

No quiero ni imaginar la cara que debo de estar poniendo, pero Gala parece darse cuenta,

porque siento sus ojos sobre mí cuando pregunta:

—¿Y a ti qué te pasa ahora? Llevas unos días muy raro.

—No entiendo muy bien a qué juegas, sinceramente. Se supone que somos amigos.

—¿Y?

—Y... que se supone que estamos saliendo. Aunque sea de mentira —aclaro—. Estamos juntos, tú y yo. ¿No ibas a ayudarme con toda esta mierda? El plan era ese, ¿no? Ir a la fiesta de Álvaro y fingir que teníamos sexo. Y tú vas y te quedas ligando con Alex. ¡Increíble!

—Lo increíble es que hayas esperado tanto para decirme esto ahora. Te dije que tú siempre serías mi prioridad y lo has sido, pero es como si toda mi ayuda nunca llegase a ser suficiente. —Cierra los ojos con fuerza, los vuelve a abrir. Están brillantes—. Le he hecho prometer a Alex que no se lo contaría a nadie. Así que tranquilo, que tú puedes seguir diciendo que estás súper feliz con tu novia de mentira. Es lo único que te importa, ¿no?

—Joder, pero no así. Perdona si en algún momento yo...

—Empiezo a estar harta de esta mierda. Deberías pasar de todos los comentarios de la gente de una puta vez y ya.

—Gala tiene razón, no puedes dejar que te afecten tanto. —Bruno asiente con la cabeza.

—Te importa demasiado la opinión que tenga el resto de la gente sobre ti —reconoce Melissa—, y eso te va a complicar la vida como no le busques solución.

—Genial, ahora resulta que toda la culpa es mía.

—No hemos dicho eso.

—Pues lo parece.

—Eric...

—Déjame.

Nos quedamos en silencio. Un silencio incómodo que me recuerda al primer día de clase, cuando ninguno de nosotros éramos aún amigos y no sabíamos qué decir para entablar una conversación fluida.

Al final, Melissa decide que ya es suficiente:

—Todo esto te lo decimos porque te queremos. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—Y queremos lo mejor para ti.

—Sí.

—Y nos puedes contar cualquier cosa. ¿Vale? Lo que sea.

—Sí.

Miro al cielo. Está despejado, aunque pintado de un azul casi apagado. Me imagino qué pasaría si el sol decidiese quemarlo. Sería como estar encerrados en una pecera envuelta en llamas, y no tardo en conectar ese pensamiento con la habitación de Alex. Vuelvo a ver las luces rojas quemando las paredes..., la cama en el centro..., sus manos arañándose la piel...

—Sabemos que te gusta Alex.

Por una fracción de segundo creía que me lo decía a mí y por eso tengo el corazón en la boca.
Trago con dificultad y lo devuelvo a su sitio.

—Me gusta, pero no estoy enamorada.

—Poco a poco, mujer.

Gala saca el móvil y se le escapa un grito.

—¿Estás bien?

Rápidamente le da la vuelta para enseñarnos la foto que le acaban de enviar.

—Madre mía. ¿Lo que estoy viendo es la... *eso* de Alex? —A Melissa le tiembla la voz.

—Polla. ¡Polla! Puedes decirlo tú también.

—No te va a entrar.

—¿Qué te apuestas a que sí?

La última vez que estuve con Alex nos estábamos masturbando. Y ahora... Ahora todo parece irse a la mierda.

No voy a escribirle. No pienso decirle nada.

Pero ¿por qué no me escribe él a mí?

Vale, tengo que dejar de meterme en WhatsApp. Verlo en línea solo hace que me enfade más, y por la hora que es imagino que estará demasiado ocupado con mi mejor amiga.

Tocándola. Besándola. Desnudándola.

De nuevo, esa sensación tan horrible y primitiva oprimiendo mi pecho.

Los celos son frustrantes, porque, por muchas vueltas que le des al asunto, eso no cambia lo que vaya a hacer la persona que sientes como propia. Y te sientes fatal. Fatal y hecho una puta mierda.

Leo una vez más lo que escribí el otro día en el diario:

—Entonces ¿qué hacemos?

—Jugar a un juego... Es sencillo: el que se corra antes, pierde.

Sonrío.

¿Quiere jugar? Juguemos.

Desbloqueo el móvil y escribo en Google «aplicaciones para citas gais». Pincho en una de ellas y me redirige a una página en la que se explica de qué trata Grindr. Por lo que puedo leer, Grindr es lo más parecido a la Biblia del mundo homosexual. Me invento un nombre de usuario para evitar usar el mío y rechazo la sugerencia de ponerme foto de perfil. Entonces veo cómo en mi pantalla empiezan a ordenarse distintos perfiles de hombre según la proximidad de ubicación. Escojo uno que me parece mono y le escribo un simple «Hola». ¿Y ahora qué? El chaval en cuestión no se lo piensa dos veces. Al instante, me contesta con la foto de un pene erecto. Cuando lo he visto casi tiro el móvil al suelo. ¿Siempre es así? Un puntito rojo me recuerda que tengo nuevos mensajes. Estos son algunos:

Chico de Grindr 1: Eh, tío.

Chico de Grindr 2: Activo dominante?

Chico de Grindr 3: Hola, quieres que te la coma?

Chico de Grindr 4: Hola, busco que me peten boca y culo a saco hasta llenármelo de lefa a pelo. Te va?

El último incluye el emoji de un melocotón de regalo.

No puedo evitar tener la sensación de estar haciendo algo malo, como si hubiese probado alguna droga, no sé. La aplicación no deja de ser un espacio de internet muy turbio. Además, existe un problema, y es que la mayoría de los chicos con perfiles aparentemente normales me piden fotos antes de quedar. Era algo con lo que no contaba.

Termino eligiendo uno para mantener una conversación más fluida. Llevamos diez minutos chateando y aún no me ha pasado ninguna foto de su miembro viril. Parece que el chico va en serio. Le he preguntado por la ausencia de foto en su perfil y me ha confesado que si no tiene puesta ninguna es porque está dentro del armario. «*Yo igual, tío.*» Al final lo he enviado sin el «tío».

Parece un chico agradable. *Hetero curioso* es su nombre de usuario. Antes de nada, he de decir que yo tampoco me he comido la cabeza eligiendo el mío. Soy *Chico discreto*.

Escribe sin faltas de ortografía y eso me produce cierta confianza.

Un rato después, *Hetero curioso* me pregunta si tengo planes para esta noche. Una declaración de intenciones en toda regla. Sigue escribiendo. Me acaba de mandar una ubicación seguida de un «Vente un rato». Al final no deja de buscar lo mismo que todos, aunque su técnica es algo más sutil al emplear palabras cultas y un estilo refinado. Imagino que luego en la cama será el más guarro de todos, pero eso ya es un prejuicio que tengo con la gente pija. Él parece pijo.

Deberías aceptar su propuesta. No tienes nada mejor que hacer, salvo martirizarte pensando qué estarán haciendo Alex y Gala.

¿Y si está loco? ¿O quiere violarme?

Eric, el tío es simpático y seguramente sea tu tipo. Por lo que te ha contado, sabes su edad y más o menos te ha descrito cómo es físicamente.

¿Y si en realidad es un viejo verde?

Pues «atrás, Satanás», media vuelta y te vas.

Ya, pero...

¿Ya pero qué?

Ya, pero Alex.

Te estás obsesionando con ese chico porque tanto él como vuestra situación es complicada. A todo el mundo le atrapa lo difícil, somos así. Créeme, estoy en tu cabeza. Sé mejor que nadie cómo funcionan estas cosas.

Hetero curioso me acaba de mandar cuatro signos de interrogación debido a mi ausencia. Seguramente estará esperando para ver si le echo una mano o termina él solito. Pincho dentro del enlace de su ubicación. Si cojo el metro ahora, llegaré en menos de veinte minutos.

Un nudo en el estómago me advierte que no es buena idea.
Estoy jugando con fuego, y yo solo quiero quemarme con Alex.

Una bocanada de aire golpea mi cara al salir del metro. Me tapo con la capucha y froto ambas manos para calentarlas un poco. Camino deprisa, siguiendo el mapa que se dibuja en la pantalla de mi teléfono hasta llegar a un portal pequeñito.

Llama a la puerta.

Me da cosa.

Eric, no seas tonto. Llama de una vez.

Creo que no ha sido buena idea.

Como no llames me vas a decepcionar. Hazlo. No seas gallina.

—¿Quién es?

La gallina Turuleca.

—Soy yo. —Me doy cuenta de que ninguno de los dos sabe el nombre del otro, así que aclaro—. El chico de Grindr.

—Ah, eh, sí. Vale, pasa.

Muy bien. ¿Lo ves? Por lo menos has oído su voz y ya sabes que no es un viejo. ¿Más tranquilo?

Empujo la puerta y entro en el portal. Parece que aquí hace incluso más frío que afuera. Llamo al ascensor y pulso el número cuatro. Aprovecho para quitarme la capucha y peinarme un poco antes de llegar arriba. Cuando salgo al pasillo, miro primero a la derecha, pero todo está oscuro.

—Es aquí —oigo decir a alguien a mi izquierda.

Me giro y lo veo. Es alto, más delgado que yo y con rizos. Sí, es joven. No, no es pijo. Parece mono. Me saluda con la mano y me indica que entre.

—Este es el salón, después hay una cocina pequeña, el baño está al fondo a la izquierda y mi habitación a la derecha y... —Hace una pausa y aprovecha para rascarse la frente—. Y creo que ya está todo.

—¿No serás agente inmobiliario? —Quizá haya sonado más borde de lo que pretendía.

El chico se ruboriza.

—Estoy nervioso.

—Yo también.

Sonríe. Pero es solo eso, una sonrisa. No me transmite nada más.

—Siéntete como en tu casa. ¿Quieres algo de beber? ¿Cerveza? ¿Coca-Cola?

—No, gracias.

—¿Agua quizá?

—Venga, una cerveza.

—Eres de los míos. —Me guiña un ojo y se va a la cocina.

Es muy majo, Eric. Dale una oportunidad y estarás dándotela a ti también.

Me siento en el sofá y recorro el cuarto con la vista. La decoración está inspirada en colores africanos. Tiene esculturas de madera talladas a mano, un elefante, una jirafa y en la entrada creo haber visto dos mujeres con cestas en la cabeza. El televisor es pequeño y la mesa bajita y oscura. Las paredes están pintadas de un color naranja amanecer. En una de ellas tiene colgada una tela con un mandala enorme. Toda la casa huele a incienso y flota un calor agradable.

—Ya está, elige la que quieras. —Se acerca y apoya los dos vasos sobre la mesita.

—Son iguales.

—Exacto, pero por educación me veo obligado a insistir en que elijas primero.

—Está bien, pues dame la de la derecha.

—No, ese es el mío. —Después me saca la lengua.

—Vaya, parece que ya no estás tan nervioso.

—Y eso que aún no he empezado a beber. Si llegamos a la tercera, vas a flipar —comenta levantando el vaso.

Echo un trago largo.

—¿Y a qué estás esperando?

Hetero curioso ensancha su sonrisa.

—A todo esto, me llamo Carlos.

—Eric.

—Encantado.

Hetero-curioso

—Igualmente.

Nos quedamos un rato callados y a mí me empieza a sudar el cuerpo entero, para variar. Como no ponga el aire acondicionado, va a salir humo de mi camiseta.

—Tú también estás nervioso —apunta.

Yo lo que estoy es muerto de calor. No entiendo cómo no estás sudando ni una gota.

—Sí... En realidad, es la primera vez que quedo con un tío por Grindr. De hecho, me he descargado hoy la aplicación. No tenía ni idea de cómo se usaba. Soy nuevo en esto.

—¿En serio? Tienes que estar de broma.

—No, no es broma.

El chico se acerca un poco más a mí y apoya una mano sobre mi pierna. Al ver que intento apartarme, la retira de inmediato.

—Vaya, veo que iba en serio eso de que eres nuevo en todo esto.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Mira, yo estoy nervioso pero... tú estás temblando como un flan. Tranquilo, solo estamos hablando. No tenemos que hacer nada si vas a sentirte obligado. —Me mira de arriba abajo y añade—. Aunque confieso que te encuentro muy atractivo. Eres el chico más mono con el que he tenido una cita. ¿Puedo llamarlo cita?

Suelto una carcajada mientras me encojo de hombros. Yo tampoco tengo ni idea de qué nombre ponerle a esto.

—Oye, no te rías. —Me pega un puñetazo en el hombro—. No pienso decirte ningún piropo más hasta que tú no me devuelvas alguno.

—Pero eso no es justo, yo lo tengo más difícil.

Me pega de nuevo.

—No te pases, eh. Que te echo de mi casa —dice mientras se ríe.

Saboreo el momento que acabamos de crear, cada vez me siento más cómodo.

Entonces el destino decide que ya llevo un rato sin dolor de cabeza y me envía una foto. En realidad me la ha enviado Gala. En ella se puede ver a Alex de espaldas y en calzoncillos, los dos dentro de la habitación roja.

«Aunque no te lo creas, hace tiempo que no subo a nadie aquí.»

Y una mierda.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—Es que te acaba de cambiar la cara y... no sé.

—Era solo un mensaje de mi madre, nada más.

Carlos se frota la barbilla con los dedos.

—Vale, entonces, ¿por qué tengo la sensación de que me estás mintiendo?

—No lo he hecho. Te estoy diciendo que todo va bien. En serio, no me pasa nada.

—Si no te gusto, prefiero que me lo digas. No voy a tomármelo mal ni a...

Y lo beso.

Lo beso con pasión y rabia.

Lo beso porque no puedo soportar pensar que Alex esté haciendo lo mismo con Gala.

—Vamos a tu cuarto —me oigo decir.

Carlos me lleva hasta su habitación. Es pequeña, con una cama individual, armario de Ikea y un escritorio blanco. Me descalzo y él hace lo mismo. Con calma, me quito los pantalones y la sudadera. La camiseta amarilla de Carlos cae junto a la mía y lo mismo sucede con sus desgastados pantalones.

Esta vez es él quien me besa. Yo trato de que nuestras bocas encajen, pero no consigo hacerlas resbalar con la misma complicidad a la que me tiene acostumbrado Alex. El beso es torpe, como si fuéramos dos niños pequeños que aún no saben lo que hacen con sus lenguas.

—¿Te gusta? —me dice al llevar mi mano hasta su erección.

Con una seguridad que desconocía tener, tiro de su calzoncillo y lo dejo desnudo.

—Ahora me gusta más.

Lo miro de arriba abajo mientras me deshago de mi ropa interior para estar en igualdad de condiciones. Carlos se queda quieto, esperando a que sea yo quien lo guíe. Me está dando permiso para que lo domine y descubro que la sensación me encanta. Me hace sentir poderoso.

Empujo su pecho, obligándolo a sentarse en el borde de la cama.

—Túmbate.

Sus ojos parecen suplicar que le pida más cosas.

—Acaríciame.

Carlos se acerca despacio y comienza a pasar las manos por mi abdomen.

—No, Carlos. Lo que quiero es que me acaricies la polla. Y para eso no te hace falta usar las manos.

Guau.

Lo he dicho.

Quién te ha visto y quién te ve.

—¿Con la boca...?

Y entonces se la meto dentro.

Carlos cierra los ojos y me chupa.

La saca para respirar y vuelve a devorarla.

Jadeo.

—Me encantas... —gime mientras comienza a masturbarse.

Estoy de pie, desnudo, y con un chico al que acabo de conocer haciéndome una mamada.

No sé si me arrepentiré después, pero no quiero pensar en eso ahora.

Hundo los dedos en su pelo y tiro con suavidad.

—Me corro —dice.

—Me corro —respondo.

Carlos se levanta y me besa. Separa los labios al mismo tiempo que me mancha las piernas con un líquido pastoso y caliente. Yo tardo algo más, pero cuando llego se me escapa un nombre.

—¿Quién es Alex?

Campeón.

—¿Qué?

—Has dicho eso: Alex.

—No es verdad.

—No me molesta. ¿Quién es?

—Nadie importante.

—Está bien, no me lo cuentes.

Carlos saca del armario dos toallas y me lanza una.

Nos duchamos. Primero él, después yo.

Al volver a su cuarto, me sorprende que el chico siga sin vestirse. ¿Querrá repetir? Yo pensaba que después de correrse tocaba decir adiós y desearnos suerte en la vida, pero parece que Carlos tiene otro plan alternativo:

—Podemos tumbarnos un poco si quieres. O bueno, si no te apetece puedes irte, claro —dice encogiéndose de hombros—. Con la mayoría después de correrme quiero que se vayan, pero me

apetece que tú te quedes.

—Lo tomaré como un cumplido.

—¿Eso es un sí?

Se ha puesto tan nervioso que me da cosa rechazar la invitación, así que al final acepto y me tumbo boca arriba. Carlos apoya su cabeza en el hueco que se forma entre el hombro y el cuello. Parece un bebé grande y cansado.

Me quedo mirando el techo sin saber qué más hacer, con mil preguntas revoloteando por mi cabeza. ¿Qué estará haciendo Alex ahora? ¿Habrá besado a Gala? ¿Por qué ha quedado con ella? Intento cerrar los ojos, pero estoy incómodo. Carlos me da mucho calor y eso me agobia.

¿Debería contarle a Alex lo que acabo de hacer o me lo guardo para mí?

—¿Estás dormido? —susurro.

No obtengo respuesta. Su respiración es más profunda.

Entonces se me ocurre algo. Algo perverso y que solo se le ocurriría a la parte oscura que todos guardamos dentro de nosotros. Esa parte que debemos ignorar inmediatamente, porque es mala como ella sola.

¿Y si...?

No, no debería hacerlo.

No está bien.

Es jugar sucio.

Aunque, ¿no había venido justamente a eso, a jugar? Ahora es el momento.

¿No estás pensando en hacerlo en serio, verdad?

Cojo el móvil y me aseguro de que está en silencio antes de extender el brazo hacia arriba. Pongo la cámara interna en modo retrato y busco un ángulo en el que salgamos los dos. Ver nuestros cuerpos desnudos en la pantalla hace que me tiemble el pulso. Estoy sudando y lo peor que me puede pasar ahora es que se me caiga el móvil, porque Carlos me descubriría. Y encima le caería en la cabeza.

Eric, detente.

Pero yo necesito hacer la maldita foto. Si ya conseguí enfadar a Alex con una en la que salía besando a Gala... Esto será mil veces peor.

Estás a tiempo de no hacer ninguna tontería.

Me aseguro de que Carlos sigue con los ojos cerrados. Empiezo a sacar muchas fotos, pulsando repetidas veces con el pulgar sobre el botoncito de la pantalla táctil. Él no se da cuenta de nada.

Eric... Joder, Eric.

Cuando termino, elijo la que tiene mayor calidad y vacilo un par de segundos antes de enviársela a Alex.

Ni se te ocurra.

Veo cómo en la esquina de la imagen se dibujan dos tics. Alex está en línea.

Los tics se vuelven azules. La ha visto.

Mi móvil empieza a vibrar y la pantalla se vuelve oscura, con unas letras blancas en las que se lee el nombre de Alex y un icono verde para aceptar la llamada.

Bloqueo el móvil porque Carlos se está incorporando. Me besa en el hombro y se disculpa varias veces por haberse quedado dormido. Le digo que no pasa nada, me visto y me despido de él con una sonrisa imborrable.

Espero que estés preparado para lo que se te viene encima.

Alex: ¿A qué juegas, Eric?

Alex: Contéstame. Te estoy llamando.

Alex:??????

Alex: Te voy a matar.

Alex: Hijo de puta.

Alex: Hola????????

Alex: Maldito maricón.

Alex: CÓGEME EL PUTO MÓVIL.

Alex: Ya te ha reventado el culo???

Alex: Subnormal.

Alex: Eric, perdona.

Alex: Joder, perdón. En serio.

Alex: Soy gilipollas.

Alex: Va, cógeme el móvil, tío.

La última es reciente, de hace apenas tres minutos.

Vuelvo a ver la foto que le he enviado. Se intuye que los dos estamos desnudos, aunque de Carlos solo se vea el pelo rizado y su huesuda espalda; y en mi caso, parte del pecho, cuello y boca. La imagen se recorta justo a la altura de mi nariz.

Sabías que esto iba a pasar. Que se pondría así.

Gala: Alex acaba de echarme de su casa. Te juro que estábamos genial y de repente se le ha cruzado el cable. No entiendo nada.

¿Estás contento? ¿Te sientes mejor?

Me siento mejor, sí.

Eric, lo que has hecho...

Lo sé.

Alex vuelve a llamarme.

—¿Dónde estás?

—Buenas noches.

—No me jodas, Eric. Dime dónde coño estás.

Giro de forma teatral, paseando la mirada por los altos edificios. Entonces me doy cuenta de que él no me ve y que ha sido en vano. No importa.

—Sinceramente, no sé cómo se llama esta calle.

—Mándame tu ubicación en tiempo real.

—No.

—Eric, espero que entiendas que no te lo estaba preguntando.

—Que te den.

—Diría lo mismo, pero creo que de eso ya se ha encargado el ricitos de oro.

—¿Y tú, ya te has encargado de tener condones en el cajón?

—No han hecho falta. No hemos hecho nada.

—Ja.

—Vamos, no me hagas pedírtelo más veces. No tengo toda la noche y mi paciencia se agota.

—¿Para qué quieres que te la envíe?

—Para ir a buscarte.

—¿Y por qué quieres hacer eso?

—Pareces tonto, Eric. ¿Por qué va a ser? Porque necesito asegurarme de que vuelves bien a casa.

—Puedo hacerlo yo solito, ¿sabes? No necesito tu ayuda.

—Me da igual lo que necesites ahora mismo. Envíame la maldita ubicación. ¡Ya!

Un remolino de aire frío sacude mi ropa y yo aprieto los dientes. Las ramas desnudas de los arboles recortan el cielo, pareciendo intentar arañarlo con electrizantes movimientos. En ese momento el miedo me pilla respirando y aprovecha para meterse dentro de mí.

Todo está demasiado oscuro.

—Está bien, acabo de enviártela.

No contesta nadie al otro lado de la línea.

—¿Alex?

Después, me doy cuenta de que ya ha colgado.

Intento llamarlo, pero no vuelve a cogerme el teléfono.

Me siento en el suelo y me abrazo, esperando a que venga a por mí.

Las luces de un coche pintan la calle de color. Alex baja la ventanilla.

—¿Te ha tocado? —gruñe.

—No, no me ha tocado.

—¿De verdad?

—Creo que ya conoces la respuesta a eso.

Genial, encima vas y te haces el chulo.

Decir que está enfadado se quedaría corto. Ahora mismo parece que se está conteniendo para no hundir el pie en el acelerador y pasarme por encima.

—Sube al coche.

Abro la puerta con recelo. Él agita con nerviosismo la pierna derecha, y sus ojos no dejan de taladrarme. Me preparo para recibir una tormenta saliendo por su boca, pero de su boca solo sale una palabra:

—Cinturón.

Nada más ponérmelo el coche sale disparado como una bala.

—¡¿Q-q-qué haces?! —La voz me tiembla por las sacudidas que da el asiento.

En una de las curvas quema la rueda y el olor no tarda en llegar. Empiezo a toser mientras el coche sigue devorando la carretera y yo no hago más que agarrarme al asiento como buenamente puedo.

—¿Tienes miedo?

—¡¿De morir?! Sí.

Entonces reduce la velocidad.

—No te va a pasar nada si estás conmigo.

Levanto una ceja.

—Hasta ahora todo lo que me ha pasado es por tu culpa.

—¿Como lo del ricitos?

—Como lo de sacarme del armario.

—Bueno, eso es un ligero contratiempo. —Gira el volante para salirse de la carretera y avanza sobre un terreno de piedrecitas—. La foto que me has mandado...

—Un ligero contratiempo. —Se la devuelvo.

Una por otra, ¿no?

Él no responde, pero sí lo hace el motor del coche y... por un segundo pienso en lo peor porque vuelve a ir demasiado rápido.

Curvas cerradas. Temblor. Olor a rueda quemada. Más temblor.

Es como si el coche fuese a caerse por piezas, y yo con él.

Al final frena en seco con un estruendoso chirrido y mi cuerpo se sacude hacia delante.

—Maldito imbécil —grito—. ¡¡Ni se te ocurra volver a conducir así!!

Se le hinchan nuevas venas en su cuello. Espero a que me diga algo, pero no lo hace. Sigue con los ojos en la carretera, pareciendo mirar a ninguna parte.

—Alex, lo digo en serio, no tiene gracia.

—Entonces ya somos dos los que no nos reímos.

—Alex...

—¿Qué?

—Mírame.

Por fin lo hace.

Todavía siento que tengo el corazón en la boca, como si al cerrarla fuese a morderlo y empezar a sangrar.

—Vamos a hablarlo todo como personas normales, ¿quieres?

Suelta aire de forma pesada, vaciando su pecho.

—Está bien. —Se desabrocha el cinturón y gira los hombros en un ángulo de noventa grados—.

Empiezo: no he follado con Gala. Te toca.

—Yo tampoco.

—Y una puta mierda.

—Es la verdad.

—Pero habéis hecho otras cosas.

—Sí.

—¿Te has corrido con él?

—Sí.

A Alex se le cambia la cara.

Tan solo se oye nuestra respiración, la misma que parece recortar un espacio entre nosotros en el que la comunicación deja de funcionar.

Segundos después sus labios se aprietan para producir nuevos sonidos:

—Seguramente ahora te sientes el puto amo, ¿no?

—Me siento igual de mal que tú por quedar con Gala. Aquí hemos actuado mal los dos —le recuerdo, porque no pienso dejar que se vaya de rositas—. Si tú no hubieses quedado con ella yo no habría...

—Ah, no. No vayas por ahí —me interrumpe.

—Pero es cierto.

—Lo único cierto es que te has corrido con otro tío.

—Tú habías invitado a Gala para ver una película en tu casa. No me jodas, Alex, ibas a follar con ella.

—No lo hice. Y no iba a hacerlo.

—Y ahora me lo tengo que creer.

—Puedes hacer lo que quieras, no me importa.

—Te juro que no te entiendo. Sabes la situación en la que me has metido con la mierda de tu estúpida apuesta. Intento reconducir mi vida, tener las riendas... y parece que tú solo tratas de joderme.

—Yo no pretendo joderte.

—Entonces, ¿qué te pasa con Gala? ¿También te gusta? ¿Es eso? —Ahí está, la pregunta que

tanto miedo me daba formular.

—Gala me es indiferente —siento que me quito un peso de encima cuando lo oigo—, el que me importa eres tú.

Después Alex se rasca la barbilla y deja sus manos en el volante. Le da golpecitos con los dedos.

Está pensando en algo. Algo que no se decide a compartir conmigo.

—Suéltalo.

—Soltar el qué.

—Lo que ibas a decir, vamos.

—No me gusta que seáis pareja.

—Es de mentira, ya lo sabes.

—Sí, me lo has dicho. Pero igualmente, no me gusta. —Se retuerce un poco las manos—. Me provoca celos. Y yo te juro que me vuelvo loco cuando os veo juntos. Y me hace comportarme como un estúpido. Por eso le he dicho de quedar, para que veas qué se siente desde la otra posición.

—¿Me estabas castigando?

—Algo así.

—Entonces yo tendría que decir a todo el mundo que eres gay. —Aquello consigue ponerlo nervioso—. Tranquilo, sería solo «para que veas qué se siente desde la otra posición».

—Yo no soy gay.

—Yo tampoco.

Alex hace un rápido movimiento y termina apoyando su mano en mi entrepierna. Noto cómo mi erección se aprieta entre sus dedos.

—Ya veo que no.

Imito el mismo movimiento a la inversa. Alex me ve y trata de esquivarme, pero le agarro con un brazo y mi mano derecha termina sobre algo duro y alargado.

La comisura de mis labios se curva en una sonrisa:

—Lo mismo te digo.

Permanecemos unos segundos sin hacer nada más.

Sus pupilas se dilatan. Echo un rápido vistazo a su boca. Húmeda y gruesa, se abre lo justo para que pueda ver el espacio en el que debería apoyarse mi labio para robarle un beso.

—Deja de mirarme así —le pido.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a... —Su boca es tan perfecta que consigue nublar mi mente—... como si fueras a follarme.

Guau.

Vale, espero no haberlo dicho en voz alta.

Yo lo he oído.

Tú estás dentro de mi cabeza.

Alex no, y mira la cara que está poniendo.

—... como si fueras a *matar* a alguien. —Corrijo—. Era eso. No quería decir lo otro. Olvida lo anterior.

Veo que empieza a sonreír.

—¿Seguro que no prefieres que te folle? —Su voz suena masculina y rasgada.

—Claro que no.

—Uy. Te mueres de ganas.

—¡No! No quiero. —Me pongo rojo—. Lo he dicho sin pensar.

—La espontaneidad es sexi.

Tú eres sexi.

—Llévame a casa —le pido.

—Lo haré, pero primero vamos a follar. Por eso te he traído hasta aquí.

Jo-der.

Mi cuerpo reacciona ante sus palabras, calentándose.

Vuelvo a fijarme en su boca. ~~Quiero~~ Necesito que me posea con ella.

—Sigo enfadado contigo.

—No intentes liarme —me advierte Alex—, el que está cabreado soy yo.

—¿Por lo del chico?

—¿Te parece poco?

—Me parece que te lo has buscado tú solito.

Vuelve a poner la mano sobre mi entrepierna:

—¿Y qué me estoy buscando ahora?

Alex traza sobre mi labio un camino con la yema de su dedo índice. Al principio es suave, pero pronto ejerce un poco más de presión, obligándome a abrir la boca para introducirlo dentro:

—Chúpalo. Quiero que lo chupes como si fuera mi polla.

Jadeo.

Mi lengua lo atrapa y empieza a lubricarlo. Cuando está empapado mete otro.

—¿Te lo estás imaginando? Eso es... así... así...

Empiezo a mover la cabeza arriba y abajo para simular una mamada.

Los saca de golpe y me los enseña.

—Joder, están chorreando.

Su mano va directa a la parte trasera de mi pantalón.

Che, che, che.

—¿Qué intentas hacer?

—Metértelos por el culo. Vamos, bájate un poco los pantalones.

—Pero ¿aquí?

—Sí, aquí.

—¿Y si nos pillan?

—¿Quién nos va a pillar? Mira dónde estamos: en la nada. —Señala con los brazos abiertos el espacio que nos rodea—. Tranquilo, no va a venir nadie. Quítate los.

Estoy pensándomelo, pero parece que Alex ya no aguanta más. Sus manos impacientes tiran de mi pantalón y me deja con medio culo fuera. Y yo estoy tan cachondo que en vez de subírmelos me los termino de bajar hasta la altura de los muslos.

—Me gusta que estés depilado para mí.

En realidad en el culo tengo poco pelo, pero no digo nada.

Sus dedos se mueven con soltura y encuentran mi ano. Empieza a rodear la superficie, pegando pequeños golpecitos hasta que introduce la puntita del primero.

La sensación es extraña. No sabría decir si me gusta o no.

El caso es que, poco a poco, y gracias a la magia de la saliva, Alex consigue meterlo por completo. Una vez dentro, lo hace girar y (ahora sí) comienzo a notar un ligero cosquilleo agradable.

Tras verme disfrutar, introduce el segundo. Sus movimientos son lentos y controlados, y la lubricación natural hace que resbalen dentro de mí.

—¿Te gusta?

—No lo sé, es raro. —Me arqueo cuando me toca en un punto erógeno—. ¿Te gusta a ti?

—No lo sé, es raro —repite. Entonces me ordena—: Eric, sal del coche.

—¿Del coche?

—Sí, del coche. —Lo veo salir después de mí y guiarme con su mano apoyada en mi espalda—. Ahora, tumbate.

—¿Qué?

—Justo ahí, sobre el capó.

—¿Estás loco?

No quiero ni imaginar lo frío que debe de estar eso.

—Estoy cachondo. Tumbate, Eric. No me cortes el rollo ahora.

Doy un paso hacia atrás y mi tobillo choca con la matrícula del coche. Alex se acerca y comienza a devorar mi oreja, mientras sus manos se deshacen del cinturón. Suelta un botón y el pantalón se desliza, poniéndome la piel de gallina. Noto algo grande y caliente acariciando mis muslos, y no es ninguna de sus piernas.

—¿A qué esperas? —insiste—. Tumbate.

Me dejo caer lentamente hacia atrás.

El contacto surge como un calambre, desagradable y frío.

—Vuelve a subirte encima, vamos. —Y da unos golpecitos sobre el capó, creando un ruido metálico.

No hay ninguna farola iluminando el descampado. Tampoco pasa ningún coche cerca, y las luces del suyo están ahora apagadas. Tan solo nos viste la oscuridad de la noche, y eso convierte a

Alex en una especie de sombra, una sombra grande y negra. Paso las manos por sus brazos, tan fuertes, absorbiendo el calor de su proximidad. La idea de ir descubriendo las formas de su cuerpo termina siendo un excitante juego para mis sentidos.

Se separa un poco y pide que le escupa en la mano. Después acaricia la longitud de su erección. Está dura y no deja de apuntarme con ella. Muerde el paquetito de plástico y se pone el condón, aplicando más saliva. Cuando la tiene bien mojada me agarra de los tobillos, obligándome a subir las piernas y dejarlas muertas sobre sus hombros.

La punta de su pene palpita rozando mi piel.

—Esto te va a doler un poco...

Noto cómo algo caliente intenta entrar dentro de mí.

Mi espalda se arquea.

Aprieto las manos en los puños.

Duele.

—Vas muy rápido. No funciona así.

Me molesta, es desagradable.

—Aguanta.

—Alex, en serio. Me vas a hacer daño de verdad.

—Aguanta —repite.

—¡No! Sácala.

—Solo te he metido la puntita.

—Sácala ya.

Alex se separa de mí.

—Tío, no me jodas. Eres un exagerado. Las tías me aguantan mejor que tú.

—A mí me la estás intentando meter por el culo, Alex. No es lo mismo.

—También les he dado por el culo a ellas.

Pongo los ojos en blanco.

—Tengo tantas ganas como tú de hacerlo, ¿vale? Así que no te enfades conmigo si no funciona a la primera.

—No me he enfadado contigo.

—Pues no lo parece.

—Pues bésame y te lo demuestro.

Lo hago. Es un beso corto, dulce y sin lengua que consigue relajarnos a los dos.

Separa sus labios de los míos y al moverlos para hablar consigue hacerme cosquillas, porque nuestras bocas siguen demasiado cerca.

—Voy a tener cuidado.

—¿Puedo confiar en ti?

—Puedes, Eric. Pero necesito que me la chupes más, si no va a ser imposible.

Agarro la pesada erección y trato de metérmela en la boca. No lo consigo. Empiezo a chupar

por los bordes, llenándola de saliva mientras Alex tira de mi pelo y gruñe.

La sensación es algo extraña. No me gusta el sabor del condón, pero es lo que hay.

—Suficiente —dice al cabo de un rato.

Alex empieza a meter la punta de su pene, otra vez.

Más despacio, caballero.

—Me sigue doliendo.

—Joder, vale. Voy a probar otra cosa.

Introduce dos dedos y los hace girar dentro de mí. Al principio es incómodo, pero no tardo en acostumbrarme. Alex sonrío porque estoy respirando con más fuerza contra su boca. Se muerde el labio y clava sus dedos hasta el fondo.

Oigo gemidos. Soy yo.

Saca los dedos para meterlos de golpe.

—¿Te duele ahora?

Vuelvo a gemir.

Alex se entretiene un poco más metiendo y sacando los dedos, cambiando el ritmo y la profundidad en la que los hunde. Después me separa las nalgas y confirma lo que ya intuía:

—Estás muy abierto. Me encanta.

Se acomoda entre mis piernas, dejando la punta de su polla a la altura de mi ano. Echa la cadera hacia delante e intenta entrar, pero no es tan fácil. Sobre todo porque está intentando meter algo demasiado grande.

Prueba a dar un nuevo empujón. Mi piel se estira para recibirlo. Jadeo. Jadeo con fuerza, grito, gimo y retuerzo los dedos de los pies mientras Alex se esfuerza por estar dentro de mí.

—¡Aaaaah!

Me tapa la boca con una mano, aunque nadie más puede oírnos. Estamos demasiado lejos de todo. Decido mordérsela y él estira su comisura derecha para sonreírme.

Y poco a poco lo va consiguiendo. Mi cuerpo se adapta a un placer desconocido pero sorprendentemente bueno.

—¿Te gusta, pequeño? ¿Te gusta que esté dentro de ti?

—Sí...

Y entonces la hunde entera.

Grito de placer y le clavo las uñas en la espalda.

—¿Sigues bien?

—Sí.

Aumenta la velocidad, como si estuviese conduciendo con mi cuerpo. Me vuelve loco.

—¿Y ahora?

—También.

—¿Me das permiso para que te dé mucho más fuerte?

—¿Se puede más fuerte?

—Te sorprendería lo que puedo llegar a hacer si me dejas.

Trago saliva.

Él reclama mi boca y entonces me besa con devoción. Lo sigue haciendo mientras me empala, aferrándose a mi cintura para que la penetración resulte más sencilla.

Al soltar mis labios inclino la cabeza y estudio su venoso vientre. Se le marca una V perfecta y yo me quiero morir. Su entrepierna choca contra mis nalgas provocando un ruido seco en cada una de sus embestidas.

¡Voy a explotar!

Jadeo... Jadeo... Jadeo...

—Respóndeme, Eric. ¿Quieres más? —pregunta Alex con voz grave.

No lo sé. No sé si lo soportaré o no, porque mi cuerpo se empapa de placer, aunque también se rompe bajo sus exigentes manos.

—Quiero más.

Alex se agacha y gruñe al hacer una penetración mucho más profunda. Mi cuerpo se retuerce para hacerle espacio.

—Dame las manos.

Se las doy. Las junta por las muñecas y tira de ellas hacia atrás, obligándome a estirarme por completo. Después me abre la boca con la mano que le queda libre, pero en vez de introducir su lengua escupe dentro.

—¿Te gusta que te trate mal?

No respondo, porque quiero decirle que sí, pero no sé lo que implica eso.

—Dime. ¿Te gusta que te trate mal? ¿Sí o no? —insiste.

Al final asiento. Estoy tan cachondo que no proceso la información que pasa por mi cabeza.

—Eso no me vale. Yo quiero que me lo digas.

—Me gusta...

—Dilo bien, Eric. ¿Qué es lo que te gusta?

Saca su erección y lo veo sonreír. Sin dejar de mirarlo a los ojos, noto cómo la punta de su pene comienza a rozar mi abertura. Entonces la introduce entera en un movimiento violento y certero.

Echo la cabeza hacia atrás y ahogo un grito.

No puedo creer todo lo que me está haciendo sentir. El calor se reparte por mi piel y creo estar a punto de llegar al clímax.

—Me gusta... me gusta que me trates mal.

Vuelve a sacar su erección, dejándome un vacío enorme en el cuerpo.

La mete de golpe, llenándome.

Mi cuerpo se sacia de placer. No puedo evitar soltar un gemido mientras noto cómo mojo mi abdomen de líquido preseminal.

Alex se agacha para besarme el vientre y pasea su lengua entre mi humedad.

—Me encanta tu sabor.

Después introduce mi erección en su boca y comienza a chuparme. Ver sus labios subir y bajar en torno a mi pene hace que un intenso cosquilleo se concentre con impaciencia en mi ombligo y ascienda hasta el nacimiento de mi pelo.

—Para. Me corro.

—Aún no, pequeño. Aguanta. Quiero que nos corramos a la vez.

Su voz profunda me enciende. Me suelta las piernas y vuelve a penetrarme.

Dentro... fuera... dentro... fuera...

En cada una de sus embestidas me recuerda que soy suyo. Que mi cuerpo le pertenece.

—Alex, no aguanto. Alex...

Acelera los movimientos. Lo oigo gemir y respirar entrecortadamente mientras sus músculos se tensan. Y con eso hace que mi orgasmo aumente hasta un nivel inimaginable. Es como si el placer fuese un edificio de cinco plantas y Alex hubiese descubierto una puerta secreta que nos lleva a la azotea.

—Jo... der... me... corro...

—Córrete. ¡Córrete!

—Dios.

Clava sus dientes en mi hombro mientras su cadera vuelve a empujar con fuerza.

—Ya estoy... —le anuncio—. Ya estoy... Ya... Aaah...

Alex hace una embestida final, consiguiendo que estemos lo más juntos y apretados que pueden llegar a estar dos personas que hacen el amor.

—Me cago en la puta —gruñe.

Se está corriendo. Alex se está corriendo dentro de mí.

Puedo notar la forma en la que su polla palpita. No la saca hasta que siente que ha terminado de vaciarse y entonces se quita el condón. Después se deja caer encima de mí y respira por la boca.

—Eric, ¿estás bien?

—Sí, estoy —dolorido, débil, roto— genial. De verdad.

Los dos estamos ardiendo y sudando. Aún respira con dificultad y noto las pulsaciones de su corazón en mi pecho.

—Alex... —digo bajando la voz—. Al final me la has chupado.

—Lo he hecho, sí.

—Y ¿dónde está el chico que prometió no hacer algo así nunca?

—Supongo que la culpa la tiene otro chico que ha conocido hace poco.

Siento llenarme de felicidad.

Lo acerco a mi boca y lo beso.

Alex me recibe con una sonrisa, disfrutando de mi boca con su experta lengua. Y hace lo que tanto me gusta: me chupa el labio inferior, el superior y me succiona. Su mano derecha recorre mi

cuerpo y me da calor. Se entretiene apretándola contra una de mis nalgas y después me da un mordisquito en el cuello.

Deja sus dientes cerca de mi oreja y confiesa:

—Eres mío, Eric. No quiero compartirte con nadie.

—¿Y eso qué significa?

Mueve la cabeza hasta apoyar su frente contra la mía.

Sus ojos azules brillan bajo la atenta mirada de la luna.

—Significa que yo soy tuyo también.

Agotado, me dejo caer sobre el asiento del coche. Alex conduce como una persona normal y solo me mira cuando enciendo la radio y subo el volumen. Arruga la nariz y aparta mi mano con un gesto rápido para bajar la música. Yo vuelvo a subirla. Frunce el ceño mientras la baja una vez más, pareciendo retarme con la mirada. Acepto el juego encantado, volumen a tope. Alex pierde la paciencia y la apaga, cansado de que le lleve la contraria.

—¡No la quites!

—Nada de música.

—¿Por quéééééé?

—Está claro que no sabes escucharla en un tono normal.

—Me gusta así.

La enciendo. La voz de Camila Cabello y Shawn Mendes se mezclan para cantar *Señorita* y yo junto las manos sobre el botón para que no pueda quitar la música otra vez.

—¿Por qué necesitas ponerla tan alta?

—Me gusta así —repito.

—Es imposible que no te duela la cabeza.

—Pues yo disfruto más de la música cuando está alta.

—Creo que se me da mejor a mí eso de hacerte disfrutar.

Me ruborizo.

Miro por la ventanilla y comienzo a canturrear la canción. Hago un puño con mi mano y finjo que es un micrófono, sintiéndome en un concierto privado con Alex como único espectador. Él parece mirarme como si acabase de descubrir que estoy loco.

—¿También te gusta cantar en el coche? Pensaba que eso solo se hacía en la ducha.

No me lo puedo creer.

—¿Qué pasa ahora? ¿No me dejas?

—Sí, pero, Eric..., cantas fatal. Escucharte es horrible.

—¿Y?

Lo veo encogerse de hombros mientras gira el volante con calma.

—¿No te da pudor hacerlo delante de mí?

—Acabamos de follar. Me has visto completamente desnudo y también has oído mis gemidos mientras tú entrabas y salías de mi cuerpo. No, creo que no me da vergüenza cantar contigo en el coche.

—Está bien, entendido.

—Entonces, ¿puedo cantar?

—Lo vas a hacer igualmente.

—Lo voy a hacer igualmente.

Sonríe.

No vuelve a bajar el volumen ni critica mi forma de cantar, a pesar de que yo saco el brazo por la ventanilla con movimientos exagerados y grito a pleno pulmón.

Alex me mira por el rabillo del ojo y en sus labios se dibuja una perfecta sonrisa.

Busco su mano, porque necesito sentir su piel. Él la atrapa de forma posesiva, entrelazando nuestros dedos. No vuelve a soltarla a no ser que sea estrictamente necesario y, cuando lo hace, después siempre me la pide.

Y es ahí, bajo el círculo de calor que creamos al apretar nuestras manos, donde Alex consigue hacerme el amor por segunda vez esta noche.

Ayer le envié un mensaje a mi madre para explicarle que salía de fiesta y no dormiría en casa. «¿No duermes en casa?», exclamó, y le dije que no, otra vez. «¿Estás con Gala?» «Adiós, mamá, buenas noches.»

Dormir con Alex es genial. No se mueve por la noche y siempre huele muy bien. Abro los ojos y me quedo mirándolo, aprendiendo las sombras que se dibujan sobre su boca, estudiando su color, recordando su sabor...

Al salir de la ducha me ofrece un albornoz y una taza de café. Estoy en el salón de su *suite*, mirando por el gran ventanal todo lo que sucede ahí abajo. La Gran Vía se ve impresionante desde las alturas. Tomo un sorbo y me doy la vuelta, con los ojos fijos en los muebles de la casa. Es contradictorio, porque es evidente que está todo muy bien cuidado, pero me sigue pareciendo un espacio frío. El silencio araña las paredes, respirando secretos. Aún no sé casi nada de la vida de Alex. Él es exageradamente reservado.

Está leyendo el periódico con el ceño fruncido, y parece un intelectual. Jamás me lo hubiese imaginado de esa forma, pero me gusta. Lo hace más misterioso de lo que ya es, y solo le falta sacar un puro y quejarse de lo mal que están las cosas en el mundo. Pero ¿y lo bien que me siento yo en este momento?

Recorro su cuerpo con mis ojos, de pies a cabeza. Cada parte nueva que veo me gusta más que la anterior, si es que eso es posible.

Joder, con este ~~chico~~ *super hombre* he perdido la virginidad.

Sus manos me han tocado con devoción.

Su boca experta ha jugado con mis pezones.

Su erección ha estado dentro de mí, bombeando con fuerza hasta correrse.

Parece mentira que todo eso sea cierto. Es demasiado guapo. Demasiado atractivo. Demasiado Alex.

—¿Qué haces mirándome tanto rato? —pregunta mientras lanza una mirada por encima del periódico. Creo que entonces sonrío, aunque no llego a verlo—. Se me ha olvidado preguntarte qué tal has dormido.

Me acerco y dejo caer los codos sobre sus hombros. Alex echa la cabeza hacia atrás para que nuestros ojos se encuentren.

—Hacía tiempo que no dormía tan bien.

—Perfecto, te necesito bien descansado para follarte de nuevo.

Siento que me pongo rojo. Él no.

Alex siempre habla del sexo de forma natural, como si te estuviera dando los buenos días.

—Ahora tengo que irme... —Pienso en mis padres. He vuelto a hablar con ellos nada más despertarme y no están enfadados, pero dicen que ya debería volver a casa.

—Hay un taxi esperándote abajo.

—¿Has pedido uno?

—Hace diez minutos, sí.

¿Tan rápido quiere que me vaya?

—Y deberías tener un cargador a mano. Casi no te queda batería.

Levanto las cejas.

—¿No habrás mirado mi...?

—Sí.

Uy, eso sí que no.

—Pues no lo vuelvas a hacer. No puedes mirar mi móvil sin mi permiso.

—¿Tienes algo que esconder?

Pero ¿este tío de qué va?

—No se trata de esconder, sino de proteger mi intimidad. Lo digo muy en serio.

Acaba de ponerme de mal humor. ¿Quién se cree fisgoneando en mis cosas?

—Vale. Te compraré otro cargador para que no vuelvas a irte sin batería.

—Aún aguanta hasta que llegue a casa.

—Quiero saber que estás bien en todo momento.

Rectifico, esto *sí* que parece mentira.

—¿Te estás oyendo? Porque empiezo a pensar que se te está yendo la cabeza.

—A ti se te va a ir el taxi como no bajas ya. Vístete.

—También puedo ir en metro, andando, o pedirme un puto Cabify.

—De nada.

Pongo los ojos en blanco.

Apuro el último sorbo del café y me quito el albornoz delante de él, desnudándome. Ahora es Alex quién recorre mi cuerpo con la mirada. Puedo notar el deseo mojando su boca. Camino hacia su habitación y él me agarra de la muñeca.

—Túmbate sobre la cama ahora mismo.

Tiro de su mano para soltarme. Me pongo los pantalones y echo la camiseta y la sudadera sobre mi hombro.

—El taxista lleva esperándome diez minutos, debo darme prisa...

—A la mierda el taxi —dice pegándose más a mí.

—Mejor otro día.

—No, no. Espera, joder.

Su piel está ardiendo.

Lo empujo con decisión.

—¿Sabes? Si no hubieses invadido mi intimidad —digo levantando el móvil por encima de nuestras cabezas—, ahora mismo podrías estar disfrutando de la otra.

—¿Qué quieres decir?

—Que me tendrías a cuatro patas sobre la cama, por ejemplo.

—Eres un cabrón.

—De nada.

—Hijo de puta...

—Que tengas un buen día, Alex.

Y cierro la puerta.

Desde el taxi, puedo ver cómo se recorta la silueta de Alex en su ventanal. Estará enfadado.

El coche se pone en marcha y se aleja de Gran Vía.

—Has pasado la noche con Gala, ¿verdad? —pregunta Laura—. Mamá dice que cree que has dormido con ella.

—No es asunto tuyo.

—No seas así.

—Eres mi hermana.

—¿Y?

Mira, Laura. En realidad al que me estoy tirando es a Alex. Sí, Alex. Nada de Gala ni chicas. ¡Soy maricón! ¿A que es divertido? Ya podemos ir juntas al concierto de Lady Gaga.

—No insistas.

—Vaaaaale. —Sopla un poco en el café y le da un sorbo—. ¿Te preparo uno?

—Ya he tomado, gracias. Por cierto, ¿cómo va la última obra de mamá?

—Hoy casi no ha pegado ojo en toda la noche para intentar acabarla. Está empeñada en querer tenerlo todo listo lo antes posible. Por lo menos esta vez ha usado acrílicos, por eso de que se seca antes y no huele tanto. Además, es la única forma de poder enrollar la tela una vez lo termine para poder transportarlo. ¡Es enorme! ¿Lo has visto?

—La ayudé a montar el marco, sí. Y otra cosa —digo volviendo a cambiar repentinamente de tema—, lo tuyo con Raúl... ¿va mejor? Me refiero a si has pensado algo o así.

—Ah, eh... sí. —Revuelve la cucharita en la taza y se entretiene haciéndola sonar en los bordes—. Estamos bien, no te preocupes. Lo que te conté la última vez... No se lo has dicho a nadie, ¿verdad? —Me ve hacer un gesto negativo con la cabeza y suspira aliviada—. Han sido unas semanas algo estresantes. Estoy tratando de aprender a escucharme y saber qué es lo que quiero y qué no. Por supuesto, no puedo tomar una decisión ahora, porque por momentos pienso que estamos genial y luego...

—Vuelven las dudas, ¿no?

—Exacto, las malditas dudas. En fin... —Chasquea la lengua y suelta la taza, haciéndola vibrar en la mesa antes de quedarse quieta—. ¿Sabes? Me alegro de lo tuyo con Gala, en serio. Aprovecha y disfruta ahora que puedes, porque al principio todo es fácil y muy bonito.

Se despide para entrar en su habitación y yo me quedo con sus últimas palabras, flotando en el espacio como un arma de doble filo. ¿Terminaré cortándome? ¿Lo habré hecho ya? Tengo serias dudas. ¿Alguna vez lo mío con Alex ha sido fácil? Si me limito a pensar la forma en la que nuestras bocas encajan, la respuesta es sí. Besarnos ha sido fácil. Fácil y muy bonito. El resto es algo más complicado.

Gala me llama en cuanto le devuelvo el mensaje, pero no se lo cojo. Le digo que ya hablaremos mañana. Creo que está molesta, aunque no estoy seguro. La tarde se hace larga y aburrida. Como cualquier domingo, me veo obligado a ponerme al día con los trabajos de la universidad. Después de desarrollar por Photoshop una campaña publicitaria para la asignatura de Creatividad y redactar un *briefing* completo, soy libre.

Esta noche no me apetece ver nada en la televisión, aunque tampoco consigo dormir. Pensar en Alex es lo que me mantiene despierto. Mi cuerpo busca su olor. Su proximidad. Su contacto.

Veo que está en línea. Le pregunto si puedo llamarle, pero es él quien lo hace.

Hablamos durante media hora sobre el incidente del móvil. Se disculpa y yo le creo cuando me dice que no volverá a hacer algo así.

Antes de colgar ya echo de menos oír su voz.

El lunes me despierta con su habitual rutina. Preparo el desayuno, me lavo los dientes y me visto para ir a clase. Por las mañanas el metro es un asco. La gente se amontona en los andenes y todos entramos en los vagones como si fueran gigantescas latas de sardinas. Cuando me bajo en Ciudad Universitaria mis amigos ya me están esperando. Bruno, Melissa y yo escuchamos lo que ya sabemos: el drama de Gala con Alex.

—Y entonces, cuando voy a besarlo, le vibra el móvil y me pide que me vaya.

—¿Y eso? Quizá fuera importante. ¿Problemas familiares? —la tranquiliza Melissa.

—Ni idea, pero estaba muy raro.

—Lo mismo había quedado también con otra y no se acordaba. Y tenía que echarte —salta Bruno.

Uy, esa otra eres tú, Eric.

Gala sopla y niega con la cabeza, evitando contestarle una burrada.

Hora y media después, durante el descanso, oigo mi nombre en varias conversaciones:

Chico 1: No están juntos.

Chica 2: Claro, Gala ha descubierto que Eric es gay y ahora ella tontea con Alex.

Chica 3: Justo con el que lo sacó del armario, menuda putada.

Gala, que también se ha enterado, decide sorprenderme plantándome un beso delante de todos.

Se ha convertido ya en un mecanismo de autodefensa natural, porque casi siempre lo hace para acallar rumores. Cuando nos separamos, los dos nos sentimos eufóricos. Algunos alumnos nos silban y felicitan por nuestra espontánea muestra de cariño, pero hay un chico que no sonrío.

Genial, el que faltaba.

—No fui yo.

—Me importa una mierda. La apartas, lo evitas, la empujas.

Alex da vueltas por el baño. Estamos justo en el lugar donde nos dimos el primer beso. Ha pasado tan poco y a la vez tantas cosas que se me hace raro recordarlo ahora como el mismo sitio.

Se oye un ruido hueco con el que mi corazón se acelera. No ha sido una tercera persona, solo es Alex.

—Deja de hacer el gilipollas —le advierto, porque acaba de pegarle un puñetazo a la pared.

Alex se vuelve hacia mí. Trago saliva.

¿Por qué sigo asustándome? Debería saber que no va a hacerme daño. Tengo la necesidad de coger todo el miedo que siento y deshacerme de él, como si fuese una masa pringosa repartida por mi cuerpo que intento quitarme con las manos. Pero no funciona. El miedo se instala en una parte de mi cerebro, haciéndome temblar. Si dejase de mirarme de esa forma, la situación sería algo distinta.

—La culpa sigue siendo tuya.

Se acerca. Apoya su mano en la pared, casi rozando mi oreja.

—Debería castigarte por esto. —Al decirlo ni siquiera parece él.

Lo veo cerrar el puño a la altura de mi frente y por un instante pienso en lo peor.

Pega un golpe seco y cierro los ojos.

—¡Joder! —grito del susto.

Un aire helado flota a la altura de mi cuello y el silencio vuelve a llenar la sala.

No me duele. No me ha dado.

Nos quedamos quietos, yo, apoyado contra la pared, y él, manteniendo el puño cerrado a escasos milímetros de mi cara. Cuando lo retira me toca sin querer la oreja y siento que la moja con algo viscoso.

—Estás sangrando —digo cogiendo su mano para mirarla.

Alex se aparta toscamente.

—¡No me toques!

Su manera de hablarme es tan humillante que siento cómo empiezo a llenarme de lágrimas. No puedo evitarlo. Soy un sensible y esas cosas, joder. En serio, me gustaría no llorar ahora. Me da rabia parecer siempre el débil.

—Ahora no empieces a llorar —protesta él.

Pero es demasiado tarde.

Al verme, la expresión de Alex deja de ser oscura. Derriba el muro que se interponía entre los dos y su voz se vuelve más cercana y amable.

—Pequeño..., perdóname. Soy un bruto —dice mientras pasa sus dedos por mi mejilla para limpiarme.

Respiro el olor a sangre húmeda y me estremezco. Vuelvo a buscar su mano, por instinto. Esta vez no intenta quitarla, todo lo contrario: la deja muerta y permite que haga lo que quiera con ella. La acerco a mi boca y chupo sus nudillos. Alex gruñe y sus ojos se oscurecen un poco, pero ya no tengo miedo. Sigo lamiendo las heridas, un recurso natural antibacteriano y cicatrizante.

—¿Por qué haces eso?

—Para que no se infecte.

—Me gusta. Me gusta que me chupes...

Sonríe.

—A mí también me gusta chuparte.

Le devuelvo la sonrisa.

Después me pongo serio otra vez. La forma en la que se ha comportado no es normal.

—Vale, tienes que prometerme dos cosas. La primera es que no puedes volver a ponerte así. Necesitas aprender a controlarte y no perder los nervios.

Se cruza de brazos y vuelve a dar vueltas sobre sí mismo.

—Oye, tú, ¿me estás escuchando?

—Te estoy escuchando.

—Pues haz el favor de mirarme a los ojos.

Alex se detiene y levanta la mirada. Parece un niño pequeño al que lo están regañando. Y en parte es cierto.

—Bien. Así mejor. Lo segundo de lo que te quería hablar es de lo del móvil...

—Eso ya está zanjado.

—Lo sé, pero no se te puede olvidar.

—Te dije que no volvería a hacerlo.

—Y esto tampoco. ¿Me lo prometes? —La voz me abandona al preguntárselo. Necesito saber que no se va a repetir algo así.

Alex sujeta mis mejillas con las manos y me planta un beso. Un beso dulce y tierno, que segundos después se vuelve peligrosamente sexi.

Se separa de mí cuando intento introducir la mano por debajo de su pantalón.

—Espérate a cuando estemos en casa...

—Vale.

—Aquí pueden vernos.

—Vale —repito.

Entonces simplemente se va, dejándome con las ganas y sin responder mi última pregunta.

Es jueves por la tarde y noto la casa diferente, como si hubiese ganado en metros cuadrados. Sobre todo el salón. Estoy tumbado, sujetando el diario boca arriba y procurando que la letra sea legible ahora que no tengo punto de apoyo.

—Los pies fuera del sofá. —Es mi madre—. Por cierto, la exposición empieza en una hora. Quiero que tanto tu hermana como tú seáis puntuales, ¿entendido?

Y... mierda. Lo había olvidado por completo.

Ahora entiendo lo de ver la casa mucho más grande: ¡no están sus cuadros!

—Ven como las últimas veces: zapatos, pantalón de traje, camisa y americana. Esas zapatillas de deporte —dice señalándolas como un error fatal— no quiero ni verlas. Tienes que estar como un pincel. —A mi madre le encanta usar esa frase. La veo abrir un estuche y sacar las gafas de sol que reserva para ocasiones especiales. Yo las llamo «las gafas de Frida Kahlo», porque cada vez que se las pone parece transformarse en una artista súper famosa y me hace gracia. Oigo girar la llave en la cerradura y abrir la puerta. Antes de salir, se asoma para despedirse con un movimiento de manos y yo la imito—. Te veo luego, cariño.

La puerta se cierra y la casa se queda más vacía tras su salida.

—Echaba de menos ver a Frida —dice mi hermana, apareciendo en el salón—. ¿Sabes? Hoy me ha confesado que le parece bien que estés saliendo con esa chica y que duermas con ella. Pero porque es Gala. Y ya sabes que a Gala la adora.

—Sí, lo sé.

—¿Ya habéis... eso?

—Adiós, Laura.

—Nunca me cuentas nada.

—Te acabarás enterando. Se te da bien.

Chasquea la lengua y grita desde su habitación que en media hora salimos. Mi padre no puede venir con nosotros, hoy le va a tocar quedarse hasta muy tarde en el trabajo para cubrir la baja de un compañero. Para mi madre es importante sentir el apoyo de los tres y sé que la noticia la habrá puesto más nerviosa.

Plancho mi ropa y la extiendo sobre la cama. Me pondré la camisa justo antes de salir, es de esas prendas que se arrugan con solo mirarlas.

Como mi estabilidad emocional con Alex.

La exposición está siendo un éxito. Han venido familiares, viejos amigos de carrera de mi madre y otros tantos que ha conocido desempeñando su profesión. Gala, Bruno y Melissa también nos acompañan. Me doy cuenta de que mi madre les da dos besos a cada uno, pero a la única a la que abraza es a Gala. Con el novio de mi hermana hace lo mismo. En un momento dado, se queda mirándonos a los cuatro: a Laura con Raúl y a Gala conmigo. Ojalá supiera que en realidad ni mi hermana ni yo estamos enamorados, aunque por motivos claramente distintos.

Estoy un rato hablando con mis amigos, entreteniéndolos a los invitados y respondiendo a las preguntas de una pareja anciana que sonrío abiertamente al dar con el hijo de la artista, algo que sube la autoestima de mi madre como la espuma, porque sé que ella está escuchando todo el tiempo:

—Tienes una madre muy talentosa, ya lo creo —comenta la señora agarrando su bolso. Lo mantiene sujeto bajo el brazo y con las dos manos, como preparada para luchar en un forcejeo. No voy a robarle el bolso, señora. Nadie va a intentarlo. Entrecierra los ojos y me observa más de cerca—. Tú tienes pinta de ser también artista, ¿me equivoco? Claro, siendo su hijo... Lo habrás heredado de tu madre, igual que los ojos y la nariz.

Siempre me dicen lo mismo, que me parezco mucho más a mi madre. Aunque en lo de ser artista discrepo, a no ser que guardar un secreto como lo de ser maricón sea algún tipo de arte. ¿Actor? No, creo que no cuele.

El tiempo que dura la exposición transcurre de forma lenta y empiezo a tener la sensación de que nunca podré escapar del olor a pintura. Estoy saturado. Reconozco las dos piezas que estaban hace apenas unas horas en mi habitación, entre el armario y el cubo de la ropa sucia.

—Hola, Eric.

—Eh, Raúl —contesto dándole un golpecito en el hombro—. ¿Te está aburriendo esto tanto como a mí?

—Oh, no, no. Tu madre es una gran artista. Mira esos colores, esa forma tan inteligente de emplearlos sobre el lienzo y resolver sus formas. —Pero yo solo veo un montón de pintura salpicada sobre tela—. Me gustan porque me hacen sentir. —Y entonces pone esa mirada de hombre adulto atrapado en un cuerpo demasiado joven.

—Pero no has venido a hablar sobre el trabajo de mi madre, ¿me equivoco?

Raúl tira del cuello de su camisa.

—No, no era por eso.

—Tú dirás.

—Es sobre tu hermana. La noto distinta conmigo.

—¿Distinta?

—Sí, rara. No sé. Si hay algo que te haya dicho y puedas contarme..., cualquier cosa que deba saber...

Me encojo de hombros.

—Eres su hermano, no me lo vas a decir. —Y me mira con ojos de haber cometido un error.

—Raúl, a Laura no le pasa nada. —No entiendo por qué le miento. Imagino que quedarme callado supondría darle la razón, y mi hermana me mata si eso sucede—. Yo la veo bien contigo.

—¿Seguro? —Su rostro se ilumina—. ¿Lo dices de verdad?

—Claro.

Mi cuñado me abraza (hoy es la noche de los abrazitos) y se marcha con una sonrisa de anuncio.

Me siento una persona horrible.

Lo veo besar a mi hermana y agarrar su mano. Los dos empiezan a caminar sin soltarse, atendiendo al resto de invitados, y de vez en cuando forman un grupo con mis amigos. A mi hermana, la reina del cotilleo, le encanta la idea de estar más cerca de Gala. Sé lo que pasa por su mente mientras habla con ella, cosas como «tú estás con mi hermano. ¿Puedo preguntar por qué? ¿Qué le has visto? ¿Te pone? ¿Cómo es contigo? ¿Ya lo habéis hecho?». Confío en que no se atreva a hacer ninguna pregunta de ese estilo. Aunque, como siempre, con Laura nunca se sabe. Que se lo digan a su novio.

—Eric, menos mal que te encuentro —dice mi madre. Respira exageradamente, como si hubiese venido de correr una maratón—. La exposición termina en poco tiempo. Tenemos que asegurarnos de que nadie más entra e ir avisando a todos que deben ir abandonando el local. Hazlo tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. —Se ajusta el vestido que se ha puesto para la ocasión mientras sus gafas de súper famosa asoman por su bolso—. Como comprenderás, si lo hago yo quedo fatal. Soy la artista.

Cumpliendo mi nueva tarea, me acerco a un anciano que está con el que parece ser su hijo y les aviso de que en veinte minutos se cerrarán las puertas. Lo mismo hago con tres personas más.

Cinco minutos antes de que se dé por finalizada la exposición, un señor alto y trajeado visita el espacio con el ceño fruncido. Se dirige a la joya de la corona: la pieza más grande, la única pintada con acrílicos para poder ser transportada (y por ende, la única con la pintura completamente seca). En un principio, la idea era ir y avisarle de que estamos a punto de cerrar, pero tengo la sensación de que me encuentro ante un coleccionista de arte, por lo que decido esperar para ver si compra algo o no. Nunca había visto a alguien tan interesado por una obra concreta. La examina durante varios minutos y nadie se acerca a él.

El cuadro que está mirando es un cielo negro con dos cuerpos desnudos abrazados y flotando, hechos a base de polvo de estrellas. Lo que más me gusta es que no sabes si son un hombre y una mujer, dos hombres o dos mujeres. Creo que es la representación más sutil de hacer el amor, y también por eso la más excitante.

Mi padre aún no lo ha visto y creo que mi madre lo prefiere así. Ella nunca se había atrevido a pintar algo parecido antes, no tan erótico.

—¿Estás bien? —pregunta mi hermana. Pero la oigo bajito, como si estuviera en realidad muy

lejos de mí.

—Sí, eh... ¿conoces a ese hombre?

—¿El que da mal rollo? No, no tengo ni idea de quién es.

—Vale.

—¿Tú sí?

—No, pero coincido contigo en que da mal rollo.

Mi hermana se marcha para buscar a Raúl.

El hombre examina el cuadro más de cerca. Por un segundo pienso que va a tocarlo con el dedo, pero al final solo se queda estudiando el trazo de la brocha.

No dice nada.

No toma fotos.

No pregunta el precio.

Se dirige hacia la responsable de la galería e intercambia con ella un par de palabras. Unos minutos después cambia la pegatina verde por una roja, para señalar que la obra está vendida.

Me relajo y busco a mi madre.

—Es genial, mamá. ¡La has vendido! —digo poniéndome detrás de ella—. ¡Felicidades! Esto hay que celebrarlo.

Noto su espalda rígida.

No solo eso, algo no va bien. Está... pálida.

—Te pedí que nadie más entrara en la exposición. —Su voz suena hueca, vacía.

—Lo sé, pero al final ha merecido la pena. ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

—Estoy cansada.

Miro en la misma dirección y me doy cuenta de que mantiene los ojos fijos en el cliente que acaba de comprar su obra. El hombre desaparece y siento que mi madre sufre una sacudida.

—¿Quién era?

—No lo sé.

Pocas veces he tenido tan claro que alguien me está mintiendo.

Viernes. Hoy también me traigo el diario a la universidad. Creo que Bruno lo sabe, porque me ha preguntado por él. Yo le he dicho que es un cuaderno donde anoto apuntes de clase. Me ha puesto cara de «genial, no me lo cuentes si no quieres», porque está claro que para eso ya tengo el portátil. No me gusta sentirme observado por Bruno, tengo miedo de que termine cogiéndolo y lea algo comprometido, cosa más que probable si abre el diario en una página al azar. Sobre todo en las últimas.

Por otro lado, coincidir con Alex en cualquier rincón de la facultad sigue siendo una prueba de fuego. Cada vez que eso ocurre siento que ya no estoy aquí, sino en nuestro primer beso. Cierro los ojos y todo se cubre de luces rojas. Los dos desnudos, frotándonos sobre su cama en el piso de Gran Vía.

Luego abro los ojos y alguien me dice que tenemos clase de Derecho, por ejemplo.

Alex y yo tenemos que disimular. No podemos hablar. Ni siquiera mirarnos más de cinco segundos seguidos. Eso sería raro y no tardarían en hacerme preguntas, igual que con el diario.

Llaman al timbre. Como siempre, soy yo el que se levanta porque a Laura no le viene bien. Creo que está con Raúl y por eso se ha encerrado en su cuarto y suena música dentro. Estará aprovechando que mis padres no están en casa para hacer cosas de pareja. Cosas en las que no quiero pensar. Prefiero crearme mis propias mentiras y fingir que ahí dentro a lo único que juegan es al parchís, aunque me da que ellos se entretienen con otro juego. Y no debería visualizar la siguiente escena que pasa por mi mente. Y qué mal.

Al abrir la puerta, veo a una señora con una pequeña caja negra envuelta por un perfecto lazo. Levanto las cejas cuando dice mi nombre. Yo no he pedido nada.

Curioso, cojo la caja y la agito cerca de mi oreja. ¿Qué será? Pesa bastante para ser tan pequeña. ¿Ropa interior? No. ¿Por qué lo primero que he pensado ha sido en eso?

—Tienes que firmar aquí.

—Sí, perdona.

Me despido de ella y vuelvo a inspeccionar el paquete. Hay un post it con un mensaje en el que no había reparado: «Ven a casa, y espérate a estar conmigo para abrirla», está firmado por Alex.

No pierdo el tiempo. Me cambio rápidamente de ropa y me peino el pelo con las manos. De todas formas, esta tarde no tenía nada que hacer.

Cuando estoy delante del enorme edificio aprieto la caja contra mi pecho. Todavía no me acostumbro a que Alex viva aquí. El portero me reconoce. Bueno, creo que me reconoce porque me saluda con una sonrisa y parece saber a quién voy a visitar. Aquello me molesta al principio. Después caigo en que es una tontería.

La puerta de su casa está entreabierta. Alex me espera sentado en el sillón, se levanta de un salto y me besa. Sus labios son cálidos y suaves. Me encanta el cosquilleo que experimento en el estómago.

—Veo que has sido un buen chico y has aguantado sin abrirla. Solo por eso, la usaremos hoy mismo.

—¿Qué es? —pregunto, volviendo a agitarla.

—No hagas eso. Es delicado.

—¿Puedo abrirla ya?

—No, no puedes.

—¿Por qué no?

—Porque quiero que siga siendo una sorpresa. Confía en mí. Después lo entenderás.

—No me gustan las sorpresas.

Apoya la espalda en la pared y se cruza de brazos.

—Entonces, dime, ¿qué es lo que te gusta?

—Voy a dejar que lo adivines tú mismo.

Da un paso hacia delante y noto su aliento contra mi boca. Siento que me tiemblan las piernas. La mano de Alex viaja hasta mi culo. Me lo agarra con descaro para luego clavar los dedos, pellizcándome.

Se me escapa un gemido.

—¿Voy bien encaminado?

—Bastante bien, sí.

Se aprieta más contra mi cuerpo. Noto su polla gorda y dura frotándose con la mía.

—¿Tú no tenías antes problemas con esto? —digo señalando hacia abajo.

—El único problema que hay es que los dos seguimos teniendo demasiada ropa.

Mueve su cadera ligeramente hacia delante, restregándose más.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Alex?

—Mmm. No sé de qué me estás hablando.

—Lo sabes perfectamente, Alex. —Él niega con la cabeza, divertido—. Está bien, seré más explícito...

—Por favor —suplica.

—¿Dónde está el chico que se asustó al notar mi polla la primera vez?

Me besa.

—¿Dónde está el chico que se rayó después de haberme hecho una paja?

Vuelve a besarme.

—¿Dónde está el chico que...?

—¡Vale! Lo he pillado, lo he pillado. —Pone los ojos en blanco, pero cuando me mira se le escapa una preciosa sonrisa—. La culpa es tuya. Ahora que ya sé lo que es follar contigo no pienso en otra cosa. —Me hace adicto a su voz, que provoca que cada sonido que salga por su garganta suene tremendamente sexualizado; como si la vida fuese eso, un polvo que nunca termina—. Y hablando de pensar..., he de confesarte que he estado mirando porno gay.

—Guau. Qué valiente. —Ironizo.

—Sí, lo sé. —Ríe mientras me saca la lengua.

—Y ¿qué tal?

—Horrible.

—¿Horrible? Vamos, seguro que no ha sido para tanto.

—No me gusta. No me pone. No me llama la atención. Pero... me ha dado alguna que otra idea.

—¿Lo has anotado en una libreta?

—Yo no soy de apuntar, lo guardo todo aquí —dice dándome toquecitos sobre la frente—. Tú en cambio sí, ¿me equivoco?

—¿Qué?

—No sé si lo llevas ahora encima, pero me he fijado que escribes en una especie de diario.

Primero Bruno, ahora Alex.

Mi cara debe de ser un poema. Me suda el cuerpo entero y zonas en las que no sabía que podía sudar. ¿Por qué me pone esto tan nervioso?

—Tranquilo, no lo he leído. Y no pensaba hacerlo. Ya aprendí la lección después de lo del móvil... Pero sí te voy a pedir que cuando escribas sobre mí uses un seudónimo.

Trago saliva.

—No te menciono en ningún momento.

—Lo has hecho. Es más, estoy convencido de que hoy también escribirás sobre mí en cuanto vuelvas a casa.

—Pareces muy seguro. —Lo reto con la mirada.

—Porque te voy a echar un polvo de puta madre.

Alex gira mi cuerpo con violencia y se pega a mi espalda. Hunde la mano para atrapar mi erección. Está húmeda y caliente, y resbala entre sus dedos.

—Vamos a mi habitación.

Cuando llegamos, enciende las luces rojas y nos dejamos caer sobre el colchón.

—¿Quieres saber lo que contiene la caja? —me susurra al oído.

¿La caja? Ahora mismo eso me importa bien poco. En lo único que pienso es en que necesito sentirlo dentro de mí.

—La caja me da igual.

—¿Seguro?

—Sí.

Alex se levanta y me deja mordiéndome el labio inferior. ¿Adónde va?

No tarda en volver con algo negro en la mano. Claro, la caja.

Desata el nudo, aunque no la abre.

—Date la vuelta.

Obedezco.

—Ahora quítate la ropa.

Oigo rasgar algo, como un plastiquito, pero no es un condón.

—¿Ya puedo mirar?

—No seas impaciente y quédate quieto.

El colchón se mueve y deduzco que acaba de subirse a la cama. Puedo notar el calor que desprende, cerca de mí.

Alex se desliza cuidadosamente, rozando piel con piel, haciéndome cosquillas. Apoya el peso de su cuerpo encima del mío mientras atrapa mi oreja con su boca.

Me encanta la forma en la que sus dientes me mastican con suavidad.

—Chúpame bien este dedo, porque voy a meterlo en tu precioso culito.

Lo lleno de saliva para que resbale y la penetración sea más fácil. Alex lo saca de mi boca cuando cree que está lo suficientemente mojado y se hace a un lado para separar mis piernas. Hunde la nariz entre mis nalgas y comienza a trazar círculos con la punta de su lengua.

Me manosea.

Me escupe.

Me succiona.

Su boca me devora de forma exigente. Inconscientemente, me muevo para abrirme más de piernas. Mis manos arañan la almohada y ahogo un gemido.

Comienza a meter el dedo que ha estado antes jugando con mi boca, solo la punta.

—¿Te duele?

—No... No me duele... Me gusta...

Lo introduce entero.

—¿Te duele ahora?

Antes de que pueda responder, ha metido otro dedo. Aprieto la mandíbula y emito un gemido, empapándome del placer que me proporciona.

—Voy a hacerte mío... Solo mío —susurra.

Oigo el tintineo de un cinturón; después, la cremallera.

Mi cuerpo se agita buscando el suyo.

—¿Crees que puedo metértela de un empujón?

Estoy tan cachondo que quiero gritar un sí rotundo, pero mi cabeza dice que eso no puede salir bien.

—Alex, ten cuidado... no... ¡Aaaaah!

Su pesada y venosa erección se hunde dentro de mí.

—Hostia puta, Alex.

Mis ojos se agrandan. Abro mucho la boca y respiro por ella.

—Cállate y disfruta.

Mi espalda se arquea para hacerle sitio. Siento dolor, pero es un dolor que hace equilibrios con el placer; como un pulso en el que aún no se ha decidido un ganador.

Alex suelta un gruñido y se deja caer sobre mi espalda.

—Me vuelves loco —digo con la respiración entrecortada.

—Y esto es solo el principio.

Después retira un mechón de mi frente y confiesa:

—Lo que había en la caja era una cámara. Lo estoy grabando todo.

Al principio no reacciono.

Cuento hasta tres.

Respiro.

Espero que sea una broma.

Espero que no lo esté diciendo en serio.

—Estás de coña, ¿no?

—Quiero que nos veamos follando, Eric.

—¿Qué mierda es esa?

—Es solo para nosotros. ¿Te parece bien?

—No, no me parece bien.

Alex mueve la cadera y me penetra ferozmente.

—Aaaah...

Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos.

—¿Te excita pensar que esto también se está grabando?

Y vuelve a empujar para meterla entera.

¡Solo puedo gemir!

Su cuerpo comienza a bombear a un ritmo rápido y feroz. Un... dos... tres... Alex hace lo que quiere conmigo y yo disfruto siendo sumiso para él, como si fuera un muñeco hinchable. Intento buscar la cámara con la mirada, pero desde mi perspectiva es imposible ver nada más. Alex tapa todo lo que hay detrás de él. Por favor, ¡menuda espalda!

¿De verdad lo está grabando todo? ¿No te molesta?

Alex saca su polla y siento que ya no puede volver a meterla. Sus manos se aferran a mi cadera, dejándome marcas con los dedos.

Empuja con fuerza hacia delante y abro mucho la boca mientras él me llena por dentro.

Vuelve a sacarla.

Dentro.

Fuera.

Dentro.

Cuando creo no ser capaz de soportar una nueva penetración tan profunda, Alex tira de una pierna para darme la vuelta. Sujeta mis pies y los separa para que mis piernas le dejen el espacio que necesita. Introduce la erección y se mueve experto, marcando un ritmo cada vez más acelerado.

—Aaaah...

Voy a explotar.

Mi cuerpo no puede soportar tanto placer.

Entonces, como si él fuese capaz de oír mis pensamientos, me escupe y exige que me corra.

—Hazlo ya, Eric. Córrete, córrete, ¡córrete!

Sus ojos se vuelven oscuros, sexis, peligrosos. El poder de su mirada me mantiene fascinado. ¡Es un dios del sexo!

Ya no aguanto más. El orgasmo sube por mi garganta.

Mi boca se abre para dejar soltar un gemido y se mezcla con el de Alex. Después recibo una última penetración final, mucho más profunda que las anteriores. Es entonces cuando siento cómo él también se corre en mi interior.

El sudor se reparte por nuestra piel y me doy cuenta de que la luz de la habitación parece convertirla en sangre.

Me gusta.

Hay algo íntimo en todo eso, como si nuestra intimidad quedara asociada a un color.

—Espero que cuando escribas esto también menciones todo lo que has gritado.

Ajusto el nudo del albornoz y llamo a la puerta antes de entrar. Alex ha salido de la ducha primero. Ahora está tumbado sobre la cama, con el dedo índice sobre la barbilla y la mirada puesta en una pequeña cámara de vídeo. Reconozco mi voz gimiendo de placer. Lo primero que pienso es que nos van a oír sus padres, después vuelvo a caer en que vive solo. Me ruborizo al entrar en la habitación, esa estúpida cámara no deja de reproducir mis gritos. ¿En serio soy tan escandaloso?

Alex sonrío y pasea su dedo hasta la boca.

—Interesante...

—¿Interesante? Deja de ver eso, anda.

—Somos nosotros, ven a verlo conmigo.

—Ya sé que somos nosotros, pero no quiero. Me da corte.

—¿Te da corte oírte gemir y no oírte cantar? —Acompaña el apunte con una sonrisa de cabroncete.

Le saco el dedo corazón.

—No es lo mismo. Ya hemos hablado de esto —protesto.

Vuelve a reproducir el vídeo.

—Joder, gimes tan bonito que esto debería subir tu autoestima.

—Sí, preciosísimo.

—Tú hazme caso. No digas que no hasta que lo veas durante, por lo menos, un par de minutos.

—¿Un par de minutos?! Pero si con solo oírme ya quiero que lo quites.

—¿Puedes hacerme ese favor? ¿Por mí?

—No.

—De acuerdo.

Apaga la cámara y la guarda dentro del estuche. ¿Se ha enfadado? Hace un gesto para que suba a la cama, no se ha enfadado.

Los dos miramos el estuche, pensativos. Alex pasa su mano por mi pelo mojado mientras juguetea con la cremallera.

—¿Seguro que no quieres verte? Sales precioso.

Vuelve a sacarla y hace el amago de encender el aparato. Ve mi expresión y decide que no es buena idea.

—Te he dicho que no quiero ver el vídeo.

—Y por eso la cámara está apagada.

—Pues guárdala.

—Solo quiero tocarla.

—Pues tócame a mí.

Alex entrecierra los ojos y sonrío, dando golpecitos sobre su nuevo juguete.

—Hum... Se me ocurre algo: mientras pongo el vídeo yo te hago lo que quieras, ¿sí?

—No hay trato.

—Eric, eres un sosete.

—¡Me da vergüenza!

—Vergüenza no es la palabra que encaja contigo después de haber visto las primeras imágenes... Pareces estar en tu salsa. Vamos —dice juntando las manos sobre su boca—, solo un minuto y vuelvo a ser tuyo. Un minuto, no te pido nada más.

Chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco.

—No vas a parar hasta conseguir lo que quieres, ¿verdad?

—Siempre consigo lo que quiero. Y cuantas más veces me digas que no, más ganas voy a tener de poner el vídeo. Por lo que, en parte, es también culpa tuya.

—Alex, no tengas tanto morro...

—Era una broma, joder.

—No era broma.

—No, no lo era —confirma divertido.

Besa mi frente con ternura y masajea mi hombro. Cierro los ojos.

Oigo gemidos. Soy yo, maldita sea.

Alex ha aprovechado el momento de debilidad para reproducirlo. Encima va y lo acerca para que también pueda verlo yo.

—Ya te he dicho que... Uy... joder... —Cambio de opinión en cuanto veo un trocito de la escena. Y claro, me vengo arriba—. Alex, ¿ese soy yo? Pues no lo hago tan mal, ¿no?

—Eres increíble, pequeño. Mírate. ¿Ves por qué consigues hacerme perder la cabeza?

En las imágenes descubro sorprendido lo sexi que parezco.

No está mal. No está nada mal. ¿Dónde he aprendido a moverme de esa forma?

La posición cambia y se hace más excitante. Ahora salgo abierto de piernas y con Alex colocado en medio. Como él también tiene las suyas ligeramente separadas, puede verse a la perfección la forma en la que su pene entra y sale dentro de mí.

Es increíble, una puta maravilla.

Mi cabeza comienza a recibir mil respuestas sobre lo que estoy viendo. Las más repetidas son: «La espalda de Alex es demasiado perfecta», «el de abajo soy yo, joder, soy yo de verdad» y «no sabía que tenía tan buen culo».

—Eric, ya han pasado más de cinco minutos. Quiero que me digas qué opinión tienes ahora sobre lo que estás viendo.

—Me gusta. Me gusta de verdad.

—¿Cómo te hace sentir?

—Bien. Me veo distinto y...

—¿Sexi? ¿Poderoso?

—¡Sí! Sí.

—¿Entiendes por qué quería grabarnos?

—Creo que sí.

—Y ¿sientes que esto que hemos hecho está mal?

Dudo antes de contestar a su pregunta.

—No lo sé. Es raro.

—¿Por qué es raro?

—Somos nosotros follando. Tú y yo. Eso en sí mismo ya es bastante raro, ¿no crees? —Asiente con una sonrisa—. Y tampoco me imaginé que grabaría nunca una especie de peli porno casera.

—¿Lo incluirás en tu diario?

—Imbécil. Por supuesto que no.

Ja.

—Está bien. Veamos el resto.

Me acomodo en su pecho y saltamos la parte en la que discutimos. Cuando termina le pido:

—Quiero que me lo pases.

—Ni de coña. Esto no va a salir de aquí. —Su expresión se vuelve seria y distante, como si los dos fuésemos dos niños y yo en vez de jugar con él tuviese la intención de robarle una pelota que es suya y de nadie más.

—¿No confías en mí? ¿Crees que voy a ir enseñándolo por la facultad?

—Eric, confío en ti, pero no en la suerte. La suerte es caprichosa y puede hacer que alguien más termine enterándose de todo esto.

—La suerte deberíamos ser nosotros.

—Esa frase te ha quedado muy bonita, se nota que escribes.

—Ya vale con la broma.

—Quiero que entiendas que esto es diferente. Yo no quiero hacer público nada.

—Ni yo tampoco.

—Pues no se hable más. El vídeo se queda aquí y podrás verlo siempre que quieras.

Eso no tiene ningún sentido. Se supone que la funcionalidad del vídeo es verlo cuando esté en mi casa solo y quiera masturbarme. ¿De qué me sirve verlo en la suya, si se supone que ya estaré con él?

—Sigo queriendo el vídeo —insisto.

Pero Alex no da su brazo a torcer.

Al final me rindo. Era eso o terminar enfadados.

Le doy un último beso antes de despedirme. En el trayecto del ascensor me entretengo viendo los *stories* que Gala ha subido a Instagram. Según parece, ella también está en Gran Vía.

Le envío un wasap. Resulta que se ha venido sola para hacer compras. ¡Perfecto! Quedamos en la entrada del Primark y la saludo efusivamente cuando la encuentro entre la multitud.

Decidimos ir a tomar algo y entramos en una preciosa cafetería en la que sirven churros con chocolate. Gala guarda sitio en una de las mesas con vistas al exterior y yo me encargo de ir a pedir.

Cuando el dependiente se da la vuelta, me doy cuenta de que es Carlos, el chico de Grindr.

—Parece que no te alegras de volver a verme —comenta en voz muy baja.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Es la sensación que me ha dado.

—Pues no es cierto. Me alegro. Es solo que...

—No te lo esperabas. Lo sé, yo tampoco.

Asiento con la cabeza.

Carlos baja la mirada hasta mi boca. Carraspeo fingiendo no haberme enterado y entonces vuelve a mirarme a los ojos.

Estoy incómodo, nervioso y empieza a picarme todo el cuerpo. Ya es mala suerte coincidir con él en una cafetería, de entre todos los sitios de Madrid que hay para tomar algo.

—Oye, no quiero sonar borde, pero ¿desde cuándo trabajas aquí?

—Desde hace un par de semanas. —Carlos se aparta para dejar pasar a una compañera antes de recuperar su posición—. Por cierto, ¿qué ha pasado? ¿Borraste la app?

—Eh... Sí. La borré esa misma noche.

—Llegué a pensar que me habías bloqueado. Y no sé, si hice algo mal cuando tú y yo...

—No, no tiene nada que ver con eso —lo interrumpo—. Te portaste genial conmigo. En serio.

—¿Entonces? ¿Por qué no me pasaste tu número o algo antes de desaparecer?

Porque te usé para poner celoso a otro chico.

—Porque soy imbécil.

Carlos fuerza una sonrisa. Sabe que no estoy siendo del todo sincero con él, pero no vuelve a insistir.

—Bueno, tú dirás. —Señala la carta con el mentón y aprovecha para ajustarse el delantal.

—Ah, sí. Dos chocolates calientes y media docena de churros.

—¿Cómo de calientes?

—Ya lo sabes —me oigo decir.

Pero ¿¿por qué le sigo el juego?!

Él sonrío divertido y se aleja para prepararlo todo.

Entonces vuelvo a imaginármelo desnudo, tendido sobre su cama mientras yo intento sacar una foto a escondidas para mandársela a Alex.

—Ahí lo tienes. —Apoya las tazas en la barra con un leve tintineo—. Espero que os guste a ti y a tu cita.

—El otro es para una amiga. —Hago hincapié en la última palabra—. Es la que está sentada al fondo con abrigo rosa. —¿Por qué tengo la necesidad de explicárselo?

Carlos sonrío y coloca una cucharita en cada plato de porcelana.

—Sí, la veo. —Relaja los hombros y su mirada se hace más amable—. Bueno, en ese caso invita la casa.

—¿En serio? ¡Gracias!

—No las des, era una pregunta trampa. Me llegas a decir que estás con un chico y te cobro el doble. —Canturrea divertido, aunque luego aclara—: Es broma, por supuesto.

Una señora empieza a quejarse, alegando que lleva esperando media hora para pedir un descafeinado.

Carlos me guiña un ojo como forma de despedida y yo vuelvo con Gala.

—Dime cuánto te debo. —Mi amiga saca la cartera, pero yo la detengo poniendo la mano encima.

—Nada.

—No voy a dejar que me invites. En serio, ¿cuánto?

Al final no me queda más remedio que confesarle que nos ha salido gratis.

—¡Anda! ¿Y eso por qué? ¿Conoces al chico que te ha atendido?

—No.

Gala se inclina y lo busca con la mirada. Es tan indiscreta que esta vez no puedo evitar ponerme rojo.

—Pues no deja de mirarte. Está claro que le has gustado.

¡Si tú supieras!

Y ahora, ¿qué le respondo?

Mira tú por dónde, Gala, que lo he visto desnudo. No la tiene tan grande como Alex, pero el chico se defiende.

No, eso no.

—Eric, ¿puedo hacerte una pregunta? —Conozco esa mirada. Solo espero que no sea nada relacionado con Carlos—. ¿Nunca te has planteado tener algo con un chico?

Siento que todos los músculos de mi cuerpo se tensan a la vez.

—¿A qué viene esto ahora?

—Es simple curiosidad.

La curiosidad mató al gato, y a mí me va a hacer vomitar de nervios.

—No, no me lo he planteado.

—¿Nunca?

—Te he dicho que no.

—Está bien. Tampoco te enfades conmigo.

—No estoy enfadado.

—Pues lo parece.

Genial, otro momento incómodo. Debería empezar a coleccionarlos.

Cogemos un churro a la vez, lo untamos en el chocolate y lo probamos.

—Está caliente —apunta.

«¿Cómo de caliente?», oigo en mi cabeza.

Mierda, Carlos.

—Oye, perdona si la pregunta de antes te ha sentado mal.

—Tranquila. Hoy estoy algo más arisco con todo el mundo.

Sonríó. Y cuando ella me devuelve la sonrisa, de alguna forma vuelvo a ver a la Gala de antes. Algo ha cambiado entre nosotros desde que comenzó toda la historia del maldito reto. ¿Será que fingir ser una pareja nos está perjudicando? O por el contrario ¿es solo una etapa de la vida?

—Tengo otra pregunta, aunque no sé si es un buen momento para hacerla.

—Ah, eso sí que no. Ahora tienes que soltarla. —Gala sabe que odio que me dejen con la intriga. A veces pienso que lo hace aposta.

Guarda un mechón de pelo por detrás de la oreja y deja la vista perdida sobre el chocolate:

—¿Estás conociendo a alguien?

El trozo de churro que estaba masticando baja con dificultad por mi garganta.

—No.

—Eric..., ¿seguro?

—Te lo habría contado.

Me molesta que desconfíe de mí.

—¿Qué pasa, Gala? ¿Por qué me haces este tipo de preguntas?

—Últimamente siento que no somos los mismos de antes.

—No es verdad.

—Ya no pasas tanto tiempo con nosotros. Que sí, que te vemos todos los días en la universidad, pero, joder, ahora estás más ocupado, tardas en contestar los mensajes, no coges mis llamadas de teléfono... ¿Sigo con la lista?

—Estás exagerando.

Enarca una ceja.

—¿De verdad no me vas a reconocer que tengo razón?

—Solo digo que tampoco lo veo así. Estoy más ocupado, vale, pero eso no significa nada.

—Significa que tienes mejores cosas que hacer.

—No es eso.

—Entonces estás conociendo a alguien.

—Tampoco.

Se cruza de brazos.

—Me da igual lo que me digas. Estás conociendo a alguien y punto.

Mis ojos deciden por sí mismos mirar a Carlos.

Soy imbécil.

Pero Gala no se ha dado cuenta de a quién miraba. Menos mal.

Estoy en la entrada de la facultad esperando a mis amigos. Alex se encuentra relativamente cerca, formando un círculo con su grupo. Reconozco la voz del que está hablando, Álvaro. Odio a ese chico. Lo odio porque es machista y homófobo, además de un completo gilipollas. A veces me pregunto cómo puede ser su mejor amigo.

Finjo estar usando el móvil, aunque en realidad estoy atento a sus conversaciones.

—¿Cómo te fue a ti lo tuyo con Gala? —pregunta uno de los chicos.

—¿Hubo confeti? ¿Es de las que se deja fácilmente? —añade Álvaro.

Me concentro en escuchar lo que va a decir, pero al final lo que llega a mis oídos no es más que el cacareo de un grupo de chicas que salen en ese momento por la puerta.

Justo después Alex y sus amigos deciden entrar para ir subiendo a clase. Cuando pasa por mi lado, casi roza la manga de mi camiseta. Siento un escalofrío. Lo sigo con la mirada, esperando que se dé la vuelta para guiñarme un ojo, sacarme la lengua o simplemente mirarme. No ocurre nada de eso.

—Tierra llamando a Eric. Uno-dos, uno-dos. ¿Me recibe?

—Buenos días, Bruno.

—¡Buenos días! —Parece inquieto, sobreexcitado—. ¿Ha hablado Gala contigo?

—Fuimos a tomar algo por Gran Vía. Y también hablamos de noche por teléfono.

—Entonces ya lo sabes.

—¿Saber el qué?

Bruno va a decir algo, pero una voz femenina se le adelanta:

—Buenos días, chicos. —Gala abre el paquetito de chicles y señala su interior—. Son de fresa.

Los dos cogemos uno y empezamos a masticarlo.

—¿Y Melissa? —pregunto.

—No llega. Lo ha puesto por el grupo —puntualiza—, atasco en la línea tres.

Cuando entramos en clase, la profesora de Derecho nos pide trabajar por parejas. Gala se agarra a mi hombro y le saca la lengua a Bruno.

—Los que no tengan pareja que levanten la mano —comunica—. Muy bien, Alex, Miryam, Abril. ¿Estamos hoy impares?

¿Alex? ¿Cómo es posible que no tenga pareja? Me vuelvo y veo que Álvaro se cruza de brazos y está poniendo la misma cara que yo. Es imposible, todo el mundo quiere estar cerca de Alex.

Bruno va a levantar la mano, pero le pego un codazo y lo hago en su lugar.

—Tienes razón —me excuso con mi amigo en voz baja—. Tú te has puesto más veces solo. Ponte con Gala, no me importa.

—Gracias, tío.

A Gala parece no gustarle mucho la idea, pero se resigna a no hacer ningún comentario al respecto.

—Está bien, ¿nadie más? —La profesora nos señala a Alex y a mí con el dedo—. Tú y tú, juntos. Y vosotras dos también. Tenéis desde este momento hora y media para entregar la práctica. No recogeré ningún trabajo que no esté sobre mi mesa a tiempo. ¡En marcha!

Alex se acerca y me indica con la cabeza que nos sentemos en la primera fila, donde tenemos una mesa entera solo para nosotros, por eso de que nadie quiere ocupar esos sitios nunca.

—Así que no tenías pareja, ¿eh? —comento de forma que solo él pueda oírme.

Me sonrío divertido.

—Tengo la mejor pareja que un chico querría tener. —Y después especifica—: Pero solo de trabajo, ¿eh? No te hagas muchas ilusiones o acabarás enamorándote de mí. Siempre que no lo estés ya, por supuesto.

—Descuida, no pensaba hacerlo.

—Algunas cosas suceden de forma inevitable. Igual que nosotros.

Trago saliva.

Tranquilo, Eric. Nadie más lo ha oído.

Pero Alex está jugando con fuego. Rectifico: acaba de pasar su mano por debajo y la ha metido en el bolsillo de mi pantalón. Ahora sí que está jugando con fuego. ¿A qué se debe ese cambio repentino de ignorarme a tener su mano demasiado suelta?

—Alex..., aquí no.

Sus dedos serpentean por la tela hasta llegar al punto de mi deseo. Me da tanto morbo lo que está haciendo que ya la tengo como un bate de béisbol. Ahogo un suspiro mientras los dedos de mis pies se aprietan del gusto. Él sigue moviendo su mano por debajo de la mesa, mientras finge estar haciendo el trabajo. Se le da tan bien disimular que no puedo evitar sentirme torpe. Desliza la yema de su dedo por toda la extensión de mi polla y la retira para chupársela. Vuelve a hundirla sobre mi ropa interior, mezclando su saliva con mi humedad.

Esto se está poniendo demasiado caliente. Cierro las piernas para impedir que siga.

—¿No te gusta lo que te estoy haciendo? —susurra.

—Te recuerdo que estamos en clase y tenemos a la profesora a cinco metros de nosotros.

—Desde aquí no puede ver lo que pasa debajo de la mesa.

Y es cierto. La estructura es de una pieza entera y alargada en la que entran diez alumnos y, al tener por detrás nuevas mesas, estas últimas hacen de muralla. Vamos, para poder descubrirnos alguien debería de estar ocupando la misma fila o agacharse desde un lateral. Pero me preocupa más otra cosa:

—A mí se me nota todo en la cara.

—Pues contrólate —sugiere con un tono provocador.

—Controla tú esa mano.

Alex parece encantado de llevarme la contraria, porque ahora encima está intentando separar mis piernas. Las cruzo atrapando su mano. No puede ni sacarla ni hundirla más.

—Cabrón... —Ríe divertido.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta la profesora. Nos está mirando solo a nosotros.

—No, gracias.

Ha estado a punto de pillarnos.

Lo fulmino con la mirada y él me guiña un ojo, mientras la profesora vuelve a sumergirse en la revista del corazón que está leyendo.

Sinceramente, no debería sorprenderme tanto esta actitud de Alex. Sus antecedentes conmigo me recuerdan que ha sido incluso menos cuidadoso en los baños de la facultad, donde cualquier alumno o profesor podría habernos pillado mucho más fácilmente. Está claro que a este chico le pone a cien el riesgo.

Aflojo un poco las piernas y Alex retira la mano arañando mi pantalón. Antes de sacarla de su escondite me pellizca también el muslo, como forma carnal de firmar la paz.

—Vale, primero analizaremos el caso práctico y después repasaremos las leyes para buscar posibles argumentos que coincidan con la reclamación. —Intento concentrarme, pero si me sigue mirando de esa forma va a ser imposible—. Si no colaboras no nos va a dar tiempo de hacer el trabajo.

—Yo tengo un trabajo para esa boquita. Te va a gustar.

—Alex...

—Está bien, mejor luego.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué?

A Laura le encanta involucrase en misterio. Se desliza por mi habitación alargando los pasos y fingiendo estar distraída, cuando en realidad se muere por contarme lo que se está guardando. Odio que haga eso. Seguramente solo sea uno de sus muchos cotilleos que a mí me traen sin cuidado. Pero ¿y si esta vez es algo importante? Tengo la extraña sensación de que lo que está a punto de salir por esa boquita va a dejar la mía abierta. Eso o es una gran actriz, porque ahora mismo parece leerse en sus ojos algo así como «esto es muy fuerte» o «no te lo vas a creer». Su sonrisa se ensancha y picotea en la pared fingiendo no esperar a que insista un poco más.

—Venga, cuéntame. Deja de hacerte la interesante. Me pone nervioso que lo hagas siempre.

Vacila unos segundos, como si tuviera una conversación interna sobre cómo empezar la siguiente frase. Al final, decide hacerlo a modo de pregunta:

—¿Has notado últimamente a mamá algo rara?

¿Nuestra madre? ¿Todo esto es por ella?

—Eh, no. ¿Te refieres a esta última semana? —Me viene a la mente una imagen suya con cara de estar cansada y olor a pintura—. Es normal, piensa que estaba hasta arriba de trabajo con todo lo de la exposición.

—Me refiero justo a cuando terminó el evento.

Mi corazón se remueve con fuerza. Entonces lo recuerdo. Recuerdo que me miró a los ojos y supe que me estaba mintiendo.

«Sí, Laura. Yo también lo noté.» Pero por algún motivo, siento que si le digo eso la estaría traicionando.

—No sé a qué viene esto ahora.

—Eric, piénsalo. —También odio que mi hermana me insista tanto—. ¿No la has notado diferente? Es como si tuviera la cabeza en otra parte, ¿no crees?

—Yo la veo normal. Como siempre.

—Los dos sabemos que mamá esconde algo. ¿Por qué no quieres admitirlo?

—Sí, bueno. Todos escondemos algo.

—¿Tú también?

—¿Tú no?

Parece enfadarse conmigo. Quizá así me deje en paz.

—Esta carta —dice sacando de su bolsillo un trozo de papel arrugado— la escribió mamá.

—¿Y por qué es importante? Papá y mamá se mandaban cartas cuando eran jóvenes. No había WhatsApp.

—Deberías leerla.

—No está bien hacer eso. No sin su permiso.

—Como quieras. De todas formas, no te iba a gustar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque la he leído. Y te afecta directamente a ti.

—Dámela —le pido, porque no aguanto más misterio.

Estiro el brazo y, antes de que pueda cogerla, Laura la esconde detrás de su espalda.

—¿Seguro que quieres leerla?

—¿Qué pasa? ¿Ahora no te parece una buena idea?

—Me parece que tienes derecho a saberlo. Solo eso.

—Dámela —repito.

Por un momento, imagino que en vez de una carta Laura sujeta mi diario rojo. Hay historias que no deberíamos leer nunca. Sé que esta carta es una de esas cosas.

Mi hermana me da la carta. Dudo si debería o no cogerla.

La abro, extendiéndola sobre la mesa. Comienzo a leer la primera línea y entiendo que se trata de una despedida. Se dirige a un chico, pero en ninguna parte cita su nombre:

Me gustaría empezar con una despedida, porque esta es mi última carta.

Tengo miedo. Miedo de lo que he hecho contigo, de no poder cambiar el pasado, de lo que viene ahora.

No puedo seguir viéndote. Te lo he dicho muchas veces, pero esta vez es de verdad.

Tú tienes novia y yo voy a casarme. Sí, a casarme. Qué locura, ¿no?

Con él soy feliz. Muy feliz.

Sé que no me vas a creer si te digo que estoy enamorada por lo que he hecho después contigo. Supongo que yo tampoco lo haría. No lo sé. Es difícil. Pero más difícil es reconocer el motivo real por el que te escribo todo esto, así que seré rápida.

Estoy embarazada.

No sé quién es el padre de los dos.

No sé si quiero saberlo.

No sé si tendré valor de enviarte esta carta algún día.

De lo único que estoy segura es que no enviarla sería un acto egoísta. Os lo debo a los dos. Y me lo debo a mí también.

Pd: ¿He mencionado ya que voy a casarme? Esto es ridículo. Soy ridícula. Y no debería estar escribiendo esta carta.

Cuando termino de leerla mis manos se aprietan contra el papel.

La habitación comienza a emborronarse y yo cierro los ojos con fuerza para que las lágrimas se desplieguen y corran por mis mejillas, devolviendo la nitidez a las formas.

—¿Te parece bien coger algo que no es tuyo?

—Ha sido sin querer.

—Estás mintiendo.

—Eric, he bajado al trastero y al mover una caja he tirado un cuaderno con hojas y facturas. Y estaba la carta.

—Y has pensado que sería una buena idea leerla.

—No me siento mal por haberlo hecho.

—Laura, vete. Déjame en paz. —Sé que lo estoy pagando con mi hermana. Intento calmarme—. Perdón por hablarte así. —Relajo los puños hasta conseguir abrir las manos—. Pero sigo cabreado por todo esto.

—No pasa nada.

Una sensación repentina de vértigo se apodera de mi cuerpo y me obligo a sentarme en la cama. Me duele la cabeza. Todo me da vueltas. Creo que voy a vomitar.

—Eh, ¿estás bien? —Pasa su mano por mi espalda y empieza a hacer círculos, tratando de animarme.

—¿Qué se supone que va a pasar ahora? —le pregunto.

—No tenemos que hacer nada si no quieres. Es una decisión de los dos.

La acerco con el brazo y beso su frente, agradeciendo el gesto. Sus uñas siguen trazando círculos en mi espalda. Y aunque permanecemos en silencio, en mi mente se agazapan tantos pensamientos que resulta imposible soportar tanto ruido.

Nunca me hubiese imaginado cuestionándome la identidad de mi padre.

Miro a mi hermana. Joder, si es que ya nos lo dice todo el mundo: no nos parecemos en nada.

Esto es ridículo.

Esto no está pasando.

Esto es una puta mierda.

Y yo pensando que salir del armario sería lo peor que me podía pasar.

Mi estómago se revuelve como si tuviera un monstruo que me devorase desde dentro. Salgo de la habitación roja y corro al cuarto de baño. Me pongo de rodillas y abro la boca mirando el bidé. Cuando termino, Alex me ofrece una toalla y yo me enjuago hasta deshacerme del desagradable sabor. La garganta me arde y estoy agotado, solo quiero tumbarme en la cama y no pensar en nada. Pero no es una buena idea volver a casa. Está mi madre, por supuesto. Puedo convencerme a mí mismo de que conseguiré evitarla durante lo que queda del día, pero sé que no es verdad. Coincidiré con ella por el pasillo, durante la cena, antes de dormir, al despertar... Es lo que tiene vivir con tus padres.

—¿Por qué mi hermana no parece tan afectada como yo?

—¿Me vas a contar ya qué es lo que te pasa?

Alex se cruza de brazos. Parece triste. No me gusta verlo así.

—Estoy bien.

—Si tú lo dices.

Después coge mi mano y tira con suavidad para tenerme más cerca.

—Déjame. Acabo de vomitar y me apesta el aliento.

—Me importa más saber cómo estás, pero no me lo quieres decir.

—Ya te lo he dicho, estoy bien.

—Te lo voy a estar preguntando hasta que me cuentes la verdad.

—Eres cabezón, ¿eh?

—Lo soy cuando algo me importa. Tú me importas. —Aprieta su mano contra la mía—. Eric, ¿es por algo que he hecho? —insiste.

Lo miro a los ojos.

Joder, qué ojos. Tan azules, tan suyos.

—No tiene nada que ver contigo, Alex. Por eso es tan complicado.

—Yo soy complicado.

—Esto lo es más.

—¿Más aún? ¿Debería ponerme celoso? —Y entonces sonrío para que yo también lo haga. Y funciona, siempre funciona—. Tienes una sonrisa tan bonita que te follaría el culo ahora mismo.

—Serás guarro.

Le doy un manotazo y Alex me contagia con su risa. Después me abraza y yo forcejeo luchando por soltarme, aunque me rindo fácilmente. Me gusta estar entre sus brazos, hace que me sienta

protegido.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿no?

—Lo sé.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres algo de cenar? Podemos hacer noche de pizzas y Netflix. Te dejo elegir la peli que quieras.

—Tal y como tengo la tripa no me apetece nada cenar. Y menos si es comida basura.

—Mejor, odio las películas románticas y sé que ibas a elegir una de esas.

—He dicho que no me apetece cenar, no que no quiera ver una peli romántica.

—Mierda. Pensaba que me había librado.

—Eres un cabrón.

—¿En qué quedamos? ¿Soy un cabezón, un guarro o un cabrón?

—Las tres cosas juntas y revueltas.

—Menudo batido.

—Sí.

—¿Te lo preparo? —Y entonces se agarra el paquete, sacudiendo el bulto que se marca en la tela para que pueda ver lo dura que está—. Es casero y tiene muchas vitaminas.

—Menudo cerdo estás hecho.

—Te encanta que lo sea.

Trato de pegarle otra vez, pero en esta ocasión Alex es más rápido y consigue agarrarme. Repito la operación con la izquierda y sucede lo mismo. Ya no puedo mover los brazos, me tiene sujeto por las muñecas.

—¿Necesitas ayuda?

Intento soltarme. Nada.

—Suéltame.

—Dame un beso.

Se lo doy. Alex me suelta y en lugar de alejarme lo abrazo. Ahora solo busco su calor, rodeándolo por la cintura y hundiendo mi cara en su pecho.

—Siempre termino llorando —digo sollozando—. Y encima te estoy mojando la camiseta.

—Si quieres me la quito.

—Tonto.

—Vale, ya paro. Era solo una broma.

Sonrío.

—Eric, quiero que confíes en mí. —Apoya sus dedos sobre mi mentón y lo levanta para que lo mire a los ojos—. Cuéntame qué te preocupa tanto.

Las palabras salen solas por mi boca y ya no puedo dejar de hablar. Me desahogo con él, le cuento la conversación con Laura, la carta que ha encontrado en el trastero, lo que he sentido al leerla y lo que eso implica.

—... y va y mi hermana me enseña la jodida carta... y no tendría que haberla cogido de su

sitio... y por su culpa ahora estoy así... y no entiendo por qué no está tan mal como yo.

Le cuento también que ahora me da miedo volver a casa, que me estoy volviendo loco, que todo es una puta mierda.

Él me escucha atento. De vez en cuando veo que arruga la frente, pero se queda callado hasta que entiende que he terminado de hablar.

—Eres muy valiente.

—¿Valiente?

—Sí, por compartirlo conmigo.

—No soy valiente, solo confío en ti.

—Las personas además de confiar en otras deben ser valientes para contar sus miedos.

—Supongo. No lo sé. Me duele la cabeza.

Vuelve a abrazarme.

—Sé que es difícil lo que te voy a pedir ahora, Eric, pero tienes que intentar no culpar a tu hermana por no estar tan afectada como tú.

—No lo he hecho. En ningún momento.

—Un poco sí... —Pronuncia las palabras con cuidado, procurando no romper nada con su sonido—. Al final, aunque sepas que la culpa no es suya, es Laura quien ha encontrado la carta. Y si no lo hubiese hecho, ahora no estarías así. Pero en realidad te ha hecho un favor. Podría habérselo guardado para ella y no decirte nada. ¿Habrías preferido eso?

—Habría preferido que la carta siguiese donde estaba.

—Vale, pero el caso es que la ha encontrado. Vuelvo a hacerte la pregunta: ¿preferirías que se la hubiese guardado para ella?

—Supongo que no.

—Entonces, ¿coincides conmigo en que tu hermana ha actuado bien?

—Supongo que sí.

—Vale. Eric, sé que yo no he leído la carta, pero, según me has contado, tu madre tenía un amante antes de casarse con tu padre y luego no volvió a saber nada más de él, ¿no?

—Exacto.

—Entonces, esto solo te afecta a ti —dice en voz baja.

Al oír su última frase no solo sé que tiene razón, sino que consigue hacerme recordar algo que había pasado por alto. Algo que podría ser la clave de todo esto.

¿De verdad piensas que...?

Sí.

Es una locura. Demasiada coincidencia.

Pero ¿y si fuera la persona que estoy buscando?

¿Lo estás buscando?

No. No lo sé.

Comienzo a reírme. Es una risa nerviosa.

¿Estaré volviéndome loco?

—¿Eric?

—Creo que ya sé quién fue su amante.

—Ya estoy aquí —grito nada más volver a casa.

Silencio.

—¿Papá? ¿Mamá?

Más silencio.

—¿Laura, eres tú?

Nadie responde, pero me parece que algo se mueve en la oscuridad.

Se crea una película de sudor en mi frente, pegando algunos mechones de pelo contra ella.

—Si es algún tipo de broma, no tiene gracia.

Mis pupilas se dilatan tratando de reconocer nuevas formas en el espacio sin luz. ¿Por qué no me atrevo a pulsar el interruptor?

Me quedo quieto. Un olor metálico y desagradable se apodera del espacio y retrocedo hasta chocar contra algo duro. Lo palpo con las manos y me doy cuenta de que solo es la puerta, así que me quedo con la espalda pegada, asustado.

Algo se mueve más cerca de mí, atrayendo el espantoso olor y obligándome a taparme la nariz con la manga de la camiseta. Empujo inconscientemente hacia atrás, pero la puerta no me deja retroceder. Me doy la vuelta y trato de abrirla. No puedo. Forcejeo un poco más hasta que desisto.

Estoy atrapado.

—¡Déjame salir!

Entonces la madera cruje pareciendo respirar.

Una gota de sudor resbala por mi piel y moja el cuello de la camiseta. Pero el verdadero terror no se apodera de mí hasta que noto que la puerta se mueve hacia delante y me acerca peligrosamente a la inquietante oscuridad. Me esfuerzo por ejercer fuerza para evitarlo. Echo los pies hacia delante y no tardo en caer al suelo.

La puerta se detiene con un ruido ensordecedor y todo comienza a dar vueltas en mi cabeza.

—Por favor... quiero salir...

Aprieto los ojos con fuerza e intento enfocar la vista. Me percató de que al final del pasillo una luz parpadea débilmente, parece a punto de consumirse. Abro mucho los ojos y ahogo un grito cuando descubro que se trata de un hombre.

—Hola, Eric.

No reconozco la voz.

No sé quién es.

Su cabeza parece flotar en un cuerpo sin cuello y sonrío mostrando unos dientes infinitos.

En ese instante la luz deja de parpadear e ilumina el pasillo como un enorme faro, haciendo que la sombra se extienda sobre sus pies y se arrastre hasta llegar a los míos.

Siento una punzada de dolor cuando creo saber dónde he visto a ese hombre antes.

—¿No vas a dar un abrazo a tu padre?

Me despierto con la respiración agitada y boqueando como un pez. Estoy en mi cuarto, tumbado sobre mi cama y con las sábanas cubriéndome hasta la altura de la nariz. Intento tranquilizarme, recordándome a mí mismo que nada de lo que ha pasado es real. Poco a poco mis ojos se acostumbran al espacio sin luz y descubro sombras nuevas.

Todo parece estar en su sitio. Ha sido una pesadilla, nada más.

Trato de volver a dormir, pero el sueño escapa de mis ojos y se me hace imposible cerrarlos.

Al amanecer me levanto y decido darme una ducha fría. Estoy mojando una magdalena en la leche cuando mi padre se asoma por la puerta de la cocina. El gesto me recuerda al del hombre que he visto en el sueño, pero mi padre no sonrío, ni tiene dientes infinitos.

—¿Todo bien?

—Pesadillas.

—Vaya, lo siento, hijo. ¿Necesitas un abrazo?

Se me eriza la piel.

—¿Ocurre algo? —pregunta entonces—. Estás pálido.

—Estoy bien. Tranquilo, no es nada.

Miro el tazón de leche. Ya no tengo hambre.

Mi padre arrastra las zapatillas por el suelo mientras vuelve a su habitación. Me quedo pensando en el hombre al que he vuelto a ver en la pesadilla. Ese señor no es la persona con la que aprendí a caminar, ni la que prometió ayudarme a buscar un dinosaurio y ponerle de nombre *Dino* cuando era pequeño. No es con quien aprendí a jugar al parchís y el que siempre me dejaba ganar las partidas porque cuando perdía me enfadaba.

Yo solo tengo un padre. Y sé quién es.

Recojo las cosas y vuelvo a mi cuarto. Debería vestirme y peinarme un poco si no quiero llegar tarde a clase. Por lo menos hoy es martes y, por supuesto, es imposible que el día sea tan malo como el de ayer. Eso tendría que ser un incentivo para salir con una sonrisa. Pero no la encuentro.

Ha pasado una semana desde que soy consciente del secreto de mi madre y todo parece volver a la normalidad. Bueno, siguen hablando de mí, Gala, Alex y el famoso reto, pero estoy acostumbrado, y cada vez son menos a los que oigo cuchichear a mis espaldas. Ahora mismo acabamos de salir de la primera clase y, tras un debate entre lo que nos apetece hacer y lo que deberíamos, ha ganado saltarse la última hora por mayoría absoluta. Lo malo es que acabamos de pasar por la churrería en la que coincidí con Carlos, y Gala ha pensado que sería gracioso contar la anécdota. Algo que para mí es incómodo, pero mil veces mejor que cualquier otro tema que ha estado rondando por mi cabeza estos últimos días.

—El chico era mono, eh. Yo no digo que no —reconoce Gala—. Pero claro, era eso: un chico. Y Eric es un chico también.

—¿Y cuál es el inconveniente? —interviene Bruno.

—Pues que le gustan las chicas, melón.

A partir de entonces, la conversación se centra en ellos dos.

—Nadie es cien por cien algo. Lo mismo es ochenta por ciento hetero y veinte por ciento homosexual.

—¿Y tú qué eres?

—Ah no, yo soy cien por cien hetero.

Gala y Bruno casi siempre discuten. Lo mejor es quedarse al margen y esperar a que se aburran. A veces verlos me recuerda a mi relación con Alex, pero nuestras reconciliaciones son algo diferentes, más pasionales.

—El caso es que nos invitó al chocolate y los churros.

Eso despierta repentinamente el interés de Melissa.

—¡Coño! ¿Cuándo vamos a ese sitio? Yo también quiero comer gratis.

—No vamos a volver a ir —digo tajantemente.

—Anda, no seas así —protesta Gala—. Si voy yo con Melissa no nos va a hacer ni caso. Se nota de lejos que le resultaste atractivo. Apuesto lo que quieras a que se imaginó untándote en chocolate...

Bruno hace como que tose y no llego a comprender por qué. Después, la conversación toma un giro inesperado cuando Gala cambia el chocolate para empezar a hablar de trabajos de la universidad. Parece nerviosa y se rasca el cuello, provocándose una mancha roja. ¿Me he perdido algo?

—¿Cómo te encuentras hoy? ¿Mejor? —Alex me lleva preguntando lo mismo todos los días.

Asiento con la cabeza y le señalo mis labios para que me bese.

Sonríe e inclina la cabeza para hacerlo. Eso me hace sonreír a mí también.

—Pasa. Te aviso que hoy la casa está menos ordenada. —Se disculpa mientras cierra la puerta

—. ¿Has dormido bien?

—Sin pesadillas.

—Eso es genial, pequeño.

—Pero aún no he hablado con mi madre.

—No te presiones.

—Ya, bueno. Es solo que no tengo ni idea de lo que voy a hacer.

—Tienes tiempo para decidirlo.

—¿Soy egoísta si te digo que no quiero que mis padres se separen?

—Eric, nadie quiere que sus padres se separen.

—Vale.

—Deja de hacer eso.

—¿Hacer el qué?

—Pensar. Deja de pensar tanto las cosas.

En ese momento me doy cuenta de que me encantaría saber qué es lo que piensa él, sobre cualquier cosa. Mataría por estar dentro de su cabeza cinco minutos. Conocer sus miedos, inquietudes, sueños..., qué era lo que quería ser de mayor cuando era un niño, por ejemplo.

Crece en mi interior la necesidad de saber todo de él y, a la vez, la ilusión de que algún día lo comparta conmigo se ve lejana y borrosa. Como si todavía fuese demasiado pronto. «Tienes tiempo para decidirlo»... ¿Estará haciendo lo mismo conmigo?

—Sigues pensando demasiado.

—¿Cómo sabes que estaba...?

—Siempre lo estás haciendo.

—Pues distráeme.

—Eso está hecho. Cierra los ojos. —Ve que enarco una ceja y añade—. Tengo algo para ti.

Mi cara se ilumina automáticamente.

—¿Una sorpresaaaaa? —Aplaudo con entusiasmo.

—Oye, ¿no decías que no te gustaban las sorpresas? —Se ríe mientras desaparece unos segundos y vuelve con un paquetito pequeño y alargado—. Es una tontería. No te hagas ilusiones porque no sé si te va a gustar.

—¡Me encanta!

—Pero si todavía no lo has abierto...

—Me encanta el hecho de que hayas pensado en mí mientras lo elegías. —Rasgo el papel de

regalo y descubro que se trata de un micrófono inalámbrico de karaoke. Arrugo la frente sin entender nada—. ¿Y estooo?

—Para que cantes un rato en casa antes de montarte conmigo en el coche. Así no tengo que escucharte luego. Ni poner la música tan alta.

—¡Oyeee!

Alex suelta una carcajada y yo me cruzo de brazos, aunque estoy tan contento que no puedo dejar de sonreír.

—¿Te gusta?

—¡¿Que si me gusta?! No sabes la que te espera... Prepárate porque ¡voy a hacer una *performance* ahora mismo!

—Ni se te ocurra.

Pulso el botón y compruebo, satisfecho, que el micrófono viene con las pilas ya incorporadas. ¡Fantástico! Elijo *Corazón en la maleta* de Luis Fonsi y me pongo a dar vueltas por toda la casa.

—*Y yo me voy, adiós, me fui y no me importaaaaaaa.*

—Para. No es necesario que cantes ahora.

—*Nada me detiene aquí, la vida cortaaaaaaa.*

Alex me sigue por detrás intentando robarme el aparato, pero yo soy más rápido que él (ventajas de no ser tan grande). Corro hasta la habitación, me subo sobre la cama y está a punto de cogermelo, pero yo salto justo a tiempo por el lado contrario y me dirijo a la cocina como una bala, cerrando todas las puertas por las que paso para obligarlo a frenar.

La escena me parece tan cómica que es una pena no usar la grabadora para guardar este momento. Sería una verdadera delicia ser testigo del contraste entre un vídeo y el siguiente.

—Eric, cantas fatal —me dice cuando deja de intentar alcanzarme.

Se apoya en el marco de la puerta del salón y entiendo que se ha rendido. ¡Por fin consigo ganarle en algo!

Me acomodo en uno de los sofás cuando estoy completamente seguro de que no va a volver a intentar quitármelo, aunque sigo abrazándome al micrófono para proteger mi nuevo tesoro, por precaución.

—¿Tú cantas bien? —pregunto mientras trato de recuperar el aliento.

—Yo no canto.

—¿Nunca?

—No.

—¿Ni siquiera en la ducha?

Niega con la cabeza con un gesto serio. Yo hago girar el micro entre mis dedos y elijo una nueva canción.

—Vaya, ahora entiendo por qué eres tan aburrido.

—¿Qué has dicho?

Alex aprovecha que estoy distraído para lanzarse sobre mí. Ahora me tiene colgando desde su

hombro izquierdo. Me da un azote. ¡Pica! Consigue quitarme el micrófono y se lo guarda en el bolsillo. «Devuélvemelo. No lo apagues», pero no me hace ni caso. Encima pasea con chulería por la casa, porque aunque patalee sabe que no tengo forma de escapar.

Termina llevándome a su habitación y, sin miramientos, me tira sobre la cama como si fuera un saco de patatas. ¡Es un bruto! Después se tumba conmigo y me besa, aunque pronto se incorpora para sentarse en el borde de la cama y confesarme:

—También he comprado algo para los dos...

¿Otra sorpresa?

Mi cara se ilumina de nuevo y la curiosidad llama a mi puerta. El niño interior que llevo dentro se abre paso para asomarse, intentando adivinar de qué se trata. ¿Será un segundo micro para Alex? Eso no tiene ningún sentido, acaba de decirme que no le gusta cantar. ¿Entradas para un teatro? No, demasiado romántico y público.

Abre el cajón de la mesita de noche y saca una cajita morada. Como no consigo romper el papel, acerco el envoltorio a mi boca y me ayudo con los dientes. Alex me pide que deje de hacer eso porque según él voy a hacerme daño, pero soy tan cabezón que lo que me dice me entra por un oído y me sale por el otro. El papel cede y se rasga, y entonces ya puedo usar las manos. Al abrirlo, veo que se trata de unos paquetes de condones ultrafinos, tres lubricantes comestibles de distintos sabores (naranja, mango y fresa), un antifaz y unas esposas que al principio pienso que son de plástico, pero que al tocarlas me doy cuenta de que parecen de verdad.

Lo miro con la boca abierta. Él sonríe como si lo hubiese pillado haciendo una trastada.

—¿Qué te parece?

Vuelvo a mirar el contenido de la caja. Se forma un nudo en mi garganta cuando centro mi atención en uno de los objetos. Niego con la cabeza, sabiendo que la idea de jugar con eso no llega a seducirme.

—El tema de las esposas no me va.

—¿Lo has probado alguna vez? —Pero es una pregunta trampa, porque sabe que él es el primero con el que mantengo relaciones sexuales y es evidente cuál va a ser mi respuesta.

Frunzo el ceño y decido darle la vuelta a la pregunta:

—¿Te las puedo poner a ti?

Eso parece desconcertarlo.

—No. Nunca. Yo soy el que domina.

—¿Has probado alguna vez a hacer de sumiso?

—Sabes mejor que yo que eso es algo que nunca va a pasar.

—Deberías experimentarlo antes de decir que no te gusta. ¿Cómo si no puedes llegar a estar tan seguro de que no te proporcionará otro tipo de placer?

Lo oigo resoplar y cerrar la caja.

—Está bien, de momento nada de esposas.

¡Tendrá morro!

Alex guarda la caja y comienza a morder mi oreja. Echo el cuello hacia atrás y entreabro la boca para soltar el aire. Mi cuerpo se llena de un calor eléctrico que nace desde el punto donde me toca con su lengua y se expande en todas las direcciones. El colchón se hunde un poco al tumbarse él a mi lado. Pasa primero una pierna por encima y con su mano tira ligeramente de mi pelo. Sus colmillos se posan de nuevo sobre mi cuello, como un vampiro sin sed que lame y juega con la comida.

—Me encanta cuando haces eso.

—¿El qué, pequeño? ¿Esto? —dice mientras vuelve a repetirlo.

Mi espalda se arquea y reacciona a su forma de morderme.

—Sí..., justo eso. Joder, me vuelve loco.

Sujeta mi mentón e inclina su cabeza para que nuestras bocas encajen. Su mano comienza a bajar peligrosamente por el costado y termina atrapando una nalga. Cierra la mano y la estruja.

Entonces suena un tono de llamada y se ilumina una lucecita dentro del bolsillo de Alex.

¡Qué oportuno!

—Joder, justo ahora —protesta.

Alex rechaza la llamada, pero antes de devolver el teléfono al bolsillo algo cambia en su expresión. Está leyendo lo que parece ser un mensaje.

—¿Qué ocurre? —pregunto, aún con la respiración agitada.

Tarda unos segundos en contestar. Unos segundos durante los que puedo ver cómo su mirada se vuelve más y más oscura.

—Nada, no es nada. Necesito que me des cinco minutos.

—¿Ha pasado algo? —insisto.

—Eric, cinco minutos. ¿Vale?

—Está bien.

Lo sigo con la mirada cuando se levanta y desaparece detrás de la puerta. La habitación roja se queda vacía sin la presencia de su cuerpo.

Me incorporo en la cama y saco las piernas fuera para sentarme. Comienzo a trastear en mi móvil para distraerme mientras espero. Contesto un par de wasaps, doy *likes* a las fotos que han subido mis amigos a Instagram y después lo suelto sobre el colchón. ¿Y ahora qué? Me quedo ensimismado hasta que noto una vibración. Acercó el móvil y descubro que se trata de Alex. «Vete. Mañana te veo», me ha dejado escrito.

No entiendo nada. ¿Qué está pasando aquí?

Al releer su mensaje tengo la extraña sensación de que Alex se ha marchado de casa hace mucho, como si los dos estuviésemos demasiado lejos como para despedirnos en persona. Pero esa distancia solo se teje bajo sus propias palabras.

Decido ir a buscarlo al salón. Mis pasos son firmes y seguros, giro a la izquierda y abro la puerta. Pero no está ahí. Tampoco lo encuentro en la cocina.

—¿Alex?

Mi voz es engullida por el hambre del silencio.

—¿Dónde estás?

Me siento ridículo al preguntarlo. Sé que no va a contestarme, que solo espera a que me marche y lo deje tranquilo. Pero yo quiero hablar con él. Necesito saber qué ha pasado para que se comporte de esta forma.

Poco después reparo en una forma oscura que se esconde al final del pasillo. No hay duda de que se trata de Alex. ¿Ha estado ahí todo este tiempo? Permanece sentado en el suelo con las piernas recogidas sobre su pecho y la cabeza entre ellas. Al acercarme siento que mi seguridad me abandona, estoy temblando.

—Alex... Joder, Alex. ¿Qué te pasa?

Me agacho y le paso el brazo por los hombros, tratando de abrazarlo. En sus tormentosos ojos veo que una luz se apaga. Ahora solo brillan por su propia humedad. Las lágrimas empujan para salir de ellos y manchan su cara de cicatrices transparentes.

Alex no puede dejar de llorar.

Intento que me diga algo, cualquier cosa. Pero por mucho que me esfuerce no sirve de nada. Alex se mantiene atrapado en un oscuro silencio del que no consigue salir. Mi corazón se acelera y, agobiado, yo también empiezo a llorar.

Cuando nuestras respiraciones se calman, por fin me mira a los ojos.

Me estremezco al sentir que no consigo reconocerlo.

—Hay cosas que no quiero contarte todavía.

Y vuelve a encerrarse en sí mismo.

Cuando salgo al exterior, la Gran Vía me parece irreconocible. Es como si nunca antes hubiese pisado la calle en la que estoy ahora. Me siento un intruso en mi propia ciudad, y al mirar hacia arriba siento que los edificios están a punto de aplastarme como una cucaracha. Un señor me empuja y casi consigo tirarme al suelo. Al volverme para mirarlo no me doy cuenta y choco con una pareja. Pido perdón y sigo caminando, mirando a todas las personas y a ninguna a la vez. Oigo el motor de los coches apiñándose en la calzada, zapatos y tacones dibujando caminos por la acera y conversaciones que entrelazan distintas historias. Una paloma vuela a la altura de mi cabeza y siento el batir de sus alas cerca, casi rozándome el pelo. Me agacho instintivamente, aunque es inútil porque acaba de pasar y no me ha dado.

Camino desorientado hasta que, no sé cómo, termino llegando a la parada de metro de Callao.

No escucho música.

No me conecto a internet.

No llamo a nadie por teléfono.

Lo único que me interesa ahora es regresar a mi casa y no pensar en nada. ¿Cómo bajo el volumen de las conversaciones que oigo dentro de mi cabeza?

Aprieto mi mano contra el objeto de plástico. El micrófono que me ha regalado Alex brilla bajo la luz artificial del vagón. Un niño que espera el metro junto a su madre lo mira con ojos golosos. Eso me hace sonreír, pero me dura poco.

Es importante que deje de pensar que Alex no confía en mí. Sé que no es cierto. Él sí confía, solo que aún no se siente preparado para compartirlo conmigo. Son conceptos distintos, y mi trabajo es aprender a separarlos para que no me afecte.

Cuando entro en mi habitación me tumbo sobre la cama. No me apetece cantar, tampoco escuchar música. Ahora mismo lo único que me importa es que Alex esté bien.

Lo llamo. En el tercer tono acerco el dedo a la pantalla para colgar, pero entonces su voz suena desde dentro del teléfono. Hablo con él durante una hora. Me tranquiliza saber que está mejor. Al terminar me quedo pensando en lo que me ha dicho: «Necesito un poco más de tiempo para poder contártelo, pero te prometo que lo haré».

Despierto húmedo y caliente. Acabo de tener uno de los sueños más excitantes de mi vida. En él, Alex me ataba con las esposas y me tapaba los ojos con el antifaz para que no pudiese ver nada.

Mis sentidos se disparaban cuando comenzaba a besarme los pezones, jugando a pellizcarlos con los dedos y tirar de ellos con los dientes... ¡Ha sido simplemente fantástico!

Pestañeo para acostumbrarme a los primeros rayos de sol que entran por la ventana y me doy cuenta de que hoy me voy a tener que saltar el desayuno o llegaré tarde a la universidad.

Escribo a Alex para preguntarle cómo se encuentra y me contesta con una foto en la que sale en calzoncillos y una erección enorme.

Alex: ¿Ves lo bien que me encuentro?

Yo: Me hago una idea.

Alex: ¿Por qué no nos saltamos la uni y vienes a mi casa?

Yo: No quiero tener más faltas.

Alex: Si lo haces, te dejo traer el micrófono. Aunque ya has visto que yo tengo otro preparado para ti...

Yo:...

Alex: ¿Eso es un sí?

Yo: Te veo en clase.

Alex: Joder, vale.

Cuatro horas cogiendo apuntes. Al final tengo los dedos tan cansados que no entiendo de dónde saco las ganas para seguir escribiendo en este cuaderno, diario o lo que sea.

A la una en punto estamos en la cafetería para pedir el menú del día. Gala nos espera guardando sitio y cuando regresamos con las bandejas le toca su turno.

—¡Oye, que te veo! Haz el favor de esperar a Gala. Es de mala educación empezar sin ella.

Bruno hace un puchero, pero suelta el tenedor.

Me he pedido tallarines con tomate y filetes de lomo de segundo. Los filetes están secos, o por lo menos parecen de papel cartón. Es lo que tiene pagar cinco euros por un menú, tampoco podemos esperar grandes lujos.

—Aún no lo sabe —comenta Bruno de forma cómplice a Melissa.

—¿Quieres callarte? —protesta ella.

—¿Saber el qué?

Últimamente los secretos me persiguen como si fuese un imán gigante.

—Nada, Bruno es tonto.

—¿Es sobre Gala? ¿Pasa algo con ella?

—Hum... puede. —Bruno finge poner cara de interesante—. O puede que no.

—El otro día me comentaste algo parecido.

—¿Va en serio? —pregunta una indignada Melissa—. Bruno, a ti no se te puede contar nada. ¿No sabes mantener el pico cerrado? Sigues siendo un niño pequeño para todo.

—No me gustan los secretos —se defiende él—. Me hacen sentir mal, me incomodan. Necesito decirlo. Bueno, mejor que te lo diga ella.

—¿Qué se supone que le tengo que decir? —Gala se sienta en la mesa y cruza los brazos—. ¿Bruno?

—Nada, nada. Era todo una broma.

—Cuenta esa broma, así me río yo también.

Pero Melissa, demostrando sus dotes de buena pacificadora, logra cambiar de tema. Comienza recordándonos que hoy es viernes, y eso significa alcohol y reguetón.

Recogemos las bandejas y nos despedimos en la boca de metro. Quiero llegar a casa pronto para empezar a estudiar y tener tiempo de echarme una siesta antes de salir, eso siempre me recarga las pilas.

Tampoco quiero beber mucho, pero nunca se sabe.

Puede pasar cualquier cosa.

Quedar para beber en casa de Gala es un auténtico chollo. Atrás dejamos los botellones en plaza de España. Además de un resfriado, ahora puedes llevarte una multa.

Me sorprende ser el primero en llegar. Gala está realmente guapa, se ha recogido el pelo en una perfecta coleta al más puro estilo Ariana Grande. En sus ojos ha hecho un sombreado oscuro logrando un aire salvaje, como el de una pantera. Lleva un vestido de brillos plateado, muy ceñido y con un pronunciado escote en forma de V. Ha sido inevitable no fijarme en sus pechos al saludarla. ¡Joder! Debe ser *push up* con relleno..., eso o que la madre naturaleza ha agitado esta noche su varita con ella.

—Melissa llegará con las chicas algo más tarde, pero Bruno y sus amigos están a punto de venir —dice mientras termina de recoger el mantel.

—¿Te ayudo con eso?

—No, descuida. Ya casi está. Perdón por el desorden, no he tenido tiempo para limpiar la casa. —Dobla el mantel y abre un cajón en la cocina para guardarlo dentro—. Aunque quizá me podrías ayudar a fregar alguna copa. No sé si tengo suficientes limpias.

—Claro, ¿cuántos somos al final?

—Hum.. Melissa ha invitado a dos amigas y Bruno me parece que a cuatro. Quizá eran tres, no me acuerdo. —Saca el móvil de su bolsillo y lo revisa—. Tres. Bueno, mejor. Una menos para fregar.

Friego las copas y Gala las seca con el trapo de la cocina. Las colocamos sobre la mesa del salón y ponemos algún cojín sobre el suelo para organizar el espacio antes de llenar la casa de gente. Después nace un momento incómodo al que parecíamos estar predestinados, algo extraño entre nosotros debido a la gran amistad que nos une. Pero los dos lo hemos sentido, como una

sombra sobre nuestras cabezas. Nos sentamos en el sofá y yo dudo en si empezar a beber es una buena idea. ¿Debería tomarme una copa? Es por hacer algo, claro.

Gala está rara, diferente. No sé. Presiento que entre nosotros hay una especie de muro invisible, separándonos. Doy golpecitos con los dedos sobre mi pierna. ¿Y ahora qué?

—¿Esta noche también soy tu novia?

—Esta noche estamos solteros. A los amigos de Bruno y de Melissa no les decimos nada y ya está. Total, no son de la facultad. No interesa.

—Pero pueden conocer a más personas de ahí.

Me encojo de hombros.

—Nos arriesgaremos. —No me apetece fingir estar con Gala y tener que mostrar una actitud mimosa durante toda la noche. Prefiero pensar únicamente en pasármelo bien sin preocupaciones—. Por cierto, estás espectacular.

Gala muestra una amplia y blanca sonrisa. Me da las gracias mientras la veo jugar con su coleta. Es entonces cuando llaman al timbre.

—Se acabó la paz. —Pero lo cierto es que ambos nos hemos sentido aliviados. Después de abrir, Gala enciende el televisor y conecta YouTube para poner música—. Resérvame sitio, que vienen cuatro de golpe y al final me toca en el suelo.

—Por supuesto, tú a mi lado.

Ella me guiña un ojo y Bruno aparece en escena. Se funde en un abrazo con su amiga y yo me pongo en pie para empezar con las presentaciones.

Gala se vuelve y me mira con la boca abierta. ¿Qué ocurre? ¿Por qué esa cara de preocupación? Se lo pregunto moviendo los labios, pero ella solo hace un gesto con la cabeza para que preste atención al último de los amigos de Bruno. Entonces ocurre algo con lo que no contaba, y entiendo el motivo de su asombro.

Me quedo pálido, sin saber qué decir ni cómo actuar.

Yo ya conozco al tercer amigo de Bruno.

Es Carlos.

—Y él es Carlos —dice Bruno presentando al último de sus amigos—. Como ves, Gala, el chico tiene buena percha. Y está soltero. —Levanta las cejas un par de veces y da un codazo amistoso—. Siempre te quejas de que no te traigo amigos, ¿no? Pues aquí tienes uno. ¿Qué te parece? ¿Es tu tipo?

—Es mono, pero no sé yo... —Titubea un poco al ver la expresión de alerta en el rostro de Carlos. Yo estoy igual que él, cruzando los dedos mentalmente para que Gala no termine la frase—. Pero, Bruno, no sé si soy su tipo.

A tomar por culo.

—¿No lo sabes? Eso se soluciona rápido. —Mira a su amigo y sonrío—. ¿Verdad, Carlos?

—Creo que la noche es larga y es mejor no forzar nada, Bruno. —Carlos pone cara de circunstancias y entra en el salón—. Además, así no me echas un cable, sino el marrón encima. Como hagas lo mismo cuando estemos en la discoteca vas a espantarme a todas. —Levanta el brazo y le apunta con el dedo—. Te quiero bien lejos, ni se te ocurra venir a joderlo, ¿eh? —Añade una risotada al final para quitar dramatismo.

—Brunito siempre la está liando —comenta otro amigo.

Y Gala ha estado muy cerca de hacerlo. ¿Por qué no se da cuenta de que me empeño en llamar su atención? Estoy continuamente buscándola con la mirada, tosiendo un poco allí y allá, pero no hay manera. Luego no me quitará ojo de encima, por supuesto. Gala, ¿puedes dejar en paz a Carlos y mirarme a mí? Estoy tratando de decirte que no cuentes nada a Bruno, muchas gracias. En serio, qué pesadita se ha puesto.

—Creo que ya nos conocemos, ¿me equivoco?

—La verdad es que a mí no me suenas, lo siento —se disculpa Carlos—. Aunque sí que es cierto que la gente suele confundirme mucho. Debo de tener una cara de lo más común.

—No todos pueden tener mis atributos, amigo —comenta Bruno con guasa.

Pero Gala no hace ningún comentario ni tampoco se ríe, porque está absorta estudiando al amigo de Bruno. Cuanto más lo mira, menos parece entender qué está pasando.

—¿Puedo preguntarte en qué trabajas? —Se rasca el cuello y deja todo su peso en la pierna derecha—. Era Carlos, ¿verdad?

Antes de que Carlos responda, me interpongo entre los tres.

—Gala, ven un segundo —interrumpo, tirando de ella y llevándomela a la cocina.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tú ven, hazme caso.

En cuanto volvemos a estar solos, Gala se llena la boca hablando de Carlos. Le pido que baje el volumen y expongo mis motivos por los que la he hecho venir:

—Ya lo sé, Gala. Pero, joder, ¿no te das cuenta? Carlos está dentro del armario.

—¿En el armario?

—Está claro, ¿no? Ninguno de sus amigos parece saber nada. Y ya has oído a Bruno cómo le ha mencionado el tema de las tías. Para ellos, sigue siendo heterosexual.

—Qué fuerte. —Se apoya en la mesa de la cocina y sonrío. Pero yo no quiero que sonría.

—Nosotros no vamos a decir nada, ¿me estás entendiendo? Nada —digo cogiéndola por los brazos para que me mire—. Si al final resulta que es cierto y está en el armario, tenemos que respetarlo. No hagas comentarios acerca de la churrería ni saques temas sobre la orientación sexual. —Gala sigue atenta a mis palabras y asiente con la cabeza de vez en cuando—. Vamos a fingir que no lo hemos visto nunca.

—Pero ¿para qué tenemos que fingir?

—Para no ponerlo en una situación comprometida. Si él no ha dicho nada es porque tampoco quiere que lo hagamos nosotros.

Gala se frota la frente. Pone los brazos en jarras y da pataditas a la pata de la mesa, claramente inquieta.

—Vale, pero ¿por qué te preocupas tanto por él?

—Porque sé de primera mano lo que es tener a todo el mundo juzgando tu orientación sexual.

Gala aparta la mirada, incómoda y arrepentida por lo que acaba de preguntar.

—Además —añado para limar la conversación—, recuerda que el otro día nos invitó a churros y chocolate. Se lo debemos solamente por eso.

—Está bien, pero pienso volver a ese sitio. Hay que repetir lo de merendar gratis —sentencia guiñándome un ojo.

—Tienes un morro... Anda, vamos al salón, que nos quedamos sin sitio.

Y entonces Gala y yo echamos una carrera por el pasillo, porque nos acaban de gritar que solo queda un hueco libre en el sofá.

A eso de las once y cuarto Melissa y sus dos acompañantes llaman a la puerta. Terminadas las presentaciones, se apuntan a beber y la multitud se reparte por el espacio. Me divierte ver cómo Bruno se las apaña para sentarse al lado de una chica y empezar a hablar con ella. Parece que su personalidad se ha disfrazado de *gentleman*, aunque la táctica de seducción no termina de dar sus frutos porque la chica está más interesada en vigilar a Carlos mientras hace como que escucha a Bruno. Carlos se da cuenta y le guiña un ojo. ¿Será bisexual? Lo mejor es que no tengo derecho a estar celoso, aunque una parte de mi interior ya saca las uñas, preparándose para atacar.

—Pues al final no era gay —apunta Gala acercándose a mi oreja. Parece que los dos hemos pensado lo mismo—. Estaba convencida de que nos había invitado por ti, pero me da que se están cambiando las tornas, ¿no? —Abanica las pestañas con movimientos rápidos y juguetones—. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas? —Me hago el sueco.

—Habla más bajo —me pide, dándome un golpe con la copa en el hombro. Tuerzo los labios con desaprobación al ver que unas gotas de alcohol mojan mi ropa, pero no digo nada—. La amiga de Melissa y Carlos no dejan de mirarse en lo que llevamos de noche. Es como si estuvieran manteniendo conversaciones guarras por telepatía.

—Estás borracha.

—Todavía me quedan dos copas para estarlo de verdad. —Saca la lengua y vuelve a recostarse en el sofá, abriendo las piernas sin cuidado. Melissa pega un salto del suelo y se sienta encima de Gala—. ¿Qué haces? Baja, que pesas mucho.

—Antes cierra las piernas y siéntate bien —le recrimina—. Los amigos de Bruno te están comiendo con los ojos.

Gala las cierra como una trampa para ratones y se lleva la copa a la altura de los labios para disimular la vergüenza que siente.

—Ahora Carlos solo va a mirarte a ti —apunto susurrándole a la oreja—. Si querías repetir lo de los churros con chocolate gratis, lo estás haciendo fenomenal.

—Calla, imbécil. —Y nos entra la risa tonta a los dos, mientras Melissa parece haberse perdido a la mitad de la historia.

Comenzamos a abrir el grupo y relacionarnos con todos. Algunos me caen mejor y eso, pero en general las conversaciones fluyen como si fuésemos amigos de hace años. Imagino que el alcohol tiene parte de la culpa. Estamos tan cómodos que no nos hemos dado cuenta de la hora que es. Decidimos repartirnos en los coches y acepto el brazo de Gala durante el trayecto a la discoteca. En un momento dado creo que va a pedirme un beso, pero al final solo era para dármelo en la mejilla. ¿Por qué se me ha acelerado el corazón? Es solo un beso inocente de dos amigos.

Me alegro de haber cumplido con mi palabra de no beber más de dos copas esta noche. Sé que con el alcohol se me va un poco todo de las manos, y no quería fastidiar las cosas con Carlos. Prefiero prevenir que curar, a ver si iba yo a irme de la lengua o intentar metérsela delante de Bruno.

Reviso los mensajes con la esperanza de encontrar uno de Alex, pero no he recibido ninguno nuevo. Llevo toda la noche esperando para saber si finalmente viene o no a la misma discoteca que nosotros. La pregunta que le había escrito hace cuatro horas se queda flotando en otra dimensión, sin encontrar una respuesta a la que agarrarse. Probablemente esté durmiendo o borracho como una cuba, y por eso se le haya pasado contestarme. Tanto en uno como en otro caso me molesta.

—¿Y esa carita? —Melissa imita mi puchero y después lo cambia por una sonrisa.

Pues mira, me estoy liando con Alex y estoy pendiente de si viene o no esta noche a la misma discoteca. Ya sabes, para volver con él a casa cuando nos entre el calentón.

—Eh, nada. ¿Por qué?

—Parecías preocupado... —Aprieta con sus dedos en mi pierna y me hace cosquillas—. ¿Esperas el mensaje de alguien especial?

—No. —El corazón me va a mil, y eso que el conductor respeta los límites de velocidad. Menos mal.

—En ese caso, guarda el móvil y saca la alegría. ¡Tiene que ser una noche de diez!

Y estoy alegre, en serio. La desilusión ha sido momentánea. Con Alex todo se magnifica siempre, aunque supongo que eso también es parte de estar enganchado a él.

El coche aparca en la puerta de la discoteca y esperamos al resto para entrar. Pronto nos atienden tres gorilas calvitos de metro noventa, y yo no sé si estoy en un pub o en una peli de Tarzán. Para sorpresa de todos, las amigas de Melissa deciden despedirse y regresar a casa, con la excusa de que mañana tienen que estudiar, pero sabemos que es porque esperaban conseguir entrar gratis y finalmente no ha podido ser. Melissa las abraza con un atisbo de desilusión. Dentro la música suena tan fuerte que casi tenemos que comunicarnos por mímica. El alcohol y el sudor se propagan como un virus sobre cuerpos con piel tersa y ropa demasiado apretada.

Me alegra ver que Carlos no intenta ningún tipo de acercamiento conmigo. Ambos fingimos habernos conocido esta noche y me sorprende la naturalidad con la que nos hemos enfrentado al encuentro inesperado. Nosotros sabemos cosas que nadie más sabe, a excepción de Gala. Bueno, en realidad Gala piensa que lo sabe todo, pero no se imagina hasta qué punto nos conocemos de bien. Y esa idea resulta excitante.

Durante la noche voy cambiando de pareja entre Gala y Melissa. Un amigo de Bruno trata de acercarse a Gala, pero ella, tras aceptar girar sobre su mano y sonreír amablemente, vuelve rápidamente junto a mí. Sin embargo, parece que a Gala no van a dejarla en paz en toda la noche. Es ahora un señor, que bien podría ser su padre, el que se le acerca por detrás y le pregunta algo al oído. Ella lo rechaza y me señala, imagino que para decirle que soy su novio. El señor me mira de forma intimidante, pero lo dejo pasar. No quiero meterme en peleas ni malos rollos. Además, ese hombre es el doble que yo.

Ahora vuelvo a tener a Gala a mi derecha y Melissa no tarda en ponerse a mi izquierda. Me están haciendo un claro espantapájaros de cara al resto de chicas. Solo por eso debería darles las gracias, pero, como quedaría un poco raro, me limito a dibujar una sonrisa en mi rostro y seguir bailando mientras el sudor convierte la ropa en mi única piel.

Hay un momento de la noche en el que Gala desaparece. Es Melissa la primera en darse cuenta y, preocupada, insiste en ir a buscarla. Comenzamos a recorrer solos toda la discoteca, peinando cada zona. Nos apretamos con cuerpos que se agitan y bailan al ritmo de la música. La mayoría de ellos borrachos que apenas se sostienen en pie, grupitos de chicas que se limitan a crear círculos cerrados y hombres merodeando solitarios, con ojos de buitre. Al no conocer bien el sitio, debo andar con cuidado para no tropezar con alguna escalera, aunque sortear las copas rotas es lo más complicado. Avanzamos tan despacio y está tan lleno que resulta irónico pretender encontrar a alguien. La marea de gente es un escondite en sí misma.

Desistimos cuando nos damos cuenta de estar saludando a Bruno y sus amigos por tercera vez. ¿Dónde se ha metido Gala?

Carlos me mira con disimulo y parece guiñarme un ojo, cómplice. Pero no sé si ha sido así o me lo he imaginado, por el juego de luces y sombras que proyecta la discoteca sobre nosotros.

Alguien se acerca por mi derecha y grita en mi oído:

—Los baños —comenta Bruno, como si resultara evidente.

En el de mujeres hay una fila interminable. La puerta permanece abierta y desde mi altura puedo ver a unas diez chicas luchando por ganarse un hueco enfrente del espejo. Jamás en mi vida había visto tanto rímel y barras de labios juntos, en serio.

Le pido a Melissa que no se mueva del sitio, prometiéndole volver una vez haya echado un vistazo en el de hombres.

—Pero no tardes.

—No tardo. Y en serio, no te muevas. Vuelvo en dos minutos.

En cuanto abro la puerta, hay tanta luz que me veo obligado a entrecerrar los ojos. Además, el

olor a pis es tan intenso que empiezo a toser un par de veces. Pero ¿por qué la gente es tan guarra? Dos chicos están meando en los urinarios y dialogan sobre el que parece ser el partido de sus vidas. Después la conversación deriva en quién la tiene más grande. Parece ganar el de la izquierda, por la cara de sorpresa del otro. La verdad es que no me apetece hacer de juez, deberán ponerse de acuerdo solitos.

El baño es bastante pequeño y los espejos están manchados con restos de jabón. No queda papel, e intuyo que el secador eléctrico tampoco funciona porque está abollado.

Cuando terminan los dos chicos, me fijo en que todas las puertas individuales permanecen cerradas. Una corazonada crece en mi interior, latiendo con fuerza. Por alguna razón, sé que Gala está aquí. Trato de abrir alguna, pero han echado el pestillo. Decido golpear en las tres con los nudillos y pregunto por mi amiga. Al pronunciar su nombre, oigo un gritito de sobresalto. La voz de Gala ha sonado casi inaudible, efímera y apagada, como un pequeño error. Pero yo estoy lo suficientemente cerca como para poder confirmar lo que ya sospechaba e inevitablemente siento quitarme un peso de encima. Es ella.

—Por fin, joder.

Me quedo detrás de una de las puertas y vuelvo a llamar:

—¿Gala? Melissa y yo llevamos media hora buscándote. ¿Estás bien?

Silencio.

—Gala, voy a entrar —le advierto, aunque sé que la puerta está cerrada por dentro y no puedo hacerlo.

Uno de los compartimentos chirría levemente al empujarse. Veo salir a un chico, pero no había nadie más con él. La tripa se me revuelve al ver que no ha tirado de la cadena. Me subo sobre la tapa, apoyando ambas manos en la pared para mantener el equilibrio. Al asomarme, me agacho rápidamente porque acabo de verle el pene a un tío que no conozco. Y no, ahí tampoco estaba Gala.

Cojo aire y vuelvo a repetir la operación a la inversa. Apoyo ambas manos con cuidado sobre el borde, tomando mayores precauciones antes de decidirme a mirar.

Pero lo que encuentro me deja sin respiración.

Retrocedo un paso instintivamente y eso hace que resbale y termine cayendo al suelo. Me levanto y mi cuerpo entiende que el dolor físico no es relevante ahora, porque emocionalmente me siento abatido.

Noto formarse un nudo en mi garganta. Un nudo cada vez más fuerte que me aprieta el corazón y muerde mis miedos, avivándolos.

Empujo la puerta. Las piernas me flaquean y siento que no me responden. Me veo obligado a sujetarme con las manos a todo lo que veo, para no sucumbir al mareo.

Cuando consigo salir casi no me fijo en Melissa. Ella me mira preocupada.

—¿Qué ha ocurrido?

No respondo.

—Eric. Va, en serio. Me estás asustando.

No quiero cerrar los ojos, por si se me cae alguna lágrima al abrirlos de nuevo.

Me limito a contestar sin mirarla.

—Gala está bien, pero yo me voy a casa.

—¿Qué?! Tú no te vas a ninguna parte.

—Para mí la fiesta ya ha acabado.

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Os habéis peleado?

—No. De hecho, creo que ella no me ha visto. —Tomo aire, porque tengo la sensación de estar ahogándome—. Aunque sabe que estaba buscándola, porque la he llamado un par de veces cuando estaba dentro.

Melissa recorre mi cuerpo con la mirada, nerviosa.

—No entiendo nada, Eric. Pero estás temblando. —Me agarra una mano y la aprieta—. Debes calmarte y contarme qué has visto.

El nudo vuelve a ceñirse en mi garganta.

—Como ya he dicho, Gala está bien. Si quieres saber por qué, entra tú misma.

—No seas así. Cuéntame qué coño pasa.

Pero soy incapaz de decirlo en voz alta. Eso sería demasiado.

—Lo siento, te lo juro. Te escribo cuando llegue a casa, ¿vale?

—¿Y me dejas sola?

—Perdón, Melissa.

Salgo sin despedirme de Bruno y sus amigos. No quiero ver a nadie y estoy rodeado de gente. Nado a contracorriente hasta llegar a la puerta. Escondo el brazo cuando el portero trata de ponerme el sello en la muñeca y, una vez fuera, empiezo a correr.

Solo puedo correr.

Alejarme de todo.

Como si de esa forma fuese a conseguir huir de lo que he visto.

Pero la imagen de Gala follando con Alex me sigue a todas partes.

Apoyo la espalda contra la pared y me dejo caer en el suelo lentamente. Siento en mi pecho dos manos ejerciendo presión, como si trataran de romperme los huesos. Quizá sea el frío. No sé dónde estoy, aunque ahora mismo no importa. Agotado, vuelvo la cabeza y observo el final de la calle. Debo de haberme alejado bastante del centro, porque esta zona no me suena.

Oigo a un grupo de chicos que pasean cerca de mí. Son cuatro chicos dos o tres años mayores que yo. El de la capucha me pide fuego al verme. No contesto.

—Tío, te estoy hablando.

No fumo, lo siento.

Pero solo suelto aire.

—Déjalo, tío. Estará metido de coca hasta el culo.

Después se pierden en la oscuridad de Madrid.

Me aprieto la cabeza con ambas manos, odiándome a mí mismo por ser tan estúpido. ¿Por qué he confiado en él? Debería haber previsto que nada de esto iba a salir como yo esperaba. ¿En serio creía que acabaría teniendo algo estable con Alex? ¿Y luego qué? ¿Una casita juntos y tres hijos?

Palabras malsonantes empujan para salir de mi boca a borbotones, como una herida abierta que solo puede sangrar. Grito. Grito tanto que cualquier persona con la que me cruzo acelera el paso o se da la vuelta. Lo sigo haciendo hasta que mi voz se rompe y me quedo afónico.

Nada de esto sirve para que me haga sentir mejor.

Me pongo en pie. Un manto negro cae sobre dos ojos que ya no fabrican más lágrimas. Porque lo he llorado todo. Echo la cabeza hacia atrás y miro al cielo. No encuentro estrellas, pero sí un nuevo motivo por el que gritar. Y esta vez se me escapa su nombre.

—Alex...

Después vuelvo a visualizar la imagen en mi cabeza y encuentro en ella a Gala encima de él, atrapando su erección y moviéndose en su regazo. Y a Alex sujetando el vestido a la altura de su pecho, mirándola con deseo y la mandíbula apretada.

Sé que pensar en ellos es la forma más macabra de autolesionarme internamente, pero resulta ridículo no darle vueltas a otra cosa. Supongo que la fragilidad del amor es demasiado peligrosa, porque se puede romper fácilmente. Y hasta un tonto sabe que solo corta el corazón que está roto.

Mi móvil no deja de sonar en toda la noche y acumula tres llamadas de Gala, una de Melissa y nueve de Alex. Imagino que Gala habrá hablado con Melissa y estará preocupada. Después, Gala

se lo ha tenido que contar a Alex. Al final he optado por silenciar el teléfono. Los tres me han dejado mensajes al ver que no contestaba:

Gala: Eric, siento mucho que te haya afectado lo que has visto. Necesito hablar contigo. Dios, se me ha ido la cabeza por completo.

Gala: Cógeme las llamadas, por favor.

Gala: Eric, va en serio. No me dejes así. Estoy preocupada. ¿Dónde estás?

Gala: No se te ocurra hacer ninguna tontería. De verdad que lo siento. Perdona si te he fallado.

Gala: Es que llego a saber que te vas a poner así y no hago nada con él. Joder, Eric. Contesta, porfa.

Melissa: Eric, ¿todo bien? ¿Has llegado a casa? Gala está preocupada y no deja de preguntar por ti. Me ha contado lo que ha pasado ahí dentro y... no sé. Quiero hablar contigo. Por favor, llámame.

Melissa: Entiendo que estés así. Sé que no debe de ser fácil ver cómo tu mejor amiga se tira al tío que te ha puteado, pero Gala no lo ha hecho con esa intención.

Melissa: La tengo conmigo y está llorando. Se siente fatal. No seas duro con ella, ¿vale? Está realmente arrepentida.

Pero, sin lugar a dudas, el mensaje de Alex era el que más me interesaba leer:

Alex: La he cagado.

Tres palabras que resumen perfectamente cómo ha mandado todo a la mierda. No ha escrito nada más, porque no hace falta. ¿Para qué? Sabe de sobra lo que supone esto. Lo peor de todo es que él era consciente antes de hacerlo y, a pesar de ello, ha tomado esa decisión.

Ahora deberá aceptar la mía.

Mi mano se aprieta en el móvil y estoy a punto de tirarlo al suelo. El Alex del que yo me enamoré no es el que he visto esta noche. Se me hace raro imaginarnos a los dos manteniendo una relación en secreto, haciéndonos el amor en la habitación roja y, sobre todo, confiando el uno en el otro. Se me hace raro, sí, porque ahora solo puedo ver a un cerdo con su cabeza sudando en brazos de Gala.

No quiero saber nada más de él.

Se acabó.

Todavía no sé cómo he llegado a casa. Algo en mi interior se ha sacudido al pasar frente a mi portal. Solo he tenido que introducir la llave y subir. ¿Cuánto tiempo llevo caminando?

Me planto frente al espejo y, joder, tengo una pinta horrible. Hago un cuenco con las manos y el

agua tibia resbala por los huecos que encuentra mientras yo acerco el líquido a mi cara. Tengo los ojos rojos y las ojeras hundidas, además de un remolino horrible en el pelo. Paso los dedos por los mechones más rebeldes, tratando de aplastarlos contra mi cuero cabelludo. Después me quedo pensando en todas las historias que recoge esta casa.

 Mi madre guarda un secreto que Laura y yo conocemos.

 Mi hermana sigue sin conseguir enamorarse de Raúl.

 Yo tengo que sacar a Alex de mi corazón.

Demasiadas cosas como para tratar de conciliar el sueño. Sin embargo, nada más entrar en mi habitación me descalzo, tiro el abrigo al suelo y me tumbo sobre la cama, sintiéndome vencido por el agotamiento. Mi cuerpo se aprieta en postura fetal contra la almohada, atrapándola con las piernas y hundiendo la cabeza en busca de él. Pero solo me encuentro a mí, e imagino que eso lo complica todo.

No tardo en dormirme. Los párpados me pesan y terminan llevándome a otro lugar donde no se oyen despedidas y solo existen los comienzos. Pero es mi instinto (animal) el que me invita a no moverme de mi lado de la cama.

 Por si te despierto.

—Mamá me ha dicho que está cansada de llamarte para comer. —Laura se apoya en el marco de la puerta, cruzándose de brazos—. ¿Vas a venir o...?

—No tengo hambre. —Hundo la cabeza bajo la almohada, en un intento por librarme de los haces de luz—. Dile eso.

—Se va a enfadar.

—Pues que se enfade.

El móvil empieza a sonar cerca de nosotros. No hace falta que mire la pantalla para saber quién es.

—Parece importante.

—¿Por qué dices eso?

—Hombre, porque sea quien sea, te está llamando cada cinco minutos. Por lo menos, ponlo en silencio.

La musiquita se extingue y Laura relaja los hombros. Pero la tregua es efímera, y el teléfono vuelve a agitarse sobre la mesita de noche, pareciendo querer moverse para llegar hasta mí. Lo atrapo y rechazo la llamada mientras leo el nombre de Alex. ¿Es que no entiende que no pienso hablar con él?

Lo tiro dentro del cajón.

—¡A comeer! —grita mi madre desde la cocina.

—¿Le digo entonces que no tienes hambre?

—Sí.

—No hemos vuelto a hablar nada sobre el tema de la carta.

—¿Quieres hablarlo otra vez?

—Me gustaría saber si has decidido algo.

—No lo he hecho.

—Y ¿cómo estás? Me refiero, ¿cómo lo llevas?

—Supongo que bien. ¿Tú?

—Se me hace raro pasar rato con mamá.

—Yo la estoy evitando.

—¿Por eso no quieres venir a comer?

—No. No quiero ir a comer porque no tengo hambre.

Laura parte una uña con sus dientes. Está nerviosa.

—Eres fuerte. Desde el principio has sido el más fuerte de los dos.

—Eso no es verdad.

Nuestro padre entra en la habitación y nos recuerda, cansado, que la comida está en la mesa. Al mirarlo, de alguna forma me siento culpable.

Al final me presento en pijama, con el pelo despeinado y con cara de haber dormido un par de horas. Pensarán que he vuelto a casa borracho, pero solo tengo la resaca que supone haber visto al chico del que estás enamorado teniendo sexo con tu mejor amiga. Casi nada.

—¡Ya era hora! —protesta mi madre—. Los garbanzos se habrán quedado fríos. La próxima vez hacéis la comida vosotros.

No tengo estómago para comer, pero me esfuerzo en subir las cucharadas y llevármelas a los labios. El contenido del plato va disminuyendo, aunque siento que la comida cae en un saco vacío. Al terminar recojo las cosas y vuelvo a encerrarme en mi habitación. Unos minutos más tarde, alguien llama a mi puerta. ¿No pueden dejarme en paz? Es mi hermana, otra vez.

—He pensado que podríamos hacer algo juntos —dice levantando las cejas y dibujando una sonrisa.

—¿Tú y yo?

—¿Qué pasa? No es tan raro.

—Nunca hemos hecho planes juntos.

—Pues ya va siendo hora, ¿no crees? Además hace un día de mierda. Podemos ir al cine.

—¿No has quedado con Raúl?

—No.

—Pero entre vosotros está todo bien, ¿no?

—Ah, sí, sí. —Esconde un mechón de pelo detrás de su oreja—. Está todo bien.

—¿Seguro?

—Creo que volvemos a ser nosotros. Tampoco es que sienta las mariposas del principio, pero lo he hablado con una amiga y dice que eso pasa siempre, que es normal.

—¿Y ya está?

—No te entiendo.

—¿Vas a conformarte?

Mi hermana parece sorprendida por la pregunta.

—No me estoy conformando.

—Pero no estás enamorada.

Chasquea la lengua.

—En toda relación siempre hay alguien que siente más que el otro.

—No pierdas tu vida en algo que no te hace sentir de verdad.

—Y tú qué sabes.

—Tienes razón, no tengo ni idea.

—Mira, ahora mismo Raúl es un gran apoyo para mí. —Su voz sale vibrante—. Y me quiere. Y

yo lo quiero a él.

—Pero no estás enamorada.

Laura dirige la mirada hacia la ventana, hacia el cielo nublado donde las nubes se aprietan a punto de exprimirse. De alguna forma, soy capaz de imaginarme esas mismas nubes en sus ojos, como si estuviera a punto de llorar.

—Como ya te he dicho, tú eres el más fuerte de los dos.

Al final no voy al cine con mi hermana, porque mi madre acaba de avisarme de que Melissa está abajo. ¿Qué hace aquí? La saludo con dos besos y ella se pega a mí como un koala y no me suelta.

—Estoy bien, ¿eh? No se ha muerto nadie y Gala solo es mi amiga.

—Se le fue la cabeza anoche y ahora se arrepiente de todo, claro. Eso le pasa por beber sin control. —Intenta darle un tono desenfadado, pero no le sale. Está mintiendo.

—Melissa, sabes mejor que yo que Gala no estaba borracha.

—Bueno... lo estaba. Un poco.

—No.

Entonces abre mucho los ojos, como si necesitara que alguien le diese la razón. Y no llego a comprender muy bien por qué.

—¿Hay algo que quieras decirme sobre Gala? Y no me refiero solo a lo de ayer.

Se revuelve incómoda.

—Es por lo que te comentó Bruno, ¿no? —Gira sobre sí misma y entrecierra los ojos—. Te juro que un día de estos lo mato.

—¿Por qué siempre soy el último en enterarme?

—Tienes que hablarlo con ella.

—Cuéntamelo tú.

—No puedo —se disculpa, agachando la cabeza—. Le prometí que no te diría nada. No es a mí a quien le corresponde hacerlo.

—¿Dónde está?

—¿Gala? Hemos quedado con ella y Bruno en quince minutos.

—¿Hemos?

—Sí, así que ponte guapo y mueve el culo.

—No me apetece nada el plan. Lo siento.

—Ni a mí que te fueras y me dejaras sola. Me debes una solo por eso. ¡Y tampoco me has contestado los mensajes! Eso cuenta como una segunda. Va a ser poco rato, pero vas a venir. ¿Entendido?

—Supongo que no me queda otra.

—Como ya he dicho, mueve el culo. —Y me guiña un ojo.

Gala y Bruno nos esperan sentados en la escalera de los Cines Callao. Gala se muestra

borracha de arrepentimiento y Bruno, borracho a secas. Creo que todavía no se le ha bajado del todo el pedo, porque las palabras salen pastosas por su boca y dejan un regusto a licor barato. Estoy tentado a comprarle un chicle de menta y metérselo a la fuerza, porque no deja de hablarme al oído y el aliento choca contra mi nariz, lo cual es desagradable y asqueroso. Gala y Melissa caminan por delante de nosotros, cogidas por el brazo y cuchicheando. De vez en cuando me doy cuenta de que miran hacia atrás para mirarme y luego vuelven a lo suyo.

Entramos en un bar a la altura de la plaza de Santo Domingo. Es una zona apartada del ajetreo de Callao, perfecta para tomar unas cervezas o un café con los amigos sin dejarte más de tres euros por cabeza. Pido una Coca-Cola normal y arrugo la frente cuando oigo a Bruno preguntar por las cervezas. «Nada de alcohol», le recrimino, y se me queda la sensación de ser su padre.

Casi mejor si dejas el tema de los padres para otro momento.

La conversación es superficial y a veces se forman silencios incómodos. Gala y yo evitamos mirarnos a los ojos a no ser que sea estrictamente necesario. Sé que las intenciones de mis amigos son buenas, pero para hablar con Gala necesito estar solo.

—Yo me tengo que ir —se excusa Melissa mirando el móvil—. Bruno, ¿te vienes conmigo?

—Pero si todavía es pronto. Vamos, ¿no te quedas un ratito más?

Melissa pone los ojos en blanco y tira de su chaqueta.

—Vale, vale. Lo he pillado.

En la distancia, puedo ver cómo mi amiga le da un tirón de orejas a Bruno y él trata de escabullirse.

—¿Por qué sonríes? —La voz de Gala me sacude, como si hubiese olvidado que ella sigue aquí.

—Nada, Melissa le ha tirado de la oreja a Bruno y me ha hecho gracia.

—Ah, vale.

Doy un sorbo a la Coca-Cola y me revuelvo el pelo. Los hielos se han derretido en el refresco y ya no me gusta su sabor.

—Seré clara —dice entonces, mientras observa los movimientos de mis manos haciendo girar el vaso—. Tengo la sensación de tener que pedirte perdón, pero sigo sin saber muy bien por qué. ¿Por desaparecer en mitad de la noche? Vale, lo siento.

—No tienes que pedirme perdón por nada.

—Pero no estamos bien —me dice.

—Pero no estamos bien —repito.

—A ti lo que te molesta es lo que hice con Alex —farfulla. Y yo me limito a encogerme de hombros—. ¿Por qué, Eric? ¿Es por celos?

—No.

—¿Sientes que te he fallado de alguna forma?

—No.

—Mientes. Claro, soy tu mejor amiga y me tiro al chico que te putea. Visto así parezco una

persona horrible. Y me da rabia, porque lo de Alex es un tema que ya hablé contigo y estabas de acuerdo en que podía hacer lo que me apeteciese con él.

—Y lo has hecho.

—Pero ahora te has enfadado.

—No estoy enfadado contigo.

—Te fuiste sin decir nada. No contestabas al WhatsApp y nos jodiste la noche.

—Me afectó verte con Alex.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—No.

—Está bien, no me lo cuentes si no quieres.

—Creo que tú también tienes algo que contarme —le suelto entonces.

A Gala le cambia la cara.

—¿Yo?

—Bruno y Melissa saben algo, pero me han dicho que te corresponde a ti decírmelo.

—Los voy a matar.

—Eso mismo ha dicho Melissa sobre Bruno.

Se levanta del asiento.

—Mejor otro día, por hoy ya han sido demasiadas emociones.

—¿Te vas?

—Sí, pero antes quiero que me des un abrazo.

—¿Por qué quieres que te abrace?

—No estamos bien y quiero que eso cambie.

—Han cambiado muchas cosas.

—Seguimos siendo los mismos.

—Vale. —Pero sé que no es verdad.

Abrazar a Gala se me hace extraño. Los dos forzamos una sonrisa. Me despido de ella antes de que se pierda entre la marea de gente, como una botella sin abrir con un mensaje dentro.

Alex: Tienes fuego?

No podría explicar con palabras lo que siento al leer ese mensaje.

Me asomo a la ventana. La calle está oscura y el aire revuelve mi pelo. Miro hacia abajo. Ahí está Alex. Abre la puerta del coche con tranquilidad, se sube al capó y se muerde el labio inferior en cuanto me ve. Sus ojos azules se clavan sobre los míos, como una flecha punzante que consigue sujetarme la cabeza para que no deje de mirarlo.

—¿Tienes fuego? —grita juntando las manos alrededor de su boca.

¿Qué hace? ¿Se ha vuelto loco?

—¿Tienes fuego? —repite.

—¡Calla! —Saco la cabeza por la ventana, olvidando que corro el riesgo de caerme.

—Baja.

—No.

—¿No tienes fuego?

—No.

—Podemos estar así toda la noche.

—Por Dios, ¿quieres dejarlo ya?

Mi madre y mi hermana están en la cocina, y mi padre, viendo la tele en el salón. Ambas habitaciones se encuentran lo suficientemente lejos como para que no lo oigan. O eso creo.

—Sigo esperando.

—Vete.

—Sabes que no funciona así.

—Que te vayas.

—Va a ser que no.

Me revuelvo el pelo nervioso.

Un vecino empieza a protestar porque está haciendo demasiado ruido e incluso llega a amenazarle con llamar a la policía. Alex ni se molesta en mirarle, le da exactamente igual. Al final mi vecino desiste y baja la persiana, no sin antes sacarle el dedo corazón.

—No quiero tener problemas con los vecinos por tu culpa —le increpo.

—El problema lo vas a tener como no bajas ahora mismo.

—¿Es una amenaza?

—Es un aviso.

—Te doy yo otro: no quiero verte. Así que vete de una puta vez.

—Necesito hablar contigo.

—Yo lo que necesito es que desaparezcas.

—No lo dices en serio.

—Vete a la mierda, Alex.

—Dame un beso, Eric.

Después extiende los brazos, retándome. Casi parece que se esté burlando de mí.

Necesito quitármelo de encima, aunque no se me ocurre nada. Si empezamos como Romeo y Julieta pero en versión gritos y reproches, se va a enterar mi familia y el vecindario entero.

Harto, busco por mi habitación cualquier objeto que pueda lanzarle. El poemario parece guiñarme un ojo en la estantería. No, el libro no. Al final cojo la botella de dos litros que tengo sobre la mesa y le quito el tapón. Me asomo por la ventana y calculo la intensidad con la que tengo que apretar la botella para darle.

Todo transcurre muy rápido.

Estrujo la botella y Alex cierra los ojos. El agua chapotea sobre su pelo y lo oigo maldecir.

—Pero ¿qué hostias haces? —Escupe y arruga la frente.

Está empapado, de forma que ahora la tela se adhiere a su piel y marca todos y cada uno de sus músculos. Sabía cómo era su anatomía, es solo que no lo recordaba tan fuerte, tan adictiva... Pasa la camiseta por encima de su cuello y la utiliza para secarse los hombros antes de lanzarla dentro del coche. Después de eso se sacude el pelo y vuelve a mirarme, pero la forma en que lo hace difiere bastante de la anterior, ahora es oscura y fría.

Alex tensa los labios formando una línea recta. Entra en el coche pegando un portazo, da marcha atrás y avanza por la carretera, desapareciendo de mi campo de visión.

Me quedo unos segundos estudiando el hueco vacío que ha dejado al retirar el coche, mientras siento que en mi interior se abre uno nuevo.

Vuelvo a la cama. Ya no puedo contar ovejas, pero puedo susurrar tu nombre hasta que el sueño te devuelva a mi lado.

No funciona.

Necesito distraerme para dejar de pensar en Alex.

La idea de darle vueltas a la relación de mi hermana y Raúl no me seduce. Y sé que alimentarme de la situación en la que se encuentra ella no va a hacer que me sienta mejor.

Empiezo a pensar en mi madre. En mi madre y su secreto.

A veces tengo la sensación de que debería enfadarme por lo que hizo. Está mal, horrible. Otras veces me veo en cierta forma reflejado en ella. Todo se resume a que los dos escondemos algo que no queremos contar. Y si mi madre no quiso enviar la carta, ¿no debería respetar su decisión al igual que yo quiero que respeten la mía de no compartir mi secreto?

Vale, quizá no haya sido el mejor resumen del mundo. Quizá sean dos cosas diferentes. No es lo mismo ser gay que tener una aventura con otro hombre antes de casarte y no saber si es el padre de tu futuro hijo.

Lo que sí tenemos en común mi madre y yo es que ambos nos hemos abierto en canal sobre un trozo de papel. Porque al final, este diario no deja de ser una carta para mí mismo.

Desde esta mañana mi madre no para de preguntarme si me pasa algo. Yo siempre le contesto lo mismo, que estoy bien. No me cree, así que vuelve a insistir. Odio que haga eso.

—¿Por qué no me cuentas qué te pasa?

—Por enésima vez, mamá, no me pasa nada.

—Tanto tú como tu hermana lleváis unos días evitándome. ¿Te crees que no me he dado cuenta?

—No te evitamos. Son imaginaciones tuyas.

—Sí lo hacéis. Y si está pasando algo quiero saberlo ya.

—Joder, ¿otra vez con lo mismo?

—Te he oído llorar en tu cuarto...

—Eso no significa nada —contesto serio.

—¿Por qué llorabas? —insiste.

—Mamá, me estás agobiando.

—¿Por qué está así Laura?

—No lo sé.

—Mientes.

—Todos mentimos alguna vez.

—¿Esta es una de esas veces?

—No lo sé —repito.

Mi madre arruga la nariz.

—Dímelo.

—No puedo.

—Sí que puedes.

—No es tan fácil.

—Dímelo.

—He leído tu carta.

No soy consciente de lo que he dicho hasta que oigo mi propia voz. Intento tragar saliva, como si así las palabras fuesen a volver a mi estómago.

Mi madre parpadea antes de apoyar una mano en la pared. Su cuerpo se tambalea y por un segundo pienso que está a punto de caerse, pero finalmente se mantiene en pie.

El silencio se posa en mi nuca y siento una corriente eléctrica. La sensación se expande hasta mi pecho y lo oprime. Después viene un escalofrío. Sin embargo, sé que mi madre lo está pasando

peor que yo.

—¿Mi carta? —Mira hacia arriba, como si quisiera rescatar un recuerdo lejano y doloroso—. ¿Qué estupidez es esa?

Se lleva una mano a la boca y comienza a pelear con una uña. Ella nunca se las muerde y odia a la gente con la mala costumbre de hacerlo.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —le replico. Lo único que tengo claro ahora es que quiero la verdad, soy incapaz de pensar en otra cosa—. Me merecía saberlo mucho antes. Era lo justo, pero no fuiste lo suficientemente valiente, ¿no?

La imagen de mi madre se emborrona y cierro los ojos para dejar que las lágrimas salpiquen mis mejillas.

—¿Cómo la has encontrado?

—Eso no importa. —Echo la cabeza hacia atrás y suelto aire—. Estoy flipando contigo, muchísimo. Esto me parece surrealista.

Mi hermana entra en la habitación.

—Ahora no, Laura —le pide mi madre—. Déjanos solos.

—Yo encontré la carta —interviene mi hermana.

—¿Tú?

—Fue sin querer, no sabía qué era hasta que la leí.

—Pensaréis que vuestra madre es horrible.

—Pienso que tomaste una mala decisión.

—Tenía mis motivos.

—¿Motivos? No me jodas, mamá. Tú lo que tenías era miedo.

Se limita a asentir con la cabeza, escondiendo sus ojos, mirando el suelo de madera. Jamás la había visto de esta forma, tan apagada y avergonzada. Pero no puedo permitirme sentir lástima por ella ahora. Antes tengo que terminar de conocer toda la verdad.

—Necesito preguntarte algo —le digo—, pero tienes que prometerme que serás completamente sincera conmigo.

—Está bien.

Trago saliva. Una gota de sudor traza una línea recta por mi espalda.

—El hombre que vino a la exposición..., aquel tipo que nos pareció tan raro.

—El que compró tu obra —me ayuda mi hermana.

—Eso, el que compró tu obra —repito. La cabeza me da vueltas y casi no logro ordenar las palabras antes de pronunciarlas—. Es él, ¿verdad? —Mi cuerpo entero está temblando—. ¿Es mi padre?

Gracias a que en ningún momento dejo de mirarla a los ojos puedo ver cómo sus pupilas se dilatan. No solo eso; algo se revuelve en su interior, rasgándose como si fuera una cáscara de huevo.

—No, Eric.

—¡No me mientas! ¡Tengo derecho a saber la verdad!

—Pierdo los nervios. Mi hermana me sujeta con una mano, pero no es suficiente—. Desde el día que me tuviste no has hecho nada más que mentirme con esto. —La ira afila palabras en mi boca, como un cuchillo puntiagudo—. Deja de esconderte y dime de una puta vez si ese señor es o no es mi padre.

Inmediatamente después, me arrepiento por la forma en la que se lo he pedido, pero ya está hecho. No hay vuelta atrás. Para ella tampoco.

—No lo sé, esa es la verdad —dice con una leve vibración en su voz—. Nunca lo he sabido.

—Entonces entiendo que podría serlo.

—Podría, sí. Pero no lo sé.

Sonrío amargamente.

—Y ¿cómo consigues dormir por las noches después de eso?

—Ha pasado mucho tiempo, Eric.

—Veinte años —le digo.

—Veinte años —repite.

Miro a Laura y después de nuevo a mi madre.

—Es que cada vez que lo pienso te juro que no me lo creo. Dime que esto es una broma. Dime que es una puta broma.

—Eric, tranquilízate —me pide mi hermana.

—Perdóname, hijo.

—Ahora no, mamá —responde Laura, cambiando los papeles.

Mi madre tiene los ojos rojos y las lágrimas le mojan las mejillas y parte del cuello.

—No se lo hemos dicho a nadie —suelto entonces.

—¿A papá tampoco?

—No. Pero se lo vas a decir tú.

Despierto con la sensación de que la alarma ha sonado por error y todo es una especie de broma. Pero no lo es y tengo que prepararme para ir a clase. Antes de hacerlo, me siento sobre la silla del escritorio y abro el diario en la última página donde lo dejé para dibujar en ella un gran rectángulo. Trazo el primer guion de lo que será una lista. Necesito ordenar todo lo que está pasando en mi vida para ver si de esa forma consigo atisbar una percepción distinta de mí mismo, otro punto de vista, una solución subyacente. Cualquier cosa que me ayude a mitigar la sensación de estar hundiéndome en una profunda oscuridad en la que nunca consigo tocar fondo.

Me llevo los dedos a la boca, pensando en lo que voy a poner antes de empezar a escribir.

—Estoy viviendo en una mentira fingiendo ser alguien que no soy.

—He pillado a Alex y Gala follando en los baños de la discoteca.

—Alex y yo hemos terminado nuestra relación (o lo que fuera que tuviésemos).

- Gala guarda un secreto que no se atreve a contarme.
- Mi madre ya sabe que Laura y yo hemos leído su carta.
- El hombre que compró el cuadro podría ser mi padre.

Definitivamente, mi vida ahora mismo puede ser el guion para una nueva serie de Netflix.

Releo lo que he escrito. Suspiro. Creo que lo que pretendía conseguir con todo esto no ha servido de mucho, porque cuando intento no pensar en algo de lo que he anotado, mi cerebro pasa al siguiente problema, después a otro, y así sucesivamente hasta volver al primero. La cabeza me palpita, como si de alguna forma el corazón se encontrase ahora mismo en ese punto de mi cuerpo.

Me quito el pijama. Debo de tener unas ojeras horribles, aunque supongo que eso es lo de menos. Al atarme los cordones, mi mano roza con las sábanas. Quedarme durmiendo se presenta como la opción más apetecible y mis ojos se van cerrando poco a poco. Pero no puedo caer en la tentación de esconderme aquí. Tengo que ir a clase, por mucho que me disguste la idea.

Estoy cogiendo las llaves cuando percibo un ruido al fondo del pasillo. Me doy la vuelta y veo a una mujer con camión blanco y el pelo sucio cayendo sobre sus hombros como largas serpientes. La imagen me recuerda a una escena de terror, aunque enseguida descarto la idea. Solo es mi madre.

—¿Has dormido bien? —Su voz suena apagada.

—Sí, ¿y tú?

—También.

No sé quién de los dos miente peor.

—¿Te vas ya a clase? Claro, si son casi menos veinte. Que tengas un buen día, hijo.

Cierro la puerta.

Mientras espero en el vagón, intento tararear la letra de una canción, pero no consigo concentrarme con tanto ruido dentro de mi cabeza. ¡Esto es un infierno! Al final me quito los auriculares y los guardo en el bolsillo de mala gana, como si ellos tuviesen la culpa de todos mis problemas.

Salgo de la boca del metro y parece que entro en la del lobo. Hoy me espera un día largo y difícil, porque probablemente coincida con Alex en algún momento. Lo único que tengo claro es que no pienso dirigirle la palabra. Y espero, por su bien, que no intente hablarme.

Aligero el paso y miro hacia atrás para comprobar que no está por aquí. Unas gotitas de sudor empapan mi nuca y la gravedad las empuja por mi espalda, trazando caminos brillantes. Al bajar la escalera necesito mirar hacia atrás nuevamente, porque la intuición me dice que no anda muy lejos y que debería andarme con ojo.

Nada. Ni rastro de él.

Relajo los músculos de la cara al ver a mis amigos, pero la pregunta de si tengo fuego sigue sonando dentro de mi cabeza.

Tras la primera clase bajamos a la cafetería. Gala evita sentarse a mi lado, dando a entender que las cosas entre nosotros siguen sin estar solucionadas.

—Cada semana me cuesta más venir a primera hora —protesta Bruno—. Si no fuera por ti, me habría quedado tan feliz durmiendo un poco más. —Y lo ha dicho mirando directamente a Melissa.

—¿Por mí? —pregunta ella sin entenderlo.

—Eh..., por todos. Por los tres.

Bruno estira del cuello de su camiseta.

—Estás rojo —comento con una sonrisa.

—Qué dices.

—Un poco.

—Hace calor.

Espero fuera de la copistería de la facultad a que Melissa, Bruno y Gala terminen de imprimir unos apuntes. Enfrente hay un pasillo alargado que casi siempre está vacío, y quizá por eso no me esperaba encontrar a Alex allí.

Siento una descarga eléctrica y un cosquilleo constante en la punta de los dedos. Alex me apunta con sus llameantes ojos azules.

Se está acercando.

Y no entiendo por qué no consigo moverme. Debería irme.

—Eric, tenemos que hablar.

Intento no pensar en lo atractiva que me parece su voz.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

Va a contestar, pero entonces un grupo de chicos de primero pasan muy cerca de nosotros. Se muerde el labio, esperando a que se vayan.

—Deja de evitarme —me pide.

—Deja de agobiarme —le replico.

—Quiero arreglarlo.

—Yo no.

—Quiero estar contigo.

—Vete.

Alex tira de mi brazo y me arrastra dentro del baño.

—¡Suéltame!

—¿Va todo bien? —Un profesor que se estaba secando las manos nos mira con el ceño fruncido.

—Sí —se apresura a decir Alex—, todo genial.

El hombre entonces me mira a mí, esperando encontrar algo que lo haga actuar. Pero yo no hago nada.

Una vez se ha marchado, Alex se asegura de que solo estamos nosotros.

—Perdóname. —La palabra se ahoga en su garganta.

—Vete a la mierda.

—Eric, necesito que me perdones.

Cuando intento salir, me retiene. Trato de soltarme, pero me aprieta contra él hasta conseguir abrazarme. Me revuelvo en sus grandes brazos como si fueran una jaula sin puerta, tratando de escapar. No quiero sentir su cuerpo rozando el mío. No quiero que mi voluntad flaquee traicionando mis principios. Pero no hace falta preocuparse por eso, porque hasta que no lo tengo así, tan pegado a mí, no soy consciente de que sigo sin sentirme completo.

Es como si el chico que me abraza ya no fuese Alex. Tampoco nosotros.

Es como si algo se hubiese roto. Algo punzante y frío, que provoca que nada funcione.

Estoy seguro de que él también lo ha notado.

—Si sigues abrazándome, voy a empezar a gritar.

—Pero ¿qué dices, tío?

—Tres...

—¿Estás de coña?

—Dos...

—Está bien, joder.

Se separa de mí.

—A partir de ahora, tú, por tu lado, y yo, por el mío. Si veo que intentas volver a molestarme, lo contaré todo. Tengo conversaciones de WhatsApp, audios y registros de llamadas telefónicas.

—No serás capaz.

—No me subestimes.

—Te conozco. Sé cómo eres.

—El problema de eso, Alex, es que yo también creía conocerte.

Abro la puerta y lo dejo solo, mientras un dolor insoportable se acomoda en mi pecho.

Encerrarme en mi cuarto y autocompadecerme con música triste no ha sido una buena idea. Todas las canciones parecen hablar de la misma persona. Alex, Alex, Alex. Noto los ojos mojados y lanzo un pulso contra las lágrimas para que no manchen mi cara. Me digo a mí mismo que ya es suficiente por hoy, así que me levanto de un salto y tiro los auriculares al suelo. ¿Estará mi hermana en casa? Quiero preguntarle cómo lleva lo de Raúl y si ha vuelto a hablar algo con mamá sobre la carta.

Mi estómago me guía hasta la cocina y abro los armarios. Siempre que estoy inquieto lo pago con la comida porque comer me pone de buen humor, y últimamente soy algo así como el Monstruo de las Galletas. Preparo dos tazas de café caliente y unas tostadas. Nada más ver cómo el cuchillo extiende la mantequilla sobre la rebanada de pan se me escapa una sonrisa. En realidad, hacerme feliz no es tan difícil.

Laura aparece en ese momento.

—Justo iba a llamarte ahora.

—¿Me has preparado café?

—Y tostadas —digo levantando la taza que sujeto en la mano—. ¿Mermelada de fresa o de melocotón?

—Fresa. —Se acerca y me da un beso en la mejilla.

Unto el cuchillo en la mermelada. De pronto pienso en Alex y me entran ganas de clavárselo en el pecho, pero hay dos problemas: no está aquí y el cuchillo es de punta redonda.

No vuelvas a pensar en él. Tú solo come y disfruta.

—¿Cómo estás? —le pregunto a mi hermana.

—Bien. Es raro estar así con mamá. Pero bien.

—Define raro.

—Bueno, ya sabes. Es incómodo. No me gusta.

—Se nos pasará.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Yo espero que se lo cuente algún día. A papá, me refiero.

—No lo va a hacer.

—¿Por qué estás tan segura?

—Ella ya tomó su decisión hace veinte años.

—Ahora es distinto, lo sabemos nosotros.

—Ahora es más complicado. —Le da un mordisco a la tostada y la levanta por encima del hombro—. Está muy buena, gracias.

Le guiño un ojo.

—¿Y cómo estáis tú y Raúl? ¿Has pensado qué hacer?

—Aún sigo dándole vueltas a eso.

—Tienes que decirle que no sientes lo mismo.

—Lo sé.

—Con saberlo no vale. —Sueno más duro de lo que pretendía, así que decido suavizar el tono—. Esto te lo digo pero porque soy tu hermano. Solo quiero lo mejor para ti.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Claro.

Se mordisquea el labio inferior.

—Lo de la carta...

—¿Podemos cambiar de tema? —digo yo ahora.

—... creo que estás en tu derecho de contarle lo que sabes a papá —termina diciendo.

La tostada resbala de mi mano. No la cojo.

Se crea un silencio tenso entre nosotros. Ninguno de los dos se anima a añadir nada hasta que el ruido de la cerradura nos devuelve a la realidad. La voz de mi padre suena en la distancia. Entra en la cocina y me revuelve el pelo en un gesto cariñoso. Odio que haga eso, pero le respondo con una sonrisa. Tanto Laura como yo intentamos recomponernos sin que se note demasiado que las cosas no van bien en casa.

Hablamos un poco y después vuelve a su habitación. Cuando cierra la puerta, Laura echa el cuerpo hacia delante y susurra:

—Vale, esto es una puta mierda, Eric. Mírate, estás temblando. Papá tiene que saber la verdad.

—¿Qué?

—Si ella no se lo dice, se lo cuentas tú.

—No puedo hacer eso.

—No solo *sí* que puedes, sino que *deberías* hacerlo.

—No es tan fácil.

—Yo ya lo habría hecho.

—Y yo ya habría dejado a Raúl.

Eso ha sido un golpe bajo.

La expresión de mi hermana cambia por completo. Sé que acabo de hundir el dedo en una herida abierta.

—Mierda, lo siento.

—Es igual.

—No tendría que haberte dicho eso.

—Es lo mismo que estaba haciendo yo contigo.

—Siempre es así, ¿no crees? Me refiero a lo de ver los problemas de los demás y pensar que nosotros sabríamos resolverlos mejor. —Laura asiente con la cabeza—. Por eso tenemos que darle un poco más de tiempo a mamá. Necesita pensar cómo se lo va a decir, estar preparada.

—¿Y si nunca llega a hacerlo?

—Lo hará, estoy seguro.

—Pero ¿y si no es así?

—Entonces lo haré yo.

Sonríe con dulzura y apoya su mano sobre la mía.

—Estamos juntos en esto. Y eso también será siempre así.

Es esa confesión la que me hace darme cuenta de cómo ha cambiado mi relación con mi hermana a lo largo de este último mes. Primero fueron los rumores sobre mi sexualidad, cuando me recordó que allí estaría ella para cualquier cosa que necesitase. Lo segundo fue cuando decidió compartir conmigo sus dudas con respecto a la relación que mantiene con Raúl. Lo último ha sido descubrir la carta de mamá, preocuparse por cómo me siento y seguir demostrándome su apoyo incondicional. Cada uno de esos momentos ha ido acercándome a Laura, y ella a su vez se ha acercado a mí. Si lo pienso, resulta incluso raro imaginar que hasta hace algunas semanas solo relacionaba a mi hermana con hacerme rabiar o sacarme de quicio. Nuestra relación ha madurado a pasos agigantados, y quizá por eso siento que necesito contarle mi secreto.

Voy a decirle que soy gay. Es el momento.

—Me voy —dice recogiendo el plato y la taza de café.

Tiene que ser una broma.

—¿Te vas?

—Sí. He quedado con unas amigas.

—Ah, vale.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

Las palabras se atrancan en mi garganta.

—Nada, es igual.

A las cinco y media salgo de la boca del metro de Sol. Gala me está esperando allí, en algún lugar entre la multitud. Y digo en algún lugar porque no consigo encontrarla. El centro de Madrid es siempre una explosión de colores, música y ocio, y resulta imposible adivinar la posición del otro con solo mirar a nuestro alrededor. Se ha formado un círculo enorme que recoge a unos artistas callejeros, hay turistas sacándose fotos, grupos de amigos, parejas y familias enteras. Le envío a Gala mi ubicación por WhatsApp y al poco rato la veo acercarse. Parece nerviosa, y yo no sé si darle dos besos o un abrazo. Al final ninguno de los dos hace nada y lidiamos con el momento incómodo lo mejor que podemos. Empezamos bien.

Propongo caminar hacia Ópera, y en el trayecto hablamos de temas banales para intentar hacerlo todo algo más fácil. Al llegar a la plaza nos sentamos en uno de los bancos e intuyo que está a punto de confiarme el motivo real por el que me ha pedido quedar a solas con ella. Sin embargo al final no lo hace. Es como si estuviera decidida a postergarlo.

—Hoy hace menos frío que ayer.

—¿Me lo vas a decir ya? —pregunto de golpe, porque soy incapaz de pensar en otra cosa.

—No te entiendo.

—Has dicho que querías hablar conmigo.

—Y estamos hablando. —Gala juega con el chicle pasándolo de un lado a otro de la boca, como un partido de tenis. Por un instante pienso que me lo va a escupir.

—Genial, entonces hemos quedado para hablar de la universidad y de que hoy hace menos frío.

—No..., es solo que me cuesta dar el paso.

—Yo te ayudo. Sea lo que sea, el momento para hablarlo es ahora.

—Lo sé.

—Entonces, ¿vas a contarme qué pasa? ¿Por qué tanto misterio?

—Voy a hacerlo, ¿vale? Necesito que me des un minuto. No es algo que se pueda decir así como así.

—De acuerdo. Ahora intenta relajarte.

—Estoy en ello, pero si me sigues presionando va a ser imposible.

—Perdón. —Yo solo pretendía ayudarla, aunque empiezo a pensar que hubiese sido mejor darle un poco más de tiempo antes de intentar sonsacarle información. Y es lo que empiezo a hacer ahora. Espero pacientemente, y solo cuando veo que se relaja vuelvo a intervenir—. Tú y yo somos amigos desde hace años.

Gala me mira y arruga la frente.

—Sí, desde primero de carrera. —Al decirlo, tengo la sensación de que se refugia en que no es tanto tiempo.

—Desde entonces no nos hemos separado. ¿A que no?

—¿Adónde quieres llegar?

—Pues a que, justo por eso, tienes que estar tranquila. —Y le doy unos golpecitos en la espalda, aunque no sé si eso la reconforta—. Seguro que no es tan grave como piensas... Suéltalo sin más, Gala. Sin pensarlo.

Suéltale tú lo de que eres maricón.

—Eric, no es fácil. Te parecerá patético, pero he estudiado en mi cuarto todo lo que iba a decirte cuando te tuviese delante.

Asiento con la cabeza. Conozco esa sensación.

—Ahora me tienes delante.

—Sí, ya lo sé. Y no me sale. —Se ajusta el cuello del jersey, aunque es más un gesto de nerviosismo que otra cosa—. De verdad, lo estoy intentando.

¿Qué puedo hacer para animarla? Lo único que se me ocurre es soltar alguna estupidez, algo para que ella lo desmienta y entienda que lo que quiere decirme no es tan grave. Cualquier cosa.

—¿Estás embarazada?

—Dios, Eric. No.

—¿Has matado a alguien? —le pregunto con guasa—. Dime que no has matado a nadie.

—Tampoco, bobo.

Juraría que se esfuerza para no sonreír. Eso es, Gala. Sonríe. ¡Sonríe!

—¿Ves? Entonces no es para tanto.

Un manto oscuro vuelve a caer sobre su rostro y parece que el cielo se vuelve gris y frío con ella. Entreabre la boca y apoya su delicada mano sobre mi mejilla. Después atrapa un mechón de pelo entre sus dedos y lo devuelve a su sitio. Ese gesto es muy suyo, muy de Gala. Yo me quedo quieto, sin hablar. Lo único que puedo hacer ahora es esperar a que ella dé el paso y me cuente qué sucede, porque tengo el presentimiento de que si hago el menor gesto se encerrará en sí misma.

—La razón por la que te he traído es porque... Bueno, yo... Verás... —Se interrumpe sin llegar a terminar la frase.

Me muerdo la lengua para evitar pedirle que continúe, porque es lo que hubiese hecho ahora y sé que con eso solo la estaría presionando más. Mi plan se convierte en esperar, esperar y esperar. Y mientras, recorro su cuerpo de arriba abajo y termino fijándome en sus ojos. Siento que me mira por primera vez, como si nunca antes lo hubiese hecho de esa forma. O igual solo soy yo, que estoy nervioso.

Me veo reflejado en la oscuridad de sus pupilas y entonces Gala se decide a dar el paso:

—Te quiero.

Sus palabras son como dos globos que flotan cerca de nuestras cabezas.

—Y yo a ti. —Mi voz suena mecánica y ausente. A respuesta prefabricada.

—No...

—Por supuesto que sí. Te quiero un montón.

—Pero yo no te quiero como se quiere a un mejor amigo. Estoy enamorada de ti.

Estoy. Enamorada. De ti.

Siento que todo lo que me rodea me traga, como si la ciudad entera se retorciese para abrir un agujero por el que me deja caer.

—¿Eric? —susurra.

—Dime.

—Nada, quiero saber qué piensas.

¿Que qué pienso? Ahora mismo no sé ni lo que hice ayer, hostia. No tengo ni idea de nada.

—Eh..., no lo sé.

—¿No lo sabes?

—No sé qué contestar a eso. No sé qué se supone que debo hacer.

—No tienes que hacer nada que no te salga. —Hay un tono esperanzador en esa frase. Y no me gusta. Me hace sentir mal.

—Estoy algo agobiado.

—Lo siento, soy idiota.

—El idiota soy yo.

—¿Por qué dices eso?

—Aún estoy tratando de asimilarlo todo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

No, no quiero que la hagas.

—Adelante.

—¿Qué sientes tú por mí?

—Gala..., yo...

Entonces dibuja una sonrisa vacía, como si hubiera leído en mi mente lo que mis labios no han pronunciado.

—Tú no me quieres. No de la misma forma. Puedes decirlo.

—Lo siento. Siento no poder quererte de esa manera.

—No importa. En el fondo ya lo sabía.

Sus ojos brillan con tristeza. De repente me entran ganas de decirle que se equivoca, que la quiero. Pero eso es solo porque es mi mejor amiga y no puedo soportar la idea de sentirme responsable de cómo se siente ahora. Y no sería justo para ninguno de los dos.

—Pero si lo sabías, ¿por qué me lo has dicho?

—Porque necesitaba que entendieses la razón por la que no puedo seguir siendo tu amiga.

¡¿Qué?! Esas palabras parecen empujarme hacia atrás. Aprieto las manos contra el asiento y

busco su mirada con urgencia. Tiene que ser una broma. Gala no puede estar hablando en serio.

—¿Cómo que no puedes?!

—No quería irme sin darte ninguna explicación.

—Gala, pero ¿qué mierda es esta?

—Yo no puedo seguir fingiendo que soy tu amiga, Eric.

—Lo que no puedes hacer es desaparecer de la noche a la mañana.

—Tampoco voy a desaparecer, me seguirás viendo en la facultad y en clase.

—Y una puta mierda.

—Deja de decir «mierda».

—Es que es lo que es, una mierda. Una auténtica y puñetera mierda. —Me tiembla la voz y la gente nos mira, pero a mí eso ahora mismo no me importa en absoluto—. Gala, eres mi mejor amiga desde hace tres años.

—Y tres años es el tiempo que llevo esperando para decirte esto. Y ¿sabes qué? A veces he llegado a fantasear con que funcionaría. Que aprenderías a enamorarte de mí con el tiempo. Que podríamos estar juntos.

—Seguiremos siendo amigos y estaremos juntos. Podemos hacerlo.

Y al decirlo me asusta la idea de saber que ni yo mismo termino de creer mis propias palabras.

—No lo hagas más difícil, Eric.

—Lo que me dices es difícil —le digo bajando la mirada.

—Quererte lo es más —murmura ella.

Me duele la tripa, la cabeza y el corazón. El puto corazón, eso es lo más jodido de las tres cosas. Sin duda alguna.

—Pero yo quiero que te quedes. No puedo perderte ahora, después de todo lo que hemos pasado juntos.

—Si me quedo la que seguirá perdida seré yo. —Echa la cabeza hacia atrás y parpadea un par de veces para no llorar—. ¿Entiendes por qué debo alejarme? Me gustas, ¡me gustas mucho! Y eso es una putada enorme, lo sé. Pero el caso es que te quiero y no puedo hacer nada para cambiarlo.

Siento un leve mareo y la plaza empieza a moverse demasiado deprisa. Las personas se deslizan cerca de nosotros como si caminasen sobre hielo. Aparto la mirada y me fijo en unas palomas que se amontonan en un rincón para pelear por un trozo de pan que alguien ha tirado. Yo peleo por abrir la boca y oírme decir algo que lo solucione todo. Algo que la haga cambiar de opinión.

En mi búsqueda desesperada, recuerdo la lista que hice hace poco. En ella vuelvo a leer los nombres de Alex y Gala. Mis labios se separan y las palabras se deslizan por ella, imparables:

—Dices que estás enamorada de mí. Entonces, ¿por qué follaste con Alex en los baños de la discoteca?

—Esperaba que preguntases eso.

—Es que no tiene ningún sentido.

Gala sonríe con tristeza y ternura. Por un breve instante parece que ella es mucho más mayor, y yo, solo un crío que no entiende las cosas de los adultos.

—Lo de Alex fue un calentón.

— Un calentón?  Es que no te gustaba él también?

—Me atrae, pero no le quiero.

— Y por qué lo hiciste?

—Vi que te daba celos verme con otro chico y pens  que así conseguir  llamar tu atención. —
Inmediatamente después se arrepiente de haber sido tan sincera.

— En serio lo hiciste por eso?

—Es una locura,  no?

—Lo es. Aunque eso va mucho contigo, Gala.

—Y que lo digas. —Me guiña un ojo. Después coge aire y pierde la mirada en sus zapatillas—.
En fin. Debería haber sabido que nada de esto iba a ser suficiente. Lo nuestro, me refiero. —
Vuelve a mirarme a los ojos—. Además,  por qué ibas a querer salir conmigo después de tirarme
a Alex? Y sobre todo,  por qué estaba tan convencida de que era eso lo que te hacía falta para
darte cuenta de que sentías algo más por mí? Solo hay una respuesta posible: soy gilipollas.

—No digas eso.

—Es la verdad.

Me quedo con una sensación amarga.

No quiero que esto se acabe.

No quiero despedirme de ella.

La necesito en mi vida.

En ese momento, las palabras empujan por salir de mi boca. La cuerda invisible que las retenía
parece ceder ante la presión y ya no puedo hacer nada para evitar lo que estoy a punto de decir.

—Soy gay.

Gala abre los ojos como platos.

Me doy cuenta de que he conseguido decirlo en voz alta.

Ya está hecho.

— Qu ?

—Soy gay —repito. Y la segunda vez me resulta más difícil que la primera. Aunque también
me hace más libre.

—T  no eres gay.

—Lo soy. Soy gay.

Siento que me quito un enorme peso de encima.

— C mo? Pero entonces... todo lo del reto, los rumores, lo tuyo con Alex...

—Si tu pregunta es si pasó de verdad, la respuesta es sí. Es todo cierto.

Gala pestañea incrédula.

—Joder.

—Ya, lo sé. Ahora mismo tienes todo el derecho a enfadarte conmigo.

—¿Enfadarme contigo? ¿Por qué?

—Por pedirte ayuda y meterte en algo que no debía.

La veo barrer el aire con la mano a la vez que niega con la cabeza.

—Eric, te recuerdo que fui yo la que te propuso lo de hacerme pasar por tu novia. Además, sería muy hipócrita enfadarme contigo, porque la razón principal que me motivó a ayudarte fue precisamente el poder darte un beso de verdad.

—Ah.

—Sí. Y ahora que te lo he dicho me siento peor todavía. —Apoya una mano sobre mi pierna—. ¿Ves? No tengo derecho a enfadarme contigo. —El viento juega con su pelo y los rayos de sol calientan sus mejillas, pintándole diminutas pecas. Se aclara la garganta—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras.

—¿Te gusta Alex?

—Sí. Un poco.

Gala toma una respiración profunda y su pecho se hincha con templanza. Abre la boca y suelta el aire.

—¿Él también...? Me refiero a si ha pasado algo entre los dos.

Formo una línea recta con mis labios, porque no sé si es el mejor momento para decírselo. No quiero que mi respuesta le haga daño, acaba de confesarme que está enamorada de mí. Pero lo malo de todo esto es que me quedo tanto tiempo sin responder que al final es mi propio silencio el que me delata. Es inútil intentar convencerla ahora de algo que ya debe de ser obvio.

—Estamos juntos. *Estábamos*.

—¿Quéeee? O sea ¿que también es gay?

—Bisexual. Pero sí.

—¿Y le quieres?

No.

Quiero gritar que no.

Entonces sufro un *flashback* de nuestro primer beso. Los dos dentro del baño de la facultad, con la luz brillante rebotando en las baldosas y envolviendo nuestros cuerpos en oro. El recuerdo es tan fuerte que se agita en mi interior y casi parece que pueda tocarlo. Vuelvo a sentir la respiración entrecortada y su aliento chocando contra mi boca antes de hundir la lengua en ella y hacerme suyo.

—Más que a mi propia vida. —Me da miedo la convicción con la que me sincero.

—Eso es una putada, ¿verdad? —Y por la forma en la que sonrío, sé que lo está diciendo porque ella se siente así conmigo. Y eso es peor que una patada en el estómago.

—Quiero que te desenamores pronto para que podamos ser amigos otra vez.

—Eso no funciona así. Me encantaría que hubiese un botón mágico para pulsarlo y no sentir lo

que siento, pero no existe y yo sigo queriéndote de la misma forma.

—Entonces tienes razón, es una putada.

Sonríe. Le devuelvo la sonrisa.

De pronto se lleva una mano al pecho y todo su cuerpo comienza a temblar, como si el frío le mordiese la piel.

—¿Qué te pasa?

—Joder, joder, joder.

—¿Gala?

—Perdóname. Me siento fatal por lo que te he hecho.

—Tú no me has hecho nada, ¿vale? Cálmate.

—Me siento fatal por haber follado con Alex. Soy una persona horrible.

—No sabías que estaba enamorado de él.

—Aun así...

—Además —la interrumpo—, tú tenías tus propios motivos para hacerlo.

—Sí, para llamar tu atención. Pero ahora siento que con lo que he hecho te he roto.

Me revuelvo el pelo con una mano y miro al cielo. Las nubes se aprietan y parece estar a punto de llover.

—Si lo piensas, es irónico.

—¿Irónico?

—Lo es, porque los dos nos hemos roto el corazón mutuamente, aunque de forma distinta.

Gala también empieza a mirar al cielo.

—Pensándolo así, sí. Es irónico. Aunque me gusta más la conclusión de que al final el amor es una puta mierda.

—Deja de decir «mierda».

—Y tú deja de imitarme —dice pegándome un puñetazo en el hombro.

—Quiero que sepas que tú no tienes que sentirte culpable por lo que hiciste con Alex. Repito, no sabías nada de esto. El único responsable aquí es él.

—Entonces tú tampoco puedes sentirte culpable por no corresponderme. Las cosas del corazón nunca las decide la cabeza.

—¿Volveremos a ser amigos?

—No lo sé. ¿Encontrarás un botón mágico para que me dejes de gustar?

—Lo encontraré.

Su comisura se arruga formando una sonrisa.

—En ese caso, sí. Volveremos a ser amigos.

—Algún día.

—Algún día.

Estoy buscando las llaves en mi bolsillo cuando oigo una voz que consigue erizarme la piel.

—Hola. Soy yo.

Me doy la vuelta. Los ojos de Alex se mueven nerviosos, mirándome de arriba abajo antes de dejarlos quietos sobre los míos.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte.

Su coche está aparcado a unos cuantos metros.

—Vuelve a casa.

—*Tú* eres mi casa.

—No tengo tiempo para esto.

—Déjame hablar contigo cinco minutos. Por favor.

—No.

—Cinco minutos —repite.

—He dicho que no.

—Está bien.

Le doy la espalda y meto la llave en la cerradura, pero no llego a abrir la puerta porque todo se hace oscuro y siento que unas manos me agarran cuando empiezo a caerme.

Me revuelvo sobre una superficie blanda y mullida. La habitación parece estar en llamas, pero la temperatura no se presta a fundir mi piel. Me doy cuenta de que no estoy en mi habitación. La cama es demasiado grande y el olor me lleva a reconocer al propietario de esa casa.

Estoy en la habitación roja.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, sobresaltándome.

—¿Qué cojones hago yo aquí?

Lo último que recuerdo es haberme encontrado con Alex. Ahora él me observa sentado en el borde de la cama, y sería algo así como un ángel protector de no ser por las luces que inciden sobre su piel, pues parecen convertirlo en una criatura terrible. No sé cuánto tiempo llevará mirándome, pero la idea de haber estado durmiendo mientras él me vigilaba me seduce y enfurece a partes iguales.

—Vuelves a estar en casa. —Y lo dice como el que intenta arreglar algo que se resiste a seguir roto.

—¿Me has drogado?

—Nunca haría eso.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué me duele la puta cabeza, Alex?

—Quería estar contigo.

—Y se te ha ocurrido la fantástica idea de drogarme y subirme a tu casa en contra de mi voluntad.

—Ya te he dicho que no te he drogado —responde levantando de forma considerable el tono de su voz.

—Pero sigues sin contarme cómo lo has hecho.

—Magia —dice con una sonrisa canalla.

—Y una puta mierda.

—Me encanta cuando te enfadas. Me pone.

¡Slap!

Le acabo de pegar un bofetón.

Alex ya no me mira de frente, sino que está de perfil, con la mejilla izquierda enrojecida.

Levanto mi mano para estudiarla de cerca. Noto que palpita y se llena de una electricidad dolorosa que poco a poco se va calmando.

—Reconozco que esta parte me gusta menos —murmura Alex antes de escupir—. Pero supongo

que me lo he ganado.

—¿Cómo he llegado aquí?! Es la última vez que te lo pregunto.

—Bueno, se puede decir que yo también sé usar mis manos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que uno puede dormir a otra persona si presiona determinados puntos de su cuello.

Y eso es básicamente lo que he hecho contigo.

Palpo mi nuca, como si esperase sentirme diferente. Pero la zona no está resentida. Tampoco noto nada raro.

—Estupendo. ¿Algo más que deba saber antes de ir a denunciarte?

—¿Denunciarme?

—Te vas a meter en un lío por esto.

—No he hecho nada que no quisieras que hiciera.

—¿Qué?!

—Los dos sabemos que me echas de menos. Y yo te he echado de menos a ti también.

—Estás mal de la puta cabeza, Alex.

—No soy yo el que acaba de pegar a su novio.

Al oír la palabra *novio* mi corazón palpita con fuerza, en un intento desesperado por buscar el suyo.

Sin embargo, consigo mantenerme firme. No puedo permitirme ser blando ahora.

—No somos novios. Y la hostia debería habértela dado más fuerte. ¿Sabes que esto es secuestro?

Alex entorna los ojos y gira la cabeza.

—No te he secuestrado, tampoco estás retenido. La puerta de la habitación está abierta y puedes marcharte cuando desees.

Esto no está bien. No puede traerme en contra de mi voluntad y meterme en su cama. Miro hacia el fondo de la habitación y el detalle de la puerta medio abierta me cabrea.

—Crees que puedes controlarlo todo, ¿no? Y te crees muy listo por eso.

—No creo que pueda controlarlo todo —me replica—. De hecho, la torta que me has dado no la he visto venir. Contigo siempre es más difícil.

—Pues te lo voy a poner fácil, Alex. Voy a marcharme y a desaparecer de tu vida. Te pido que hagas lo mismo por mí.

Su sonrisa se esfuma, aunque sus impresionantes ojos azules siguen clavados sobre los míos. Sé que intenta descubrir si hablo en serio o desde la rabia.

—No me pidas algo que no podemos cumplir ninguno de los dos.

—Yo sí puedo cumplirlo.

—Estás mintiendo.

Niego con la cabeza.

—Lo siento, Alex. Lo nuestro no puede ser.

Entonces se lanza sobre mí con un movimiento rápido y violento.

Antes de poder reaccionar, soporto el peso de su duro cuerpo contra el mío. Alex me agarra por las muñecas para evitar el forcejeo. Trato de luchar con las piernas, pero ha vuelto a adelantarse, consciente de que las usaría para intentar golpearle.

—¡Suéltame de una puta vez!

—Cuando me beses.

—¿Eres imbécil? ¡Suéltame!

—No.

Intento apartarlo, pero no consigo moverlo ni un centímetro. Alex pesa demasiado. Tan solo puedo quedarme quieto, rindiéndome ante su fuerza.

—Te pido que dejes de tocarme.

—Eric, no solo quieres que te toque. También te mueres por tenerme dentro.

—Pero ¿tú quién te piensas que eres? ¿El centro del universo?

—No, Eric. No me creo el centro de nada. Pero sé que estás enamorado de mí. Lo veo en tus ojos.

Pasa la lengua por sus labios, humedeciéndolos. Inconscientemente, lo imito.

—Soy el primer tío que te pone de esta manera —continúa diciendo—, y por mucho que te convenzas repitiéndote a ti mismo que me vas a olvidar, no lo vas a hacer. No tan fácil. Me vas a seguir viendo en la facultad, y todos los días vas a pensar en cómo sería volver a besarme.

—Puedo conocer a otros chicos.

—Sé que lo harás, pero ninguno te proporcionará el mismo placer. No sabrán tocarte, porque nunca llegarán a conocer tu cuerpo como yo lo he hecho. Cuando quieras correrte, pensarás que el que te está tocando soy yo. Así te será más fácil llegar al orgasmo. —Acerca su boca a la mía, sin llegar a rozarla—. Para ti siempre seré el primero, Eric. Siempre.

Se queda quieto, contemplando cómo giro la cara y cierro los ojos. Alex deja de ejercer presión en mis muñecas y después me suelta. Se levanta de la cama y su cuerpo se extiende en las alturas. Desde mi posición, parece mucho más grande de lo que ya es. Las sombras perfilan y remarcan los volúmenes de su musculatura. Me entran ganas de estirar la mano para tocarlo, pero pronto caigo en que ese pensamiento es estúpido.

—Te pido perdón por traerte aquí. —Se revuelve el pelo y chasquea la lengua—. Sé que me he portado como un cabrón, que soy todo lo malo que tú quieras y que tampoco debería haberme puesto encima de ti si no querías. No puedo usar mi fuerza para salirme con la mía siempre, y supongo que con eso la he vuelto a cagar de nuevo.

Sus palabras se agolpan en mi pecho, pero no consiguen el efecto que él esperaba. La barrera invisible que he puesto entre nosotros sigue intacta, venciendo la batalla al corazón.

—Alex, aunque esté dolido lo superaré. Vamos, ya te digo yo que de amor no me pienso morir. —Sonrío, pero es una sonrisa triste—. En tu cabeza voy a estar pillado de ti toda mi vida, pero lo que aún no entiendes es que mi vida empieza ahora. Y en ese *ahora* no estás tú.

Una sensación de vacío me invade por dentro. Me tiemblan las piernas y agradezco estar tumbado para no caerme. Y todo esto es la respuesta al vértigo que me produce oír las palabras que acabo de pronunciar, porque me da miedo vivir en un futuro sin él.

—Entiendo que me digas eso, Eric. Tienes todo el derecho a hacerlo, así que no te sientas culpable.

—No me siento culpable.

Alex me mira y levanta una ceja. Me da rabia que me conozca tanto. ¿Cómo es posible? ¿Será verdad que nadie llegará a conocerme tan bien como él?

—Eric, yo... necesitaba verte por lo menos una vez más aquí. En nuestra habitación.

—Ya me has traído, ¿contento?

—No. La verdad es que no me lo imaginaba así, pero supongo que eso también es por mi culpa. Llevo unos días de mierda en los que no pego ojo y no quiero seguir así contigo. Te pido que me perdones. No puedo volver atrás y arreglar lo que hice, pero puedo ser mejor persona.

—¿Mejor persona? ¿Me estás vacilando? ¡Tú te has encargado de acabar con todo lo que teníamos! —Me pongo en pie. Alex me sigue con la mirada, atento a todos mis movimientos—. No puedo creer que siga aquí hablando contigo, debería haberme ido desde el puto primer momento.

Alex se acerca a mí y veo que va a cogerme de los brazos, aunque al final los guarda detrás de la espalda, como si fuese la única forma de retener su impulso.

—No te vayas, por favor. Entiendo tu enfado pero necesito hablar contigo.

—No hay nada más que hablar.

—Sí, tenemos que hablar de nosotros.

Me llevo las manos a la cara, agotado de mantenerme con una falsa fortaleza. A mí lo que me apetece es besarlo y olvidarlo todo, pero no es tan simple. En el amor, nunca lo es.

—Déjame besarte, Eric.

—Lo haría si la situación fuese otra. Te lo prometo.

Alex da otro paso para tenerme más cerca. Noto su respiración chocando contra mi boca. Separo los labios, permitiendo que su aliento entre y me haga cosquillas. Cuando me doy cuenta de lo que estoy a punto de hacer, me aparto de él.

—No, no... —me pide casi gimiendo.

Da un paso hacia mí para volver a tenerme a escasos centímetros. Retrocedo y mi espalda choca contra la pared. No puedo separarme más, pero Alex no empieza otro movimiento. Permanecemos en silencio sin ningún amago de intentar nada. Puedo oír su respiración agitándose dentro de él. Alex desprende un calor agradable y soy consciente de que estoy inclinando la cabeza hacia atrás. ¿Qué me pasa?

No puedo controlar este impulso. No puedo.

Extiendo la mano hasta su vientre y tiro de su camiseta, acercándolo a mí. Siento la humedad de sus labios rozando los míos, en una mínima caricia. No intenta besarme, no intenta atraparlos con sus dientes. Mantenemos ese minúsculo círculo de calor que se crea en el contacto.

Jamás me había sentido tan desnudo delante de alguien.

Su mirada gélida consigue abrasarme, y ni siquiera me ha tocado.

Por mi cabeza pasan pensamientos contradictorios. Primero pienso en que me muero de ganas de darle un beso. Después me repito a mí mismo que es una locura. ¿Qué debería hacer? ¿Por qué tengo la sensación de que todo está a punto de complicarse aún más de lo que ya lo está? Si lo beso ahora, ¿cómo se lo tomará Alex? ¿Qué significaría para mí?

El plan consistía en irme y no volver a verlo. Me da rabia la situación en la que me encuentro ahora. Con lo fácil que era en mi cabeza.

—Ni se te ocurra besarme —le suelto entonces. También me lo estoy diciendo a mí.

—Estaba esperando a que lo hicieras tú.

—Eso no va a pasar.

—Como quieras.

Mordisqueo mi labio bajo su atenta mirada. ¿Por qué hago eso? Joder, sigo sin aclararme. Y ¿qué cojones hago yo con todo lo que me hace sentir este chico? Por si no estaban las cosas ya difíciles, encima Alex vuelve a pasarse la lengua por los labios y se los humedece. Y de paso me deja húmedo a mí. Su boca forma una línea recta que termina curvando en una perfecta sonrisa. Y qué sonrisa. Es algo así como una puta arma de destrucción.

—Míranos —dice, señalándome con el mentón—, no me digas que no quieres besarme, porque yo no pienso en nada más. Y está claro que tú tampoco.

Su respiración me hace cosquillas y estoy a punto de rendirme a la tentación que supone tenerlo tan cerca.

—Está bien, hagamos algo —le digo poniendo una mano entre los dos. Su boca se aleja unos centímetros—. Me lo vas a explicar todo. Desde el principio.

Alex suelta aire con fuerza.

—Vale.

—Y cuando digo todo, es todo: lo de Gala en la discoteca, el reto...

—Que sí —responde seco.

—Pero eso no quiere decir que vaya a cambiar de opinión. —Al decirlo me doy cuenta de que sigo temblando—. Cuando termines, si decido marcharme me respetarás y no volverás a intentar acercarte a mí.

—Lo dices como si no confiaras en que esto se pueda solucionar.

—Prefiero no prometerte nada.

—Joder, tío. Pero vas a escucharme, ¿no?

—Empieza cuando quieras.

—El reto —pronuncia con su perfecta voz rasgada—. El puto reto. Mira, no me siento orgulloso de eso. Nada orgulloso. Y supongo que tendrás muchas preguntas.

—Quiero que me expliques por qué aceptaste. Es evidente que tú no necesitas el dinero.

Alex se revuelve incómodo.

—Evidentemente por el dinero no era —reconoce—. Aunque ninguno de mis amigos sabe dónde vivo ni que mi padre tiene pasta. Y quiero que siga siendo así. Como lo de que me molas. Eso también va a seguir así. —Me mira de arriba abajo, está serio—. Eres el primer tío en el que me fijo, Eric. El primero y el último.

—¿El último? Eso no lo sabes.

Me lanza una mirada asesina.

—Voy a serte sincero, al principio no me molabas. Me refiero al primer curso. Fue a mediados de segundo cuando empecé a sentir cosas.

—¿Qué sentiste?

—Que se me ponía como una piedra.

Sonrío. Él me devuelve la sonrisa.

—La primera vez que me la pusiste dura fue cuando entré en el baño, el de la tercera planta. Tú te estabas lavando las manos. Te vi y se te cambió la cara. Estabas rojo.

—Cómo no...

—Después de eso, me fue imposible mear. Necesitaba hacerme una buena paja.

Me ruborizo.

Está claro que nunca llegaré a acostumbrarme a su forma de hablar sin tapujos.

—No hace falta que seas tan explícito.

—Me has pedido que te lo cuente todo.

Pongo los ojos en blanco.

—Cuando me propusieron el reto —continúa diciéndome—, se planteó con el típico «No tienes huevos para...». En otra ocasión lo hubiese dejado pasar. Habría dicho algo como «¿Eres imbécil? Es un tío». Y eres un tío, sí, pero el único que me pone. —Apoya una mano sobre mi muslo derecho—. ¿Quieres dejar de dar pataditas al suelo? No estés nervioso.

—No estoy nervioso.

—Lo que tú digas.

Dejo la pierna muerta y Alex se da cuenta, porque vuelve a sonreírme.

—Como te decía, yo no soy gay. No me la pone dura ningún otro tío. Tú eres la excepción que lo complica todo.

—Gracias por la parte que me toca.

—No, no me he explicado bien. Cuando digo que «lo complicas todo», me refiero a que yo no había planeado esto.

—Ni yo tampoco.

—Pero tú eres gay.

—¿Y qué importa eso?

—Pues que yo no lo soy —sentencia, como queriendo desprenderse de algo que le causa rechazo—. A mí me molan las tías, yo nunca me fijo en tíos. Eso no quiere decir que te vea a ti como una tía. Vale, me estoy explicando fatal.

—Quieres decir que eres bisexual.

Se lleva una mano a la frente, pasando un dedo por las arrugas que se le forman.

—No, tampoco es eso.

—Alex, si te gusto yo también, eres bi.

—Soy hetero. Pero nadie es cien por cien nada. Tú tampoco eres cien por cien gay, ¿me entiendes? —Asiento en silencio, aunque en el fondo no me imagino teniendo nada con ninguna tía —. Pues si soy un noventa y nueve por ciento hetero, tú eres ese uno por ciento.

—Vamos, que de cada cien personas te gustan noventa y nueve tías y un tío.

—No —niega nervioso—. Solo tú. Nadie más.

—Claro...

—¡Que no me gustan los tíos!

Se ha puesto tan nervioso que no he podido evitar reírme. A Alex eso no le hace ni puta gracia, claro.

—Está bien, eres hetero. —Sigo pensando que es bi—. Ahora explícame lo de Gala.

—Gala no me gusta, no como tú.

—Pero también te la pone dura.

—A ver, es evidente que me atrae, pero no me mola más allá del sexo.

—Ya.

—Te lo juro, no significa nada.

—¿Y yo? ¿Qué significa para ti? Porque sabías lo que iba a pasar si follabas con ella.

—Las cosas no sucedieron como tú te las imaginas.

—Explícate.

—Estábamos en la discoteca y mis amigos os vieron. Todos empezaron a decirme que me acercase a tu amiga porque ya me habían visto tonteando con ella en la fiesta de Álvaro. Yo no pensaba hacerlo y al principio les dije que pasaba del tema, pero ellos insistieron más y más. No dejaban de hacerme presión de grupo y luego sacaron el tema de que si no quería follar con ella esa noche era porque igual prefería hacerlo contigo.

—¿Conmigo?

—Álvaro dijo que solo te miraba a ti.

—¿Y lo estabas haciendo?

—¿Tú qué crees?

—Que no.

Alex sonrío.

—Estaba borracho y con verte se me pone dura. Claro que te estaba mirando a ti.

—Bueno, tú siempre has disimulado mejor que yo.

—Eric, como te he dicho, estaba borracho.

—Pero tu amigo no diría en serio lo de que me estabas mirando a mí.

—Cualquiera que conozca un poco a Álvaro sabe que él nunca bromearía con ese tema. Y

menos con su mejor amigo. Por eso lo siguiente que hizo fue preguntarme si era maricón. Intenté explicarles que solo eran celos porque tú estabas con Gala.

—Pero podrías haberles dicho que no querías nada y ya está.

—¿Es que no has entendido nada? Lo intenté, ¿vale? No era tan fácil. Joder, me sacaron en cara hasta lo del puto reto, diciendo que ya se les hizo raro que hubiese aceptado tan rápido. Y luego uno de mis amigos trajo a Gala con nosotros, y la chica quería hacerlo. Estaba en una encerrona. Álvaro empezó a aplaudir la actitud de la chica y ella se vino arriba. Comenzó a tirar de mí y antes de darme cuenta ya estábamos en el puto baño. Empezó a comerme la polla. Se me fue de las manos.

—Claro que se te fue, imbécil.

—Tenía mucha presión. Estaba agobiado. Borracho. Y... uno no es de piedra. Cometí un error, Eric. Pero fue solo eso, un error. Como ya te he dicho, no significó nada para mí.

—Para mí sí.

—Joder, tío. ¿Y qué querías que hiciera? Si la rechazaba todos iban a descubrir que el que me mola eres tú. Estaba en una encerrona. —Sus ojos se llenan de lágrimas, aunque las aparta pasando el puño—. Me equivoqué, ¿vale? He aprendido. Por las malas, pero he aprendido. —Acerca su mano a la mía y entrelaza los dedos—. Perdóname. Me gustas, Eric. Mucho. Pero yo no quería sentir esto por un tío. Te juro que sigo agobiado, todos los días me rayo y tengo la sensación de estar haciendo algo mal. Me siento sucio y culpable a partes iguales.

—Yo también he tenido esa sensación, pero pienso las cosas antes de hacerlas.

—¿Como cuando quedaste con aquel chico? —pregunta pillándome por sorpresa.

Mierda, se refiere a Carlos.

—Eh...

—Tú también has hecho cosas mal.

Trago saliva. Alex tiene razón, yo también he cometido errores. Aunque no es justo que lo utilice ahora a su favor.

—Eso ya lo solucionamos, y sabes por qué lo hice.

—Mira, Eric, yo solo sé que si llego a pensármelo mucho nunca te habría besado. De hecho, en el fondo me apetecía aceptar el reto porque a pesar de sentir cosas por ti, otra parte de mí te odiaba con todas sus fuerzas. Esa parte se avergonzaba de sentir atracción por el cuerpo de un hombre y quería joderte. —Vacila unos segundos antes de continuar—. Lo que no sabía era que me arriesgaba a querer seguir quedando contigo y que terminaría volviéndome más loco aún por ti.

Estoy a punto de rendirme a sus palabras, pero cuando cierro los ojos para escribir un beso en sus labios una imagen corre por mi mente. En ella veo a Gala subida encima de sus piernas, revolcándose sobre su erección y cerrando la boca para no gritar.

No puedo soportarlo.

—Me da pena como ha acabado todo.

—Esto solo es el comienzo, Eric.

—No. Sabes que no va a funcionar.

—¿Por qué?

—Porque follaste con Gala.

—Pero solo a ti te he hecho el amor.

Después de eso, da un paso hacia delante y yo retrocedo, chocando de nuevo contra la pared. Alex acerca su boca hasta la mía, sin llegar a tocarla. Apenas nos rozamos. La distancia es corta y frágil, pero hay tanto deseo contenido en el cuerpo de cada uno que la imagen parece volverse obscena.

Inconscientemente separo mis labios, abriéndolos para él.

—¿Significa esto que ya puedo besarte?

Vuelvo a cerrarlos.

—¿Qué? Por supuesto que no.

Alex no se separa después de oír mi negativa. Debería hacerlo yo. Debería apoyar una mano en su pecho y empujarlo suavemente para poder salir. Me tiene entre la espada y la pared. Nunca mejor dicho, porque Alex aprovecha para rozar su pantalón contra mi entrepierna y con eso deja bastante claro lo que se cuece ahí abajo. Y eso sí que es una espada de verdad.

—Ya hemos hablado y te lo he contado todo. Te he pedido perdón, sabes cómo sucedió lo de Gala y yo te perdoné el desliz que tuviste con el tío de la foto que me enviaste.

—No vuelvas a echarme en cara lo del otro chico.

—Está bien. Pero el caso es que, como te he dicho, lo hemos hablado. Es lo que me habías pedido, ¿no? Que te contase toda la verdad. Aquí la tienes, ¿qué más necesitas?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Ahora mismo no puedo pensar con claridad. Tengo las hormonas revolucionadas. Mi boca está seca y me pide a gritos que le plante un morreo en los labios. Necesito untarme en su saliva. Necesito que mi piel resbale entre sus dientes. Necesito bajarle el pantalón y ponerme de rodillas para... Joder, ¿por qué no puedo dejar de pensar en su polla? Ah, ya.

Céntrate en lo importante.

¿Qué es lo importante?

Salir de ahí. Volver a casa. Vamos. Vete.

—En ningún momento te he prometido que con esto se fuera a arreglar nada. Lo siento, me tengo que ir —le digo.

—Pero yo puedo terminar de arreglar las cosas si me dejas.

—¿Cómo?

—Con esto. —Y me sujeta la mano para que le toque la polla por encima del pantalón. Y está demasiado dura. Y estoy empezando a perder la compostura.

—Eres un...

—¿... guarro?

—Sí.

—¿Y por qué sigue tu mano en mi polla?

Entonces un calor insoportable se apodera de todo mi cuerpo. Le bajo los pantalones. Vacilo unos segundos mirando su bóxer de Calvin Klein, donde se recoge una magnífica erección. Quizá sea porque he pasado algunos días sin verlo desnudo, la cuestión es que yo no la recordaba tan... Tan grande. Asustado por su tamaño, no me decido a tocar nada más.

Es imposible que me haya follado con eso antes.

Alex se muestra impaciente. Está cachondo perdido y no quiere andarse con rodeos. Se quita los calzoncillos de un tirón. Tarda un poco más en quitarse las zapatillas; al conseguirlo, le da una patada a su ropa para desprenderse de todo y quedarse desnudo de cintura para abajo. Junta los brazos hacia arriba y me pide que sea yo el que le quite la camiseta. Al pasarla por su cuello la tela se engancha en el puente de su nariz, de forma que ahora él no me ve y tengo su boca para mí solito. Apenas dura un segundo. Pero es en ese segundo donde aprovecho para darle un rápido beso en los labios. Termino de quitarle la camiseta.

—Espero que ahora acabes lo que has empezado... —Pasa la lengua por su labio inferior—. Quiero tenerte en mi boca.

Intenta acercarse, pero me hago a un lado justo cuando sus labios están a escasos milímetros de apretarse contra los míos.

—¿Acabas de hacerle una cobra a tu novio?

—¿Somos novios?

—No sé. Aún no me lo has pedido.

Eso me hace sonreír.

—Por cierto, lo de darme solo un pico es hacer trampas.

—¿Trampas? —Intento parecer inocente al preguntarlo.

—A tú novio lo besas de verdad.

—¿Eso quieres? Ven.

Su boca busca la mía con urgencia. Jamás en toda mi vida podría haber llegado a imaginar que alguien me besaría como lo está haciendo Alex ahora. Su lengua se mueve dentro de mí sabiendo cómo tiene que chuparme, cuándo morder, cómo hacerme sentir que estoy en una nube de la que no me quiero bajar. Me está besando de una forma exquisita. Sobre todo, me está besando con hambre. Con hambre de verdad.

Suelta mis labios y cambia de objetivo. Es el turno de mi cuello. Gimo de placer y eso lo aviva más todavía.

—Ah... Joder...

—Me encanta oírte gozar.

Tira del nacimiento de mi pelo y abro los ojos. Mi cabeza se inclina hacia atrás y respiro por la boca mientras Alex desliza la lengua paseándola por mi clavícula. Jadeo. Tengo las mismas

ganas que él de hacer lo que estamos haciendo y me gusta cómo me hace sentir. Confío en él. Olvido todas mis preocupaciones y me concentro en cómo juega con su boca.

Instintivamente vuelvo a buscar su erección. Cierro mi mano en torno a su polla y comienzo a masajearla. Su piel cálida y suave se aprieta bajo mis movimientos. Está dura y gorda, me encanta. Alex deja escapar un ronroneo. Sus ojos azules me miran atentos a todo lo que hago.

—Haces unas pajas de puta madre, ¿lo sabías?

—Al final voy a pedirte que dejes de hablar así —respondo con guasa.

—No puedes pedirme eso, pequeño. Me vuelves loco y no puedo evitarlo.

—Ah ¿sí?

—Hostia, ¿no ves cómo estoy? —Los dos lanzamos una mirada a lo que tengo en la mano—. Necesito que tú también te quites la ropa. Y necesito que te la quites ya.

—Antes vamos a...

—No, no puedo esperar.

Me coge por los hombros y me da la vuelta con un rápido giro. Tira de mi pantalón y siento que el aire se revuelve entre mis piernas.

—Alex... —Mi respiración se agita.

—Joder, menudo culo tienes, cabrón...

Separa mis nalgas y hunde la nariz. Comienza a chuparme. Traza círculos con su lengua y estira su brazo para enseñarme un dedo.

—Cómetelo —me pide.

Lo lleno de saliva. Sé lo que va a hacer con él y la idea me excita todavía más.

—Ten cuidado al principio.

—Tú disfruta, Eric.

Mete el dedo dentro de mi culo. Lo saca. Vuelve a meterlo y lo hace girar. Separo mis piernas para estar más cómodo, poniéndome a cuatro patas sobre la cama. Alex deja de tocarme y oigo que abre el cajón de la mesilla. Estoy ardiendo y no quiero que pare ni un segundo. Y, de repente, su mano untada de lubricante se desliza por mi culo, por dentro, por fuera, por todos lados, y me acaricia de una forma que creo que voy a enloquecer.

Alex me da golpecitos con su polla, restregándola entre mis nalgas. Me inclino más, sacando el culo hacia fuera. Las luces rojas me hacen sentir poderoso.

—Eso es, pequeño. Ofrecémelo. Ofreceme tu bonito culo —lo dice con la voz oscura que le sale cuando la situación se pone demasiado caliente.

Joder, este tío es un puto dios.

—Fóllame, Alex. Fóllame. —Me oigo pedirle.

—Yo a ti ya no te puedo follar, Eric. A ti sólo te puedo hacer el amor.

Y entonces lo noto. Me invade un dolor intenso, que solo el placer que siento por sus caricias me permite aguantar. Eso y el bendito lubricante. Alex ha empezado a meter su polla dentro de mí. Lo hace despacio, pero sigue siendo demasiado ancha. Demasiado larga. Demasiado, en general.

—¿Te duele?

—Mucho.

—Espera. —Saca la punta y se agacha para chuparme una y otra vez. Vuelve a introducir el dedo, después lo hace con dos y se entretiene cinco largos minutos hasta que siento que estoy más que preparado.

—Ahora sí.

—¿Seguro, Eric?

—Seguro.

Empieza a meterla lentamente. Alex gruñe cerca de mi oreja mientras mi piel se estira para dejarlo pasar. Llega un momento en el que hace tope con su vientre. Está dentro. Entera.

—¿Te duele?

—No.

La saca y vuelve a meterla con suavidad.

—¿Te duele ahora?

—Tampoco.

Y entonces la mete de un empujón.

—¡Aaaaah!

—¿Y ahora? ¿Te duele o no te duele? —pregunta una vez más.

—Empótrame. Hazlo —gimo, roto de placer.

Alex me penetra de forma feroz. Me sujeta por la cadera con firmeza y en cada una de sus embestidas siento que me retuerzo del gusto. Joder, me está follando tan fuerte que está moviendo la puta cama.

Saca su polla y tira de mis piernas para hacerme girar. Las separa y yo las dejo muertas sobre sus hombros. Cierro los ojos mientras él intenta penetrarme, pero en esta nueva posición vuelvo a sentir molestias.

—Es el puto condón —se queja.

Sé que se me está yendo la cabeza. Que estoy loco. Pero lo deseo de una forma tan extrema que termina siendo frustrante no llegar a sentirlo por completo. Piel con piel. Y justo por eso le quito el condón.

Alex niega con la cabeza.

—Yo no follo sin goma.

—¿Alguna vez lo has hecho?

—No.

—¿Nunca?

—Ya te he dicho que no.

—Entonces estás sano. Y yo también lo estoy, es imposible que no lo esté.

—Pero, Eric, yo prefiero...

—¿No quieres saber qué es lo que se siente?

Se muerde el labio. Lo imito.

Sin romper el contacto visual, muevo la cadera hasta notar la punta de su erección acariciando mi abertura. Está húmeda, y eso multiplica la tentación. Me siento como si fuera la serpiente que ofrece la fruta prohibida. Pero yo no quiero que Alex muerda la manzana. Yo quiero que se la coma entera.

—Imagínatelo —le susurro al oído—. Imagínate cómo tiene que ser hacerlo así...

—A la puta mierda, ven aquí.

Su polla se hunde en mi interior. Alex abre mucho los ojos y su respiración sale entrecortada. La sensación es diferente, nueva. No tiene nada que ver con lo que hayamos hecho antes. Es más caliente, suave y real. La palabra que mejor lo define es que la noto desnuda. Y sé que él también me está sintiendo desnudo a mí. Desnudos por dentro.

—Joder.

—Sí, joder...

Se agacha para besarme. Saca su erección y escupe en la punta para volver a metérmela. Resbala con tanta facilidad que es simplemente increíble. Es la primera vez que soy consciente de su cuerpo de una forma tan plena.

Su boca vuelve a reclamar la mía. Me muerde el labio inferior y tira ligeramente de él mientras su polla me llena una vez más. La saca. Una, dos, tres veces. Alex cada vez se mueve más seguro de lo que está haciendo, y ya no puede parar.

—Aaaah...

—¿Quieres más fuerte?

—Sí, quiero. Quiero que me hagas tuyo.

—No sabes lo que has dicho.

Y entonces comienza a follarme a un ritmo frenético. Y todo a pelo.

Clavo las uñas en las sábanas. El aire se vuelve más denso y el sonido que produce Alex al chocar su cuerpo contra el mío hace que me muera del gusto. Acercó un cojín y lo muerdo para ahogar un grito, mientras mi pecho sube y baja de forma rápida y constante. Alex se deleita con mis gemidos ahogados. Su pene palpita dentro de mí, llenándome por completo. Cualquier movimiento que haga a partir de ahora puede hacer que me corra.

—Estoy a punto de llegar...

—Me encanta que me digas eso.

Miro su boca, veo que ha dejado los labios entreabiertos y respira con fuerza, disfrutando del momento que se crea justo antes de que nos invada el orgasmo.

—Voy a correrme —le advierto.

—Córrete y me corro yo también.

Noto un cosquilleo eléctrico. Cuando la sensación se magnifica, cierro los ojos y dejo que el semen manche mi abdomen.

Alex da un último empujón con el que se clava hasta el fondo.

—Me cago en la puta, Eric. —Y entonces siento que se vacía dentro de mí.

Estoy exhausto.

Agotado.

Dolorido.

Pero, sobre todo, feliz.

Alex se echa sobre la cama y me coge de la mano. Nos quedamos en esa posición hasta que decido ir a la ducha. Él me sigue y entra conmigo. Cierro los ojos y disfruto del chorro de agua caliente que cae bajo mis hombros. Sus manos se frotan con jabón y presionan en mi nuca, haciéndome un masaje con el que podría quedarme dormido si no fuera porque estoy de pie. Pasa su mano por mi pelo y sus dedos se entrelazan con los mechones, tirando de ellos. En un tirón más largo, inclino completamente la cabeza hacia atrás hasta dejarla sobre su hombro. Abro la boca y recibo la suya, mientras el agua resbala por nuestros labios.

Me gusta sentir su impresionante erección detrás de mí, moviéndose inquieta sobre mis nalgas. Aprieto los glúteos y Alex protesta porque le vuelve loco, pero no intenta volver a entrar.

Al salir de la ducha se disculpa por haber olvidado sacar dos toallas. Podríamos habernos turnado o que cualquiera de los dos hubiese ido a buscarle una toalla al otro. Eso habría sido lo más práctico. El caso es que ninguno está dispuesto a separarse del otro ni un segundo. No después del polvo de reconciliación.

«Polvo de reconciliación», ahora entiendo lo que es de primera mano.

En el fondo creo que todo este rollo de las toallas lo ha hecho aposta para que salgamos de la ducha haciendo el pingüino. Alex se coloca detrás y su pecho se pega a mi húmeda espalda. Está ardiendo. Pasa la toalla alrededor de nuestra cintura y ata un nudo improvisado.

—Primero el pie derecho —me indica para que lo mueva—. Genial, izquierdo.

Avanzamos intentando no tropezarnos, pero en una de esas no levanto la pierna que corresponde y Alex se lleva la otra por delante, lo que hace que casi me caiga al suelo. Y digo casi, porque Alex atrapa mi muñeca en un acto reflejo y me acerca hasta él. La toalla se arruga sobre la madera, aunque eso ahora mismo poco nos importa.

—Alex...

—Dime.

—Nada, que ya puedes soltarme.

Dibuja una sonrisa de niño pequeño.

—Esto me suena de algo. ¿A ti no?

—A la primera vez que dormimos juntos, sí. —Entonces yo me desperté con resaca, porque me había pasado con el alcohol y no recordaba nada—. Que por cierto, también me llevaste a tu casa sin mi permiso.

—Manías mías.

Sonrío y le pego un puñetazo en el pecho. Y entonces se le escapa una carcajada de lo más sexi.

—Te echo una carrera hasta la cama.

Alex me empuja y corre por el pasillo.

—¡Tramposo!

Me tiro encima de él y rodamos sobre el colchón. Ahora mismo, no puedo ser más feliz.

—Supongo que esto significa que me has perdonado.

Al meditar sus palabras me doy cuenta de que por mucho que yo tuviese otra idea, el deseo ha terminado venciendo la batalla a la razón. Y me alegra que eso haya pasado, porque no cambiaría esto por nada.

Hasta este momento, la habitación roja no se había planteado como algo más allá de nuestro escondite. Pero estas cuatro paredes recogen más que dos cuerpos con nuestros nombres. No solo es la habitación del piso de Alex, ni la habitación cuya particularidad reside en el color de su luz. Tampoco se resume en que es un sitio para follar. No, de ninguna manera. Porque la habitación roja, siempre ha sido para Alex y para mí mucho más que sexo. Pero hasta hoy yo no había descubierto su verdadera función.

La habitación roja es la materialización del armario.

Dentro podemos ser nosotros mismos. Nadie nos puede juzgar. Nadie nos puede ver.

Es un mundo de posibilidades en el que nos deshacemos de todo lo que nos da miedo. Dos chicos desnudos jugando a ser valientes. Y por un instante, olvidando que es solo eso: un juego.

Hoy consigo dormir del tirón. Me despierto con una sonrisa, tomo mi café y salgo de casa para coger el metro. Cuando coincido con Alex en la facultad, me guiña fugazmente un ojo y me entran ganas de comérmelo a besos delante de Bruno, Melissa y el resto del mundo. Gala ha preferido sentarse con dos compañeras de la misma clase. Es la primera vez que el grupo se separa, pero me alegro de que haya encontrado nuevas amigas si cree que es lo mejor para ella. Aunque a mí me gustaría que todo fuese de otra forma, poder estar los cuatro juntos. Sin ella no va a ser lo mismo. En la cafetería, por ejemplo, he estado a punto de sentarme al lado de Gala. Error. Después he girado ciento ochenta grados y me he cambiado a la mesa donde estaban Melissa y Bruno. Es una mierda que tu mejor amiga te pida un tiempo.

Miro a mi alrededor. La gente sigue soltando comentarios sobre el tema de mi homosexualidad, cosas que voy oyendo allí y allá, como el hecho de que me he liado con el profesor de Literatura, o que suelo preferir tener relaciones sexuales con chicos de primero de carrera o alumnos de Erasmus que llegan de intercambio. Respecto a este tema yo había pensado dos finales alternativos: el primero era que los rumores terminarían por acabar algún día (que sucederá, pero si antes dejan de inventarse historias nuevas); el segundo, que sería peor. Mucho peor. No es que no me importe, pero como las opiniones sobre la gente que cree que soy hetero y las que afirman verme como gay indiscutible están prácticamente igualadas, me gusta la sensación de poder que siento ante esa incertidumbre. Que haya tantas personas queriendo saber algo de ti termina subiéndote la autoestima, en serio.

A propósito, Bruno se ha puesto un polo verde y Melissa le ha dicho que le sienta genial, así que imagino que a partir de ahora lo voy a ver desfilando con toda la gama de colores de ese mismo polo. Si ya el otro día empezaba a sospechar que siente algo por Melissa, ahora lo confirmo con total seguridad. ¡Menuda cara de tonto se le ha quedado al pobre! Melissa no se entera de nada (o hace como que no se entera, porque es su amigo). Me produce ternura y tristeza a la vez, porque me recuerdan a Gala y a mí. Es una sensación agridulce. Solo espero que no terminemos siendo dos en el grupo, porque no sabría con cuál de ellos quedarme (mi mejor amiga siempre ha sido Gala, y aún le guardo el título).

Al volver a casa, mi madre sigue melancólica y apagada. Laura y yo intentamos algún que otro acercamiento, pero desde la conversación que tuvimos sobre su carta ahora es ella la que nos rehúye. No quiero que se sienta mal y por eso trato de animarla siempre que puedo. De momento no funciona. Imagino que todavía necesita unos días para volver a lucir sus gafas de súper famosa

y llenar el salón con pintura. Lo bueno es que disimula bien delante de mi padre. De hecho, a mi hermana y a mí nos sorprende la naturalidad con la que se desenvuelve, y a veces incluso llegamos a poner en duda cuál de sus dos caras es la verdadera.

Alex me escribe para vernos más tarde. Nada más comer, me encierro en mi habitación para adelantar trabajos y me doy una ducha cuando la hora se acerca.

Por fin, todo mi desorden parece controlado.

Alex me da un azote en cuanto entro por la puerta.

—¡Ay!

—Quejica.

Me acerca envolviéndome con su largo brazo. Primero besa mi nariz, le da un mordisquito y cierro los ojos. Noto sus labios húmedos contra mi boca. La abro para que pueda introducir su lengua y la haga resbalar sobre la mía. Después me quedo abrazado a él, apoyando el mentón en la clavícula. Me gusta notar el latido de su corazón.

—¿Y eso que hay allí? —pregunto al mirar por encima de su hombro.

—¿El qué? —Alex se separa y lanza un rápido vistazo al punto que señalo. Hay un enorme paquete apoyado en la pared del salón, aún sin abrir—. Ah, eso. Un regalo de mi padre. Es su forma de pedirme perdón, siempre hace lo mismo.

No me atrevo a preguntar cuál ha sido el motivo de la discusión esta vez, porque sé que es un tema que prefiere no compartir con nadie.

Me acerco para mirarlo más de cerca. Es un rectángulo envuelto en un papel marrón. Tiene las esquinas protegidas con gomaespuma. Parece delicado.

—¿No lo vas a abrir?

—¿Para qué? No quiero sus regalos.

—Tampoco sabes lo que es.

Alex se encoge de hombros.

—Si quieres puedes abrirlo mientras te preparo la cena.

—¿Sabes cocinar?

—La duda ofende.

Se marcha a la cocina y me deja solo en el amplio salón.

Empiezo a desenvolverlo con cuidado, primero por las esquinas. Una vez retirada la gomaespuma ya puedo romper el papel. Pellizco un trozo y tiro con fuerza, creando un sonido seco y cortante mientras el papel se rasga formando una diagonal. El paquete está abierto desde la esquina superior izquierda hasta la inferior de la derecha. Suelto el papel en cuanto el olor a pintura acrílica se cuela entre las aletas de mi nariz.

Algo se rompe en mi interior. Algo que hace que todo deje de funcionar como lo hacía hasta ahora.

No puede ser.

Mi cuerpo se tensa, como si estuviese preparándose para recibir un golpe.

Con la ansiedad apoderándose de mí, retiro el resto del papel hasta dejar el cuadro completamente desnudo.

Y entonces doy un paso atrás.

Porque ese cuadro es el mismo que vendió mi madre al final de su exposición.

Y sé lo que eso significa.

Agradecimientos

Recuerdo que, en el instituto, la gente de mi edad empezaba a tener pareja, se besaban en los pasillos y hablaban sobre comprar condones. En todo ese círculo donde las hormonas nos cambiaban el cuerpo y despertaban en nosotros deseos que antes parecían dormidos, yo me encontraba en la tesitura de que no sabía ni qué era hacerse una paja. Vamos, no tenía ni idea de nada. A todos les gustaba hablar de sexo, y yo me sentía raro y mal al hacerlo, por lo que dejé de hablar sobre ese tema.

Si a mi yo del pasado (el chico «pringado» de gafas y flequillo, el chico «demasiado alto» y «demasiado delgado», el que se sentaba en la última fila y era extremadamente tímido) le llegan a decir que terminaría publicando una biología erótica, probablemente hubiese dicho que eso era imposible. Y por cosas como estas me gusta tanto la vida: cuando creemos que lo sabemos todo, va y nos sorprende.

Dicho esto, empezaré con la lista de todas las personas que han seguido la historia de Alex y Eric de cerca, y la han vivido conmigo.

Anna, mi editora de Planeta: tú confiaste en esta historia desde el principio y sin ti esta novela solo existiría dentro de mi ordenador. Gracias por los consejos, por todas las lecturas de los borradores, por dedicarle tu tiempo, por escucharme, por calmarme cuando no sabía si las cosas iban a salir bien... Fuiste la primera persona en leer el manuscrito y solo puedo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí.

Gracias a mi madre, por horas y horas de llamadas telefónicas para hablar de la novela y decirme desde pequeño que conseguiría todo aquello que me propusiese. Gracias a mi hermana y a mi padre, por cuidarme y quererme tanto.

Gracias, Abril. A veces me pregunto cómo sucede todo. En qué momento decide la vida que va a presentarte a alguien que terminará convirtiéndose en tu hogar, o si todo ha sido parte de casualidades fortuitas. En cualquier caso, ¡qué bonito habernos encontrado! Creo que no hay nada más especial que conocer a alguien que es oxígeno, canciones y luz.

Gracias a mis amigos y a mi familia. En especial a Miryam, Raquel, Ámbar, Sonia, Edu, Josu, Francesca y Patri.

Gracias a Editorial Planeta, y a todos los que forman parte de Crossbooks.

Para terminar, quiero dar las gracias a todos los que habéis llegado al final de esta historia y la recomendáis a más gente, ya sea hablando de la novela por redes sociales o por el boca oreja. Me parece increíble que alguien me esté leyendo. Gracias, joder. En serio, esto es una pasada.

Los cuerpos de la habitación roja
Iñigo Aguas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Iñigo Aguas, 2020
© de las imágenes de cubierta: Igor Madjinca y Jess Craven / Stocksy, 2019
© Editorial Planeta, S. A, 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22500-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta